La noche de Valia

Monika Zgustova



Annotation

Tras largos años en el gulag, tratando de encontrar fuerzas en la solidaridad entre las presas, en la amistad, en el arte, en el trabajo, en la esperanza, cuando queda poco, poquísimo en lo que sustentarse, Valia retoma su vida, a su hija a la que tuvo que abandonar con dos años y reemprende la búsqueda de un amor truncado con un hombre que nunca entendió por qué Valia dejó de contestar a sus cartas. Valia había sido acusada injustamente de espionaje debido a su relación con Bill Rowgrave, un marine norteamericano. Con el fin de la guerra, la esperanza del reencuentro con Bill se ve trágicamente truncada por la acusación y arresto que la llevará a vivir el horror del confi namiento en el gulag.

LA NOCHE DE VALIA

MONIKA ZGUSTOVA

Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es

Primera edición: marzo de 2013

ISBN: 978-84-233-4631-8
Depósito legal: B. 2.523-2013
Impreso por Cayfosa
Impreso en España-*Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

A falta de sol aprendo a madurar en el hielo.

HENRI MICHAUX

I

1

—¿Una copa de champán?

Bill, vestido con su uniforme de marinero norteamericano, nos hizo una reverencia; tras él, un rosal silvestre en flor ondeaba como una cortina de seda. Con unos pocos pasos llegó hasta el riachuelo donde se enfriaba la botella. Yo estaba sentada sobre la hierba, con la espalda apoyada en un abedul, mirando el arroyo que abajo, en el oscuro valle, confluía con el majestuoso Dvina. Este, a medida que se acercaba al mar Blanco, ardía hasta el rojo y doblaba su fuerza. Warren, incómodo por el uniforme, se sentó con dificultad a mi derecha y se recostó también en el abedul.

Acababa de ponerse el sol. Bill colocó la botella sobre la hierba, se quitó la gorra y luego también la chaqueta.

—¿Dónde desemboca este río, Valia? —preguntó, como si me leyera los pensamientos. El color rojo del Dvina atraía las miradas de todos nosotros.

—Pero ¿qué dices, Bill?

Me fijé en que Warren Bowerly, capitán de barco, visiblemente mayor que Bill, pronunciaba el nombre de su compañero con e: *Bel.*

—¡Si ya hemos llegado hasta el mar donde desemboca el Dvina! —le instruyó Warren algo altivo, golpeándose la sien derecha ante la estulticia de su amigo.

Yo no entendía el significado exacto de todas las palabras, no estaba habituada al inglés americano, pero adiviné de qué hablaban por su expresión facial. Más que en la conversación, me concentré en los dos hombres. Warren me recordaba a un viejo conocido, aunque hacía apenas unos días que habíamos empezado a tratarnos. Me imponía su seguridad en sí mismo y su madurez; de algún modo me recordaba a mi padre. También me cortejaba, lo que me parecía divertido: ¿cómo podía cortejarme mi padre? No me gustaba su manera de escrutar a Bill con la mirada.

Este no se percató de la burla de Warren. Miraba embelesado el curso del Dvina hacia el horizonte.

—El río rojo desemboca en el mar Blanco —murmuró, más bien para sí mismo, y se apartó un mechón de pelo castaño de la frente.

El cielo rojo se tiñó de violeta. A lo lejos, la ciudad se perfilaba en un tono gris y lentamente comenzó a confundirse con el crepúsculo. Eran los días más largos del año. Las noches blancas.

El capitán Warren, el hombre de ciencia que me había invitado, imitó a su amigo y se quitó la chaqueta de color blanco nieve.

—¿Me permite? —me preguntó al mismo tiempo, sin esperar respuesta.

Con cuidado, colocó el uniforme sobre la manta y puso encima las dos gorras de marinero con la inscripción US Navy. Después empezó a abrir cajas y paquetes de comida selecta.

—¿Qué hay del champán? —le masculló a Bill, como si le molestara su presencia.

Para mis adentros, comencé a ponerme del lado de Bill, que secó la botella en la hierba.

—*Voulez-vous diner au champagne*?

Su francés sonaba tan ridículo que resultaba gracioso. De repente me pareció más cercano, pues tampoco mi inglés debía de ser mucho mejor.

Empezó a abrir la botella, pero el corcho se resistía. Me reí; Bill me parecía torpe como mi oso de peluche, con el que aún entonces jugaba de vez en cuando. Bill también se echó a reír, luego simuló que se peleaba con la botella.

—Tráela, in... —Warren debió de querer llamarle inútil.

—Salud.

Los dos brindaron por mí en su ruso con pronunciación americana. Volví a reírme, espoleada por el hecho de que nadie sabía de qué me reía. No podía parar. Warren me miró ofendido y otra vez mi risa contagió a Bill.

En el cielo pendía la puesta de sol en jirones color rubí. Moscas, abejas y mariposas se ocultaron. También el arroyo dejó de burbujear y se conformó con murmurar en silencio para no despertar a la naturaleza durmiente.

—Como si no estuviéramos en guerra —susurré para no interrumpir el silencio nocturno.

—Por que mañana por la mañana, cuando nos despertemos, ya no haya guerra —brindó conmigo Bill, y Warren se nos añadió refunfuñando. Todo el tiempo parecía insatisfecho.

En cambio a mí me hubiera gustado coger el mundo entre mis brazos. Abrieron caviar negro y lo comieron de la lata con una cucharilla. Me ofrecieron también a mí, pero de repente me quedé sin hambre. Como cada día, también esa mañana había hecho una larga cola en la panadería para mi cupo de pan: tenía derecho a doscientos cincuenta gramos; mi madre, en tanto que inválida, a trescientos. Lo único disponible era el pan. Y estos marineros habían traído, de no sabía dónde, pan blanco, que yo recordaba solo de mis años de infancia.

—¿Y qué hay en la otra orilla del mar Blanco, a lo lejos, en el norte? ¿Ha estado alguna vez allí, Valia? —me preguntó Bill, ensoñador, evidentemente hechizado por nuestro paisaje boreal en las noches blancas.

Warren le interrumpió antes de que yo pudiera negar con la cabeza.

—Allí hay hielo y nieve en abundancia —explicó—. Está en el círculo polar, donde se extiende un desierto de hielo azotado por el viento del norte. No me gustaría vivir en la ciudad de Murmansk.

—A mí tampoco —dijo Bill, y le dio a Warren unas palmadas en la espalda. Me sorprendió un tanto; en nuestro país nadie se habría permitido ese tipo de

familiaridad con su jefe. Luego me explicó—: En la vida civil Warren es antropólogo, especializado en el círculo polar y la vida en las regiones del norte.

—¡El círculo polar, brrr! —Me castañetearon los dientes—. Tiene que hacer un frío espantoso.

Me estremecí y me puse al cuello el pañuelo naranja. Lo había cogido porque armonizaba con mi vestido estival. Me lo había cosido mi madre a partir de un mantel de antes de la guerra. Me solté el pelo, que me caía hasta la mitad de la espalda, y me cubrí con él, como si fuera un edredón, para protegerme de la helada polar.

Bill arrancó una pequeña flor roja.

—¿Más allá del círculo polar crecen flores? —preguntó.

Cogí la flor de los dedos de Bill.

—Las flores crecen por todas partes, ¿no? —le contesté automáticamente, pero me atrapó la atención otra cosa: las manos bronceadas de Bill con sus largos dedos. Observé mis manos pequeñas e infantiles, con dedos cortos, y me las puse sobre el regazo para que no se vieran tanto. Luego me coloqué la flor en el bolsillo del pecho, aunque antes esperé un momento en que Bill no mirase, para que no pensara que quería guardar la flor como recuerdo. —En el círculo polar y más allá solo florecen un par de semanas al año —dijo Warren.

—¿Y ahora cómo está? ¿Y si fuéramos allá en nuestra alfombra voladora? —pregunté, desperezándome.

—No se lo aconsejaría, Valia —dijo Warren despacio, e hizo una mueca de disgusto, como si ante sí no tuviera un arroyo burbujeante sino alguna araña repugnante—. En verano se nos comerían los insectos. En el lejano norte, si dejas de moverte y te sientas por unos momentos al sol, enseguida se lanzan contra ti centenares, miles de moscardas y mosquitos minúsculos y enormes. Los pequeños pican de manera terrible, los grandes son peludos. Quien tiene que vivir y trabajar allá se pasa todo el verano hinchado por las picaduras. Además contra los mosquitos gigantes no sirve ningún insecticida.

Con deleite me llené la boca con las aromáticas burbujas: estaba en un prado, de picnic, con dos hombres atractivos, cerca de nuestro Arjánguelsk, donde no volaban monstruos picadores; al lado del río solo aparecía de vez en cuando algún mosquito. Observé a los dos hombres. Warren era sabio, seguramente también debido a la edad. Tenía el rostro curtido, las mejillas y la nariz rojas, la figura robusta y las piernas cortas. A Bill le caía constantemente sobre la frente un mechón, que apartaba con el índice. Miraba a través de mí, hacia algún mundo propio. Me recordaba al protagonista de una novela francesa: Fabrizzio del Dongo, Julien Sorel. Se dio cuenta de mi mirada y rápidamente hizo un guiño; me pareció que se ruborizaba, aunque quizás era el reflejo de la aurora. Enseguida, volvió en sí y se rió.

—Así que si este trío decide alguna vez dirigirse más allá del círculo polar, que sea en invierno, cuando no hay mosquitos. Bien envueltos en pieles, como los esquimales. ¿Verdad, Valia?

—Y en las soleadas tardes de invierno, a la salida del colegio, iremos a jugar con el trineo y a tirar bolas de nieve.

Bill propuso, entusiasmado, carreras en la nieve, muñecos de nieve, patines...

Warren suspiró. Luego brindó con Bill, que se había sentado a su lado, y le dirigió una mueca conspiradora. Bill le hizo un guiño cómplice. Sentí alivio, no sé por qué. Warren bebía el champán a pequeños sorbos y Bill miraba hacia el cielo, en el que el lucero del alba entró con la ligereza de una bailarina. Warren suspiró de nuevo profundamente.

—Vosotros dos os lo imagináis como en una película de Disney: *Blancanieves*, los muñecos de nieve, trineos y pistas por las que se deslizan los siete enanitos.

—¿Qué hay tras ese círculo polar? —pregunté, porque me daba vergüenza no conocer las películas de Disney, que no se proyectaban en nuestro país, ni las condiciones de vida en nuestro norte.

—Allí no hay nada más que hielo, nieve y una oscuridad eterna que dura seis meses al año —explicó Warren de forma tan didáctica que, por momentos, me sacó de quicio. Bill le seguía como un niño: escuchaba a su capitán con tanta atención que me pareció que se humillaba un poco. Habría querido sacudirle para despertarle de este hechizo exagerado. Pero seguí sentada en la hierba, vencida por la vergüenza ajena.

Warren sintió nuestro interés y continuó en voz más alta, agitando las manos como aletas:

—Si no sigues los caminos hollados, te hundes en la nieve hasta la cintura. Es extraordinariamente peligroso avanzar por la nieve virgen; uno puede hundirse entero en la nieve blanda, como en la turba. Si estás solo, no podrás salir de la nieve movediza.

—¿Cómo se abren los caminos? —pregunté asustada.

—Uno va primero, los demás le siguen en fila india. Después de cinco, o como mucho de diez minutos, el primero se cansa hasta el punto de tener que tumbarse en la nieve a descansar. Luego abre el camino otro. —¿Ha dicho que el cielo siempre está cubierto, Warren? —pregunté apocada, porque el círculo polar me parecía un auténtico infierno.

Bill se puso en pie y examinó los abedules; arrancó un trozo de corteza.

—¿Cubierto? —dijo Warren, y tuve la sensación de que me miraba con malicia—. No es eso. Simplemente el sol, durante meses enteros, ni siquiera se deja ver, todo es oscuro como la boca de un lobo. Luego, en primavera y solo a mediodía, el horizonte se vuelve rojo. Tras media hora vuelve a oscurecer como cuando se pone el sol. No hay donde calentarse. En nuestro país, en Alaska, a la gente esto le atormenta tanto que se da a la bebida. Pero allí, tan al norte, no vive nadie. Tras el círculo polar las condiciones son inhumanas. Quien no está acostumbrado, muere en pocos años o meses.

—En nuestro país seguro que tampoco vive nadie tan al norte, excepto las tribus siberianas o los esquimales. ¡Y los osos polares! Solo algún científico

loco como usted, Warren, se deja caer allí alguna vez —dije, y miré el reflejo violáceo del sol, que en un par de horas volvería a elevarse.

—Veamos: en la Unión Soviética es algo distinto. Ya sabrá que en la Rusia zarista enviaban a los presos a Siberia.

—Sí, los mandaban allí al destierro —tomé la palabra rápidamente—. Lo estudiamos en el colegio. Dostoievski estuvo allí y escribió una novela.

—Correcto, un diez —dijo Warren—. Dostoievski escribió sobre las terribles condiciones en los campos zaristas de trabajos forzados: he leído su libro *Recuerdos de la casa de los muertos*.

—Pero hace ya mucho de eso —dije para disculpar a mi país, del que ahora, por algún curioso motivo, me sentía responsable frente a estos dos americanos —. Ahora todo es diferente.

Bill callaba; examinaba el trozo de corteza de abedul que había arrancado. De vez en cuando volvía la cabeza y nos miraba a Warren o a mí, mientras escuchaba con seriedad a su compañero.

—Evidentemente, ya no hay campos zaristas porque no hay zar —comentó Warren, y acarició absorto con el pulgar el borde de la copa de champán—. Pero he oído que en su lugar, tras el círculo polar, han creado nuevos campos, claro que sin grilletes, pero de ninguna manera más suaves. Dicen que hay cientos en todo su país, Valia, y en ellos trabajan miles de presidiarios.

—Warren, ¿qué disparates dices? —se horrorizó Bill, que ya estaba sacudiéndose esa admiración hacia su colega. Su indignación le sentó bien. Me sentía cohibida ante él porque era guapo, o eso me parecía. Mis amigas, a menudo, se reían diciendo que cuando había hombres atractivos a mi alrededor parecía como si alguien me hubiera atado de pies y manos—. ¡Si desde la Revolución en la URSS hay seguridad social, igualdad, escolarización y un sistema sanitario para todos! No es posible que el país de los soviets reproduzca la represión de los zares.

—Por supuesto que yo no he estado personalmente en esos campos —concedió Warren, pero solo era un giro retórico, porque estaba firmemente convencido de lo que decía—: Pero he visto fotografías de barracones edificados apresuradamente, donde el aire penetra por todas partes y que en esa nieve y hielo eternos no sirven de nada. En las fotografías se veía que estaban rodeados de alambre de espino y por todas partes había colgadas vuestras estrellas de cinco puntas.

Bill negó con la cabeza; desaprobaba lo que decía Warren, pero ya no estaba tan indignado. Me parecía más bien confundido: no sabía qué pensar, porque creía en su capitán. Warren hablaba con sentimiento, con esa voz profunda y digna de confianza. Vi que no era una calumnia frívola. ¿Qué pretendía? ¿Por qué nos lo contaba?

—Como digo, no sé nada seguro, no he estado allí. Solo he oído que hay cientos de miles, o millones de presos; hombres, mujeres, viejos que construyen las vías del ferrocarril. Por lo visto los tratan como a esclavos; los presos no tienen derechos civiles.

¿Qué buscaba Warren? ¿Desacreditar a mi país? ¿O la verdad? Sin embargo, no le creí. Mejor dicho, evitaba creerle.

Bill siguió negando con la cabeza, pero ahora más por asombro que por desaprobación. Me entristecía que ya no me defendiera, o mejor dicho que no defendiera a mi país. En ese momento el susurro del arroyo, hasta hacía unos momentos tan pintoresco y juguetón, me llegó a los oídos como un silbido amenazador. Cuando se levantó una leve brisa estival, alargué el brazo para coger una de las chaquetas de marinero; me sentía como si el viento del norte polar hubiera pasado a través de mí.

2

Bill me colocó su gorra en la cabeza. Me puse a bailar la *korobochka* y Warren y Bill se partían de risa, uno con su voz de bajo, el otro travieso, hasta atragantarse. Luego se cogieron de los hombros y me imitaron, lanzando las piernas al aire como dos cigüeñas en un tejado ardiente. Les pedí que me fotografiaran bailando con la gorra de marinero americano. ¡Caray, menudo susto! Warren se puso serio y Bill, sin palabras, se caló la gorra y la chaqueta.

Warren me rodeó paternalmente los hombros con su brazo y volvió al tema de las condiciones climáticas en el norte siberiano. Pero Bill condujo la conversación a los barcos: en esto él era el entendido. Se exaltó de tal manera que el mechón volvió a caer sobre su frente.

—Pero Bill, por favor, a Valia no le interesan tus barcos. Es actriz. ¡Le gusta más Chéjov! —dijo Warren, como si se jactara de saberlo todo sobre mi.

—¿Qué le gusta leer, Valia? —preguntó Bill en voz más baja, y se volvió hacia mí; me pareció como si estuviera allí solo conmigo, en esa luz azulada que ahora iluminaba los prados, el bosquecillo de abedules, el rosal silvestre florecido, el arroyo y el río. Era esa particular iluminación verde azulada que venía de otro mundo, donde resonaban adormecidos los últimos pájaros.

—Lee a Pushkin —contestó Warren en mi lugar: intentando demostrar que me conocía perfectamente—. ¡Todos los rusos adoran a Pushkin!

Bill me miró. Esperaba mi respuesta con gran interés, como si se tratara de una importante confesión.

—Chéjov. *La dama del perrito* —contesté con sinceridad.

—¡Ves, te lo he dicho, Bill! —se regocijó Warren, aunque había apostado por Pushkin.

—*La dama del perrito* —dijo Bill pensativo—. ¿Recuerda el momento en que Gurov regresa a Petersburgo de las vacaciones y cuando se dispone a volver a su frívola vida, de repente, empieza a darse cuenta de cuánto añora a su amiga, de la que hasta entonces pensaba que solo era una aventura amorosa de balneario, una entre decenas? Y entonces se sincera con un amigo: «He conocido a una mujer extraordinaria», dice cuando salen del restaurante. ¿Recuerda lo que le contesta su amigo?

—No sé lo que le contestó su amigo, ¡pero nunca habría dicho de ti que leyeras a autores rusos con tanta atención! —dijo Warren en un tono un poco sarcástico.

—No, no me acuerdo, Bill —negué con la cabeza.

—El amigo le contesta: «Tiene razón, ¡el esturión no estaba demasiado fresco!». Y entonces Gurov se da cuenta de que su amor es su territorio privado y que no puede sincerarse con nadie. —¡Ahora me acuerdo! —grité—. ¡Sí, es uno de los mejores pasajes del cuento!

Nunca antes se me había ocurrido, pero ahora estaba firmemente convencida de ello.

Bill me observó con la mirada iluminada. Tuvimos una sensación de compenetración total. Hablando de libros, volví a tener la sensación de que estábamos solos. Luego me nombró los cuentos de Chéjov que más le gustaban, aparte de la *Dama del perrito: Kashtanka, Del amor, El monje negro* y *Un crimen.*

Estaba entusiasmada: *Del amor* y *El monje negro* también eran mis cuentos preferidos. Así como *Iónich*. Bill no lo conocía y me prometió que al día siguiente lo leería, pues llevaba consigo un tomo de Chéjov en inglés.

Tuve la sensación de que Bill y yo estábamos en nuestra primera cita, que habíamos traído la cena al campo y nos estábamos conociendo. Comprobábamos que teníamos gustos e intereses parecidos; cuanto más teníamos en común, más curiosidad sentíamos el uno por el otro.

—La parte en que el amigo de Gurov dice que el esturión no está fresco de verdad que es mi favorita. ¿No es increíble? —dije, entusiasmada.

—¿Qué tiene de increíble? —replicó Warren, resentido.

—Es increíble que Valia y yo estemos tan de acuerdo —le explicó Bill a Warren con un respeto inocente—. ¿Es una tontería? Quizá. —De repente perdió la seguridad—. Sí, quizá sea tonto hablar de estas cosas, perdone —se disculpó, afligido, como si hubiera estropeado la fiesta.

—Pero no diga esto... ¿Por qué pide disculpas? —Meneé la cabeza sin entender.

Me indigné y entonces pensé que la indignación nacía del sentimiento de cercanía que despertaba en mí ese hombre con el mechón sobre la frente y los gestos exaltados.

Warren me metió en el bolso una lata de caviar sin abrir. «¿Debo cogerla?», pensé. Me imaginé a mamá: resplandecería como su cabello dorado y se pondría a dar palmas: «¡Caviar!», como si fuera un tesoro de mares lejanos.

—Deberíamos haber invitado a tu amiga Nina —le dijo Warren a Bill.

—Sí, es verdad, es mi culpa; quería traerla y al final..., ya ves —dijo Bill.

Warren me lanzó una mirada indagadora. Sonreí, aunque no quería hablar de Nina. Y me uní a ellos:

—Pues sí, debería haber traído a Nina.

Seguía sintiendo la mirada de Warren. Estaba claro que se portaba conmigo con cierto paternalismo y que observaba algo entre Bill y yo.

—¿Sabe quién inspiró a Chéjov el cuento *Del amor*, Valia? —preguntó Bill, resplandeciente.

—Su esposa. La actriz Olga Knipper.

—De ninguna manera. Ese cuento lo escribió antes. Fue su amiga Lidia. Se veían raramente. Pero el cuento trata de ellos, de su relación. Habla acerca de un hombre y una mujer que nunca pudieron estar juntos.

«Así que ahora hablamos de amor, aunque sea literario», pensé. Me pareció que el espacio entre Bill y yo desaparecía, y a Warren le veía en algún lugar lejano, entre la niebla.

Cuando volvimos a la ciudad, me acompañaron hasta la puerta de casa. Les besé a ambos en las mejillas. Bill olía a sol, a verano. Me cogió suavemente del hombro. La cara de Warren me pinchó. Mientras cerraba la puerta de la calle, les vi alejarse. Se contaban algo en voz alta y su risa infantil retumbaba por las calles vacías.

3

Mamá aún no dormía, me estaba esperando. Me acarició el pelo, pero miró con severidad mi obsequio, la lata de caviar.

—Valia, nunca aceptes nada de nadie. ¿Queda claro?

No, no estaba contenta. Su pelo rubio brillaba como siempre, pero su bonita y joven cara estaba blanca y apagada. Suspiré. ¿Por qué siempre es todo diferente a lo que uno imagina?

A pesar de sus palabras, mamá puso la mesa y comimos el caviar juntas directamente de la lata. Me supo mejor que al lado del río, con los americanos.

4

Al día siguiente, en el Club Internacional, me encontré con Warren, que me dijo:

—Gracias, Valia. El picnic de ayer fue un éxito. Cuando por la noche Bill y yo nos despedimos, él estaba entusiasmado, incluso resplandeciente. Y yo también. Era sincero al decirlo; se alegraba como un niño.

5

Cuando entré en la terraza del hotel, bañada por el sol, todos los hombres dejaron de reírse, se pusieron en pie y me di cuenta de que no eran rusos. Se comportaban con cortesía y al mismo tiempo los vi alegres y naturales. Entre los seis uniformes blancos, bajo las sombrillas de colores, la mesa estaba puesta con un mantel blanco, flores, botellas de vino y bandejas de entrantes; parecía que ni siquiera hubiera guerra ni racionamiento de pan. Bill se me acercó y me tendió la mano.

—Os presento a mi novia, chicos —dijo.

Luego se volvió hacia mí:

—Valia, these are Phil, Nat, Andy, Dave and Isaiah.

Titubeante, le di la mano al americano llamado Andy, que me dedicó una sonrisa abierta. Tenía los dientes aún más blancos que los demás y los mostraba incesantemente, como si de un anuncio de dentífrico se tratara. Su apretón amistoso y firme, y luego el mismo apretón jovial de los demás hombres, me infundió ánimos. La mesa estaba lista para siete comensales. «Cinco marineros igual que en el cuento, Bill y yo —conté como las bolitas de un ábaco—. Así que me esperaban —me tranquilicé—. Contaban conmigo, no soy una intrusa.»

En la presidencia de la mesa había un jarrón con dos rosas blancas. Me sentaron frente a las rosas, con Bill a mi derecha.

El Dvina me parecía hoy un mar azul; italiano o español, para nada nuestro mar Blanco, que suele ser gris, inhóspito, expuesto al viento. En él se reflejaba el cielo de junio. Cuando me volví hacia Bill, le vi sobre un fondo marino. En su rostro bronceado le llameaban los ojos. Los demás también estaban resplandecientes y se reían sin parar como niños, no parecían capaces de mantenerse serios. Phil tarareaba para sí mismo una melodía, mientras escuchaba las conversaciones a su alrededor. «Qué bien les quedan los uniformes de marinero», pensé. Me parecían chicos grandes en trajes de marinero de domingo, como en las viejas fotografías de mi padre.

Para cenar sirvieron pollo relleno con arroz, para mí una auténtica delicia. A esa hora, las nueve de la noche, el farolillo naranja del sol, colgado en el cielo, ayudaba a celebrar la noche blanca. Ya hacía tiempo que había caído en un amplio semicírculo hacia el horizonte. Isaiah se puso en pie para cerrar una sombrilla amarilla. Bill cerró la azul, la cogió con la mano derecha como si fuera una espada e invitó a la sombrilla amarilla a un duelo. Durante unos momentos, los dos hombres batallaron, hasta que la sombrilla amarilla clavó la azul contra la pared; luego, la azul comenzó a ahuyentar a la amarilla de la terraza del hotel hacia el vestíbulo. Todos nos apelotonamos para ver cómo la sombrilla azul, en un impulso dartañanesco, derribaba de las manos del maître una bandeja llena de platitos con pasteles. Mientras el maître y los demás camareros se lamentaban por la pérdida, los americanos se partían de risa.

Acabamos una nueva ración de pasteles que nos trajo el maître. Estaba enfurruñado; seguía resentido por la pérdida, que en tiempos de guerra resultaba ingente. Las disculpas de los americanos, pronunciadas entre estallidos de risa, no causaron efecto alguno sobre él.

Durante unos momentos, Dave, pensativo, me observó saboreando cada cucharada de requesón regado de jugo de frambuesa. Entonces me dijo:

—Veo lo que debe de estar pensando, Valia: «¿De dónde demonios han sacado estos capitalistas americanos estas exquisiteces en tiempos de guerra, ahora que hasta un pedazo de pan es una golosina?». Reconozca que lo está pensando. *A penny for your thoughts.*

Me turbó que me lo leyera tan fácilmente en la cara. ¡Me estaba esforzando tanto por no hartarme de comer, por no manchar mi vestido blanco, que mamá me había cosido rápidamente para la ocasión con sus sábanas nupciales, y por no comer demasiado deprisa para parecer una dama! Aunque habría preferido meter en mi bolso los restos que algunos dejaban para llevárselos a mi madre. Como el caviar. Apenas podía resistir la tentación.

—Eh..., sí. Estamos en guerra y no se acabará enseguida. Ya hace mucho que no tenemos qué comer.

—¿En guerra? ¡La guerra se acaba! Hoy, 20 de junio de 1944, empieza el fin de la guerra. Nosotros la ganaremos, prácticamente la hemos ganado, y lo celebraremos. Después de la batalla de Stalingrado, los rusos también la tenéis ya ganada. ¡Ya veréis, en un año todo será igual que antes! ¡Por la victoria! *Cheers*!

—¡Y por su salud! —brindó conmigo el taciturno Isaiah.

—Y por lo más importante del mundo, al menos en este momento —pronunció Andy con la sonrisa blanca—: ¡Por la belleza de Valia!

—Eso era lo que yo quería decir y al final se me ha escapado otra cosa —soltó Isaiah, y se sonrojó.

Ser consciente de gustarles me dio seguridad. *¿Y* el fin de la guerra? No me sorprendió especialmente. Siempre estuve convencida de que mi país ganaría la guerra, porque esta la debe ganar el más paciente. Eso es lo justo. ¿Pero que todo será igual que antes de la guerra? Esperaba que no. Antes de la guerra se llevaron a mi padre, y Stalin y sus ayudantes le hicieron fusilar.

—Valia, una belleza como usted no tiene necesidad de maquillarse —dijo el médico moreno, Nat, un hombre simpático con pequeñas gafas, mientras probaba la cuarta botella de vino.

A los dieciséis años aún no me pintaba, solo excepcionalmente los labios, y se lo dije lo mejor que pude. Aunque había estudiado a distancia inglés y francés en la escuela de idiomas de la Universidad de Moscú —además de asistir a las clases en la Escuela de Arte Dramático en nuestra ciudad, en Arjánguelsk—, en aquel momento me expresaba en el idioma extranjero con dificultad y me sentí avergonzada; noté que me sonrojaba igual que las frambuesas del pastel que Bill no se había terminado.

Bill me pasó suavemente un pañuelo blanco por las mejillas y luego mostró el pañuelo a sus amigos, inmaculado como antes. Todos admiraron el color sano de mi piel, pero eso no me satisfizo. Deseaba ser pálida y lánguida como Greta Garbo, a quien le caían los párpados, pesados y fatigados. La había visto con Bill en el Club Internacional, que estaba al lado del hotel, donde antes del baile proyectaban películas para los extranjeros.

6

La primera que me llevó al Club Internacional fue Nina Plastinina, cuando cerraron nuestro café habitual. «Mejor —dijo Nina ese día desde la altura de

sus altísimos tacones—: Hace poco conocí a dos oficiales de la marina americana. Seguro que están en el club; bailaremos con ellos.» Pero sin compañía de extranjeros no quisieron dejarnos entrar. Ya estábamos saliendo cuando Nina reconoció a alguien: «¡Aquí está Bill!», dijo con alegría, y ya estaba dándole la mano y mirando largamente a los ojos del apuesto hombre con el pelo y las cejas como alas de cuervo. Fui tras ellos; abría la marcha un hombre pequeño, rubicundo, con la cara redonda y vestido de uniforme de marinero, hoy ya un viejo conocido, el bueno de Warren. Me sonrió abiertamente. Me resultaba fácil bailar con él. Mientras bailábamos, me enseñó algunas palabras y palabrotas inglesas y me habló del barco *Thomas Hardy*, en el que habían venido. Luego nos acercamos a la mesa para descansar. A mi alrededor solo se oía inglés, como si de repente estuviera en otro país. Se podía apreciar su buena educación y una elegancia natural. «No como los nuestros, que están en la Edad Media», me susurró Nina.

Luego me presentó a su acompañante:

—Bill, te presento a Valentina Grigorievna Nevéleva, Valia —dijo despreocupada.

—¿Su amiga? —preguntó el marinero.

—Bueno, solo una conocida. —Nina agitó la mano—. Él es Bill Rowgrave.

Le di al joven la mano y él se me presentó:

—Bell

Le pregunté qué hacían en nuestro país tantos extranjeros de todo el mundo. Bill-*Bel* me explicó que en el club solo había americanos e ingleses, porque a Arjánguelsk y a otras ciudades soviéticas durante la guerra solo venían barcos americanos e ingleses. Me llevó a la pista y mientras bailábamos no cesaba de hacerme preguntas:

—Valia, ¿así que se llama Valentina? ¿Sabe que por San Valentín se celebra en toda América el Día de los Enamorados? ¿Cuál es su fiesta favorita del año? ¿Cómo celebran los rusos el Año Nuevo? ¿En invierno aquí hiela como en Alaska? ¿Y qué estudia? ¿A qué quiere dedicarse? ¿Qué papeles le gustan? ¿Prefiere actuar en comedias o en tragedias?

Nina le llevó al piano y poco después les vi bailando juntos: la bella Nina, de pelo castaño rizado con reflejos dorados y ojos grises como la niebla matutina, iba sobre tacones de aguja y se tambaleaba sobre ellos en la pista como una niña que se ha puesto los patines por primera vez y, en lugar de patinar, camina sobre el hielo perdiendo el equilibrio cada dos por tres. Yo, mientras tanto, bailaba con el alegre capitán. Le sudaban un poco las manos, pero me divertí con él. Me enseñó más frases en argot: «¡Sin ellas está perdida en América!». Como si tuviera que ir allí mañana mismo.

7

Ese día, en la terraza, entre los marineros americanos, me acordé de lo que me explicó aquella vez Bill en el Club Internacional sobre las flotillas

americana e inglesa en las ciudades soviéticas, y le pregunté:

—¿Qué se llevarán de nuestro país en sus barcos?

No nos llevaremos nada, Valia —me contestó Nat con la sonrisa traviesa. Sin duda, en la escuela era el pillo que no dejaba en paz a sus profesores—. Al contrario. Dejaremos aquí lo que trajimos.

—¿Qué nos han traído?

—Eso no podemos decírselo. —Nat se hizo el severo. Luego me susurró, aunque con claridad para que todos lo oyeran—: Es un secreto de Estado.

—Pues os lo podéis quedar —dije, haciéndome la ofendida para continuar con el juego de Nat—. De todos modos ya lo sé. Nos traen fusiles, tanques y munición.

—¿Cómo lo sabe?

—¿Y qué otra cosa podrían traernos durante la guerra?

—Es lista, Valia. A usted no hay quien la engañe. Pero en esto se equivoca: hemos traído alimentos.

Me guiñó el ojo como un gamberro simpático.

¿Me estaba tomando el pelo? Si lo hubiera dicho un ruso, sin duda se habría estado mofando, pensé. Pero todos me sonrieron y leí la admiración en sus ojos. Por un momento me sentí como Greta Garbo y entrecerré los ojos para imitar sus pesados párpados.

—Ya verá, Valia, cómo se cumplirán mis palabras: a usted nadie conseguirá engañarla en su vida. ¡Recuérdelo! —dijo Dave, y me miró poniendo los ojos bizcos a través de sus pequeñas gafas.

Dejé de esforzarme en ser una *femme fatale* y observé a los americanos con mirada expectante: ¿de verdad no se estaban burlando de mí? De repente me parecían extraños, lejanos, inescrutables. Desde sus asientos, con una sonrisa infantil en los labios, como si en el mundo no existiera nada más que el sol en el horizonte y esta terraza. ¿Era una máscara? ¿Iban a estallar de repente a carcajadas a mi costa? ¿Que nadie me engañaría en mi vida? ¡Si hasta un niño puede tomarme el pelo! Pero Dave, que siempre lo veía todo, se inclinó hacia mí y me besó la mano. Pensé que se le caerían las gafas. Luego, algo torpe y durante un largo instante, me la besó también Isaiah, que en todo ese tiempo no había dejado de mirarme. Me alegró pensar que Bill lo estaba viendo. Volví a entrecerrar los ojos. Entonces, bajo unas pestañas, vi un par de ojos grises, grandes y llenos de odio igual que cuchillos afilados. Pestañeé y la visión desapareció.

Luego todos cantaron acompañados de una guitarra. Cuando me lo pidieron a mí, canté el aria de Mozart *Voi che sapete*. Cuando acabé, todos se pusieron en pie, aplaudieron y me aclamaron. Phil, que durante todo el rato estaba tarareando algo para sí mismo, cogió la guitarra y se puso a cantar una versión particular de la canción *It's a long way to Tipperary.*

That's the wrong way to tickle Mary.

That's the wrong way to kiss!
Don't you know that over here, lad
They like it best like this!
Hooray for the Russian girl,
Farewell New York!
We didn't know the way to tickle Mary,
But we learned how, over there!

Mientras cantaba, Phil hizo toda clase de gestos y muecas; cuando acabó, Andy, Bill y los demás se hartaban de reír hasta saltárseles las lágrimas, y todos brindaron por Phil. Dave sonreía en silencio, como si pensara en otra cosa.

8

El sol ya no ardía; debían de ser las once. La orquesta empezó a tocar danzas vienesas. Durante el vals, Bill me cogió con firmeza de la cintura y yo pensé en Kostia, mi pretendiente ruso. Cada vez que venía a casa para que saliera con él, apestaba a vodka. Bill olía a jabón. «Como un bebé», pensé. Kostia daba puñetazos en la mesa, los americanos besaban las manos. Kostia me obligaba a hacer las cosas: «¡Tienes que hacerlo!», era su expresión favorita. Cuando en una ocasión, en un brindis, solo me mojé los labios con el vodka, Kostia me lo reprochó: «¡Si no te bebes el vodka hasta la última gota, significa que no me quieres!». Esto lo dicen muchos rusos a los que he conocido, mientras que los americanos me dejan hacer lo que me apetezca y todo lo mío les parece curioso y atractivo. No pude vencer el desprecio que sentí en ese momento hacia Kostia y me enfurecí hasta atragantarme.

—¿Qué te pasa, Valia? —me preguntó Bill, y me dio el pañuelo blanco planchado con el que antes me había frotado la cara.

Fingí que alguien me había soplado humo a la cara. Aunque sabía que un extranjero difícilmente se permitiría tal falta de educación, y en este hotel todos lo eran. Bill me llevó a la mesa. De repente volví a tener la sensación de que unos ojos me estaban mirando desde algún sitio. Eran ojos férreos que me observaban mientras giraba en la pista con Bill durante el foxtrot y luego al volver a la mesa apoyada en él. Igual que aquella vez en el consulado americano, donde estuve con mis nuevos conocidos en una recepción. También allá me acosaron unos ojos grises y fríos. Como ahora. Los sentía sobre mí incluso cuando Bill me ofreció un helado. Todavía no había podido acabármelo cuando Andy me sacó a bailar.

El sol dejó tras él trazas de rosa oscuro en el cielo violeta, como si se le despintaran los labios maquillados; parecía querer retirarse. Rápidamente, después del foxtrot, busqué en mi bolso el pintalabios y el espejo, porque me parecía que los labios se me habían despintado a mí también. Por el rabillo del

ojo vi que Bill no podía apartar la vista de mis labios mientras los perfilaba con el carmín rosa. Como si fueran el centro del universo.

Me había mirado de este mismo modo hacía pocos días, cuando fuimos a bañarnos a la playa y yo me revolqué sobre la arena caliente. Me contemplaba como si no existiera nada más en el mundo. Luego me cogió en brazos y me tiró al agua: «¡Toma!». Debía de querer que gritara y le suplicara auxilio. Pero no me conocía: primero nadé a mi antojo y, tras un largo rato, volví a él para salpicarle como si apagara un incendio. Bill se quedó ahí en pie, sonriendo. Luego me abrazó y ambos nos hundimos, juntamos piernas, brazos y cuerpos igual que dos anguilas, y nos besamos en el cuello y en los hombros. Nos dirigimos nadando hasta detrás de las rocas, donde nadie nos veía. Pero él se apartó de mí y fue a la orilla. Allí me dijo que pronto debería volver a casa y que no quería que me ocurriera nada malo.

Por la noche fuimos al teatro. En la oscuridad me besó en el cuello y me acarició los pechos, pero de manera tan tímida e indecisa que tuve la sensación de que comprobaba si mi blusa era de seda auténtica o solo de algodón. Así que me estreché un poco contra él. Luego me desabrochó el sujetador. La gente lo vio y se alejó de nuestros asientos, algo enfadada, pero al menos pudimos disfrutar de cierta intimidad. Bill siguió acariciándome el cuerpo con mucho cuidado, como si fuera de porcelana. Cuando estábamos en lo mejor, apartó las manos, se separó un poco, durante unos instantes buscó en su bolsillo, me puso un anillo en el dedo y dijo:

—¡Ahora eres mi mujer!

En ese momento se encendieron majestuosamente las luces del teatro y la gente se puso a aplaudir.

Mientras me acompañaba a casa, mis pechos, con el sujetador desabrochado bajo la blusa, se balanceaban indiscretamente. Podría haberlo abrochado, pero me resultaba divertido. No había luz y nadie fisgoneaba. Bill sonreía, cuando no pasaba nadie me sujetaba los pechos y luego los soltaba para que se movieran a su antojo, se reía y le fascinaba, como si nunca hubiera visto un pecho femenino. Y mientras, tarareaba la melodía de *Tipperary y cantaba «Goodbye Staten Island, farewell Times Square. It's a long way to Arjánguelsk, but my heart's right therel»*.

Aquí, ahora, en la terraza, con una luz virada al violeta, lo que significaba que era más de medianoche, Bill me abrazaba y volábamos por la sala con el vals *El Danubio azul*. «En el Dvina azul», cantaba en voz baja. Me sujetaba con firmeza; de repente nos encontramos en las escaleras, pero seguíamos bailando, al son del vals subimos hasta la primera planta; los americanos y otros huéspedes del hotel estaban al pie de la escalera, mirando cómo danzábamos. De repente pensé que al bailar el vestido ondeaba y se abría como una flor madura vuelta hacia abajo y que desde el pie de la escalera se me vería bajo la falda. Sí, sin duda era así, lo leí en las caras de los americanos: dejaron de reírse, incluso la eterna risa de Andy dejó de sonar.

Phil estaba sonrojado hasta las orejas e Isaiah, hasta su calva incipiente. Todos me miraban encandilados las piernas, los muslos. Yo me ruboricé y reflexioné rápidamente. Luego recordé que, por fortuna, bajo el vestido blanco llevaba las braguitas que mamá me había cosido con la cortina blanca de encaje. Era un encaje muy ralo... ¡pero era blanco e iba a juego con el vestido!

9

Bajaba por las espaciosas escaleras del teatro Bolshoi. Ausente, tiraba a la pequeña Bela de la mano como si fuera una muñeca de trapo. Pensaba que debía representar el personaje de Katia Kabanova en *La tempestad* de Ostrovski; me habían escogido para este papel en una selección de la escuela. ¿Qué clase de Katia sería? ¿Me convertiría en ella de verdad? Katia era una mujer desgraciada, mientras que para mí cada nuevo día es un motivo de felicidad: ¡seré actriz en el Bolshoi! ¡Me esperan cartas, llamadas, visitas! Ya hacía más de dos años que habían anunciado oficialmente el fin de la guerra; ahora sin duda volvería a tener la sonrisa blanca, los ojos vivos en la cara bronceada, la expresión soñadora.

Hacía unos momentos que aquí, en la Escuela de Arte Dramático del teatro Bolshoi, había cantado mi versión para cabaré de la canción *It's a long way to Tipperary*, acompañándome del piano. La profesora de canto me aplaudió. Bela, sentada en un rincón con un oso de peluche, que le regalé yo y al que llamaba *Osi*, me miraba con sus enormes ojos y tarareaba la melodía.

Miré hacia mi hija, tras de mí. Ella se detuvo, disgustada, y con una actitud algo recriminadora, me miró con los ojos más grandes que sus puños. Ya comenzaba a lloriquear: iba demasiado deprisa para ella y la arrastraba de la mano, pobrecilla, como una marioneta. «Solo tiene dos años, debo ir con cuidado y no estar siempre en las nubes», me reproché a mí misma.

—Enséñale a mamá lo bien que bajas las escaleras, Bélochka, ¡enséñaselo, bonita!

Y le retiré el oso.

—¡Mi *Osi*! ¡Sin *Osi* no voy a ninguna parte!

La tranquilicé diciendo que solo se lo sostendría y que, cuando hubiéramos bajado las escaleras, volvería a ser suyo. Me miró insegura, como si me riera de ella. Y cuando estuvo segura de que mamá estaba atenta a su paso, se esmeró en el descenso. Primero se movió con cuidado, poco a poco, y luego bajó los últimos escalones a saltos, igual que una cabrita, para mostrarme lo bien que lo hacía. Mientras yo había estado ensayando el monólogo de Katia Kabanova, Bela había recogido unas coloridas hojas otoñales en el balcón y ahora, a cada escalón superado, las agitaba como una banderola roja el primero de mayo. Me observaba sin parar para cerciorarse de que veía lo bien que saltaba escaleras abajo.

10

Mamá nos esperaba con la cena caliente. Había hecho sopa, *borshch* de verduras, y añadió setas que hacía más o menos un mes habíamos recogido en una excursión al lago y que después mamá secó en el desván. En la excursión íbamos cuatro contando a Vladímir Vladislávovich, antiguo compañero de clase de mamá, que había vuelto de la guerra y cuya esposa, mientras tanto, había encontrado a otro. Así que firmó el divorcio, Vladímir vino a ver a mi madre.

Nos invitó a su cabaña del lago. Cocinaba para nosotras. Y, cuando hacía buen tiempo, ponía la mesa delante de la cabaña entre los abedules, desde donde había una buena vista del lago. Lo soporté porque para Bela era sano, pero no me divertía ver las insinuaciones de mi madre a este hombre blando con grandes labios y gruesas gafas que se dedicaba a transcribir partituras. ¿Acaso es ese un trabajo de hombre? En la guerra no luchó como era debido; con esas gafas tan gruesas, tampoco habría podido. Escribía crónicas periodísticas y, en la cabaña, lo hacía todo para nosotras. «Es un calzonazos, no un hombre», le dije una vez a mamá. Ella me miró sorprendida y pude leerle en la cara que le habría gustado contestarme, pero que no quería entrar en discusiones. Me hice la orgullosa e inaccesible, queriendo mostrarle que deseaba que fuera fiel al recuerdo de mi padre; habían pasado diez años y mi madre se ponía perfume de tomillo por otro hombre.

Pero en el camino de vuelta a casa, en el autobús, soñolienta, me di cuenta de que no me molestaba tanto el amigo de mi madre como el hecho de que alguien estuviera interesado en ella, mientras que yo no tenía a nadie. Porque el borracho de Kostia no contaba. ¿El borracho de Kostia? ¡Pero si no hacía mucho todavía aceptaba contenta sus esfuerzos por deslumbrarme! Tampoco me parecía que bebiera tanto. Sin embargo, ahora ya no quería saber nada de Kostia. Kostia con su hockey sobre hielo, y yo eternamente sentada viendo sus amados partidos. Una vez le llevé a la ópera y justo después, fue a un bar corriente donde retransmitían un partido de hockey por la radio... No, no quería a Kostia.

«Va contra natura —me esforcé en convencerme de mi razón— que a la madre la ronden y la hija joven se quede sola.» «Tonterías, no tiene nada que ver con eso», dijo otra voz, la que estaba más allá de mi voluntad. Era consciente de que mi madre, que sabía estar alegre como una niña, aunque en casa era solícita y cuidadosa, a sus treinta y ocho años parecía mi hermana mayor. Con su corazón enfermo no debía engordar ni un gramo, por eso estaba delgada y frágil como una varilla; su pelo rubio rizado le caía sobre los hombros y con su vestido rojo ajustado se parecía a la actriz Tatiana Okunévskaia, al menos diez años más joven que ella y que en lo que se refiere a belleza, elegancia y comportamiento selecto era nuestro modelo.

Tras la sopa, mi madre trajo patatas con cebolla y trozos de tocino tostado. Después de los años de guerra, yo comía sin parar y no me hartaba nunca de estas patatas con grasa. Al acabar, me llevé la vajilla para limpiarla en la

cocina común del piso dividido. Tuve suerte, solo estaba el viejo Slava hirviendo agua para el té. Me preguntó por la salud de mi madre y le contesté que volvía a tener molestias en el corazón.

Mi madre se sentó bajo la lámpara de pie, al lado de la radio, a tejer un jersey rojo con ciervos azules que me estaba haciendo mientras escuchaba una obra radiofónica. Bela se caía de cansancio. Medio dormida, la bañé, me lavé yo también y me fui con ella a dormir a la otra esquina de la habitación, donde estaba mi cama. Enseguida se durmió. Pensé que por la mañana me despertaría: le gustaba jugar con mi pelo, y a las seis de la mañana ya volvería a tirarme de él.

—¿Por qué suspiras, Valia? —preguntó mi madre a media voz.

Me puse el dedo sobre los labios y señalé hacia Bela, que ya dormía.

Mi madre movió los dedos en señal de buenas noches y puso los labios en punta para mandarme un beso. Le sonreí y fui a cepillarme los dientes. Luego la besé en ambas mejillas. Ella bajó el volumen de la radio y se entregó a la labor.

Mientras dormía, Bela me agarraba el codo con sus manos rechonchas y respiraba en mi hombro. La besé el pelo con cuidado para no despertarla y con la otra mano apagué la luz del lado de la cama.

Estaba empezando a dormirme. A lo lejos se oyó la sirena de un barco. Deseé irme lejos, pero me limité a cubrir la espalda de Bela con la manta.

11

Me arrancaron del sueño el timbre y los golpes y patadas en la puerta. En ese momento se encendió la luz y tres desconocidos, dos hombres y una mujer mayor, irrumpieron en la habitación. Mi madre iba con su bata ajustada azul oscuro. «Es una dama en cualquier situación», se me pasó por la cabeza; ni siquiera parecía soñolienta. Se esforzaba en hablar con ellos, pero le dieron la espalda. Salté de la cama y me cubrí con el abrigo. Mamá me abrazó, pero me aparté nerviosamente de ella. Empezaron arrancando los cajones de la cómoda y vertiendo su contenido en el suelo. Pensé que era una pesadilla y me sentí incapaz de moverme. Me di cuenta de que Bela gritaba de miedo, totalmente sofocada, y la cogí en brazos. Pero mi niña no se podía tranquilizar. Eso hizo que volviera en mí.

—¿Qué están haciendo?

—¿Qué hacemos? Registro domiciliario, como puede ver.

—¿Dónde tiene el permiso?

No consideraron oportuno contestarme. Me enfurecí y dejé de controlarme.

—¡Lárguense!

Mi madre intentó calmarme, tapándome la boca con la mano.

—Nos largamos, pero con usted. ¡Vámonos! —me dijo la mujer, mientras los hombres revolvían los cajones, uno los de la cocina, el otro los de la cómoda. Lo hacían a conciencia, no tenían prisa.

Puse a Bela en la cama y le tapé la cabecita, caliente de tanto llorar. Pero la niña se la destapó para observar qué pasaba y se puso a gritar, con la cara enrojecida. Yo quise deshacer el malentendido lo más rápidamente posible y volver junto a mi niña, así que empecé a ponerme encima lo primero que encontré a mano. Luego cambié de idea: la ropa muestra el carácter y sería importante la impresión que causara. Me puse el vestido ajustado gris claro que, lo sabía, me quedaba bien. ¿Qué hacer con la insignia tricolor con la inscripción «US Navy» que Bill me había prendido en la solapa como recuerdo antes de partir? Se la di a Bela para que jugara:

—Cuidado, aquí hay una aguja; no te pinches y sobre todo no pinches a los demás niños.

Bela empezó a probar de inmediato si de verdad pinchaba y por unos momentos dejó de gritar. Entonces me fijé en cómo iba el registro para no malgastar el tiempo. Los hombres, en esos momentos, estaban examinando una pieza tras otra de mi ropa y de la de mi madre, ya por segunda vez. Luego tiraban al suelo la pieza examinada. Bela permaneció en silencio solo por unos momentos, después se sentó en la cama y volvió a gritar con fuerzas redobladas. A mi madre, asustada, la saludé fugazmente haciendo un gesto con la cabeza y luego me dirigí hacia la puerta. Pero aquellos tres todavía no tenían intención de irse. Ahora buscaban en la pequeña biblioteca, sacudían nuestros libros y los tiraban al suelo.

Mi madre se me acercó y me cogió de la mano. Me miró fijamente.

—Ante todo no debes temer nada. Papá tuvo miedo, temblaba cuando se lo llevaron, pobre, no fue capaz de decir palabra. Es mejor mantener la entereza, ¿lo entiendes? No tengas miedo a nada, ni a la prisión. Y tampoco a nadie. Aunque te amenacen con la muerte o con la tortura. O con la muerte de tus seres queridos. Con el miedo, con la cabeza baja y con la pluma preparada para firmar cualquier cosa contra ti misma no conseguirás nada. Tu padre se sometió y lo fusilaron igualmente.

Vi que uno de los hombres confiscaba las carpetas de mi madre, en las que guardaba su correspondencia, y se la entregaba al otro. Este metió las carpetas llenas en el maletín. Luego continuaron.

—Ya tengo miedo —susurré.

—Ten valor y la providencia te protegerá.

—No he hecho nada. Sin duda será un malentendido.

Me esforcé en decirlo lo más alto que pude para que me oyeran aquellos tres. Pero ni siquiera mi madre me escuchó bien y tuvo que acercar su oído a mis labios.

—Quizás. O no. Pero todo pasará. Debes recorrer el camino que te ha sido asignado.

«Dime, ¿qué he hecho, mamá? ¿Por qué me pasa esto? ¿Por qué a mí?», quise decir, pero solo moví los labios, la voz no me salió. Lo único que podía hacer era temblar.

—Tienes que aguantar, mi niña, por Bela —dijo mi madre, aparentemente

severa. Yo no sabía por qué me trataba así. Pero luego empezó a tomar forma en sus labios esa sonrisa apenas perceptible que tanto me gustaba. Y vi que era categórica, no severa.

Uno de los hombres se dirigió hacia la cama, cogió a Bela y con un gesto brusco la sentó en una silla, como si se tratara de un objeto. Bela empezó a llorar y gritar con todas sus fuerzas. Mi madre se acercó de un salto y la cogió en brazos. Ahora los dos hombres sacudían el edredón bajo el que hacía unos momentos Bela y yo dormíamos plácidamente. Luego buscaron bajo el colchón. La mujer solo observaba.

—¿Aguantaré? No lo sé —susurré—. Pero soy inocente, no me puede pasar nada... ¿O sí? —Me agarraba a un clavo ardiendo.

—Tan pronto empieces a dudar de ti misma, estarás perdida. Hace falta valor, aun en inferioridad de condiciones. Y tú lo tienes, pequeña. No olvides invocarlo siempre, en toda circunstancia —me dijo mi madre con firmeza, aunque tenía las mejillas húmedas.

Mientras, aquellos tres habían acabado su obra de destrucción: el contenido del armario y los cajones yacía apilado en medio del cuarto y los cajones arrancados se mofaban de mí con sus morros desdentados. La mujer me empujó enérgicamente hacia la puerta.

Me deshice de ella para despedirme de Bela. Acaricié el pelo claro y sedoso de Bélochka:

—Mamá volverá enseguida; duérmete, angelito.

Bela alargó sus bracitos hacia mí. No podía irme sin más. La cogí en brazos y le mordí la naricita. Pero con esta broma no engañé a la criatura, que chillaba y no quería soltarme. Sentía algo malo en el ambiente. La mujer del trío de policías me la arrancó de los brazos. Mi madre se acercó deprisa a ella, la tomó y la apretó contra su pecho. Salí con el trío a la helada noche otoñal. Frente a la casa me metieron en un coche que arrancó bruscamente.

12

Me llevaron a una pequeña oficina desangelada y me sentaron en un sofá-cama. Luego se fueron todos. No había nada allí, solo un escritorio lleno de papeles amontonados y el omnipresente rostro impenetrable de Stalin que lo dominaba todo. Durante largo rato me quedé sentada en una tensa espera. Entró un hombre delgado que se sentó tras el escritorio. Se puso a consultar sus papeles sin hacerme caso; hacía como si yo no estuviera. Tras un buen rato, interrumpí temerosa el silencio:

—Señor, ¿puede decirme algo?

El funcionario siguió revolviendo sus papeles en silencio.

—¿Puede decirme algo, camarada? —lo intenté de nuevo.

—Hum —dijo ausente.

—¿Por qué me han traído aquí?

—Pronto se enterará.

—Debo ir a casa, tengo una hija pequeña.
—Olvídelo.
—¿Olvidarme de que tengo una hija? —El pánico se apoderó de mí—. ¿Qué quiere decir? Señor, ¿tiene hijos?
El hombre callaba y hojeaba unas carpetas, como si no me oyera.
—¿Cómo he de olvidar a mi hija? —repetí en voz baja.
El hombre siguió callado.
—Dígame algo, camarada, por favor. ¿Qué quiere decir con que he de olvidarme de mi hija? —repetí, mientras la desesperación hacía mella en mí.
El hombre seguía en silencio, ocupado con sus papeles, como si no me considerara digna de darme una respuesta. Tras un largo rato dijo:
—Se emitirá una orden de arresto contra usted. Soy el inspector y se me ha encargado su caso.
—¿Caso? —Se me dilataron los ojos como si hubiera visto algo horrible. Tenía miedo. Para ahuyentarlo, me esforcé en hablar en voz alta, tajante, enérgica—: ¿Qué caso? ¿Dónde hay un caso?
Pero lo único que se oyó fue el grito de una madre desesperada.
El hombre se sumió de nuevo en el silencio. Luego salió de la habitación. Volví a quedarme sola. De vez en cuando me traían un refresco y un panecillo.
Tres días más tarde, apareció la prometida orden: había sido detenida como espía americana. Me reí: ¡yo, una espía! Me sentí aliviada. Esa imputación era totalmente absurda. Estaba convencida de que se trataba de un pequeño malentendido que rápidamente se explicaría; en pocas horas, como mucho en unos días, volvería a estar en casa con Bela y con mamá.

13

Me llevaron a una celda de aislamiento. Durante el día no podía pensar en nada más que en Bela y en mi madre: ¿qué haría mi madre enferma sin mí y con una niña tan pequeña? Por la noche, tan pronto se apagaban las luces, me llevaban al interrogatorio. A veces hablaba airada con el inspector: no podía perdonarle la acusación injuriosa y, sobre todo, que él y los que habían venido a por mí me hubieran separado por la fuerza de mi hija. Otras veces me esforzaba en suplicarle. En ocasiones, por cansancio, a causa del hambre y la falta de sueño, no podía aguantar y me derrumbaba. Entonces todo me parecía perdido y solo quería morirme.
Cada noche me interrogaban, cada noche me privaban del descanso. Durante el día no podía aguantar la falta de sueño. Desfallecida, me tambaleaba y deliraba. ¡Dormir, solo dormir! Pero estaba prohibido cerrar los ojos durante el día y, por la noche, me llamaban al interrogatorio. Una vez, por la mañana, tras una noche sin acostarme, me adormecí en la celda. El vigilante golpeó de inmediato la puerta:
—¡No dormir!

Tan pronto se fue, me apoyé contra la pared y cerré los ojos.

—¡No dormir! —gritó de nuevo.

¿Qué podía hacer para quedarme en pie, con las ganas tan horrendas que tenía de cerrar los ojos ni que fuera por un segundo? De puro agotamiento perdí la noción de dónde estaba y empecé a cantar para mí misma.

—¡No cantar!

Se me acabó la paciencia. Ya todo me daba igual. Quería acostarme y no podía. Deseaba morir. Me senté junto a la ventana, pasé los dedos por el marco como si fuera un teclado y me puse a cantar con una voz rota que me esforzaba en dominar:

—It's a long way to Tipperary, it's a long way to go...

En ese momento se echaron sobre mí dos guardias y me llevaron a la celda de castigo.

—¡Por el incumplimiento de las normas carcelarias! —gritó uno.

Me encerraron. Miré a mi alrededor: el pequeño calabozo estaba vacío. En la esquina había un pequeño cubo para las necesidades, nada más.

«Sobre todo no capitular, ser una misma; ¡es lo que me aconsejó mamá!», me propuse a mí misma. Tan pronto se cerró la puerta tras los guardias, me puse de nuevo a cantar.

En una pausa oí el cuchicheo de los guardias. Tras unos momentos, entró un médico con una camisa de fuerza en la mano. Parecía ropa de payaso. Con ayuda de los guardias me metió en ella, me echó al suelo como un saco y me ató de manos y pies. Empecé a llorar de impotencia y desesperación. La puerta se abrió:

—¡No lloriquees!

Grité aún más alto.

Entraron con una toalla y me la metieron en la boca.

«¡No sucumbas! ¡Ser una misma a cualquier precio!», me ordené a mí misma. Después perdí la conciencia.

Por la mañana, me trajeron una imitación de café y un pequeño trozo de pan. Luego nada hasta la mañana siguiente. Y luego nada hasta el día siguiente, y de nuevo lo mismo hasta la siguiente mañana.

14

Después de tres días me llevaron de vuelta a la celda. Estaba más muerta que viva y todo me daba igual. Quería dormir o morir. Pero dormir no estaba permitido.

Por la noche, me convocaron de nuevo al interrogatorio. Otra vez la insípida oficina sin un solo objeto simpático. El retrato de Stalin en la pared, con su expresión vanidosa. Lo veía todo entre una niebla. La debilidad no me permitía mantenerme en pie, pero me prohibían sentarme. Las preguntas las oía lejanas. Mis respuestas eran las palabras y los gestos de una persona impotente.

—¿Ha aprendido la lección?

Por toda respuesta me esforcé en mirar con desprecio al inspector.

—¿A qué americano le entregaba los informes?

—A ninguno —contesté, pero sin la firmeza que habría deseado. Sentía ganas de vomitar, pero tenía el estómago vacío.

—¿En qué trabajaba Andrew Fenton como civil?

—No lo sé.

—¿E Isaiah Gurfinkel?

—No lo sé. Nunca hablamos de ello.

—Isaiah Gurfinkel es un espía proisraelí.

¿El tímido y sensible Isaiah? Miré al inspector con un infinito desprecio. Él repitió la frase con más agresividad aún. Negué con la cabeza.

—¡No lo niegue! ¡Lo sabemos todo!

—No puedo afirmar algo que no sé.

—¡La negación solo perjudicará su caso! ¿Cuál es el apellido de Bill?

—No lo sé.

—¡Sí lo sabe! Cuanto más se niega a responder, más agrava su situación.

—No lo sé. Yo solo le llamaba Bill.

—¿Qué le dice Bill por teléfono? ¿Y por carta? ¿Le envía documentos?

¿Por teléfono? ¿Cómo que por teléfono? Pero el policía lo había dicho claramente: «*Por teléfono*». ¡Si Bill jamás me había llamado! A no ser que la policía secreta hubiera interceptado la llamada. ¿Y quizá también las cartas de Bill? El hombrecillo demacrado había dicho algo de un envío de documentos. Sin duda Bill me habría escrito, tenía mi dirección. Si no estuviera tan horriblemente exhausta por la falta de sueño, si fuera capaz de pensar con lógica...

—¿De qué se hablaba en las recepciones en el consulado americano?

Pero a mí me inquietaba algo distinto.

—¿Qué pasa con Bill? ¡He de saberlo!

—Las preguntas las hago yo y no al revés, ¿lo entiende? ¿O por qué cree que está usted aquí? —ladró dando un puñetazo en la mesa.

Pero yo me agarré a la esperanza.

—Es el padre de mi hija. Dígame qué le pasa —le pedí, y en voz baja añadí la palabra que desde que me habían encerrado nadie me había oído pronunciar —: ¡Por favor!

—Le doy su última oportunidad para reconocer amistosamente su actividad de espionaje.

—¿Debo reconocer algo que no he hecho?

—La han delatado. Y tenemos todos los motivos para creerlo.

¿Delatado? ¿Delatada por espionaje, yo? Era absurdo y no me lo creí ni por un momento. Se lo dije en voz baja al burócrata de oficina para no provocarle, aunque con firmeza:

—Soy inocente.

Pero él me anunció en tono gélido:

—Aquí está la denuncia, ¿la ve? Repito: le doy una última oportunidad. Mañana por la noche será peor. ¿Ha oído hablar de la señora inspectora? Es una porra, de esas grandes, de policía. Tras varios golpes todos confiesan.

15

De madrugada me llevaron a otra celda. Estaba fría, húmeda. Había una chica sentada de mi edad, sorbiéndose los mocos.

—Me llamo Valentina —dijo bañada en lágrimas y, temblando de frío, tiró del jersey de lana rojo para ceñírselo más contra el cuerpo.

—¡Qué casualidad, yo también! Valentina Grigorievna. —Yo soy Valentina Artiómovna. ¿Y qué haces aquí, Valentina Grigorievna?

—Puedes llamarme Valia —le propuse—. ¿Qué hago aquí? ¡Lo mismo que tú!

—¿Por qué te han cogido, Valia? —volvió a preguntar, pero ahora más bien indiferente, solo por decir algo, quizá con un mínimo destello de interés.

—Por nada. Es un malentendido. No he hecho nada malo, ¿sabes? —le expliqué.

Me di cuenta de que en la pared, detrás de Valentina, había un escarabajo realmente grande. Pero estaba tan exhausta que apenas podía mantener la conversación. Habría preferido caer en la cama y olvidarme del mundo, pero estaba prohibido.

—Yo tampoco. Soy estudiante de matemáticas, eso es todo —dijo, y se limpió las lágrimas—. Y quieren que firme que soy enemiga de la patria —añadió desesperada.

—Eso mismo quieren de mí también. Y que soy espía. ¿Yo, espía? —me reí, feliz de poder sincerarme con un alma afín. El escarabajo cayó al suelo. Lo pisé.

De repente caí en la cuenta de que había pisado una cucaracha. A mí, que siempre me habían dado asco los insectos, que huía hasta de las hormigas y temía a las avispas. ¿Qué quedaba de mí?

—¡Si al menos tuviera a alguien que me trajera de vez en cuando un paquete de comida! Pero estoy completamente sola; mis padres viven en Leningrado, yo me vine hace muy poco.

—¿Qué harás aquí, Valentina?

—Trabajaré en el puerto. Hablo inglés y polaco, y también he estudiado dos años en la escuela de comercio. Cuando aprenda bien el trabajo, haré que me trasladen a Leningrado.

—¿Tienes alguna amiga? ¿O novio? Quizá podrías escribirles.

Me esforcé en idear algo para esta chica que a primera vista me había caído simpática, que tenía una sonrisa sincera, todavía llorosa, y una conducta esquiva pero afectuosa. Mi pregunta la hizo sonrojar. Vi que por la pared de detrás de Valentina avanzaba una cucaracha igual a la de antes, pero más grande. No tenía ya fuerzas para matarla.

—No conozco a nadie aquí. ¿Y tú? ¿Tienes novio, Valia? —me preguntó Valentina.

—Lo tuve. ¿Y tú?

—No. Cuando vivía en Leningrado me gustaba un chico mucho mayor que yo, pero mi primo me trajo aquí.

—¿Por qué, Valia?

—Era una promesa que tuve que cumplir.

—¿No te gusta Arjánguelsk?

—Sí, por un tiempo. Es perfecto para estudiar. No hay tantas distracciones como en Leningrado: teatros, cines. En Leningrado vi todas las películas en las que actuaba Tatiana Okunévskaia.

Pensé que aquí había otro punto en común: esa actriz maravillosa. Tenía la sensación de haber encontrado a una hermana.

—¿Y qué pasó con tu novio, Valia? ¿Os separasteis? —preguntó con interés.

—¡No, qué va! Se fue, ¿sabes? Tuvo que irse. Era americano.

—¿No quiso quedarse contigo?

—Sí quería, pero con la guerra no podía ser. Era oficial de la marina americana (¡llevaba un uniforme precioso, Valentina!), tenía que obedecer las órdenes y le ordenaron que regresara a América.

—¿Por qué no viene ahora que la guerra ha terminado? —Valentina no lo entendía.

Tenía una piel fina y blanca que a menudo cambiaba de color, enmarcada por su pelo rubio. Supuse que tendría uno o dos años menos que yo. Temblé de frío. ¿Cómo aguantaríamos en esta mazmorra?

—¿Acaso hay extranjeros en nuestro país? Durante la guerra era distinto; los barcos de la marina americana e inglesa nos traían alimentos y tal vez munición. Pero una vez acabada la guerra no está permitido que vivan aquí. Y aparte, Bill...

—¿Se llamaba Bill? ¿Buffalo Bill?

—Bill Rowgrave, aunque su nombre lo pronunciaba como *Bel*. Me decía que amaba a su país, a Dios y a sus padres. En este orden.

—¿Y no te parece raro?

—¿Qué me debería parecer raro? Yo también amo a mi país y a mi madre. A mi padre le adoraba, pero le fusilaron en el treinta y siete. Yo tenía nueve años cuando se lo llevaron. Mi padre era tan amable, tan bueno, tan tierno; nunca le olvidaré, ¿sabes, Valentina?

—¡Pero lo de Dios es raro!

Me supo mal que Valentina no reaccionara a la mención de la ejecución de mi padre. ¿Cómo podía obviarlo en silencio, ella que me había parecido una chica sensible? Me recordó algo, alguna situación.

—Cada uno tiene algo en lo que cree y para lo que vive —repuse, decepcionada.

Me miró con interés. Lo interpreté como una pregunta.

—Yo, por ejemplo —proseguí—, quiero ser buena actriz. Qué digo buena, ¡una actriz magnífica!

De repente me acordé de la situación. Bill me hablaba del cuento *La dama del perrito*, cuando Gurov se sincera con su amigo: «He conocido a una mujer extraordinaria». Y su amigo le dice: «Tienes razón, ¡el esturión no estaba demasiado fresco!». Para desviar la conversación le pregunté:

—¿En qué película te ha gustado más de todas? Me refiero a Tatiana Okunévskaia.

—¿A mí? En Las noches sobre Belgrado.

—¡Igual que a mí!

—Valia, ¿y si no consigues lo que te has propuesto? —preguntó Valentina, y movió la cabeza para apartarse el pelo de la cara—. ¿Y si algo se interpone en tu camino?

—Tengo una hija con Bill. La llamé igual que su padre, aunque nació después de que él se marchara. Quiero convertir a Bela en una buena chica, tal como me lo imagino a él.

—¿Y si Bill se la lleva alguna vez?

—Por qué no. Bela podría estar un tiempo con él y un tiempo conmigo; también podría irme yo a América o, si algún día fuera posible, Bill podría venir a vivir aquí.

—He oído decir que el presidente de Yugoslavia se enamoró de Tatiana Okunévskaia y le propuso matrimonio. Pero ella prefiere quedarse en Rusia. Y a ti, Valia, ¿no te importaría que tu hija fuera americana?

—¿Por qué iba a importarme? Con Bill estaría en las mejores manos, Bill tiene la cabeza en su sitio.

—¿Le darías tranquilamente tu hija a un americano para que la educara?

¿Y qué pensó Gurov en el cuento? ¿Cómo era? Sí: entonces Gurov se dio cuenta de que su amor no tenía sentido para nadie más que para él y que no podía confiárselo a nadie, recordé.

—En Bill se puede confiar, Valentina. No es como los hombres de aquí, que solo saben emborracharse.

La cucaracha-monstruo cambió su rumbo y se dirigió hacia el suelo. Debía matarla, pero con ese frío no podía ni moverme.

Valentina sonreía e, incrédula, meneaba la cabeza como si le estuviera contando un cuento. Mientras, se peinaba el pelo con el dedo, pensativa. Luego preguntó, en voz baja, tímida:

—¿De verdad crees que los americanos son mejores que los rusos? Yo conocí a ingleses y franceses, pero los rusos me parecen más masculinos y buenas personas.

En ese momento pensé que mi amor también debía ser un secreto y que, si no deseaba que nadie lo profanara, debía guardármelo para mí misma. Pero quería ser completamente sincera con Valentina. Al final, la necesidad de sincerarme venció a la cautela y el instinto, que me insinuaban que custodiara el secreto de mi amor dentro de mí misma, como si fuera un tesoro.

—Los americanos que conocí tenían mejores maneras. Sabían lo que querían. Los nuestros, cuando tienen una idea brillante, enseguida la anegan en vodka como si no la pudieran soportar. En cambio los americanos tienen ciertos valores que les son sagrados.

Valentina me contestó, pero yo seguía pensando en los borrachos y me vino a la cabeza la imagen de mi primer encuentro con Kostia. Un atardecer, cuando me dirigía a mi casa —eso fue un poco antes de haber conocido a Bill —, vi en la calle a una pandilla de chicos de mi edad bastante bebidos, lo que era corriente un sábado. Quise apartarme cuando uno de ellos se me acercó con paso inseguro: «Ayúdame, guapa, ¡esos hijos de mala madre me están atacando!», dijo con voz lastimera. «¿Y por qué te atacan?», le pregunté; «Porque sí, para divertirse», contestó. Entonces me interpuse entre él y los tres chicos: «¡Si alguien ataca a ese muchacho, se las verá conmigo!». Por toda respuesta obtuve una risotada y después el más alto de los tres dijo con asco: «Una falda se mete en asuntos de hombres, ¡vámonos, chicos!». Dos de ellos se fueron; el más pequeño, rubio con el pelo rizado, totalmente sobrio, me dijo con disgusto: «No te metas, tía. ¿No ves que el chico que defiendes es un canalla capaz de poner una zancadilla a cualquiera? Dima tiene razón, este es un asunto de tíos y una mujer no tiene por qué meter las narices en él.» «Sois tres contra uno, ¡eso no es justo!», respondí. «Dima quería encargarse de él. El solo. Así estaba convenido», replicó el ángel con la aureola dorada, y se marchó. Yo no sabía qué pensar. El muchacho que me había pedido ayuda se sonaba la nariz, pero comprobé que no sangraba. Aun así sentí compasión por él y me alegré de haberlo defendido, de haber actuado con justicia; me sentía como si me hubiera convertido en Sónechka Marmeládova de *Crimen y castigo*. Continué mi camino mientras el chico me seguía y chutaba una lata vacía con el pie. Al cabo de un rato se puso a caminar a mi lado, se presentó diciendo: «Soy Kostia», y me propuso acompañarme hasta la puerta de mi casa. Se lo permití a pesar de que su aliento apestara a vodka; con él a mi lado fue más fácil conservar ese orgullo de haber actuado de modo valiente y justo.

Mientras tanto Valentina había cesado de hablar y yo asentí enfáticamente con la cabeza para ocultar que me había distraído.

Me senté en el suelo delante de la cama e hice como que tocaba el piano. Me acordé de los guardias. Sin duda volverían a abrir la puerta de un golpe y se echarían a gritar. Me detuve. Tenía tanto frío que me castañeteaban los dientes.

Pero después me lo tomé a risa: «¡Y a mí qué! ¡Que griten todo lo que quieran!». Anhelaba ser al menos un poco normal. «¿Normal? ¿Qué es normal?», me pregunté. ¡Libre! Normal significa libre. Canté, pero a media voz. Pensé que empezaba a dejar de ser normal, libre, y que eso avanzaría hasta que me convirtiera en una esclava, como muchas de las presas que veía por los pasillos. Le canté a Valentina, en voz más baja que días atrás.

¿Acaso el guardia se había olvidado de mí? ¿O cantaba tan bajo que no me oía? Lo dudaba. ¿Quizá simplemente no le apetecía gritar y echar pestes? En

todo caso, nadie me castigó.

Valentina y yo charlamos durante unos días sobre todo lo que más queríamos. Las dos pisábamos cucarachas y ciempiés; los había a decenas. Luego se la llevaron de la celda.

Yo permanecí en aquel calabozo oscuro. ¿Qué le pasaría a la pobre Valentina?

16

En la celda intentaba dejar volar la imaginación para ahuyentar los temores por mi hija y mi madre enferma, y también por mi nueva amiga. Proyecté escenas de mi vida como si fuera una película. A menudo, el pensamiento me devolvía a Bill y a Nina, mi buena amiga, a la que conocía desde la guardería. Recordé que en una celebración de Año Nuevo había cantado un poema de Esenin acompañada del piano. Aquel día me aplaudieron mucho. Desde entonces, en sus representaciones Nina solo recitaba a Esenin. Pero nadie quería escucharla a ella. Cuando hice el examen de ingreso en la Academia de Arte Dramático, ella también se presentó y me pidió consejo sobre qué monólogo debía prepararse. Yo le dije que había pasado la prueba representando a Irina de *Las tres hermanas*. Nina se preparó ese monólogo a conciencia, pero su Irina era demasiado trágica y difusa. Le aconsejaron que, para los siguientes exámenes, probara con un papel más trágico, por ejemplo la Katia Kabanová de Ostrovski. Pero Nina llegó con su Katia a los exámenes, caminando torpemente sobre unos exagerados tacones de aguja; ni siquiera podía permitirse hacer un gesto dramático con la mano, pues enseguida perdía el equilibrio. Así que en lugar de concentrarse en interpretar el monólogo, se esforzó en mantenerse erguida sobre los tacones. De nuevo fue rechazada.

17

—¿Cómo explica usted, ciudadana de la Unión Soviética —comenzó el interrogatorio a la noche siguiente—, haber tratado con ese reaccionario y revisionista? ¡Y espía!

No sabía lo que era un reaccionario ni un revisionista. Pero estaba claro que no era nada bueno.

—No es un revisionista, y mucho menos un espía —dije.

—¿Vuelve a encubrir a un espía?

El interrogador colocó la lámpara de mesa de manera que me cegara los ojos. Luego sacó unos papeles de un cajón y los colocó ante mí. Vi que se trataba de algo importante, porque estaba atento a cada movimiento mío. Alargué el brazo para coger los papeles. Eran cartas metidas en alargados sobres de correo aéreo, diferentes a los nuestros. Lo primero que vi fue el sello de colores con la inscripción «US Mail». Luego reconocí la letra de Bill, su nombre, su dirección. Dejé de controlarme, todo me daba igual. Bill me

había escrito, ¡y cuántas cartas! Como mínimo diez, quizá quince, calculé. Quise mirar el sello para ver cuándo me había escrito la que quedaba encima del montón. Estaba borroso. Me lancé sobre las misivas del mismo modo que un hambriento se lanza sobre la comida; todas estaban abiertas. Quería leerlas todas a la vez. El inspector dijo algo, luego gritó, pero a mí me daba igual, no le veía. Su puño cayó sobre las cartas y me las arrebató con violencia. Intenté suplicarle que me las dejara.

—Soy yo el que pregunta, no al revés, Valentina Grigórievna —me dijo—. Vamos al asunto. Bill le escribió. Bill le escribe. La sigue buscando, porque es un espía y quiere que colabore con él. Aquí está todo, negro sobre blanco. ¿Lo reconoce?

—¿Bill, espía?

Tuve ganas de escupirle a la cara, pero me dominé. ¿De dónde me venían las ganas de escupirle a alguien?

—Tenemos la prueba. Está aquí. Le conviene reconocerlo.

Callé; solo miraba las cartas. Las tenía al alcance de la mano y no podía tocarlas, no me permitían ver la letra geométrica de Bill, leer lo que me decía. El inspector repitió varias veces sus preguntas y cada vez en un tono más amenazador. Entonces cogió las cartas abiertas con ambas manos, las ordenó, las ató con una goma y las volvió a meter en el cajón. Durante largo rato estuve callada, ausente, mordiéndome los labios.

—¿Qué pasó con su padre?

—No lo sé. Le vi por última vez a los nueve años.

—A su padre le fusilaron por espía.

Tragué en seco.

—Su padre era espía —continuó—. Y usted no le denunció. No denunciar a un criminal es un delito punible, aunque sea a los propios padres.

—Yo tenía nueve años. Era una niña.

—Ahora puede repararlo, reconocer que colaboró con el espionaje americano.

—No tenía ni dieciséis años.

—Con su eterna negativa no se hace ningún favor —me interrumpió—. Sabemos que su madre y usted son espías para el servicio secreto americano.

—A mi madre no la meta en esto, por favor. Está muy enferma.

—Su madre seguirá el mismo camino que su padre. Y también acabaremos con usted si no cambia su actitud llena de odio. Y además... ¡tiene una hija!

El inspector silbó. Entraron dos agentes. Uno llevaba una porra y un pequeño látigo. El otro colocó una máquina en la mesa.

18

El inspector apretó un botón de la máquina. Se oyó un crujido, un chirrido, un traqueteo. Luego sonó un llanto infantil. Me di cuenta de que era un magnetófono. Y el llanto...

—¡Bela! —grité—. ¿Qué le han hecho a Bela?

El inspector apretó otro botón. El llanto se interrumpió.

Para mis adentros, me ordené: «¡Que no te haga llorar! ¡Eso espera, es lo que busca! ¡Entonces te tendrá en sus manos!».

—Entonces, ¿qué? ¿Firmará?

—Según el qué.

—Esta hoja de papel.

—¿Firmar que mi madre es una espía? No.

—Ha de firmar que ambas trabajan para los servicios secretos extranjeros. Sobre todo usted, su madre solo le ayuda.

—No, no lo firmaré.

Volvió a poner el llanto de Bela en el magnetófono y dijo:

—¿Ni siquiera si le aseguramos que en tal caso nadie le tocará un pelo a su hija?

Lo cual significaba que si no firmaba podrían hacer daño a Bela. Oí desde el magnetófono el llanto de mi niña. Moví la mano hacia la pluma.

Pero si lo firmaba, le harían daño a mi madre. La ejecutarían como a mi padre.

La vi ante mí, sin duda hermosa, pero enferma, a ella que desde que hacía diez años se habían llevado a su marido a menudo le fallaba el corazón.

Me detuve en seco.

—¡Nunca firmaré una mentira!

Bill me enseñó que distinguir con claridad la verdad de la mentira es uno de los principios básicos de la moral humana. Y aquí, era evidente, nos enseñaban a confundirlas.

—Así pues, usted misma es responsable del destino de Bela. Mejor dicho: acaba de firmar el veredicto de su hija.

19

El 10 de enero, temprano, se abrió la cerradura y entró un guardia.

—Vístase.

Me puse el abrigo. Me condujeron por los pasillos subterráneos y al final se abrió una puerta. Vi el centro de la ciudad, por donde pasaba cada día: cerca de aquí estaba la Academia de Arte Dramático. Nunca antes me había fijado en que este gran edificio inhóspito era una cárcel para presos políticos.

Me llevaron a un pequeño edificio con la inscripción «Tribunal Militar de la URSS». Estaba impaciente por entrar en la sala. ¡Quizás allí vería a mi madre! Debían de haberle informado de mi juicio, ¡o le habría llegado de alguna manera! Paseé mi mirada por los presentes. No estaba.

Me daba todo igual. Solo me fijé en el ambiente gris y aburrido; rutina e indiferencia. Entrecerré los ojos. Ya no me interesaba nada, solo pensaba en Bela. ¡Pero, ay! En la sala había algo que no se correspondía con el impasible cansancio general.

Ante mi mirada gacha percibí unos grandes ojos grises que me seguían. Miré la mesa: era vieja, desgastada. ¿Cuántos miles o millones de acusados se habían sentado ya en ese banco, mirando aturdidos la mesa y esperando el veredicto? ¿O un milagro, lo que había hecho más dura aún la decepción?

No pude alzar la vista; sentía sobre mí ese par de ojos, duros y gélidos. «Estoy loca —pensé—. Es por la falta de sueño. Debo volver en mí, por mi salud mental. ¿Y si me derrumbo aquí? ¿O monto un espectáculo? Es lo que todos esperan: verme hundida.» Empecé a cantar para mí misma el aria de *Cherubino*, de Mozart.

El fiscal leyó en el expediente mi acusación de espionaje proamericano.

—El nombre del americano, a quien ha proporcionado información secreta, es Bill Rowgrave.

En aquel momento recordé que, unos días después de llevarse a Valentina de la celda, el investigador me preguntó:

—¿Cuál es el apellido de Bill?

—¿Qué Bill?

—¡Su amigo, quién va a ser!

—No lo sé.

—Pero nosotros sí que lo sabemos: Bill Rowgrave.

Estaba tan extenuada por las largas semanas sin sueño que no fui capaz de decir nada.

—Se apellida Rowgrave —repitió—. Y lo sabemos por usted.

—¿Por mí? ¡Nunca les he dicho nada de eso!

—Se acaba de descubrir, ya conocía ese apellido.

Algo comenzó a resultarme sospechoso, pero no tenía tiempo de pensar en ello. El inspector siguió atacando, en esta ocasión de forma un poco más agresiva que las veces anteriores.

—¿Por qué se fue Bill Rowgrave a Estados Unidos si la madre de su hija vivía aquí?

—Tiene a sus padres allí. América es su patria. Además, no sabía nada de su hija.

—Quiere decir que allá tiene a Dios, mientras que aquí somos ateos y salvajes.

Me encogí de hombros. En voz baja, porque no podía pensar pues el miedo me paralizaba el cerebro, dije:

—No somos unos salvajes.

«¿Y cómo sabe todo eso?», me cruzó por la mente en ese momento.

—Exacto, no somos salvajes. Pero usted se codeaba con un oscurantista. ¿Cómo lo explica?

«¡Valentina!», pensé. Pero rápidamente expulsé esa idea de mi cabeza y me recriminé mi desconfianza. No, Valentina no podía ser una amiga desleal. Sin duda el inspector conocía ese nombre y demás datos de antes, pero se los sacaba ahora de la manga para hacer recaer mis sospechas sobre Valentina, para enemistarnos.

—Sabemos bien lo que piensa: que los americanos tienen mejor educación que los hombres de aquí. Para usted nosotros somos unos ignorantes y los americanos tienen valores sagrados.

Y siguió repitiendo palabra por palabra lo que le había dicho a Valentina. Pensé cómo era posible. «¿Y si Valentina?...» Dejé de escucharle. Cuando tuve claro lo que había pasado, él gritó por enésima vez:

—¿Cuáles son esos valores sagrados para los americanos? ¿Se refiere al espionaje?

Volví al presente, a la sala del juicio. El fiscal continuó: —La acusada tenía la intención de abandonar ilegalmente nuestro país e irse a Estados Unidos con aquel hombre. ¡Que venga el testigo ocular que denunció a la acusada! —añadió.

Una voz de mujer, conocida. Una voz joven y dulce, aunque apagada. La voz de una actriz trágica que declaró los hechos conocidos sobre mi encuentro con Warren Bowerly, capitán del barco *Thomas Hardy*, y con Bill Rowgrave. Luego la voz dejó de ser trágica y sonó afilada como una navaja:

—Valentina Grigórievna Nevéleva practicó espionaje. Llevó informaciones secretas sobre la Unión Soviética a las unidades militares americanas, concretamente a la Marina.

Levanté los ojos: era Nina. Era a ella a quien habían llamado.

Más adelante entendí que, con esa actitud agresiva, Nina se esforzaba por infundirse valor para ser capaz de pronunciar esa mentira delante de mí y llevar su falsa acusación hasta el final. Como tantas veces ya durante el último mes, me empeñé en percibir lo que pasaba y descubrir si era un sueño del que me despertaría aliviada.

Me topé con unos ojos grises, metálicos, que me miraban triunfalmente.

«¡No darle la satisfacción de la victoria!», me pasó por la cabeza. Seguí cantando para mí misma el aria de *Cherubino*, mientras el fiscal preguntaba a Nina:

—¿Afirma que vio personalmente a la acusada aquí presente, Valentina Grigórievna Nevéleva, cometiendo espionaje?

—Sí, la sorprendí in fraganti con mis propios ojos —dijo Nina, y volvió hacia mí su mirada gris.

Nunca había sabido leer la mirada de las personas, pensaba que dicho arte era una absoluta invención de los novelistas. Pero ahora, de repente, entendí que no era difícil. Los ojos de Nina reflejaban una mezcla de vergüenza y deseo de victoria. Casi en silencio, canté a Mozart como si el juicio no tuviera nada que ver conmigo. De lo que dijo el juez entendí perfectamente la última frase:

—Pido para la acusada Valentina Grigórievna Nevéleva la confiscación de todos sus bienes, diez años de privación de libertad y trabajos forzados en el norte de Siberia. Y la privación de todos sus derechos civiles, ahora y después de su liberación, hasta el final de su vida.

Miré a Nina; quería disfrutar de su vergüenza. Pensé que se derrumbaría por

lo que había provocado y que lo desmentiría todo en el último momento. Ella desvió la mirada y luego volvió a posar sus ojos en mí: duros, burlones, triunfales. Al menos eso fue lo que leí en su cara.

En la sala vi también a Kostia, mi eterno admirador.

Sus grandes ojos azul ceniza me miraban de frente, como siempre. Pero ¿por qué no había avisado del juicio a mi madre? Le miré con aire de recriminación. El esquivó mi mirada, igual que lo había hecho Nina.

Seguí cantando para mí misma a Mozart como si nada de lo que pasaba en la sala me afectara. Me llevaron afuera con las manos atadas. Cuando pasé al lado de Nina, ella murmuró algo en voz baja que apenas pude oír:

—¡No es lo que tú crees, todo es diferente, Valia!

Pero yo no quería oír nada. Había perdido la confianza. Era lo mismo que con Valentina en la celda: se le habían podrido las cosas en el pecho y se lo había cantado todo a los uniformados. Trabajaba para ellos.

Escupí a Nina en la cara. A Nina y, al mismo tiempo, también a la traidora de Valentina. Y también al inspector: ¡tantas veces había deseado hacerlo! No sé cómo pude hacerlo. En uno se esconden reacciones que jamás esperaría de sí mismo.

Durante tres días enteros, en una celda de castigo, en pie y con los pies metidos en agua helada, repetí a modo de letanía: diez años, diez años, diez años.

II

1

Cuando saqué las manos del agua, el aire me pareció caliente. Sin embargo, dentro de la lavandería pendían largos témpanos de hielo. Limpiaba sábanas en el lavadero hasta que me sangraban las manos. Cuando descansaba, me curaba las heridas con el pañuelo blanco que antaño, en mi vida pasada, Bill me pasó por las mejillas para demostrar a sus amigos que ese color sano era el de mi piel limpia, sin empolvar. Ese pañuelo era mi única posesión.

Yo, que no sabía lavar, cada día lavaba decenas de sábanas para varios campamentos mayores. Cada día acababa con los nudillos en carne viva. Miré el paisaje por la ventana, a través del cristal roto. El sol se había puesto y la nieve se había vuelto de un rosa oscuro que, en la sombra más profunda, llegaba hasta el púrpura. Igual que el pastel de requesón regado de jugo de frambuesa, pensé, que Bill no se terminó en aquella ocasión, después de la batalla entre la sombrilla amarilla y azul. Sonreí con tristeza.

Entonces me di cuenta de que tras de mí había dos hombres. ¿Vigilantes? ¿Me castigarían por mirar el ocaso por la ventana? ¿Me dirían que estaba pensando en las musarañas? Rápidamente retomé el trabajo.

—Le hemos traído algo más de ropa, ¿podrá con todo? —dijo el más pequeño, el de gafas, y me dio un montón de ropa sucia.

—Claro que puede, por supuesto; es muy trabajadora —dijo el hombre alto, que me recordaba al cosaco a caballo del cuadro que está en nuestro museo de Arjánguelsk. O quizás a un húsar como los de las películas históricas—. Borís Mijáilov —se me presentó—. Para usted, Boria. Y este es Anatoli, o Tolia.

Me volví hacia ellos, les di la mano y me presenté. Estaban recién salidos del baño, olían a jabón y a limpio; su cuerpo, aquí en plena helada, despedía vapor. A su lado, tuve la sensación de hallarme cerca de una estufa. Di un paso hacia ellos; ellos, dos hacia mí.

—No lleva mucho aquí, ¿verdad? —se interesó Borís.

Les dije que había llegado al campo hacía varios días, directamente de la prisión.

—¿Cómo saben que llevo poco tiempo aquí?

—Eso se ve enseguida.

Tolia lo explicó:

—Los novatos están sin estropear. La vida aún no les ha dado muchos palos. Ya verá dentro de un mes, ¡qué pena dará cuando la hayan hecho pasar por el aro! Entonces también a usted los nuevos le parecerán pollitos —sonrió, descubriendo las encías.

Me ofreció un cigarrillo, lo rechacé. Los dos hombres encendieron uno.

Borís quedó envuelto en humo y me preguntó si me habían enviado aquí por robo. Antes de que pudiera contestarle, Tolia volvió a enseñar los dientes:

—Esta mató al marido, y bien que hizo, porque si no ahora mismo se moriría de celos de ver a su hermosísima mujer con nosotros. Y ya verías por la noche, se convertiría en Otelo, la ahogaría a ella y también a nosotros con una almohada. ¡Así que por si acaso se lo cargó ella a él!

—Soy política, ¿saben? —aclaré—. Aunque no hice nada. No cometí ningún crimen.

—Ningún prisionero político tiene la culpa, son como corderos, ¿eh, Tolia? —se rió ahora Borís—. A nosotros nos da igual, Valia. Pero Tolia tiene razón, a su alrededor siempre tendrá hombres celosos como moscas.

—¡Y mujeres celosas! —añadió Tolia, mientras la boca, al reír, se le torcía cada vez más hacia la oreja izquierda. Eso despertaba mi simpatía: parecía un amable payaso de circo.

—¡Un ejército de mujeres celosas le sacarán los ojos! —dijo Borís.

Como las Furias de una de las obras de teatro que había visto en mi primera vida, en la primera y la última, pensé con una sonrisa. Era una broma; no pretendía quitarle el marido a nadie, así que ¿por qué iba a estar celosa ninguna mujer? Aunque... Me acordé de Nina y me recorrió un escalofrío.

—Si yo fuera una chica bonita —continuó Borís—, mejor me largaría del campo. Ser atractiva no es ventajoso en ningún sentido: los hombres te desean y tú a ellos no, o al menos no a la mayoría ¡Y las mujeres te tienen una envidia tremenda!

Me di cuenta del aspecto que tenía y entendí que el piropo no me lo habían dirigido a mí. Cuando nos trajeron en tren, en vagones para el ganado en los que nos metieron como si fuéramos sacos, nos enviaron a que nos laváramos. Luego recibimos la ropa que desde entonces debíamos llevar obligatoriamente: botas altas de fieltro tres números demasiado grandes, lo cual resolví envolviéndome los pies con trapos, puesto que no se nos permitía llevar calcetines; también pantalones, una chaqueta acolchada y una gorra orejera que me iba tan grande que me caía sobre los ojos. Toda la ropa que me asignaron estaba muy gastada por el uso y llena de agujeros, incluso las botas. En el argot del campo de concentración se decía que era de trigésima tercera mano. Me miré en el cristal de la ventana, porque no había espejos. Me quedé atónita: parecía un espantapájaros; no, aún mucho más ridicula, mucho más repulsiva. «¿Quién soy, cuál es mi lugar? —me preguntaba a mí misma cada noche, antes de dormir—. ¿Soy una joven actriz, alegre y despreocupada, atractiva para muchos y sociable, o una desgraciada prisionera andrajosa, afeada por las crueles condiciones?» Me sinceré con aquellos dos hombres.

—Pero sus ojos azules —dijo Borís—, esa nariz graciosa, sus mejillas rosadas y redondas, los sedosos rizos negros: ante nosotros eso no lo oculta ni esa asquerosa gorra, que no es precisamente el colmo de la elegancia y el refinamiento parisinos, en eso estamos de acuerdo.

—También nos hemos acostumbrado a reconocer la figura femenina por

debajo de esa espantosa *telogreika* —añadió Tolia.

—¿Y cuál es su trabajo? —se interesó Borís.

Les expliqué que me habían asignado a la brigada que realizaba trabajos de albañilería. Tenía que recoger cemento con una pala, echarlo en unas tinas, luego colocar las tinas en un carro y llevarlas al tren, donde debía vaciarlas en un vagón. Lo hice durante unos días y luego ya no pude continuar. No tenía fuerzas. No fui a trabajar y me metieron en la celda de castigo, donde no me daban de comer. Con eso me debilité completamente y por orden médica me asignaron a la lavandería, que estaba al lado de los baños.

—Tuvo suerte, no sucede a menudo que transfieran a alguien a la lavandería. La mayoría de las veces le dejan que se pudra o se muera de hambre en la celda de castigo o en el calabozo, o le abandonan a merced de los lobos. Y otra suerte, también para mí, es que el responsable de la lavandería y de los baños soy yo —dijo Borís—. Pero le preguntaba a qué se dedicaba antes de que la enviaran aquí.

—Era alumna de la Academia de Arte Dramático y estaba empezando a actuar en el teatro Bolshói de Arjanguelsk.

—¡Caramba, una futura actriz!

Tolia silbó en señal de admiración. A Borís se le abrieron los ojos de par en par.

2

Por la noche, Borís me acompañó a un barracón de madera con la inscripción «Casa de Cultura». Allí me esperaban ya tres hombres y dos mujeres. Por un momento cerré los ojos, me esforcé por olvidarme de dónde estaba, también de los lobos, que no me quitaba de la cabeza, y por imaginarme mi querida escuela de teatro. Cuando, con una gran dosis de imaginación, me trasladé del campo de trabajo al ambiente escolar y artístico —incluso mis harapos de prisionera se convirtieron en los vestidos con estilo que mi madre me cosía según los patrones de las revistas de moda—, comencé a recitar de memoria, a media voz, la carta de Tatiana de *Eugenio Oneguin*. Mientras tanto pensaba en Bill y expresaba todo mi sentimiento. Recité con toda mi alma durante un cuarto de hora, aunque me parecieron unos pocos minutos:

> Te escribo, ¿qué más?
> ¿Qué más puedo decir?
> ¡Ahora sé que en tus manos
> se halla el desdén para castigarme!
> Pero tú, para mi infortunado trance,
> si solo una gota de piedad te quedase,
> no me abandonarías.

Cuando me quedé en silencio, durante largo rato nadie pronunció palabra. Tal era el hechizo de Pushkin. Me di cuenta de que una de las mujeres tenía lágrimas en los ojos, y uno de los hombres se sonó durante un tiempo sospechosamente largo.

Al día siguiente teníamos un recital en el que intervenían varios actores y músicos. Durante la representación sentí sobre mí la mirada de admiración de Borís; al acabar, me acompañó a mi barracón. Cada noche tenía ensayo; llegaba cansada después de trabajar durante catorce horas, con las manos sangrantes y doloridas, pero feliz de poder ser actriz. Después de los ensayos, Borís volvía a acompañarme al barracón donde se alojaba mi sección.

3

Por el camino, en cada ocasión, nos parábamos en los baños. Todos los muebles, las paredes, el techo, la bañera y las duchas, por la noche, estaban cubiertos de escarcha, y los rayos de la luna que entraban añadían a esta maravilla vidriosa un fulgor frío y solemne. La luna iluminaba también las flores exóticas, la exuberante vegetación y las lianas salvajes que el hielo dibujaba en los cristales de las ventanas. Nosotros, que nada teníamos, nos convertíamos en la reina y el rey de un delicado reino de cristal. Paseábamos con admiración por debajo de esos adornos transparentes de formas variadas que colgaban de las duchas y del techo, porque todo el vapor y las gotas de agua se convertían en carámbanos por la noche. Y al mínimo estremecimiento del viento o de un aliento intenso, los témpanos tintineaban como campanas de Navidad; parecía un repique en un antiquísimo templo, el sonido de preciosos instrumentos musicales. Aquel era nuestro templo de las nieves sostenido por finas columnas blancas, allá estaba la mesa de cristal soplado, de un blanco pálido, en la que Borís me curaba las heridas sangrientas con su pañuelo a cuadros; allá estaba el banco de nieve sobre el que nos sentábamos sin sentir el frío.

Borís me contó allí su historia:

—Érase una vez una madre que tenía un hijo. Le amaba y estaba completamente consagrada a él. —Borís hizo una pausa. Después continuó—: La madre protegía a su hijo como podía, porque sabía lo cruel que es el mundo. —Miró hacia las paredes heladas—. El hijo era callado, tranquilo, y cuando era pequeño recibía las atenciones de su madre. Pero más adelante el amor materno empezó a incomodarle porque tenía otros intereses. —Tras unos momentos de silencio dijo—: Así que a una edad muy temprana cerró tras de sí la puerta y jamás volvió. —Entonces añadió, en voz tan baja que apenas pude oírle—: Luego su madre murió y él no lo supo.

Callamos durante largo rato. Pensé en mi madre, la bella zarina rubia de un cuento, ¡pero tan delicada! Y pensé en Bela, en sus hoyuelos en las mejillas, en cómo cada mañana me tiraba del pelo lentamente y yo le hacía cosquillas

hasta que llenaba la casa de risas. Luego Borís dijo:

—Esta es mi vida, Valia. No hubo nada más en ella. Si supiera escribir, escribiría un poema. Y tú lo recitarías.

—Esto es un poema, Borís. Y lo recitaré.

La noche siguiente empecé mi recital con la historia de Borís, después me dediqué a los sonetos de Pushkin. Pensé en mi madre y también en Bela mientras recitaba. Todos se emocionaron. El cosaco Borís se secó los ojos. Desde entonces, cada noche, antes del toque de diana, soñaba con mi madre y mi hija. El sueño era siempre el mismo: íbamos a casa y, antes de llegar, mi madre y Bela desaparecían. Yo las buscaba en vano y eso me destrozaba de tal manera que me despertaba exasperada. Una noche, mientras tomaba la sopa, se lo conté a un viejo siberiano del que se decía que le habían encerrado por ser un chamán. Con absoluta naturalidad me dijo que era una señal de que pronto algo cambiaría en mi vida y que mi madre o Bela tendrían algo que ver.

Le hablé al chamán sobre lo desgraciada que era, yo, que no había hecho nada, por encontrarme tan lejos de mis seres queridos.

—No tiene que verlo con esos ojos. Ha sido encerrada injustamente. Aquí hay muchos en su misma situación. Pero esta es su ventaja. No hizo nada, por tanto, ¡moralmente es más fuerte que los demás!

—Pero estar en este agujero lleno de suciedad...

—Haga un esfuerzo por no ver la suciedad. Cuando llegue la primavera mire la nieve reluciente, el cielo azul, el contraste de la luz y la sombra, que aquí es enorme. Ahora, concéntrese en los distintos matices de gris: los hay azulados, otros rosáceos. Fíjese también en el alambre de espino y en nuestras cabañas deslucidas como lo haría una fotógrafa buscando un plano. Verá que en la fealdad también encuentra belleza.

—¿Y qué me dice de la barbarie y la maldad?

—Compadezca a las malas personas, porque son malas por debilidad. Encuentre amigos que se le parezcan, pues esa amistad será para la vida y para la muerte; así ocurre siempre en la desgracia.

Por la noche fui inmediatamente a dormir y pensé en el arte de ver la belleza. Y también en que mi madre, más que Bela, tendría algún papel en un cambio de mi vida. Esa noche tuve un hermoso sueño: volvía con las manos sangrientas de la lavandería a mi edificio y, al cruzar el umbral, me hallaba en casa con mi madre y Bela, que me abrazaban.

4

¿Se trataba de una señal? Una mañana, el responsable de la sección me anunció que había venido mi madre a verme y que habían dado permiso para una conversación de media hora.

Mi madre me contó cosas de Bela. Luego me dio recuerdos de Kostia. Y aunque no estaba para bromas, tuve que sonreír al recordar cómo, una noche,

Kostia vino a mi casa cuando mi madre me estaba arreglando un viejo traje chaqueta suyo según la última moda; yo estaba subida sobre una silla, con el vestido lleno de alfileres que me pinchaban. Entonces Kostia, tímido, me invitó a ir a bailar con él. Mi madre me miró de soslayo y le contestó: «Kostia, ya es tarde y Valia tiene ganas de acostarse». Cuando hubo salido, mi madre y yo, todavía encima de la silla, nos reímos y yo exclamé: «¡Vaya calabazas!». Pero él se había quedado tras la puerta del piso escuchando; lo supimos al oír las palabrotas que soltaba para desahogarse, sin darse cuenta de que le podíamos oír. Mi madre fue a abrir la puerta y fingió sorpresa: «Caramba, Kostia, ¿has vuelto? ¿Te has dejado algo? ¿Te apetece tomar un té con nosotras?». Kostia, para salir airoso de esa situación embarazosa para él, tuvo que soportar una conversación amable mientras tomaba una taza de té con limón que no le apetecía en absoluto.

Le dije a mi madre que diera muchos recuerdos a Kostia de mi parte.

Durante toda nuestra entrevista estuvo presente la capataz georgiana Leila. De repente mi madre susurró algo. Observé a Leila, pero en ese momento estaba mirando hacia otro lado.

—Valia —susurró mi madre—, te he estado ocultando algo. Tenía miedo de revelártelo. Pero no puedo dormir, debo decirlo. Por eso estoy aquí. No me encuentro bien, mi corazón late de forma extraña. Valia, cuando a una mujer le fusilan al marido ya jamás se recupera.

Mi madre me susurró el secreto. Lo hizo en el momento en que la atención de la guardiana Leila fue captada por la mujer de al lado, que abofeteaba histérica a su marido, que había venido a visitarla, y le gritaba llorando: «¡No, no es verdad! ¡No puede ser verdad!». En ese momento mi madre me dijo:

—Valia, Nina ahora viene a casa casi cada día. Me trae comida y a veces me recita obras de teatro. Está ensayando para convertirse en una buena actriz. Tiene remordimientos. Aunque no fue ella quien te delató. No, Valia, créeme, no fue ella. A Nina la llevaron por la fuerza a la audiencia y la obligaron a declarar contra ti, amenazándola con torturar a su madre y a su abuela, para encubrir al verdadero...

—Pero, entonces, ¿quién fue el que me delató? —interrumpí a mi madre.

Pero en ese momento la guardiana Leila miró hacia nosotras, así que mi madre tuvo que hablar sobre cuestiones banales y me contó que la tía Vera había hecho un curso de mecanografía. Yo le expliqué que un viejo chamán me había aconsejado que en cualquier circunstancia buscara la belleza a mi alrededor, porque según él la belleza estaba en todas partes, solo había que saber percibirla. Mi madre asintió, pensativa.

Después, mientras Leila vigilaba a otros prisioneros y sus visitas, mi madre, en pocas palabras, me reveló algo que hasta cierto punto me cambió la vida. Tuve la confirmación de que las cartas de Bill eran auténticas, que no eran una falsificación del NKVD, la policía secreta. Que Bill me había llamado por teléfono, que no era posible llamarme desde Estados Unidos directamente a casa y que la llamada había sido retenida en la estación de comunicación

internacional.

Eso desdobló mi vida. Mi existencia transcurría en el campo; la verdadera vida, dentro de mí. La idea de que un día acabaría la pesadilla me ayudaba a soportarlo. Poco más de nueve años y sería libre. Encontraría a Bela, pensaba, encontraría a Bill, ¡que todavía seguía buscándome!

Pero el principal propósito de la visita de mi madre era otro. Cuando estaba marchándose, me preguntó en voz baja si tendría algo en contra de que se volviera a casar.

—¿Con Vladímir Vladislávovich? —le pregunté con reserva.

Mi madre asintió, miró al suelo. Le dije, quizá con algo de dureza:

—No quiero tener un padrastro. Me quitaron a mi padre y no soportaría tener un sucedáneo.

Más adelante pensé que mi madre no debería haberme dado ese poder sobre ella. Debería haber hecho lo que ella quisiera, sin más.

Vi la espalda algo encorvada de mamá mientras se marchaba.

5

—¡Era una señal! —dije cuando, más adelante, volví a estar sentada junto al viejo chamán para hablarle de la visita de mi madre.

—Pero eso no es todo, aún —me contestó tras escucharme—. Lo importante todavía está por llegar y no ha de ser necesariamente una buena noticia.

Entonces llegó. Fue después de representar con éxito *La dama de picas* de Pushkin y tras la visita nocturna al reino de hielo, donde Borís se ocupó de mis heridas sangrientas en las manos, que, por la noche, se curaban y cerraban bajo su tacto igual que flores para, por la mañana, con el agua y el jabón, volverse a abrir como nenúfares rojos. Aunque es verdad que esa noche pensé en lo que mi madre había venido a decirme y aparté las manos de Borís.

Él me miró de modo interrogante. Luego dijo:

—Has cambiado completamente. ¿Qué te pasa, Valia?

—Me he enterado de algo y no puedo pensar en nada más.

No obtuvo nada más de mí. Hizo una mueca y, cuando me acompañaba a mi barracón, se encogió de hombros. Estaba oscuro y no le vi la cara.

Encima de la cama, encontré una carta. En aquella época nadie debía enviarme correo, por eso me asusté: j Bela, algo le había pasado a mi pequeña. ¿O quizás a mi enferma madre en el viaje de vuelta a casa? Desplegué la hoja de papel: era una convocatoria para presentarme ante el NKVD local. Aunque todos me decían que seguramente la policía política habría verificado mi caso y me dejarían libre, fui con el corazón encogido.

6

Caminábamos por la nieve alta en filas, bajo la vigilancia de los guardias y los perros. Aquí, en el lejano Norte adonde me habían trasladado, entre

Vorkutá y Kodas, en invierno ni siquiera amanecía, la oscuridad duraba veinticuatro horas. «Así es durante seis meses al año», me advirtió mi compañera de fila. No hablábamos mucho, nos concentrábamos en el camino; al mínimo tropiezo los pastores alemanes se lanzaban contra nosotros, o los guardianes nos golpeaban, sin avisar, con el fusil, o directamente disparaban. Cuando me quité los enormes mitones y metí la mano izquierda en el bolsillo, palpé con los dedos el pañuelo doblado. Me lo había dado Borís de recuerdo, era el pañuelo con el que me cuidaba los nudillos sangrantes. Apenas lo pude lavar, secar y planchar antes de dejar el campo.

En el palacio de hielo, Borís me dijo a modo de despedida: «Ya no volveremos a vernos». Pero yo solo pensaba en que no volvería a ver a Bill. ¿Cómo podríamos volver a encontrarnos, si me habían enviado a un campo lejano más allá del círculo polar? Era absolutamente lógico que no volviéramos a vernos. Pero yo tenía mis métodos y por las noches veía a Bill rodeado de nieve y hielo, en el rostro únicamente su cálida sonrisa blanca, ensoñada y traviesa, pero ante todo honesta, y los ojos como el cielo de la noche canicular.

¿Por qué no le dije a Borís lo que supe el día en que vino mi madre de visita? ¿Por qué no le dije que mi madre me había dado noticias sobre Bill? Desfilo en la oscuridad, en la helada, entre decenas de esclavos parecidos a mí y me esfuerzo en contestar la pregunta. ¿Por qué? Un guardián le grita a alguien. A mí. Y me golpea con el fusil en el hombro. En el momento en que me estremezco por un dolor cruel que me atraviesa igual que una corriente eléctrica y se me nubla la vista hasta el punto que mis compañeros tienen que sostenerme para que no caiga, en ese momento sé por qué no he querido compartir con nadie la noticia de mi madre. Porque es mi secreto. Y los secretos han de ser enterrados en lo más profundo de la tierra. O encerrados dentro de uno mismo con diez cerrojos y custodiados celosamente. Ahora camino diez kilómetros por altos montones de nieve hacia el trabajo, donde cada día, como mínimo, colocamos traviesas durante diez horas; luego desfilo a lo largo de diez kilómetros de vuelta a mi barracón. Pero llevo conmigo el secreto, me siento igual que una caja fuerte, estoy llena de tesoros preciosos, propios y ajenos, y eso me da fuerzas.

7

Querida mamá:

Constantemente pienso en lo que debéis de estar haciendo Bela y tú, cómo os va por casa y si Bela se acuerda de su madre. Mi niña crece y yo no lo veo, no jugamos con el juego de construcciones ni con su osito de peluche, con su barriguita pelada y gordita y los

ojos redondos, el que me regaló papá cuando cumplí los cinco. Hace pocos años todavía yo misma jugaba con él, ¿te acuerdas, mamá?

Por supuesto, no puedo mandarte esta nota desde el campo. En las cartas que enviamos oficialmente, solo podemos cantar alabanzas: estamos bien, no nos falta de nada..., cosas de este estilo. Aún no sé cómo te la enviaré, quizá consiga dársela a alguien que vuelva a casa después de cumplir la pena o a alguna visita para que la saque escondida entre la ropa interior, aunque es arriesgado para mí y para los demás. Preferiría meter el mensaje en una botella para que llegue flotando por el Dvina en primavera. ¿O confiárselo a una paloma mensajera?

Justo después de que te fueras me llamaron al NKVD para identificar un cadáver. Querían que declarara que era un tal Fiódor Ivánovich Punin. Pero yo ni siquiera podría haber reconocido a esa persona: tenía la cara completamente destrozada y sangrienta. Seguramente los guardianes le golpearon con la culata de su fusil o sus compañeros de prisión le dejaron así. Los que están aquí por robo o por asesinato, de hecho, son una cuadrilla espantosa de la que es mejor mantenerse lo más alejado posible. Pero cuando acechan a alguien, es imposible apartarse de ellos. A los políticos nos odian y nos hacen toda clase de jugarretas. Saben que físicamente son más fuertes que nosotros y sobre todo que a nosotros, los llamados enemigos del pueblo y de la patria, nos pueden hacer cualquier cosa y todo se les perdona. Me parece, mamá, que este es un campo mortal: ¡no puedes imaginarte la cantidad de gente que muere aquí! Y no solo por las largas horas de trabajo duro, por las condiciones crueles y la desnutrición, sino, ante todo, por el trato que recibimos, por cómo nos humillan los guardias y cómo nos humillamos entre nosotros. Uno queda inmerso en tal sistema de humillación que al fin, aun sin quererlo, participa también en él. Esto es lo que pasa: cada prisionero busca a alguien más débil para poder vivir a su costa, para explotar a esa persona, para convertirlo en su esclavo. Los que peor lo llevan son las personas mayores, que mueren aquí como moscas. En el campo donde estoy ahora, en la estación Kozia, cerca de Konosha, en la región de Vorkutá-Kotlas, hay sobre todo presos políticos: lituanos, estonios y letones. Me enviaron aquí después de negarme a identificar a alguien a quien no conocía, a pesar de sus amenazas. Me acordé de ti, de que nunca habrías sucumbido a su chantaje, y también de Bill, que siempre era franco aunque con ello hiriera a alguien.

Estoy lejos, más allá del círculo polar. Hasta aquí no podrías llegar, mamá, ni siquiera lo intentes. Me preocupa tu salud, a

menudo te veo en mis sueños. Ya te he dicho que la mayoría de los presos está aquí bajo la ley 58, es decir, son políticos, y por ello esto es especialmente severo y duro.

Se me ha acabado la vida. Vivo solo de recuerdos, tengo diecinueve años y me siento una mujer mayor, con una vida que ya ha pasado. Ahora veo que uno es joven mientras hace planes para el futuro y ese futuro es un misterio que le atrae, pero al que también teme. Cuando deja de sentirlo, es viejo.

Me han incluido en las brigadas de Vasiliev. Vasiliev era un oficial del general Vlasov. Por cierto, ¿sabes qué pasó con el general Vlasov, mamá? En la guerra dirigió en Alemania el movimiento anticomunista con los presos de guerra soviéticos y los deportados civiles. En mayo de 1945 se entregó a los americanos, pero ellos lo pusieron a disposición de las autoridades soviéticas, que le ejecutaron. Debo preguntarle todo esto alguna vez a Bill, mamá; no entiendo cómo su país, que él tiene en un altar, pudo cometer tal barbaridad. Tú, que naciste en un palacio y viviste tantos giros históricos, la Revolución y la guerra civil, ¿lo entiendes?

Vasiliev nos envió a Rita Panfilova y a mí a cortar árboles. ¿Te acuerdas de Rita, mamá? También iba al Club Internacional y estuvo un par de veces en casa. Rita me dijo que sabe quién me delató, pero que no puede decírmelo porque le tiene miedo. Se ve que denuncia a cualquiera para quitarles el piso a los encerrados y dárselo a sus conocidos. Me ha dicho que Nina también está encarcelada. ¿Es verdad? Me preocupa, es muy poco práctica y siempre está enferma. Pero estoy convencida de que no es cierto.

El trabajo de leñador, por supuesto, a Rita y a mí nos era completamente desconocido, así que en un día entero solo terminamos un árbol. Era un pino alto. Primero hicimos cortes con la sierra manual; era lentísimo, y encima a mí me daba pena que la sierra cortara el cuerpo de ese ser vivo, sentía más dolor por el árbol que si me estuvieran cortando a mí misma. Al final fingía aserrar, pero solo me esforzaba en no causarle dolor al pino. Así que solo trabajaba Rita. Luego el pino empezó a caerse poco a poco, aunque no estaba del todo claro hacia qué lado. Rita y yo saltábamos como cabras. Cuando se desplomó sobre el suelo, intentamos arrastrarlo, pero las ramas se embrollaron con los árboles del entorno y no había nada que hacer. Nos dimos cuenta de que teníamos que cortar las ramas, pero ya era demasiado tarde. El capataz de la brigada nos gritaba furioso porque no habíamos cumplido el cupo. A sus espaldas nos reíamos de él, perfumadas por la madera fresca y pegajosas por la resina olorosa, y nos olisqueábamos la una a la otra como si fuéramos perros. No nos

hartábamos del olor limpio, puro y tranquilizador del bosque.

Al día siguiente, como castigo, nos dieron solo media porción de pan y nos quedamos sin cena.

Ese día me asignaron la misión de recoger grandes ramas de pino y quemarlas en una hoguera. Lanzaba las ramas al fuego y mientras ardían, me senté cerca. Más tarde un hombre aspiró, olisqueó como un perro y gritó: «¡Algo se está quemando!». Solo entonces me di cuenta de que unos abrojos ardientes del pino me habían caído en los pantalones acolchados. Primero se abrió un solo agujero, pero en una fracción de segundo se encendió toda mi ropa. Todos se lanzaron hacia mí para ayudarme a apagarlo. Desde entonces fui con andrajos quemados. De camino al trabajo y una vez en él, todavía pasaba más frío que antes. Cada día volvía reventada, hambrienta y congelada.

Era inaguantable. Me negué a seguir yendo al trabajo.

Me metieron en la celda de castigo. Casi sin comida. Día y noche pasando frío. Sin dormir: no había cama. Cuando tres días después volví al barracón, el capataz de la brigada, Vasiliev, se negó a aceptarme. Me enviaron a cortar postes; durante catorce horas al día debía trabajar como un robot. Solo de pensar que tendría que seguir trabajando así, me daba algo. ¿Cómo aguantaré los diez años? A menudo pensaba en las palabras del viejo chamán, ¿sabes?, que me aconsejó que ni en la extenuación dejara de buscar algo hermoso a mi alrededor. Pero estaba tan agotada que no tenía fuerzas ni ganas para ello y no lo conseguía.

Con disgusto, a desgana, finalmente me he habituado a la vida en el campo. A una cosa no me he acostumbrado ni quiero acostumbrarme: a convertirme en una esclava y trabajar catorce horas al día como una máquina.

Así pues, me negué sistemáticamente a ir al trabajo. Tras cada rechazo me enviaban a la celda de castigo, donde pasaba hambre y no podía dormir de tanto frío. Me convertí en *dojodiaga*, un rocín a punto de morir; así se llama en el argot del campo a los presos famélicos. Me hice a la idea de que iba a morir: ¡eso es mejor que vivir como un esclavo! Ahora vuelvo a estar en la celda de castigo, mamá, y me he declarado en huelga de hambre. Es mi tercer día aquí dentro y ni siquiera he tocado la comida.

No sé cuándo recibirás esta carta. No sé si saldré viva de aquí. Si no es así, quizás habrá una buena alma que sacará esta carta del campo a la libertad y la enviará a tu dirección.

Besos. Perdóname.

Tuya, Valia

Querida mamá:

Te escribo rápidamente para tranquilizarte después de mi última carta. Cuando ya estaba completamente hundida y a punto de morir, me llevaron al hospital. No había cama para mí, así que el doctor juntó dos y me pusieron entre dos enfermas. Éramos tres en dos camas.

Unos días después de mi llegada al hospital entró una chica embarazada para despedirse de su amiga de Bielorrusia. Nos explicó que se iba con un transporte de mujeres embarazadas al campo de Talagui. Su amiga preguntó: —¿A quién le pasarás a tu Grisha Larin?

La chica miró por la habitación y señaló hacia mí:

—¡A esta chica tan guapa!

Cuando se fue, pregunté a su amiga quién era Grisha Larin y me enteré de que hablaba del capataz de la brigada; la mujer era su chica, a la que había dejado embarazada.

—¿Y qué tengo yo que ver con todo esto? Si ni siquiera le conozco, ¡y a ella es la primera vez que la veo!

—Pero su chica te ha pasado a ese hombre —me dijo la bielorrusa—, no hay nada que hacer.

Protesté:

—¡Pero yo no lo quiero! ¡Yo elegiré sola!

Y prometí ante todos que no tendría nada con ese desconocido.

—Ya lo creo que sí, por narices; ¡ya lo verás! —me pronosticó la bielorrusa.

Cuando recuperé algo de fuerzas, tuve que abandonar el hospital y volver al barracón. Allí me enteré de que me habían trasladado a la brigada de Grisha Larin. No podía creérmelo. Y ahora, ¿qué? Se me acercó otra bielorrusa llamada Masha y empezó a hablar conmigo de Larin:

—¿Sabes?, es el capataz de la brigada. Te ayudará a sobrevivir. ¡Eso es lo que nos interesa ahora!

Le dije que no permitiría que nadie me metiera en una encerrona y que no querría a Larin bajo ningún concepto.

Empecé a trabajar en la brigada de Larin de leñadora. No puedo evitar darme cuenta de que el joven musculoso de bigote rubio es atento conmigo y me envía donde la nieve es menos alta y me da

tareas algo más fáciles. Por la noche a veces me envía un trozo de salami o de bizcocho; son dádivas que recibe de los lituanos y los estonios, a los que de vez en cuando les envían desde casa paquetes de comida. Me hallo en una situación desagradable. Por un lado no puedo permitirme pelearme con el capataz de la brigada, por el otro, me repugna ese hombre. No es de los políticos, acabó aquí por robo y quién sabe qué más. La sola idea de que un ladrón pueda convertirse en mi amante me horroriza y me da asco. Y además, ¿puede uno aceptar a un hombre bajo presión? Este asunto está por debajo de mi dignidad.

Pues esto es todo por hoy, querida mamá. Muchos besos a ti y a Bela. ¿Se acuerda mi niña todavía de mí? Escríbeme, dime cosas de ella. ¡Y que me haga algún dibujo!

Tuya, Valia

Sin embargo, había algunas cosas que no le escribía, para que no se preocupara por mí. Por ejemplo que Masha seguía manipulándome:

—Si no te conviertes en su chica, te exigirá que trabajes como un leñador con experiencia.

Y yo seguía protestando:

—Pues haré otra huelga de hambre. En eso sí que tengo experiencia.

Y Masha:

—Te lo advierto, Valia. Si no es por las buenas, será por las malas.

Me asusté.

—¡No me puede violar!

—Eso es lo que tú crees. No solo puede violarte, sino que lo hará. Además de hacerte todo el daño que pueda.

—Iré a quejarme de él a la dirección del campo.

—Se reirán de ti —me dijo Masha agriamente.

Vi que se esforzaba en darme consejos por mi propio bien.

—Se pondrán de su parte —dijo—. O te violarán ellos también, toda una pandilla de tíos. Ya ha pasado antes. No sobrevivirías, Valia, ¡te lo aseguro!

9

Mamá:

Por fin he conseguido enviarte las cartas, pero no me ha llegado ninguna respuesta tuya. No sé si recibes mis cartas, pero en todo caso te seguiré escribiendo. Piensa que te escribo muy a menudo y que si no tengo papel y lápiz, te escribo mentalmente durante la

jornada, en el largo camino hacia el puesto de trabajo, todo el tiempo. Casi siempre acabo prácticamente sin aliento y tú eres mi refugio. ¿Qué hace Bela? Escríbeme una larga carta sobre lo que dice, si juega con los demás niños, si pregunta por su mamá. ¿Y qué tal tú y tus arritmias?

También pienso constantemente en Bill. No te imaginas hasta qué punto me cambiaste la vida con lo que me constaste en nuestro último encuentro.

Con mucha ternura,
besos para ti y para Bela.
Tuya, Valia

10

Querida mamá:

¿Recuerdas que te escribí sobre el capataz de la brigada, que al principio solo me molestaba pero al final directamente me acosaba con sus atenciones? Cuando vio que no le hacía caso, este Grisha Larin me envió a hacer el trabajo más duro. Aprendí yo misma a cortar leña y árboles; ya no tenía tiempo para pensar con ternura en ellos, porque me iba la vida. Pero no soy leñadora y no rendía. Como castigo me rebajó la cantidad diaria de comida, que en condiciones normales ya es demasiado pequeña para la energía que uno necesita durante las doce o catorce horas de trabajo duro cotidiano y el largo camino para ir y volver del lugar de trabajo. Entendí que me hacía chantaje y que pasaría por encima de mi cadáver para conseguir lo que quería. Así que fingí estar de acuerdo en ir con él.

Larin me llevó a su barracón por la noche. Dispuso un espacio íntimo en la cama común colgando alrededor de su sitio sábanas a modo de cortinas. Nos invitó a Masha y a mí a la mesa y nos ofreció el resto de lo que le habían dado los estonios. Yo me había prometido que no hablaría con él. Contestaba sus preguntas solo moviendo fríamente la cabeza. Masha se fue. Me tumbé en la cama mientras me repetía a mí misma: «¡No quiero, vete! ¡Me das asco!». Y así todo el tiempo. Me esforzaba en pensar en Bill, en sus atenciones, en su sinceridad, en su ternura. ¿Y sabes qué? Quizá con este hechizo le lancé el mal de ojo a Larin, no sé. Solo sé que no pudo cumplir como hombre, por mucho que se esforzara, a pesar

de toda su pasión y todo lo que eso le hacía sufrir. El musculoso Larin acabó en un absoluto fiasco.

Lo ves, mamá, a veces tengo la sensación de que algún tipo de justicia debe de haber en el mundo. No una justicia terrenal ni humana, sino de otro tipo.

Besos a ti y a mi pequeña.

Tuya, Valia

11

Mi querida mamá:

Ya hace mucho que no te escribo, aunque en mi imaginación lo hago sin parar. Pensé que no recibías mis cartas. Se las doy siempre a alguien a quien dejan en libertad, pero eso pasa excepcionalmente. En cada ocasión esa persona me promete que las guardará, las llevará a la libertad y se ocupará de que lleguen a tus manos. ¡Y ahora veo que me contestas! Escribes que desde que se llevaron a papá sabes con certeza que la justicia no existe. Hiciste bien en escribirlo de forma velada para que lo entendiera solo yo. Este tipo de mensajes aquí están rigurosamente prohibidos. Si alguien se diera cuenta, podría pasarte algo. No soportaría la idea de que a ti, tan tierna, tan frágil, tan enferma, te metieran en un infierno como este en el que yo vivo.

Estoy de acuerdo contigo, mamá. La justicia no existe. ¡De ninguna manera! Después de cenar, en los barracones, observo a las mujeres a mi alrededor. Seremos unas cien de distintas edades y en todo tipo de estados de salud; nos han traído aquí desde todos los rincones de la tierra. Seamos inocentes o culpables, todas tenemos los mismos derechos. A veces pienso en ello cuando salgo por unos momentos del edificio y miro la puesta de sol. Aquí, en el norte, en la tundra, es hermosísima. El sol poniente lo ilumina todo con luz rosa y parece que el mundo es un lugar hermoso donde vale la pena vivir. Puesto que todo en la naturaleza es armónico, los animales solo hacen lo que deben hacer cuando se devoran los unos a los otros, para alimentarse, no por crueldad. No obstante, en el mundo creado por el ser humano, a cada paso nos encontramos con la barbarie. ¡Si supieras cuánta vileza hay a mi alrededor! ¡Cuántos miserables hay en el mundo! ¿Te acuerdas de lo crédula e idealista que era de joven? Era tan inocente que creía a la gente, creía en la

gente. Ahora la vida me ha enseñado cuál es la verdad. Fíjate que he escrito «de joven». Tengo la sensación de que mi juventud se acabó hace mucho, y todavía no he cumplido los veinte.

¿Sabes lo que he soñado varias veces, mamá? Que estaba con Bill en mi pequeña habitación del piso de Arjánguelsk. Bill me pregunta: «¿Esta noche?». Y yo sé que habla del suicidio que cometeremos juntos; quedamos en morir los dos a la vez. Asiento y salgo del cuarto, voy a buscarte a la cocina, te abrazo con fuerza y te susurro al oído: «¡Mamá, no quiero morirme!». Y tú dices: «No, no debes morir, no morirás, hija mía». Y entonces me despierto.

No sé qué significa este sueño ni por qué lo tengo una y otra vez.

En mis pensamientos siempre estoy contigo, mamá, y con Bela. Me alegro de que mi niña ya haya pasado la gripe y vuelva a corretear.

Muchos besos y abrazos.

Tuya, Valia

12

Querida mamá:

El pasado sábado hubo baile en la cantina. Los presos que saben tocar algún instrumento musical y lo habían traído consigo interpretaron varias canciones. Yo llevaba el traje gris claro con el que me fui de casa, ¿te acuerdas, mamá? ¿Qué habrá sido de la insignia de Bill que le di a Bela para que jugara? Si todavía la tiene, por lo que más quiera que no la enseñe por ahí; pone US Navy y todavía os puede traer alguna desgracia a las dos. ¿Ves cómo he cambiado, mamá? Antes llevaba esa insignia como si fuera una joya, para que todos la vieran; que me la hubiera dado Bill la convertía en un tesoro. Y ahora soy timorata como una anciana.

Sin embargo, te contaré algo para que veas que Valia sabe ocuparse de sí misma, ¡nadie puede con ella! ¡Te quedarás pasmada! Te lo escribo a modo de novela con diálogos, que es como me he acostumbrado a escribirte.

Tras el baile, me llevé el vestido a la consigna, donde lo colgué en una percha y lo alisé con cuidado. Pocos días después, mientras estaba en la cama completamente exhausta del trabajo, vino a verme Tamara, una amiga.

—Hola, Valia. Vas a ser rica. Zinaida Mefodievna quiere

comprarte el vestido que llevabas el sábado en el baile.

El dinero no me vendría mal, a cambio podría comprarme algo de comida para no ir siempre como alma en pena. ¡No! ¿Cómo pude pensarlo? Es el vestido que llevaba en libertad; me lo hiciste tú, mamá, con un traje de papá, lo tocó Bill cuando me clavó en la solapa la insignia con la que ahora juega Bela...

—No puede ser, Tamara, ¡no venderé ese vestido a ningún precio!

No dije por qué. Ya me había acostumbrado a no contar mis confidencias a mis amigas. Te escribo solo a ti, mamá, tú eres mi confidente y confesora.

—¿Lo has pensado bien, Valia? Sabes que quien ponga en su contra a la médico superior es un completo idiota, porque ya no volverá a aceptarlo como enfermo y no le dará ningún permiso.

—Lo sé, Tamara, pero de verdad que no hay nada que hacer. Este vestido es para mí mucho más que una mera prenda de ropa. Puedes transmitirle a Zinaida Mefodievna que me encantaría vendérselo, pero que este vestido tiene para mí un valor emocional.

—Te entiendo y se lo transmitiré. Pero Zinaida Mefodievna se enfadará y te lo hará notar.

—Dile lo que significa para mí.

—Claro que sí. Pero mejor no vuelvas a ponerte enferma, ¡la doctora es muy vengativa!

No volví a pensar en ello. Tampoco pude: esos días me asignaron un trabajo especialmente duro. Cuando desfilábamos de vuelta al barracón, tropecé un par de veces. Una de ellas, el guardián por poco me manda al perro, y cuando poco rato después volvió a pasar, estuvo a punto de dispararme por fugitiva. No sé cómo salí de esa.

Poco después llegó un transporte con presos nuevos. No eran políticos; con ellos es fácil tratar, son sutiles, sensibles. Se trataba de presos comunes, ladrones y asesinos que odian a los políticos; nos hacen toda clase de jugadas y nos esclavizan de forma violenta. El sábado después del trabajo había un recital de canciones y poemas, y como moderadora me puse el vestido gris claro. Volví al barracón demasiado tarde para llevar el vestido a la consigna, que ya estaba cerrada, así que lo colgué en una percha sobre la cama. Por la mañana me desperté temprano, antes de la diana, y vi que el vestido ya no estaba. Pregunté a la vigilante, pero ella no sabía nada; me juró que no había visto a nadie en el barracón. De repente me iluminé. Poseída, como una loca, fui directamente a la zapatería, tomé prestado un cuchillo largo, puntiagudo, afilado, y con él me lancé hacia donde se alojaban los recién llegados del transporte. Averigüé quién era su capataz: cierta ladrona con el

ridículo apodo de Ninka Moscú.

Estaba echada en la cama. Me acerqué a ella a hurtadillas con el cuchillo a mi espalda. La miré directamente a los ojos:

—¡Dame el vestido, ladrona desgraciada! —le chillé.

Empezó a andarse con rodeos.

—¡Dame el vestido, cerda! —insistí.

Empezó a mirar a su alrededor buscando ayuda.

Le puse el cuchillo en el cuello:

—¡Cierra el pico y dame el vestido! Ahora mismo lo pones en el sitio de donde lo has cogido. ¿Está claro?

Ninka me miró con los ojos abiertos de par en par. Asintió.

Devolví el cuchillo al zapatero. A la mañana siguiente, el vestido estaba en su lugar.

No conoces a esta Valia, ¿verdad, mamá? Ni yo misma me reconozco, yo, que todavía me sonrojo cuando oigo una palabrota. ¿Sigo siendo yo? No dejo de preguntarme quién soy. ¿Me reconocerás cuando volvamos a vernos?

Besos y abrazos a las dos.

Tuya, Valia

13

Querida mamá:

El día en que Ninka me devolvió el vestido me lo pasé entero preguntándome, mientras trabajaba, qué tenía que hacer con él. Una voz interior me susurraba: «Después de haber pasado por las zarpas de esa ladrona, el vestido ya no te traerá suerte. Dalo, ¡ya ha perdido su encanto!». Así que no dudé más y vendí el vestido a la doctora.

El instinto fue el correcto: por el dinero que obtuve adquirí comida en la tienda del campo, donde suelen comprar solo los guardias, cogí algo de fuerzas y me restablecí. La doctora me estaba tan agradecida que me llevó a su barracón de hospital como secretaria personal. ¡Así que me convertí en una persona con influencias! De repente dependían de mí los destinos de la gente y muchos querían mejorar su relación conmigo. La doctora decidía a qué categoría de trabajo sería asignado cada preso y yo, en mi puesto de secretaria, registraba la categoría en los formularios. De repente sabía muchas cosas de cada preso y aprendí algo nuevo:

mamá, la información es poder. Nunca me había dado cuenta, porque nunca había estado tan cerca del poder.

Pero ¿sabes qué, mamá? La gente es envidiosa y maliciosa. Alguien denunció a la dirección de qué manera había llegado a mi cómodo puesto. Inmediatamente me enviaron a trabajar a la vía. Ir cada día hasta allá suponía dos horas de camino y luego dos horas más para volver.

Pienso mucho en ti
y en Bélochka y os envío mil besos.
Vuestra, Valia

14

Llegó el verano. Día y noche había luz; solo de madrugada el firmamento se teñía de tonos violetas y rápidamente dejaba libre el camino al sol, que poco a poco se esforzaba en despegarse del horizonte y se mantenía sobre él durante unas veinte horas. Nadie sabía cuándo era de día y cuándo de noche, no dormíamos y caíamos de agotamiento igual que moscas al final del verano. Cada día soñaba con los grandes mosquitos peludos, que no pican tanto como los pequeños pero que son repugnantes. Por la noche se transformaban en una especie de ángeles peludos que volaban alrededor de mi cabeza. Sin embargo, las noches eran algo más silenciosas: los insectos no hacían tantos estragos.

Volvieron a enviarme a un campo diferente para hacer un trabajo diferente con personas diferentes. Nuestra condena consistía también en tenernos que acostumbrar constantemente a gente nueva, con sus distintas maneras de irritarse y sus distintas costumbres; no teníamos más remedio que enfrentarnos a ello con calma, lo que en estas condiciones tan difíciles exigía un esfuerzo sobrehumano.

Me asignaron a la fábrica de ladrillos. A mi lado trabajaba un rubio alto y apuesto, visiblemente mayor que yo. Se me presentó y me besó la mano, como si no fuéramos dos despojos sucios, piojosos, hambrientos y soñolientos, envueltos en harapos, que durante catorce horas al día daban martillazos a ladrillos uno al lado del otro, sino jóvenes descansados y perfumados que se hubieran conocido en una recepción, ella con vestido de cóctel y una copa de champán, él con traje oscuro y corbata plateada:

—Heino Ilmer.

—Valentina Grigórievna Nevéleva. Es un placer. Se llama usted igual que un conocido compositor estonio.

—Soy yo —dijo, y tuve la sensación de que se sonrojaba.

—Anatoli Vanieyev —se introdujo en la conversación el vecino de Heino en la fábrica.

Fuimos los tres juntos a la cantina y pronto nos convertimos en inseparables. Una vez les recité varios de mis poemas, que componía por gusto antes de dormir y en las largas caminatas hacia el puesto de trabajo para ocupar de alguna manera el cerebro. Heino Ilmer se ofreció tímidamente a componer música para ellos. Luego los representamos en nuestros recitales de los sábados. Convencí a Anatoli para que recitara a Derzhavin. De pie, ante el público, con la camisa desabrochada, tronaba con su voz de bajo:

> Soy rey, soy esclavo,
> soy gusano, soy Dios.

Y todos entendimos que realmente era rey y era Dios, aunque el campo hacía todo lo que podía para convertirlo en gusano y esclavo. De repente supimos que todos éramos reyes y dioses, por mucho que el campo se esforzara en rebajarnos a gusanos e imponernos tareas arduas propias de esclavos con grilletes. Aplaudimos al poeta, Derzhavin, y al intérprete, Anatoli. Pero ante todo nos aplaudimos a todos nosotros y cada uno a sí mismo.

15

31 de diciembre. Durante el trabajo, Heino me invitó a una velada de Fin de Año. Yo sabía que debería escapar secretamente de mi barracón, que se cerraba a las diez de la noche. Le dije a Heino que contara conmigo. Hice un muñeco de trapo, lo coloqué en la cama y lo cubrí con la manta. Luego salté la valla y corrí hasta la entrada, donde me esperaban Heino, Anatoli y varios más. Nos escabullimos por las calles, una chica llamada Lena resbaló en el hielo y se torció el tobillo, pero no se quejó y, valiente, avanzó por la sombra hasta un barracón en el campo de los hombres.

Nos dio la bienvenida el calor y el claroscuro de las velas, que para esta ocasión habían enviado los padres de Anatoli desde Leningrado, añadiendo un bizcocho, turrón y *strudel* de manzana con pasas y nueces. A Heino le mandaron desde Estonia manteca de oca con chicharrones; la untamos en rebanadas de pan que trajo su compañero de cuarto, trinchador de pan del campo. Acompañamos el banquete con agua caliente con la que hicimos una infusión con varias hojas de té y añadimos azúcar. A medianoche brindamos y nos abrazamos, luego cantamos y recitamos poemas. Les obsequié con «*It's a long way to Tipperary, it's a long way from home*»..., acompañándome con la guitarra que alguien había traído. No me imaginaba el efecto que tendría esa canción en mí. Me eché a llorar como una niña: primero me quitaron a Bill, a quien no volveré a ver en mi vida, luego me apartaron de mi niña y de mi madre. Con violencia me obligaron a interrumpir mis estudios y a estar siempre bajo la vigilancia de carceleros armados y sus perros. Tengo veinte

años y no veo ningún futuro ante mí, me siento vieja, solo pienso en la muerte.

—No puedes saberlo, Valia —me dijo Anatoli—. Te quedan unos pocos años en el campo. Todo pasa; estos años también pasarán y la vida volverá a comenzar.

—¿Qué vida? Mi hija ni siquiera me reconocerá. Siento que Bela me ha olvidado.

—Un niño nunca olvida a su madre, ¡jamás! —dijo Heino.

—Era pequeñísima cuando me sacaron de casa una noche de otoño y me encerraron en la prisión; solo tenía dos años. Tengo el presentimiento de que si alguna vez volvemos a encontrarnos, Bela estará cambiada, ni siquiera parecerá mi hija.

—No creerás en los presentimientos, Valia —me amonestó Anatoli, mientras servía agua caliente—. Me decepcionarías. —Me amenazó con el dedo—. Somos seres racionales. *Homo sapiens sapiens.*

—Los presentimientos y los sueños nunca me han defraudado —le dije, cansada—. La noche antes de la mañana en que se llevaron a mi padre, había soñado que entraban tres hombres en mi casa con cascos y armaduras medievales y me desperté aterrada. Mis sueños predicen el futuro.

—Hum. ¿Y con qué sueñas ahora? ¿Nos confías el secreto? —susurró Anatoli algo burlón: fingía no querer desvelar el misterio del momento, pero al mismo tiempo demostraba no creer en ningún secreto.

—No estoy completamente segura. Cuando cierro los ojos, no veo a mi madre. Creo que la perderé —susurré yo también, pero por motivos diferentes a los de Anatoli: temía que si lo decía en voz alta se cumpliría.

—No seas agorera —dijo, pero inmediatamente se dio cuenta de que eso mismo era lo que no debía decir. Para atenuar la desagradable sensación que provocó en los presentes, añadió rápidamente en un tono de humor—: Y al padre de tu hija, ¿tampoco lo ves en sueños? No estaría mal, ¿eh, chicos? ¡Quizá Valia ya haya dejado de soñar con el americano vestido de marinero con su uniforme blanco y ahora tendremos una oportunidad nosotros!

Alguien en la penumbra dijo:

—Valia, y si yo me visto de marinero blanco, ¿me harías caso a mí?

Heino simuló que no había oído esa voz y me miró, interrogante.

Contesté, sobre todo por él:

—Cuando cierro los ojos, veo a Bill en algún lugar, entre la niebla. Pero no es una imagen clara, solo le intuyo.

Evoqué vivamente lo que me había dicho mamá la última vez que nos vimos, en su visita al campo. Que Bill, después de dejar Arjánguelsk, me había buscado por teléfono y por carta.

—¿Bill con uniforme blanco? —se rió desde la sombra aquella voz de hombre joven. No le presté atención.

—¿Queréis saber cómo lo veo en mis sueños? Veo la mirada de Bill —dije en voz baja, pensativa—. Nadie tiene los ojos igual que los suyos: de un azul

intenso como el cielo cuando amenaza tormenta. Me mira a mí. Pero luego se da la vuelta y se marcha.

Los demás callaban; alguien comenzó a rasgar la guitarra y cantar en voz baja algún romance de Esenin. Lena, con su tobillo torcido, me ofreció leerme el futuro en la palma de la mano. Lo pensé. No me apetecía, me daba miedo. Pero cuando vi que los demás sentían deseo por esa distracción, que me observaban con curiosidad y alentadores, finalmente cedí y, si bien a disgusto, le ofrecí mi mano a Lena.

—Te espera una vida llena de cambios, aventuras, esperanzas y decepciones, Valia.

Eso me asustó.

—No me mires como si hubiera provocado la tercera guerra mundial. Veo en tu mano que te espera una vida larga e interesante, eso es todo.

—Pero ¿y los cambios y decepciones? —pregunté, aún asustada.

—Vivirás encuentros y separaciones, felicidad y pena, tendrás amigos y enemigos. También enemigas, ¡y vaya enemigas!

—Pero eso se puede decir de cualquiera, Lena —señaló Heino con dulzura.

—Tienes razón, pero en Valia sucederá en mucha mayor medida que lo habitual. La vida intentará dañarla. Lo intentará siempre. Pero Valia es fuerte y se impondrá a ella. Será capaz de ver lo hermoso en todo. A otra persona esta existencia lo rompería, pero para ella la vida estará llena de conocimiento.

—Igualmente, esta profecía me parece rara. No dices nada concreto —dijo Anatoli bostezando.

—Podría decirlo, pero no quiero —se defendió Lena—. Veo que Valia puede intuir correctamente quién desaparecerá de su vida y quién se quedará.

—Heino tiene razón, lo que nos has dicho vale para todos —agitó la cabeza Anatoli.

Pero yo asentí despacio para mí misma. Siempre pensé que mi vida sería exactamente así. También me lo dijo mi madre la noche en que se me llevaron.

Alguien llamó a la puerta. Nos quedamos en silencio. Todos se quedaron petrificados en la posición en que cada uno estaba en aquel momento: Heino con el plato de pan untado que nos estaba ofreciendo, Lena con una cerilla sin prender con la que quería encender una nueva vela, Anatoli con el índice en el aire, porque cortó a la mitad un chiste que había empezado a contar. Nos miramos algo aturdidos. Luego se oyeron unos fuertes golpes en la puerta.

16

Anatoli se recuperó despacio y bajó el brazo. Con gestos me indicó que me escondiera y fue a abrir.

Rápidamente me deslicé bajo la mesa. Entre las piernas de los demás vi que Anatoli se ponía encima el abrigo, salía de la casa y cerraba la puerta tras de

sí.

Heino me ocultó tras un enorme barril de levadura que tenía el compañero de cuarto de Anatoli para la preparación del pan. Lena se escondió allí también.

Tras unos momentos, entró Anatoli con un vigilante. Me senté en cuclillas tras el barril, silenciosa como un ratón; ni respiraba y me esforzaba en que no me castañetearan los dientes, porque lejos de la estufa soplaba un viento helado por las grietas del barracón. Debía de ser casi por la mañana. Por su conversación entendí que alguien había encontrado un muñeco de trapo en mi cama y me estaban buscando. Anatoli ofreció al recién llegado una rebanada de pan con manteca y el vigilante aceptó. Le garantizó que no me había visto, el vigilante le creyó y se marchó.

17

Me despertaron temprano en mi barracón, antes de la diana. Lo primero que pensé fue: «Mi madre dice que lo que uno hace el uno de enero lo hará durante todo el año». El vigilante gritó que después de las diez de la noche me había ido de mi barracón, que habían encontrado en mi cama, en mi lugar, una especie de espantapájaros y que lo consideraba un intento de fuga.

—¿Qué intento de fuga? ¿No estoy durmiendo tranquilamente en mi cama?

Pero el vigilante no me escuchaba.

—¡Hoy mismo te trasladamos! —gritó—. Te enviaremos andando a otro campo, ¡verás qué gusto!

Después de la velada de Año Nuevo aún no había perdido el buen humor y pensé que si el dicho de mi madre era cierto, durante todo el año caminaría sobre el hielo tras una noche de vigilia cincuenta kilómetros hasta algún lugar desconocido, probablemente un sitio muy inhóspito, lejos de las amistades que había conseguido crear en los últimos meses.

En el nuevo campo había casi únicamente mujeres. Muchas de ellas estaban embarazadas, las habían traído de diferentes campos. Lo primero que comprobé fue el frío que hacía en los barracones. En el campo evidentemente no había leña. Fuera, durante el día, se llegaba a más de treinta grados bajo cero y por la noche, a cuarenta y cinco; además soplaba el viento con furia y en los barracones la temperatura era de diez bajo cero. Durante el día íbamos al bosque a trabajar de leñadoras, incluidas las preñadas. A cada paso nos hundíamos en la nieve hasta más arriba de las rodillas, hasta la mitad de los muslos, a menudo hasta la cintura o más. A cada momento nos teníamos que rescatar de la nieve. Por la mañana, en lugar de los preceptivos —e insuficientes— cuatrocientos gramos de pan recibíamos doscientos. No había sopa, sino agua recalentada. Un mundo de dolor y sufrimiento, ¡y a nuestro alrededor esa deslumbradora belleza del bosque!

18

En una ocasión, salimos del campo antes de la medianoche. La dirección del campo nos mandó a buscar comida al pueblo más cercano; en el campo quedaba poca cosa para alimentarnos. Yo temblaba por el brusco impacto del frío y el viento. Pero nos sumergimos en la noche hibernal y avanzamos deprisa para entrar en calor. En mi compañera del campo confiaban no solo las presas y los presos, sino también los gerentes del campo y los guardianes. ¡Y es que era ni más ni menos que Tania Okunévskaia! Seguramente le tenían confianza porque la conocían ya de hacía tiempo de las pantallas de cine y les parecía una vieja conocida. Tania me explicó que debíamos ir al pueblo más cercano, que estaba a orillas del mar Blanco. No teníamos la más mínima idea de lo lejos que se encontraba.

—¿Sabes qué significa, Valia, recibir este permiso de ausencia de trabajos forzados durante un día y poder alejarnos del campo veinticuatro horas? —me preguntó Tania poniendo énfasis en cada palabra.

La elegante Tania siempre lo vivía todo como si le fuera la vida en ello. Gesticulaba mucho, también ahora, aunque en esa oscuridad no podía verla. Pero me imaginaba sus gestos.

—¿Qué significa? Que la dirección del campo está desbordada. ¿Eso quieres decir?

—Exacto —dijo Tania, y pisó con energía con su pequeño y ligero pie de actriz. Reconocía su pie a través de sus enormes zapatos masculinos—. Esto son campos de exterminio, campos de concentración, nadie duda ya de ello. Y sin embargo, si se supiera que la gente muere aquí de hambre...

—No sé exactamente qué son los campos de exterminio, aunque me lo imagino. Pero, sabes, ¡pienso que no deberías irte tanto de la lengua!

Lo dije susurrando, por si alguien pudiera oírme, mirando a todas partes y meneando la cabeza.

—¿Y por qué demonios no debería hacerlo? Delante de ti puedo, eres una amiga, una colega, eres actriz. ¿Dónde actuabas?

—Estudié y empecé a actuar en la escuela del teatro Bolshói de Arjanguelsk. ¿Y tú?

—¿Yo? —preguntó, sin saber qué contestar.

—En películas, eso lo sabe todo el mundo —dije rápidamente—, y en el teatro, en Moscú. Ya lo sé. ¿Y por qué estás aquí?

—Me negué a estar a disposición de un pez gordo del Partido. Pero estábamos hablando de lo que...

—¡Hiciste bien! —la interrumpí.

—¿Tú crees? Ya no lo sé. Bien, pues estábamos hablando de...

—¿Cómo que no lo sabes? ¡Eres fantástica!

—No lo soy. De hecho me acosté con él. Dos veces. Y ya no pude más. Me delató y me enviaron aquí. Pero después de esta experiencia haría las cosas de otra manera. Aunque no sé; uno nunca sabe cómo se comportará, no puede planearlo ni preverlo. Uno desconoce su reacción hasta que se encuentra en

una situación crítica. Más adelante puede ser un héroe o un cobarde, un salvador o un miedica.

—Pero..., pero Tania...

—¿Qué te pasa, Valia? ¿Tanto te ha chocado? ¿A ti todavía no te ha forzado ningún criminal bajo pretexto de que será tu protector?

—¡Pero yo lo evité! —dije, convencida, y en ese momento ni se me ocurrió que literalmente no fue así.

—Valia, pocas mujeres sobreviven aquí sin sus llamados protectores, que te convierten en una muñeca para sus juegos sexuales, generalmente brutales.

—¡Que lo intenten! ¡Yo les sacaré a la luz!

—Bueno, ya verás. Estamos en un campo de concentración, igual que los que tenían los nazis. Allí exterminaban a judíos, gitanos y comunistas, y aquí a nosotros, me refiero a la oposición y a todo el que sea sospechoso de estar en desacuerdo con el régimen y con el Estado, o a cualquiera que sepa algo diferente de lo que sucede en nuestro país. Tú conociste a los americanos, ¿sabes? Por eso te apartaron de la sociedad, para que no pudieras ir diciendo por ahí que los americanos también son seres humanos.

—Son campos durísimos, está claro. Pero de exterminio..., no lo he pensado. ¿Y cómo nos exterminan?

—Con trabajo sobrehumano, hambre, suciedad, condiciones climáticas extremas, seis meses de oscuridad al año y seis más de luz constante, falta permanente de intimidad y de sueño, ruidos, gritos, humillaciones, guardias, disciplina militar, perros... En fin, todo lo que vivimos aquí sería muy largo de contar. Valia, ¡haz todo lo que puedas por escabullirte!

—¡Pero no puedo! ¡Enseguida te meten en aislamiento!

—¿No has oído lo que dicen? Un día sin trabajos forzados te alarga un mes la vida en libertad.

—Así que si hoy nos han dado permiso para ir a buscar comida en vez de ir a trabajar, ¿el día de mañana se nos alargará la vida?

—Exacto. ¿Sabes, además, cómo nos van matando? Hace poco lo dijo una señora mayor, una poeta; la pobre ya cría malvas. Enseguida me di cuenta de la razón que tenía. Nos matan indirectamente mezclándonos con criminales comunes. A los políticos nos odian, sienten que somos distintos y se vengan de nosotros, nos esclavizan. ¿Acaso no lo ves a tu alrededor?

—¿Criminales? ¿Por ejemplo Nikolái Fiódorovich, el que tiene la cara grabada? Le llaman Piel; está aquí por parricidio y dice que si su padre reviviera, le volvería a clavar la navaja. Nunca he visto que los criminales se arrepintieran de algún acto. Lo único de lo que se lamentan es de que a los políticos no nos castigan lo suficiente. Pero ¿por qué?

—Porque están entre rejas. Y porque nosotros no somos parricidas y tenemos las manos limpias. Porque nosotros, cuando volvamos a la sociedad, sin duda conseguiremos algo en la vida, mientras que ellos no tendrán dónde acudir. Irán de trena en trena. Se imaginan que nuestros amigos nos tratarán como héroes que han sobrevivido a algo terrible y que lo hemos pasado mal

por el bien de todos, mientras que a ellos todos les despreciarán como desechos, como escoria de la sociedad.

—He hablado con ladrones y ladronas. Muchos me gustaron. A la mayoría de ellos los enviaron aquí por pequeñeces. Una señora vio en los almacenes GUM un pintalabios y como no tenía suficiente dinero, lo robó. No digo que esté bien. Pero ¿crees que por una infracción tan pequeña merece estar una década en trabajos forzados? ¿No te parece que es una conspiración del Estado contra el pueblo?

—Claro, hace tiempo que me lo parece. El Estado necesita fuerza laboral para los trabajos más duros, que una persona normal no haría, y aquí la tiene.

—¿Y por qué crees que la dirección nos ha dado permiso para este viaje? ¿Y si huyéramos? ¿No quieres huir?

—La dirección está desbordada. No sabe cómo alimentarnos. De otra manera nunca nos lo permitirían. Ellos mismos podrían tener un disgusto por ello. ¿A ti, Valia, se te ha ocurrido huir del campo?

—Solo fantaseando, por desesperación. Pero no es factible, especialmente en invierno. Quien no acaba congelado o hecho añicos por los perros guardianes, se muere de hambre.

—El único que puede sobrevivir es un chamán. Un chamán siberiano, Valia. Él sabe orientarse en la nieve y el hielo, es capaz de no comer ni beber durante semanas y esquivar a los osos. Simplemente conoce su territorio. Si alguna vez algún chamán o chamana quiere huir contigo, no te lo pienses dos veces.

—¿Tú, actriz de Moskovski Film, crees en los chamanes? —Me entraron ganas de reírme un poco de ella, aunque los chamanes me resultaban simpáticos y me los creía.

—En algunos casos un chamán puede incluso resucitar a un muerto, ya lo habrás visto en el campo. Aquí hay decenas de chamanes.

—¿Por qué precisamente chamanes? Si no son peligrosos.

—La racionalidad comunista se volvió loca con los chamanes: los que no fueron fusilados por los bolcheviques fueron enviados al campo, y sanseacabó. Por eso hay tantos aquí entre nosotros.

19

No quería seguir hablando, mucho menos de bolcheviques y fusilamientos. Miré hacia la lejana luna y soñé con la libertad. Sentí que la luna helada me llamaba. En ese momento recordé una leyenda que mi madre me contaba cuando era pequeña. Se la conté a Tania:

—Érase una vez una niña a quien sus padres obligaron a casarse con un hombre viejo. La niña lloró día y noche. Una tarde, al salir con cubos a buscar agua al pozo, la luna le preguntó por qué no dejaba de llorar. La niña le expuso su queja, la luna se compadeció y la tomó bajo su protección. Desde entonces la niña sigue allí de pie, con los cubos, eternamente iluminada,

eternamente en silencio, y en la luna vemos su sombra.

—También la conozco. Es una leyenda siberiana, creo que de los evenki. Alguien la narró la otra noche. Pero Valia, ¿de verdad no has conocido a ningún chamán en el campo?

—Uno me dijo algo sabio, ya no recuerdo qué. Ah, sí, ya lo sé: que me esforzara en descubrir la belleza entre la suciedad y la vulgaridad del campo, y sobre todo más allá de lo feo. Me enseñó a mirar detrás de las cosas que tenemos constantemente a nuestro alrededor. Aparte de eso he visto varias máscaras chamánicas, tamboriles y trajes, por lo visto folclore siberiano.

—¿Cómo? ¿Y no ha muerto nadie en las proximidades de los chamanes?

—¿Muerto? ¿Porqué?

—En la pasada etapa en el campo tuvimos un caso así: al morir el dueño de unos trajes, que había colgado en las paredes junto con unos cuernos, empezaron a morir otras personas de su barracón, hasta que fallecieron todos. Enviaron a otros presos y en tres meses todos habían muerto de cáncer. Al final la dirección ordenó arrancar los trajes, las máscaras y los tamboriles, pero el subdirector del campo se decoró con ellos las paredes de la oficina. Y antes de una semana, también él murió. Luego la dirección, rápidamente y en secreto, retiró la decoración de las paredes y la tiró por la noche al foso donde echan a los muertos. Alguien lo vio y lo difundió. Desde entonces la dirección ha declarado guerra a muerte no solo a los chamanes, sino a los siberianos en general, sean yakutos, evenkis, chukchis o buriatos.

—Por si acaso.

—¿No me crees, verdad, Valia?

—Solo pienso en que tengo una hija, Bela, lejos de aquí, en Arjánguelsk.

—¿Y qué te preocupa?

—Sobre todo, qué será de ella. Ahora vive con su abuela, que eso sí, aún no tiene ni cuarenta años, pero en cambio está gravemente enferma.

—¿Sabes qué? Te daré el nido del alma de un niño.

—¡No te rías tú también de mí!

—¿Yo? Lo digo en serio, intento encontrar algo que pueda proteger a tu Bela. Danishima Sandzhievich me cedió el nido de su alma infantil; por lo visto le protegió durante toda su vida. Fue así: Danishima nació de unos padres mayores sin otros hijos, cuyos recién nacidos siempre morían. Se dirigieron a una chamana, que anunció que sobre el nacimiento había una maldición y que hacía falta limpiarlo. Con madera de abedul hizo una pequeña copa y con piel curtida de un joven reno confeccionó una bolsa doble cosida con crines de debajo de la nuca; llenó la copa con grasa diluida, probablemente de alce, y hundió en ella un pájaro de madera para que la cabeza se quedara bajo la superficie hasta que la grasa se solidificara. Luego metió la copa con la figura en el saco de cuero y dijo a los padres: «Esto es el nido del alma del niño que nacerá. Se precipitarán a él las almas malas del averno y querrán devorar su alma, pero no la encontrarán, porque yo la tendré escondida. Así, el niño no morirá. Cuando empiece a caminar, le devolveré el

alma. La llevará encima y él mismo se ocupará de ella». Una cosa llevó a la otra, el chico nació, no murió, empezó a caminar y la chamana le entregó la copa. Le encargó que la llevara consigo algún tiempo. Los padres hicieron para él un relicario de madera con correas de cuero para que el alma no se vertiera al moverse. Puesto que la chamana no le dijo cuánto tiempo debía llevar la copa con el alma, por si acaso la llevó encima casi toda su vida.

»El chico sobrevivió a casi todos: a sus padres y a la chamana, al zar y a los misioneros ortodoxos que le bautizaron con el nombre Dmitri (aquí casi todos le llamaban Tío Mitya); sobrevivió a Lenin y pensó que sobreviviría también a Stalin, aunque fuera en el campo de trabajos forzados. Se creía inmortal, así que una vez me dio la copa para que la custodiara. Yo le dije: "Tío Mitya, ¿y si ahora se nos muere por no llevar encima la copa con el alma?". "No tema —me dijo—, ¡no me pasará nada!" Así que me llevé el alma del niño y la vigilé como si fuera mía. Pero Tío Mitya realmente empezó a enfermar. Corrí a verle para devolverle el alma, pero ya era tarde. No sé si al final lo mataron las almas del averno o el campo estalinista. Sin embargo, fue longevo y nunca perdió el ánimo. De todos modos me parece, Valia, que el hechizo de la copa aún no se ha acabado y que el nido del alma del niño puede servirle a Bela.

Me propuse que nada más volver cogería el nido de Tania.

—¿Y no te lo quieres quedar para tus hijos?

—Mi liebrecilla, así llamo a mi hija, tiene dieciséis años y novio: en un par de años se casará. Para ella ya no necesito el nido.

—Pero tu marido te espera en casa, quizá querrá tener más hijos.

—¿Mi marido? Unos meses después de que me encerraran, se volvió a casar. Ni para el divorcio necesitaron mi firma. Como si yo ya no existiera.

Creí haberla entendido mal. Dejé de percibir el bosque nevado a mi alrededor:

—¿Cómo..., cómo es posible?

—Ya ves, todo es posible. Quería tener la coartada de haber abjurado completamente de una presa política. Para que no fueran a por él también. Para poder seguir escribiendo sus novelas vacías de contenido y que nadie le molestara.

—¿El era..., digo, es escritor?

—Hum... Escribe, realismo socialista, ¿sabes? ¿Has oído el nombre de Gorbatov?

—Lo estudiamos en el colegio, pero no he leído nada suyo. ¿Y le querías, Tania?

—Me pretendían dos; el otro también era escritor, Konstantin Simonov, aún más conocido y mejor. Pero me casé con Gorbatov por el dinero y desde entonces me he arrepentido. También es verdad que uno se acostumbra a todo. Él consentía que tuviese pretendientes...

—El presidente de Yugoslavia, ¿verdad?

—Todo el país sabe lo del vals con el Mariscal, ya veo. Tito quería casarse conmigo... y tonta de mí, ¡quise ser fiel a mi patria!

—Encontrarás a otro hombre, tendréis hijos. Así que quédate el nido.

—Valia, me han condenado a diez años. Tengo treinta y seis y solo llevo tres aquí. Así que cuenta cuántos años tendré si es que salgo de aquí, cosa que dudo.

—¿Y si conoces a alguien en algún campo? ¡Mira cuántas mujeres embarazadas hay aquí!

—¡Ay, Valia, qué tonta eres! Perdona, pero no hay otra palabra. ¿Dónde te crees que vives, en un centro de veraneo donde organizan bailes? Bueno, a algunas mujeres las encerraron cuando ya estaban embarazadas y las enviaron a este campo. Otras, y solo son un pequeño porcentaje, se quedaron embarazadas de hombres de los que se enamoraron en el campo.

—Lo ves, ¡eso te puede pasar a ti!

—No me interrumpas, Valia. La gran mayoría de las mujeres quedó en estado después de tener relaciones con los guardias o los gerentes del campo bajo coacción. Tú eres guapa, no me digas que no te ha pasado. ¡Eso es muy normal aquí!

—Sí que me ha pasado, claro. Pero no tuvo consecuencias.

—¡Tuviste suerte, chica! ¡Increíble! Porque ¿sabes qué pasa después? Después del parto, sea hijo del amor o de la fuerza, inmediatamente le quitan al bebé de los brazos a la madre. Ella llora, grita, suplica, se pone de rodillas, se vuelve loca y promete lo que sea, pero ya jamás vuelve a ver a su hijo. Los recién nacidos van directamente a una institución para niños abandonados y de allí por lo general al correccional.

20

Caminamos por el sendero entre la nieve hasta el río y con cuidado evitamos el agujero en el hielo por el que los presos recogían cubos de agua. Continuamos por la taiga siguiendo la orilla del río. Nos parecía estar en el cielo: por primera vez desde que habíamos sido encerradas caminábamos libremente, a nuestra voluntad, sin vigilancia, sin guardias armados, sin perros entrenados para destrozarnos si dábamos un paso en falso. Después del griterío de los guardias y la muchedumbre ruidosa del campo, el silencio del bosque nos hacía felices.

La calma y la paz estaban en nuestro entorno y también en nuestro interior; allá donde miráramos solo había nieve y el brillo de la luna. Recordé el cuento de Andersen sobre la reina del hielo. En la espalda llevábamos mochilas vacías, y nos ilusionábamos pensando en que las llenaríamos en el pueblo con alimentos que llevaríamos al campo. El pueblo: el lugar donde todos se conocen, se ayudan, son amistosos. ¡Cuánto tiempo hacía que no habíamos visto un pueblo ruso corriente, donde vive gente corriente y no presos!

Avanzábamos como si tuviéramos alas por el sendero nevado y gélido bajo el cielo estrellado, a través del bosque iluminado por la luz de la luna. Debíamos atravesar varias decenas de kilómetros hasta el pueblo situado a

orillas del mar Blanco, en la desembocadura del río que bordeábamos. No podíamos perdernos; avanzábamos sin dificultad con nuestros abrigos grises acolchados de presidiarias, pañuelos gruesos en la cabeza y las botas de franela en los pies. Sabíamos que en decenas de kilómetros no encontraríamos un alma, exceptuando quizás alces, liebres y ardillas. Delante y detrás no veíamos nada más que una superficie blanca y el cielo estrellado, y nos parecía que caminaríamos así, libres y alegres, para siempre.

El camino serpenteaba ante nosotras igual que el velo blanco de una novia ante el que el bosque retrocedía, galante. Hacia levante el cielo tomó un tono grisáceo y las estrellas comenzaron a palidecer. Como si un rucio hubiera cruzado el paisaje cabalgando, entró una gris madrugada de invierno. El río se ensanchó y el bosque era cada vez menos espeso. Este viaje fue el más hermoso de todos los que habíamos hecho y que, seguramente, jamás haríamos.

No sabíamos cuántos kilómetros habíamos andado y cuántos nos faltaban, pero caminábamos a un ritmo cada vez más alegre. El bosque desapareció paulatinamente; ante nosotras se extendía una planicie amplia y blanca. Anochecía, si se puede llamar así al paso del gris oscuro al negro, cuando atisbamos una aldea en la orilla derecha del río.

21

Entusiasmadas, entramos en la aldea. ¡Nos encontraríamos con personas libres y podríamos hablar con ellas de cualquier cosa, sin espías ni delatores a cada paso! ¡Cuánto tiempo nos había sido negado algo tan sencillo como aquello! Teníamos ganas de oír el ladrido de los perros del pueblo, ver a los aldeanos y a sus hijos, rodeados de gatos perezosos.

Distinguimos las altas y tiesas siluetas de cabañas revestidas de leños colocados de cualquier manera, bien visibles porque sobre ellas ya volvía a señorear la luna. Comenzaba la segunda noche. El pueblo estaba vacío. Se podría pensar que todos habían muerto si no se hubieran encendido las luces en las ventanas, una tras otra. ¡Qué alegría! Luego, en cada cabaña vimos un pequeño abeto o pino adornados. Claro, ¡si era Navidad!

La tienda del pueblo aún estaba abierta y rápidamente nos precipitamos dentro. Estantes vacíos, nada por ningún lado. Solo tras el mostrador estaba, sentado, el vendedor con su gorra, mordisqueándose el bigote mientras contaba los ingresos del día.

—¿Tiene algo a la venta?

—No —dijo, acariciándose el largo bigote rubio.

—Hemos venido de lejos, véndanos algo, ¡por favor! —le pedí.

—No tengo nada.

—Tenemos hambre, hemos venido caminando un día y una noche enteros, ¡véndanos algo de pescado!

—No vendo pescado. En este pueblo todos son pescadores y tienen el suyo

propio.

—Entonces ¿qué hemos de hacer? —preguntó Tania, desesperada, casi invocándole con sus grandes ojos brillantes.

—Pregunten por las casas. Hoy casi todos han ido al mar y han sacado una buena pesca —contestó, acariciándose las mejillas como si quisiera comprobar si se había afeitado. Al darse cuenta de que no era así y que sin duda hacía ya unos días que no lo hacía, pareció disgustado, se puso en pie y dio unos pasos hacia la puerta para darnos a entender que ya no nos quería allí.

Tras dar las gracias, nos despedimos. Parecía que algo le supiera mal y nos señaló varias de las casas más ricas, diciendo:

—Allá tienen mucho pescado.

Le agradecimos el consejo y nos fuimos hacia la primera de las casas que nos había indicado.

Nos abrió una joven. Le explicamos con sinceridad que veníamos del campo de castigo más cercano para comprar algo de comer.

—Llamaré a mi marido, entiéndanse con él —dijo ella, y nos invitó a entrar al recibidor.

Nos quedamos allí de pie, absorbiendo el calor y el aroma de pan de centeno recién hecho. Por la puerta entreabierta se veía un árbol de Navidad con las velas encendidas en la sala de estar y la mesa puesta para una fiesta. En el recibidor había un jarrón con hojas de abedul que olía a Navidad. El señor de la casa también se había puesto elegante con su camisa nueva.

—¡Tengo pescado, cómo no! —dijo—. Pero ¿qué me dan a cambio?

—Dinero. Queremos comprar lo que podamos —le contestamos rápidamente, ambas a la vez.

—Uf, dinero... —dijo, decepcionado—. No me interesa. Si tuvieran cerillas, un paquete de tabaco barato o algo de ropa, aún diría que sí.

—Podemos traérselo la próxima vez. Se lo garantizamos —dijimos, porque teníamos esa clase de cosas en el campo.

—¿No nos vendería por esta vez algo de pescado? —preguntó Tania con su mirada desesperada e irresistible.

—Cuando traigan mercancía, podremos empezar a hablar. Pero no me interesa el dinero. ¿Qué voy a comprar con él? ¡La tienda está vacía!

Nos dio la espalda y con cuidado cerró la puerta tras de sí.

No nos quedaba más que probar suerte en las demás casas.

En todas pasó lo mismo. Esperábamos en el umbral; el calor, el olor de la comida recién hecha y de las velas, las alfombras limpias en el suelo y la ropa de fiesta nos recordaban las Navidades con nuestros padres e hijos, tal como las celebrábamos antes de que nos encerraran. ¿Qué estarían haciendo ahora mi madre y Bela? ¿Estaría Bela exaltada mirando el árbol iluminado?

En una casa la señora estaba poniendo en la mesa una gran fuente llena de pescado frito. En otra había un gran cuenco lleno de *borshch* aromático, una fuente más pequeña de nata y una cesta de pan.

En otra casa pedimos a la dueña que nos vendiera un vaso de agua, porque habíamos hecho un largo camino y no habíamos comido en veinticuatro horas.

—Y nos queda todavía el viaje de vuelta —le explicamos.

Pero la mujer estaba impaciente, irritada; tenía prisa por cerrar la puerta y sentarse con la familia para la cena festiva. Todos miraban con suspicacia nuestra ropa de reclusas numerada.

No tenía sentido continuar rogando. No había más remedio que darse la vuelta y partir. Tristes, nos dirigiríamos hacia nuestros barracones sucios, miserables y ruidosos que, después del ambiente tranquilo y festivo del pueblo, nos parecerían aún más sucios, miserables y ruidosos.

Abatidas por el fracaso, cansadas y famélicas, atravesamos el pueblo hacia la salida, cuando detrás de nosotras oímos pasos apresurados. Nos detuvimos: era el vendedor de la tienda vacía, que corría tras nosotras.

—¿Qué, han conseguido algo, chicas? —preguntó, tomando aliento—. ¿Llevan pescado?

Sin palabras le mostramos las mochilas vacías que colgaban mustias en nuestras espaldas.

Compasivo, hizo un gesto con la cabeza. Luego pensó durante unos momentos y al fin dijo:

—Vayamos a mi tienda. Ya está cerrada, pero tengo la llave. No puedo darles mucho, solo me permiten venderles a los del pueblo. Pero quizás encontremos algo.

Corrió hacia la tienda y por el camino dijo:

—Todos están cenando ahora, quizá nadie nos vea.

Rápidamente pesó para cada una doscientos gramos de azúcar, añadió unos puñados de caramelos de miel, varios panecillos de especias congelados y una vela. Pidió por ello el menor precio posible. ¡Por fin el dinero nos servía de algo! Le dimos reiteradamente las gracias de todo corazón al hombre, que se quedó en el umbral de la tienda sacándose témpanos de hielo del bigote rubio.

22

Era Navidad. La luna pendía sobre el paisaje y la nieve refulgía, plateada, así que la noche parecía más iluminada que el día. El cielo quedó sembrado de miles de estrellas, eternas y silenciosas, que acentuaban el silencio de la noche invernal. Volvíamos a desfilar a lo largo del río helado, ahora a contracorriente. Tras varias horas, ante nosotras no se abrió ufana la amplia planicie blanca, al contrario, se cerró con tristeza, como si quisiera bloquear el resto del camino. Nos parecía que el paisaje y la naturaleza querían impedirnos que renunciáramos a nuestra breve libertad. Tampoco teníamos ganas de hablar. La noche anterior habíamos caminado una junto a la otra charlando vivamente, pero ahora avanzábamos una tras otra en silencio. Yo iba delante, Tania me seguía y a mi espalda sentía su abatimiento.

Mientras avanzaba en silencio por el bosque, reviví mi pasado para que me

hiciera de escolta. En el bosque aparecieron los vivos y los muertos: mi padre me acompañaba y me cogió la mochila para llevarla. Iba de la mano de mi madre. Bela me cogía de la mano y al otro lado de ella caminaba Bill, balanceándole la mano, como si siempre hubiera estado con ella, como si cada día le explicara un cuento de buenas noches y la llevara al colegio. Detrás de mí iban Nina, Tolia y Borís. Bélochka se echó a correr detrás de una ardilla y Bill tras ella; se la subió en hombros y así persiguieron ambos al animal hasta que huyó de ellos por el tronco de un pino y se encaramó a las ramas.

A mi alrededor corrían Bélochka y Bill, se tiraban bolas de nieve y construían un muñeco; en lugar de ojos y boca le pusieron piñas, en lugar de una zanahoria, un trozo de corteza de pino. Mi padre charlaba conmigo sobre mis papeles teatrales y mi madre tarareaba una canción, como hacía siempre que estaba de buen humor.

Caminaba acompañada por mis seres queridos, les sentía a mi alrededor, tenía la mirada fija en el camino blanco que serpenteaba entre los árboles. La luz de la luna teñía la nieve de un gris azulado. Entonces me di cuenta de que a mi alrededor se movía una luz rosácea.

Cuando daba un paso, también la lumbre rosa avanzaba. Tenía la sensación de que desde el cielo algún faro me enviaba un haz de luz. Ni siquiera me esforcé en explicar qué podía ser. Estaba completamente cautivada por esa noche misteriosa. Nada podía sorprenderme.

Arranqué una pequeña rama de un abeto. Me propuse colgarla encima de la cama, así cuando durmiera, después del largo viaje, el abeto me enviaría su aroma durante el sueño y soñaría con una Navidad en compañía de Bélochka y de mi madre, de Bill y de mi padre. Pensé en la Navidad del año anterior... ¡No! De hecho, ya hacía dos años: mi madre preparó pescado rebozado, ensalada de patatas, cebolla y aceite, hizo pan fresco y un bizcocho. A mí me regaló un vestido rojo que ella había cosido y a Bela, su primera muñeca de trapo, hecha por ella misma. Yo no tenía tiempo para nada, vivía solo para estudiar y para el teatro; además, asistía a clases de canto y danza, de inglés y francés. ¡Cuánto me gustaría ahora ocuparme de Bélochka! Le cosería a mano un oso de trapo con un gracioso morrito negro doblado hacia arriba.

Avanzaba por la dura superficie de hielo aspirando el aire helado; tuvo sobre mí el efecto del vino frío, me sentí más ebria, alegre y perceptiva que otras veces. Miré ese delicado esplendor blanco a mi alrededor, las ramas y los abrojos forrados de hielo. Los enormes troncos, al contrario, eran sólidos, eternos. En comparación, ¿qué es el ser humano con sus dolores, sus males, su búsqueda confusa y su felicidad voluble?

23

Hacia el final de nuestra excursión, de repente tuve que volver a la realidad. Resultó que Tania era físicamente más débil que yo. ¿Me ayudó la luz rosa? En todo caso, ella no aguantó tanto, porque antes de llegar al campo estaba

exhausta. Se tumbó en la nieve negándose a continuar. Quizá de forma inconsciente prefería la muerte. Casi perdió la conciencia. No podía tomarla en brazos ni sobre mi espalda, no habría tenido fuerzas, ni habría podido tirar de ella porque la superficie del río helado no era lisa y las protuberancias la habrían matado. Así que dejé a Tania tumbada en el camino y corrí con todas mis fuerzas hasta el campo. Esperé que entretanto no se congelara y yo encontrara enseguida a alguien que la pusiera sobre un trineo y la trasladara.

Por fortuna, el campo estaba cerca. Ni siquiera me detuve en mi barracón, irrumpí directamente en la oficina de los guardias, les mostré los dos permisos para salir del campo y les pedí que enviaran de inmediato a alguien a por Tania. Lo hicieron deprisa; tras poco rato ya se encontraba en el umbral de su barracón. Les mostré lo que habíamos conseguido comprar en el pueblo y propuse repartirlo con las demás presas. Solo agitaron la mano y me dijeron que en unas pocas horas debíamos volver a trabajar igualmente.

Era muy pasada la medianoche y en el barracón hacía ya rato que todas dormían. Solo nuestra compañera Klava Shpuntik, condenada a veinte años, nos esperaba. Klava nos calentó nuestra ración de sopa. La engullimos. Después de la comida caliente y el descanso, Tania se sintió mejor.

Nos sentamos en una esquina, en la litera más alta, de manera que nos quedamos apartadas de las demás. Colgué sobre la cama la rama de abeto, clavé la vela en una botella vacía y la encendí. Klava nos sirvió agua caliente que endulzamos con el azúcar del vendedor, y comimos pan de especias. Yo observaba cada movimiento de Tania, que tras el pan volvió a sentirse bien y le explicó a Klava nuestra aventura. Aproveché que la atención de Klava estaba centrada en el relato de Tania para contemplarla. Era una pequeña judía con una melena de pelo rizado castaño, tatuada por todo el cuerpo. Pensé que me gustaría ser un hombre para poder leer y examinar todos sus tatuajes mientras hacíamos el amor.

Nos sentamos cerca del techo, picando del pan, lamiendo los caramelos de miel y brindando por una feliz Navidad con el agua dulce caliente en las tazas comunitarias. Me sentí como si celebrara la fiesta en el cielo, en una nube blanca como el río helado y la explanada nevada, en una nube bañada por la luz de la luna. Supe entonces que Dios o los dioses me querían, por eso me habían enviado el rayo rosa. En ese cielo, lejos, por encima de todo lo terrenal, lo corriente y lo vulgar, igual que las ligeras libélulas que navegaban por el aire sobre el lago, contamos a Klava todas nuestras aventuras, hasta que en ese aire gélido bajo el techo de madera del barracón nos salió vaho por la boca. Cuando narré cómo durante el viaje de vuelta me acompañaba toda la familia, Bill ayudaba a Bela a levantar un muñeco de nieve con piñas en lugar de ojos y la luz rosa me iluminaba, Klava dijo:

—¿Te extraña?

Nunca había visto la luz rosa del cielo, solo la aurora, pero en esa época del año, allí en el norte, el sol nunca salía, así que no tenía nada que ver. Además era medianoche. Se lo dije, y añadí:

—Pero toda la noche o, mejor dicho, las dos noches, pasaron como un cuento, así que no me extraña demasiado.

—Valia, durante veinticuatro horas no comiste, y durante veinticuatro horas no pecaste, quiero decir que no reñiste a nadie, no te enfadaste con nadie ni dijiste ninguna grosería, algo imposible de evitar en la vida del campo. Estabas lejos de la batalla diaria.

No quería interrumpir a Klava, pero cuando sorbió agua, le susurré a Tania:

—¿Y la súplica por el pescado puerta a puerta?

Tania me guiñó el ojo y ambas nos reímos en voz baja. Klava acabó de beber y continuó:

—Pero sobre todo, Valia, estabas en contacto con la naturaleza, que te permitió vislumbrar algo que normalmente nadie logra ver. La naturaleza te hizo un regalo.

Klava siguió hablando, Tania y yo nos reímos mucho de su relato sobre la simbiosis del ser humano con la naturaleza. También a Klava le venció la risa y agitó su melena castaña de modo salvaje.

III

1

Querida mamá:

Te añoro mucho, mamá, a ti y a mi pequeña, pero también a papá. Por lo general no te lo nombro demasiado para no alterarte, aunque pienso mucho en él y últimamente he soñado con él repetidas veces.

Tengo dos nuevas amigas, Klava y Tania. Me refiero a Tatiana Okunévskaia, la que admiramos tantas veces en el cine, ¿sabes? Ella también ha venido a parar aquí, mamá, ¡imagínate! Me ayudan mucho a orientarme en la vida, quiero decir en nuestra vida en el campo, por supuesto; no tengo otra. ¿Sabes?, aquí constantemente te humillan, a cada paso alguien te grita, te insulta hasta hacerte llorar y algunas mañanas preferirías no despertar. Tania y Klava son mayores que yo, llevan más tiempo en los campos y constantemente me alientan sobre lo importante que es recordar la propia inocencia y vivir con toda la honestidad posible. Con ello me recuerdan a ti y también a Bill; para él, el honor lo es todo. Imagínate, durante aquellos dos meses que estuvimos juntos, se resistía a tener nada conmigo, porque pensaba que su barco lo bombardearían los nazis. Y aunque no lo hubieran bombardeado, igualmente sabía que debía volver a América; era un soldado, no quería convertirse en desertor y no podía llevarme consigo para casarnos. Ahora me envías su mensaje a través de una conocida que ha venido de visita. ¿Sabes cuánto tiempo ha pasado hasta que he recibido tu carta con el mensaje? La escribiste en julio y ya estamos en enero, ¡fíjate! El mensaje de Bill estaba cerrado, está claro que no lo leíste. Seguramente te lo entregaron en el consulado americano, porque, que yo sepa, nuestros funcionarios abren toda la correspondencia con América. Decía:

Querida Valia:

¿Ya te has olvidado de mí? ¿Por qué no has contestado a ninguna de mis cartas? No dejo de escribirte y no me has mandado ni una línea. ¿Qué sucede? ¿Estás bien?

Vivo en Nueva York. En el Museo Metropolitano encontré el cuadro de una chica que me recuerda mucho a ti. ¡Me pareció que habías revivido! A veces voy a charlar con ese retrato.

Tuyo, Bill

La dirección del remitente está ilegible; tampoco tu carta se lee bien. Tu conocida, que la pasó a escondidas, debió de mojarse por el camino y llevaba la carta en el bolsillo. Solo se salvó el mensaje de Bill —si de verdad es de él—, porque estaba metido dentro de otro sobre. Sabes, mamá, después del primer estallido de felicidad por volver a ver su conocida letra geométrica, que solo él tiene, pensé que quizás alguien me había tendido una trampa, sean nuestros funcionarios o algún delator. Eso me hundió. Pero luego pensé: menuda fantasía debía de tener el delator para inventarse lo del cuadro y el museo. ¿Y si era verdad? No lo sé. Si fuera verdad que me ha escrito él, ¡no sabes cómo cambiaría mi vida! ¡De repente todo adquiriría sentido! Pero no me lo creo, mamá. No puedo. Veo malas intenciones y zancadillas a cada paso: ¿cómo, a qué y a quién voy a creer, aparte de a ti y a Bela?
¡Siento tanto que se frustrara tu relación con Vladímir Vladislávovich!... ¡No deberías haberme hecho caso! ¿Cómo iba a pensar que enseguida le darías calabazas? ¿Y qué pasó después, él encontró una novia a través de un anuncio? No se lee bien, la carta está muy estropeada. Qué pena no haber podido leer cómo estás, si te medicas y cómo crece mi Bélochka. ¿Ya sabe leer? Escribir supongo que no, ¿verdad? Por favor, mamá, escríbeme, ¡vuelve a intentar pasarme una carta! ¡No te imaginas lo que eso significa para mí!

Muchos besos para ti y para Bela.
Vuestra, Valia y mamá

2

Querida mamá:

La última carta apenas pude acabarla, de lo hundida que estaba. Tú y Bela estáis tan lejos; quizá no volveré a veros. Y aún me quedan tantos años... Yo creo que no llegaré al final. Tengo veintidós años y mi vida se acabó hace mucho. ¿Quién soy? ¿Una

joven y prometedora actriz? No. Soy una vieja de veintidós años que ya no sirve para nada.

Ya te he dicho cuántos asesinos y ladrones hay en este campo. Pues uno de ellos me escribió que quería tener una relación conmigo. Se llama Vladímir Belov y le llaman el Matón. ¡El Matón, conmigo! ¡Qué insulto! No le contesté. Todos me advierten que vaya con cuidado, que no le rechace porque podría vengarse. ¿Cómo se atreve a pensar en mí?

Mi amiga Klava ha tenido una niña. ¡Y yo ni siquiera sabía que estaba embarazada! Ocultaba el vientre bajo el abrigo abombado con el que incluso dormimos en este glaciar; no quería decírmelo porque se lo prohibió una chamana: los secretos no deben revelarse a ningún precio. Por eso Klava no podía aguantar esas largas horas de trabajo, ¡por eso se desmayaba! Fui con ella a la casa de producción, donde va a amamantar a la niña. La dirección del campo deja que las madres desteten a sus bebés, solo entonces se los quitan. Las madres no vuelven a verles. Espero que esto no le ocurra también a Klava. Se volvería loca de pena, igual que las demás. Miré a su Lénochka y me entró una terrible añoranza de mi Bélochka. Pero sobre todo rabia. ¿Por qué estoy aquí? ¿Qué hago yo aquí, una persona libre que no ha hecho mal a nadie? ¡Quiero ser libre! ¡Quiero estar con Bela, quiero estar con mi madre! Me dio un ataque de locura; me puse a gritar, furiosa, y empecé a dar puñetazos a mi alrededor. Tania, con ayuda de otras madres, tuvo que meterme un pañal en la boca para que mis gritos no atrajeran a los guardias.

Pronto te volveré a escribir, mamá. Ya se me están acumulando las cartas para ti y sigo sin encontrar a nadie que te las lleve. Me encantaría tener noticias vuestras. ¿Qué hace mi pequeña? ¿Cómo estáis? Describidme vuestro día a día. Escribidme una larga carta, escribídmelo todo tal como es, no adornéis nada y me lo envías, mamá..., bueno, por ese camino, ya sabes.

Besos para las dos (y a mi padre, pobrecillo,
le envío mil besos allá donde esté).
Vuestra, Valia

3

Querida mamá:

El Matón no ha dejado de perseguirme con sus atenciones. Yo fingía que no veía ni oía nada. Luego empezó a insistir, cada vez de forma más brusca. Tania me aconsejó que no fuera sola a ningún sitio. A todas partes me acompañaban varias mujeres, así él no podía pillarme. Luego empezó a enviarme cartas amenazantes, lo que conseguirá que me destinen a los trabajos más duros, que me alarguen considerablemente la pena y cosas por el estilo. Pedí a la dirección del campo que me trasladaran. Fue un paso desesperado, porque aquí tengo amigas que nunca he tenido ni tendré en ningún sitio; sobre todo a Tania, Tania Okunévskaia. No puedo creer que ahora sea amiga mía.

Rechazaron mi petición. Tenía miedo, mamá, ese tipo empezó a acercarse a nuestro barracón. Así que un día bebí varios vasos de agua helada y me mojé con ella echándomela por encima. Luego salí al exterior ligeramente vestida, mojada, sin abrigo. Pasó lo que era de esperar: esa misma noche me subió la fiebre. Por la mañana me desperté y me sorprendió no estar muerta, porque había querido morirme. No fui a trabajar y los guardias me llevaron a la enfermería. De allí me condujeron al hospital en un carro tirado por caballos. Al menos he escapado del Matón. Y no he de ir a trabajar. Dicen que un día sin trabajos forzados alarga la vida un mes. Cada mañana pienso: ¡bien, otro mes de vida a mi favor!

Aquí hay cuatro mujeres del ambiente criminal, ladronas y prostitutas: Roza de Azerbaiyán, Lena la armenia, Lena la polaca y Lena la rusa, a la que llamamos Lena la Gigante: es realmente enorme y torpe. No sé cómo puede robar: ¡le resulta imposible pasar desapercibida! Primero miraba a estas mujeres con disgusto, porque son de los bajos fondos. Aquí en la enfermería, en la cama de al lado, hay una mujer con el pelo blanco que se volvió loca. Encerraron a su marido por enemigo del pueblo. Luego recibió la notificación de que había sido ejecutado. La mujer enloqueció y en pocos días el pelo se le volvió gris. Está atada con correas a la cama. Cuando vuelve en sí, siempre me levanto, me acerco a su cama y le digo algo dulce. Pero los momentos en que se tranquiliza son cada vez más escasos.

Hasta ahora todo ha ido bien. Pero el otro día vino el amigo de la enfermera superior, Edik, me miró y dijo en su presencia: «¡Qué guapa es la chica nueva!». No paraba de mirarme. La enfermera empezó a armar un escándalo. Finalmente ha conseguido que la dirección me inscriba en el siguiente transporte para que me trasladen. Curada o no. Pero al menos me deshago del Matón.

Besos para las dos.
Vuestra, Valia

4

Era el final del otoño. Primero recibimos la orden de cavar un agujero en el hielo del río Ob. Luego, a los reclusos nos llevaron en balsa por el Ob y nos dejaron en tierra firme. A nuestro alrededor, tundra, planicie nevada. Hielo, nieve y oscuridad: ese sería nuestro destino durante varios meses, lo sabíamos.

—Hemos llegado —dijo el conductor del transporte.

Pero por ninguna parte había barracones, baños, ni campo alguno.

—Que cada una acampe donde pueda —añadió.

Resultó que el transporte había traído unas diez tiendas pequeñas. Pero no bastaban ni mucho menos para todas. Tuve suerte: me invitaron a compartir una de ellas con muchas otras mujeres. Sabíamos que para las que no tenían dónde meterse, eso significaba una muerte segura, por congelación.

Por la mañana nos repartieron picos y palas:

—¡A cavar!

La tierra estaba recubierta por una dura capa de nieve helada, era imposible cavar en ella. El pico simplemente rebotaba sobre la superficie blanca, emitiendo un sonido metálico. Durante todo el día fingí cavar, si no, los guardias me habrían golpeado con la culata del fusil, como hacían con las demás mujeres. Pero no cavé casi nada, me quedé lejos de cumplir el cupo y tras este trabajo de esclavos en el hielo solo recibí doscientos gramos de pan.

Mientras trabajábamos, la dirección se ocupó de ilustrarnos. Cuando por la noche volvimos más muertas que vivas al lugar donde estaban nuestras tiendas, nos saludó el lema: «Cumpliremos con el plan que nos pide nuestra patria.»

Me esfuerzo en dormir, pero no puedo. Pienso en mi madre. ¿Por qué no quise que se casara con Vladímir Vladislávovich? La cabeza me arde, tengo los pies helados. Casi mejor me tumbo al revés, con los pies cerca de la pequeña estufa y la cabeza contra la pared de la tienda. Al hacerlo he despertado a varias personas, me riñen, me insultan. Somos demasiadas para un espacio tan pequeño. No puedo dormirme; a pesar de este terrible cansancio, no hay manera. Ahora tengo los pies calientes, pero del pelo, pegado a las paredes de la tienda, saco trozos de hielo, uno tras otro. Unas mechas se me han quedado adheridas a la tienda. Me cubro el pelo con el pañuelo de lana. Mientras, intento no mover el cuerpo, porque varias personas se han echado sobre mis piernas y el regazo.

Ya hacía un mes que no nos bañábamos. Pronto aparecieron los piojos, blancos y grandes. En ningún otro campo los había visto así. Los aplastábamos contra la estufa. La mayoría estaban escondidos en las costuras. Tan pronto como aplastábamos uno, en su lugar aparecían dos más. Nos picaban mientras trabajábamos y no nos dejaban dormir.

Protesté ante la dirección. Como castigo me rebajaron la porción de pan a la mitad. No se podía vivir. Rehusé ir al trabajo. Me asignaron una tarea aún más dura: construir el ferrocarril.

En mi unidad estaba la monja Anna, que por las noches me contaba historias de la Biblia. Durante el día pensaba en ellas y el tiempo me pasaba más deprisa. Una vez me dijo que éramos como Jesús, que quitó los pecados de la gente y sufrió por ellos. Desde luego no lo entiendo, pero es bonito oírlo.

5

Una vez, al volver del trabajo, vino hacia nosotras un hombre joven. Nuestra capataz de brigada, una mujer educada de Odesa, me ordenó:

—Tú eres guapa, pídele un cigarrillo a este chico. A ti no te lo negará.

En la oscuridad no le veía bien. Las luces centelleaban a lo lejos.

—¿Sería tan amable? ¿Tendría un cigarrillo para mí? —le pregunté.

—Valia, ¿eres tú?

Su voz ligeramente ronca me transportó atrás en el tiempo: a los baños decorados con témpanos de hielo.

—¡Borís! ¡Claro que soy yo!

Borís Mijailov, al que ya no esperaba volver a ver, me reconoció enseguida, a pesar de la oscuridad y de los cuatro años que habían pasado desde nuestro último encuentro. Repartió entre todas los cigarrillos que llevaba.

—Pero no te has quedado ninguno para ti, Valia —me dijo.

—Yo no fumo.

—¿Pues por qué me lo has pedido?

—Para las compañeras. —Señalé hacia mi brigada.

—¡Cómo eres! —Me abrazó riéndose.

Cuando unos días después entré en la cantina, una chica me detuvo y me miró de arriba abajo:

—¡Así que esta es mi rival!

No quería nada más, solo verme. Le pregunté por qué y resultó que Borís la había dejado por mí advirtiéndole seriamente que no se atreviera a montar escenas.

Era invierno. Por la mañana no amanecía, al atardecer no había puesta de sol. Nos esperaban aún meses enteros de oscuridad y hielo, cansancio y trabajo. Pero ni un solo día me rebelé, no protesté ni una vez. Vivía esperando ver a Borís: era el capataz de la unidad que colocaba las traviesas de la vía. Yo las iba colocando catorce horas al día con una sonrisa en los labios.

Pronto, sin embargo, me trasladaron a otra unidad. Perdí interés por todo. Dejé de ir a trabajar. Como castigo me metieron en la celda de aislamiento. Me daba igual. Me dejaron casi sin comida. Tampoco tuvo ningún efecto sobre mí. No sabían qué hacer conmigo. Para deshacerse de mí, me enviaron a una unidad con ladronas, prostitutas y asesinas.

Querida mamá:

Soy yo, Bela. Te escribo esta carta porque la abuela me lo ha mandado. Yo misma no escribiría a una desconocida. ¡Ni loca! He intentado recordarte, pero no hay manera.

La abuela dice que yo tenía dos años cuando se te llevaron. De tantos esfuerzos que estoy haciendo he comenzado a soñar contigo. Quizá no eres tú, pero para mí la persona que aparece es mi madre. No sé explicártelo mejor. La única cosa que recuerdo de ti es el pelo. Cuando era pequeña, me despertaba por la noche porque algo me hacía cosquillas en la cara. El pelo largo de alguien que dormía a mi lado me acariciaba las mejillas y se me metía en la nariz. Cuando me despertaba por la mañana, había cabellos oscuros sobre el cojín. El pelo olía a flores del prado y yo jugaba con él. Lo estiraba. Dime, ¿eras tú, mamá? La abuela no podía ser. Tiene el pelo más corto y rubio. Así que tú, para mí, eres una señora con una melena larga y olorosa. Así te veo en los sueños.

La abuela me ha ordenado que te escriba. Por lo tanto, escribo de la misma forma que sueño. Dice que en la carta preguntabas qué hacemos durante el día. Mira, mamá, yo me levanto cada día a las siete. La verdad es que la abuela me despierta a las seis y media, pero soy dormilona, igual que mi osito de peluche. Bajo el edredón se está tan bien... Cuando la abuela me saca de la cama, rápidamente me pongo las medias y encima unos leotardos de lana bien gruesos. Los dientes me castañetean. Después me lavo, aunque no tengo muchas ganas de hacerlo. La abuela me obliga, es como un ogro. Mientras tanto, ella pone la radio. Suena la música. Prepara el té y me echa mucho azúcar. Así me gusta, ¿sabes? Me unta unas rebanadas con mantequilla para desayunar. Y más rebanadas con queso fundido para el segundo desayuno, en la escuela. Me las envuelve con papel y me las mete en la cartera. Yo bebo el té y me zampo las rebanadas con mantequilla. Me cuelgo la cartera a la espalda y me voy. Antes, doy un beso al osito de peluche y otro a la abuela. Eso le gusta y a mí me gusta sentir su olor a mañana, a té y a mermelada de albaricoque. Cada día se me hace muy largo; dura una eternidad, mamá. En la escuela lo que más me gusta es la hora del recreo. La clase de gimnasia también está bien. Odio las comidas porque nos sirven unos ranchos que dan asco. Como soy incapaz de tragármelo, no como. Por la tarde, voy a clases de gimnasia rítmica. Bailo con una camiseta negra escotada

que la abuela me regaló por mi cumpleaños. Después me ducho con las otras niñas y nos echamos agua por encima mucho rato. Luego nos entra hambre. Por cinco kopeks nos compramos una rebanada de pan con mostaza y un vaso de sifón o de té. Mamá, suelo tener tanta hambre que devoraría diez rebanadas de esas con mostaza picante. Pero no tengo tanto dinero. Una vez..., no: ¡dos!, robé una rebanada. Las niñas se me echaron encima como avispas:

—¿Lo has robado, verdad?

Yo:

—No he robado nada.

Ellas venga gritar a pleno pulmón:

—¡La gamberra se lo ha cogido al vendedor!

Que piensen lo que quieran.

A algunas niñas, sus madres las esperan por la tarde delante del edificio de pioneros. Allí hacemos las clases de gimnasia rítmica y también hay otros deportes. Sin embargo, la abuela no me viene a buscar. Solo de vez en cuando, porque a esa hora tiene a sus estudiantes. O no se encuentra bien y se ha de tumbar en la cama. Ella tiene eso del corazón, ¿sabes? Un día les dije a las niñas que la abuela no vendría porque daba clases. ¿Ya sabes, verdad, mamá, que la abuela da clases a los señores que se preparan para los exámenes de la universidad? Pero no se lo digas a nadie porque está prohibido. La abuela dice que no he de decir a nadie que da clases en casa. Porque eso se llama propiedad privada o alguna cosa así de prohibida. Cuando las niñas vieron a la abuela se quedaron con la boca abierta:

—¿Es tu abuela? ¡Si parece una madre!

Es verdad, mamá, casi todo el mundo piensa que la abuela es mi madre. Dicen que parece joven. Pero yo qué sé, para mí es la abuela y basta. ¿Sabes?, las niñas me bombardearon a preguntas: «¿Por qué no te viene a buscar tu madre?».Ya mí no se me ocurrió nada que decir. Así que contesté que vivía con la abuela porque a mi madre la habían metido en la cárcel. Me miraban como si fuera un bicho raro. Por suerte, eran niñas forasteras, no de nuestra escuela. Cuando alguien me habla de la abuela diciendo «tu madre», le sigo la corriente para que las niñas y los niños no me desprecien. Primero me daba mucha rabia no poder hablar sobre mi madre. La abuela dice que mamá es buena y honrada. Quiero decir tú. Pero ahora disfruto cuando le tomo el pelo a la gente. Me encanta vivir a mi aire. Para que nadie se meta con mis cosas. Igual que me encanta birlar una rebanada de pan con mostaza de una bandeja cuando el vendedor no mira.

Mira, por la tarde, la abuela hace los deberes conmigo. Para mí es algo divertido: coloco al osito a mi lado para que también aprenda

algo. Solo que en la clase de mates nos ponen unos problemas tan aburridos que me dan ganas de irme a dormir. Son así, por ejemplo: el obrero Kitáyev hace cincuenta tornillos en cinco horas y el obrero Kaliuzhni fabrica sesenta en siete horas. ¿Cuántas horas ha de trabajar el obrero Kitáyev para fabricar setenta tornillos? ¡No me importan nada los estúpidos tornillos!, ¿verdad que lo entiendes, mamá? O que en el *koljoz* de Kursk tienen ciento cincuenta cerdos y en el *koljoz* de Yaroslavl hay doscientas puercas, y después hay una pregunta sobre los cerdos. Me da asco ocuparme de los cerdos y de las puercas, ¿sabes? Prefiero hacer los deberes de física o de ruso. Teníamos que aprender de memoria un trocito de un poema. Elegí a Serguéi Esenin porque me parece divertido el título del poema: «Confesión de un granuja». Mira:

Lo que más me gusta es cuando me cae encima
una densa pedrea de afrentas:
es así que con frecuencia me honra
la indignación y la cólera de las gentes.

No entiendo demasiado estos versos, pero me han llamado la atención. Todavía no sé bien qué quieren decir. Quizás un día lo sepa.

Después, la abuela y yo comemos pescado ahumado para cenar. Siempre lo acompañamos con pan. O cenamos unas rebanadas con mantequilla y longaniza. O croquetas de patatas, acompañadas con un vaso de té, bien dulce. Mientras cenamos, la abuela me cuenta historias de cuando era niña. Aunque la verdad es que no puedo imaginar que la abuela haya sido alguna vez una niña. No la veo jugando al escondite o haciendo guerras de bolas de nieve con otros niños. Aunque ella dice que sí que le gustaba jugar y patinar, que hacía toda clase de piruetas sobre el hielo; patinaba con una faldita y una chaqueta de piel de zorro con un manguito colgado al cuello. ¿Y tú, mamá, tú has sido niña alguna vez? ¿Y también un bebé? Así que mi abuela me cuenta que creció en un palacio. Su padre era el administrador allí. La abuela fue a clase en el palacio con unas niñas-condesas. También jugaba y comía con ellas. Iba de punto en blanco; en una mesa alargada les servían muchos camareros y camareras vestidos de negro. Eso fue en Leningrado, ¿sabes? Según dice la abuela, Leningrado se llamaba primero Petersburgo, después Petrogrado y solo más tarde se llegó a llamar Leningrado. Un día hubo un gran baile. A la abuela pequeña la vistieron con un bonito vestido, le ondularon el pelo rubio y se lo adornaron con cintas. Después entró en la sala de baile. A su alrededor, vio a damas muy elegantes, vestidas de largo, con collares de perlas y diamantes, con

los brazos y los hombros desnudos. Las joyas brillaban en aquella sala llena de espejos. Se veían por todas partes muchas damas brillantes, blancas, perfumadas; también caballeros con uniforme y otros con frac. La abuela miraba uno de los espejos. Descubrió en él a un oficial esbelto con bigote que se parecía a ese príncipe que mata al dragón. No tenía bastantes ojos para mirarle y, de pronto, ¡zas!, el oficial salió del espejo. Estaba en pie delante de la abuela y decía:

—Hola, Larisa, ¿quieres un helado? ¿De fresa o de nueces? No, no hace falta que vengas, ya te lo traeré yo.

La abuela esperó quieta en su sitio. La gente se tropezaba con ella, pero no se movió ni un palmo para que el príncipe la pudiera encontrar. Al fin, pensó que el príncipe ya no vendría y que no lo vería nunca más. Aun así seguía esperando. ¡Zas!, apareció de golpe. Le alargó un platito hondo, pero antes la había hecho sentar a una pequeña mesa redonda de mármol, había colocado una servilleta y encima el platito donde había una bola rosa y otra amarilla. Al final, hincó una cucharilla de plata en la bola rosa.

—Te he traído un helado de frambuesa y otro de limón. ¿Te gustan?

La abuela, que no era una abuela sino una niña como yo, devoraba con los ojos a ese joven y decía que sí con la cabeza. Aunque ella hubiera elegido el helado de fresa y otra bola de albaricoque. Pero decía: «Sí, me gusta el helado de frambuesa y el de limón también, señor». El oficial se reía. Después movió la mano para decir adiós a la abuela y desapareció. Ella no podía volver en sí. Atacó el helado cuando ya comenzaba a deshacerse. Al acabar de comer el helado, que estaba de rechupete, ¡zas!, el joven volvió. Entonces se dio cuenta de que era Grigori Nikoláievich, el hermano mayor de las condesas, que estudiaba y vivía en una residencia de estudiantes o vete tú a saber dónde. La abuela no lo había reconocido en el baile. Grigori Nikoláievich invitó a la abuela a bailar. Ella no le llegaba ni a la cintura. Estaba tan contenta que saltaba sin parar y la falda de su vestidito de niña, que no era larga sino que le llegaba justo debajo de las rodillas, flotaba hacia arriba. Su pareja de baile se balanceaba y cogía a la abuela de las manos. Entonces la abuela dejó de saltar y empezó a mecerse de aquí para allá.

Bueno, después vino la Revolución de Octubre. La abuela ya tenía ocho años. Era mayor que yo ahora, ¿sabes, mamá? Pero no demasiado, solo dos meses. Los señores de la Revolución la trasladaron a una pequeña habitación junto con su madre y su padre, que ya no era el administrador del palacio. La abuela llevaba comida y leña a las condesas porque eran unas bobas y no sabían

hacer nada solas. Salía de noche a romper las vallas de madera de la ciudad, se metía los palos debajo del abrigo y los llevaba a casa. Y también a casa de las condesas. Los policías o los guardas no se fijaban en eso porque solo era una niña. También iba a buscar comida, un bol de sopa para todo el día. A veces le echaban una cucharada de más porque la pequeña les daba pena. Por eso los padres siempre la enviaban a ella.

Todas estas cosas me cuenta la abuela mientras cenamos. A mí me parecen cuentos y por esto ahora te los explico, porque la abuela me dice que allí donde vives a veces estás muy triste.

El estudiante Grigori Nikoláievich se convirtió en médico. A veces, la abuela le observaba cuando entraba en la habitación de las condesas que ya no eran condesas. Ahora iban vestidas igual que la gente pobre. Allí, el estudiante se lavaba en el lavamanos. Después cogía gasa y otras cosas de doctores e iba a ver a los enfermos y a las reuniones de los señores que estaban haciendo la Revolución. Más tarde le detuvo un ejército de soldados con uniformes blancos. Le obligaron a que les acompañara hasta el extremo oriental de la Unión Soviética, hasta Vladivostok o vete a saber dónde, muy lejos. Después le encarcelaron unos soldados con uniformes rojos. Le hicieron su médico y lo llevaron al norte. No sé si lo digo todo bien. ¿Y sabes, mamá? Después volvió a Leningrado y trabajó de doctor con bata blanca. La abuela, que aún no era una abuela, tenía dieciséis años. Mamá, ¿dieciséis años es poco o mucho? En fin, ya no me acuerdo de nada más. Ah, sí, el príncipe que había salido del espejo y había llevado a la abuela una bola de helado de frambuesa y una de limón, aquel príncipe era mi abuelo, ¿sabes, mamá?

La abuela me cuenta este tipo de historias mientras cenamos. Antes de ir a dormir, cuando ya estoy en la cama, le cuenta un cuento al osito *Osi*, que duerme conmigo. También a la muñeca de trapo, *Ania*. La abuela siempre piensa en ti y dice que te han enviado más allá del círculo polar. ¿Qué es el círculo polar, mamá? ¿Una valla? La abuela nos cuenta cuentos de Siberia y dice que así estamos más cerca de ti. Los cuatro: yo, el osito, *Ania* y la abuela. Te contaré uno, ¿quieres, mamá? Es el que más me gusta, el que siempre le pido que me cuente.

Pues mira, mamá, así me lo cuenta la abuela:

«Érase una vez un rey que dio a su hija la princesa una diadema de diamantes.

—Ahora brillarás igual que el sol, hija mía —le dijo el rey a la princesa—, y la gente te adorará como si fueses la reina solar.

Aquel día el sol se puso y a la mañana siguiente no salió. Ni al otro, ni al otro. El sol dejó de aparecer. Los ríos se quedaron

congelados hasta el fondo y la nieve se extendió por toda la tierra. El hielo cubrió incluso las tiendas de los pastores de renos. Todo el mundo estaba muerto de frío y la gente no paraba de temblar. Había una oscuridad total. Solo la diadema de la princesa brillaba en aquella oscuridad, como la Vía Láctea en el cielo. El rey temblaba de frío y un día anunció:

—A quien sepa convencer al sol de que vuelva a su lugar, ¡le daré la mitad del reino y la mano de la princesa!

Había un chico pobre, un pastorcillo de renos, que salió a buscar al sol. Saltó desde la llanura helada con muchas ganas. Mucho, mucho rato voló por los aires a través de la oscuridad. No sabía cuántos días y noches pasó volando porque no se hacía nunca de día. Entonces, llegó a un gran palacio de oro, sobre cuyo trono estaba sentada una bella señora con los cabellos de oro y el vestido tejido de hilos de oro. La sala de oro donde se sentaba la dama tenía las persianas bajadas.

—¿Qué haces aquí, niño? —preguntó la dama al pastorcillo.

—Busco el sol. Le quiero preguntar por qué ha dejado de salir. En la tierra todos tenemos frío. No podemos llevar a los renos a pastar porque la tierra está cubierta de nieve y de hielo. Los renos se mueren. Ya no nos queda nada de comer. Tanta oscuridad nos quita la vida.

—Soy la reina solar —dijo la señora—. Soy el sol. No saldré a calentar la tierra mientras vuestra princesa lleve la diadema que me despoja de mi resplandor.

El pastorcillo saltó del umbral del palacio de oro con mucha energía. Estuvo volando durante algunas noches que no se acababan nunca. Después aterrizó en una llanura cubierta de nieve. A tientas buscó el palacio real en la oscuridad. Al final lo reconoció porque desde allí salían los rayos de la diadema de la princesa. Siguiéndolos, encontró el cuarto de la hija del rey. Entró. La princesa le miró con sorpresa:

—¿Qué haces aquí, pastorcillo?

En lugar de contestar, el pastorcillo le sacó la diadema.

Enseguida volvió a brillar el sol. El hielo comenzó a fundirse y la gente se puso contenta. Tanto si quería como si no, el rey se vio obligado a dar la mitad del reino y la mano de la princesa al pastorcillo.

—¿Cómo has podido llamar al sol? —preguntó la princesa al pastorcillo.

—Lo fui a buscar. La reina solar me dijo que ella tenía que ser la más brillante. No soportaba tu diadema. Por eso te la he quitado.

Desde aquel día, las señoras siberianas no llevan diademas: para que el sol no se enfade. El sol es el bien más preciado del mundo.

Con más razón en Siberia.» —Se acabó lo que se daba —digo a la abuela cuando se acaba el cuento. Con la patita del osito le doy las buenas noches. Ella me da un beso y se va a dormir.

Esta mañana la abuela se ha levantado y estaba mal del corazón. Ha llamado a la tía Vera, pero la tía no podía venir. No sé por qué. El tío Kolia estaba de viaje de negocios. Así que la abuela me ha dicho que la acompañase al médico. Me ha escrito un justificante para llevarlo mañana a la escuela. Me he puesto la mar de contenta: ¡haré novillos! El médico hablaba mucho. Decía cosas como «operación» y «peligro», todo el rato venga repetir estas dos palabras. No sé de qué iba la cosa porque yo estaba mirando unos carteles sobre alimentación. Decían que es necesario comer toda clase de frutas, verduras y pollo. Yo me reía pensando en la cola delante de la verdulería y que cuando me toca el turno, ya no queda nada más que unas patatas podridas y apestosas. Nada más. La verdad es que en eso soy una experta: puesto que la abuela no puede hacer cola, la hago yo. Quería decírselo al médico para que dejara de tener ese aspecto serio, para que se riera un poco con estas anécdotas sobre la alimentación colgadas en las paredes. Pero él ponía cara larga todo el rato. Así que no me he atrevido a decir nada. La abuela intentaba poner buena cara. Cuando nos hemos levantado, el doctor ha estrechado la mano de la abuela y le ha dicho:

—Tiene una hija que es una monada.

—Es mi nieta —ha contestado ella.

El doctor se ha quedado extrañado. Me ha pellizcado en la mejilla, cosa que no soporto. Pero esta vez lo he aguantado para no hacer enfadar a la abuela. Después hemos atravesado la sala de espera. Todas las cabezas de los hombres se han vuelto para mirar a la abuela. Parecían girasoles. La abuela notaba esas miradas. Caminaba ligera, despreocupada y alegre sobre los tacones altos. Se arreglaba el flequillo para que le cayera, bien recto, hasta las cejas.

Después hemos ido a un edificio muy grande y hemos entrado en una oficina con las paredes blancas. Había un camarada muy gordo. Es el tío Kostia, me ha dicho la abuela. Pero ella le llamaba camarada Kopéinikov o Kaláshnikov o no sé qué... La abuela le hablaba de ti, mamá: de qué buena persona eras y cosas así. También ha dicho que ahora los tiempos han cambiado. Que se podría revisar el caso. No sé qué caso. El tío sonreía, pero a mí me parecía el vecino Sasha cuando está de mala leche y se burla de mí. Me he hartado de eso. Me he puesto a mirar el retrato de Jrushchov que estaba colgado en la pared. Después he preguntado:

—Tío Kostia, ¿cómo han podido sacar todos los Stalin de todos los despachos y de todas las aulas de todas las escuelas de todo el

país? ¡Cuántos Stalin que tuvieron que liquidar!, ¿verdad?

El tío se ha puesto a reír. La abuela se ha asustado y ha dado un salto en la silla. Luego ese camarada gordo nos ha echado del despacho. Su panza parecía una apisonadora o un tanque. Todo el rato venga repetir: «A ver qué puedo hacer por Valia; difícilmente puedo cambiar nada pero lo intentaré, no sufran». Me ha dado un pellizco tan fuerte que me ha salido un morado. Si no fuera un tío y un camarada, sino un niño, le habría endosado una patada en el culo. Al tío panzudo también le habría dado una patada allí donde más duele. Pero la abuela se hubiera asustado otra vez y le podría haber dado un patatús. Ya en la calle, la abuela ha dicho que por culpa de este tío Kostia te metieron en la cárcel, mamá. Espero entender un día todo este lío. Ahora mismo, para mí es un rompecabezas.

Después hemos ido al parque del Dvina. De repente, la abuela no podía más y se ha sentado; estaba hecha polvo. La he mirado sin que se diera cuenta. Tenía un aspecto horrible, con toda la cara como si le colgara, lo mismo que les pasa a las viejas. Parecía que su cuerpo se estuviera hundiendo. He visto que la abuela es una enferma de verdad, una enferma que no se queja. Al contrario, bromea cuando está con más gente. Intenta tener un aspecto fresco y agradable. Lo hace bien, pero le cuesta mucho esfuerzo. Cuando está sola, se marchita lo mismo que esas flores de amapola que recogí el verano pasado. Las puse en un jarrón, y por la tarde las cabecitas les colgaban y los pétalos habían caído.

La abuela repetía para sí misma:

—No, no. De ninguna manera. ¿Una operación? ¡Eso no!

—¿Qué dices, abuela?

—Reflexiono. El médico me envía a operarme el corazón. Pero el resultado no es nada seguro.

Yo no he dicho esta boca es mía. Después he dicho en voz baja:

—Iré a verte al hospital, abuela.

Pensaba en todos los aparatos que vería allí. También en los enfermos. ¡Qué divertido! Quizás encuentre allí a alguien con epilepsia, como Dostoievski; nos lo dijo ayer la maestra de ruso. ¡Caramba, epilepsia! He vuelto a decir, para convencer a la abuela:

—De verdad, abuela. Te iré a ver. Cada día.

Por arte de magia, la abuela se ha rehecho. Ha vuelto a ser la de siempre. Me ha levantado y me ha hecho sentarme sobre su regazo. Me ha dado un beso en la mejilla, ¡mua! Y no paraba de acariciarme el pelo. Decía:

—Eres mi Bélochka, mi preciosidad, mi sol. ¿Qué haría la pobrecita Bélochka si de repente estuviera sola en el mundo, sin su abuela?

Yo no entendía por qué tendría que estar sola en el mundo, sin la abuela. Pero la idea me ha puesto triste. La abuela me ha dado otro beso. Entonces me he sentido en el cielo, entre ángeles. A escondidas me he metido el pulgar en la boca. Esta vez la abuela no me ha regañado por hacerlo. Tal vez no lo haya visto.

Lo he sacado deprisa. Un niño se ha sentado en el banco del otro lado del camino, justo delante de mí. Me espiaba. Yo hacía ver que era mayor de lo que soy porque seguro que el niño tenía más años que yo. Así que he bajado de las rodillas de la abuela y me he sentado en el banco al lado de ella. Con una pierna sobre la otra, como una señorita. El niño primero me hacía toda clase de muecas. Después ha sacado una pequeña bolsa de tela llena de bolitas para jugar juntos. La abuela lo ha visto y le ha dicho muy seriamente:

—Hoy no jugaréis. Bélochka se va conmigo a casa. Pero escucha, niño, ¿qué haces aquí a esta hora? ¿No estarás haciendo novillos?

Nos hemos levantado. El niño nos seguía. Cuando me daba la vuelta, ponía cara de mal genio, como dice la abuela cuando habla de mi maestra. El niño ha levantado el puño y ha amenazado a la abuela a sus espaldas. «Un golfo —he pensado—, ahora nos buscará las cosquillas.» La abuela respiraba mal. Parecía una locomotora, solo le faltaba el vapor. Pero como es su costumbre, hacía ver que estaba bien. Que no era nada. Después ha pasado *eso*. ¡Ha ido tan deprisa! Sí, mamá, parecía una película de esas antiguas: en un momento, el bueno le da una torta al malo y el malo le da en los morros al bueno. Te lo prometo, mamá, ha ido así de rápido. El niño se ha acercado a la abuela y le ha puesto la zancadilla. Me parece que no se esperaba lo que vendría luego: la abuela ha caído de bruces al suelo. Seguramente, el niño no sabía que era mi abuela. Pensaba que era mi madre, que era joven y que estaba sana. Que solo se tropezaría un poquito y ya está, una cosa para reírse. No sabía que la abuela está hecha polvo. El niño se ha asustado tanto que se ha puesto pálido. La abuela, de hecho, aún no se había caído al suelo completamente y él ya la estaba ayudando a levantarse. Era fuerte. Ha cogido a la abuela como si fuera una pluma y la ha arrastrado hasta el banco más cercano para que se sentara.

—Perdone, señora, yo no quería. —Hablaba de forma confusa, rojo igual que nuestra bandera—. ¿Está bien? De verdad que no quería... —decía con voz ronca. En un instante ha desaparecido, perdiéndose entre los arbustos. Se ha dejado la pequeña bolsa con las bolitas sobre el banco.

La abuela se ha puesto a llorar del susto. Después se ha animado y se ha echado a reír. Yo no sabía qué hacer. Primero, también lloriqueaba. Después he sonreído para que la abuela se sintiera

acompañada. Al final he cogido la pequeña bolsa con las bolitas y he visto que eran coloreadas. Algunas eran de cristal. Total, que me he quedado con la bolsa.

¡Qué bien hacer novillos! Por la tarde me moría de ganas de coger el patinete e ir al parque. Pero quizá la abuela me necesitaba. Así que me he quedado en casa. Me he puesto a hacer los deberes mientras la abuela daba clase a los estudiantes y he visto una cosa que no me esperaba. Enfrente de esos chicos y chicas (la abuela los llama así aunque algunos sean ya unos señores y unas señoras), la abuela ponía cara de malas pulgas. ¡Les trataba mal, sí, mamá! Los estudiantes la deben de odiar. Está más claro que el agua. Hablaba con ellos como si les golpeara con la regla. Igual que la maestra de mates.

Cuando el último señor, un hombre con la cara llena de granos, se ha ido, le he preguntado a la abuela por qué era tan mala pécora con los estudiantes. Pero no lo he dicho con estas palabras.

—Pero, Bela, he de ser estricta para que estudien.

—Cuando haces los deberes conmigo, no eres tan mala, abuela.

—¿Mala? No, no soy mala, soy severa. Además... no es lo mismo. Tú eres mi Bélochka. Ellos son unos desconocidos.

—¿Qué quiere decir «severa»? Bueno, ya me lo explicarás después. Pero abuela, ¿y si no fuesen unos desconocidos? ¿Y si fuera mamá? Ella debe de tener la edad de estos estudiantes, ¿no?

La abuela ha puesto cara de haberle pasado un trozo de cristal por una herida sangrante. Se ha quedado mucho rato pensativa. «He metido la pata», he pensado.

Después me ha dicho, muy seria:

—Vaya, Bela, nunca me había dado cuenta de que me portaba con dureza cuando doy clases a los estudiantes. ¿Sabes por qué? Me parece que soy así porque no les perdono que puedan estar estudiando tranquilamente y que les espere un futuro prometedor, mientras mi Valia..., mientras mi hija está entre rejas. A Valia le han roto la juventud y probablemente toda la vida.

—¿Toda la vida? —he repetido, porque no entendía gran cosa.

—Sí. Porque una vez que dejen a Valia en libertad, dudo mucho que le permitan llevar una vida normal.

—¿Quién no se lo permitirá, abuela? ¿El tío Kostia?

Pero la abuela no ha contestado. Estaba triste. Me ha parecido que ellos eran los mismos que habían fusilado al abuelo. Los mismos que no han dejado a mi padre venir a jugar conmigo. A enseñarme un barco grande como una catedral. A traerme una preciosa muñeca americana, una de esas que cierran los ojos, tienen el pelo largo y dicen «mamá». No le han dejado venir y no le puedo enseñar el osito con la orejita izquierda rota.

Por la tarde, han llamado a la puerta. He ido a abrir. Era el niño del parque, que estaba con las manos a la espalda, rojo como un tomate.

—¿Cómo nos has encontrado? ¿Nos has seguido?

El niño estaba callado. Rápidamente me ha dado un ramo de flores y también un cordel. Quiero decir un paquete de pastelería, que colgaba de un cordel.

—Para tu madre.

He abierto la puerta de par en par.

—Entra. Dale tú mismo las flores a la abuela.

Se ha puesto aún más rojo. Ha abierto unos ojos enormes.

—¿Es tu abuela? ¡Vaya!

Al instante se ha ido pitando. Al cerrar la puerta, he metido la mano libre en el bolsillo y he pensado: ¡qué bien que el chaval no me haya dado pena! ¡Qué bien no haberle devuelto la bolsa con las bolitas!

¿Te gustaría tener las bolitas, mamá? Si quieres te las mando. Me gustan mucho, pero a ti te las regalaría. ¿Sabes qué? ¡Pondré en el sobre la bolita que tiene dentro una especie de arco iris, sí! ¡Y con la bolita te mando un beso muy grande, mamá querida!

Bela

7

Me asignaron un lugar en la litera superior. Mejor dicho, una parte de un lugar. Las mujeres empezaron a preguntarme por qué había sido encarcelada, y cuando dije que era política estallaron en una carcajada. Luego se lanzaron sobre mí como un nido de avispas.

—Honorable señorita, ¿qué haces aquí entre guarras como nosotras? —preguntó haciendo muecas una mujer con el pelo sin lavar desde cien años antes que las demás.

—Deberías ir a la casa de al lado, con tu gente limpia y honrada, y no prostituirte con gentuza —me dijo resollando una bizca con el pelo de punta pelirrojo que, cojeando, se levantó de la litera de abajo.

—Ya le enseñaremos nuevos modales, ¡ya verá! —sonó una voz perezosa y ronca desde ultratumba, desde algún rincón de la litera de abajo.

Entonces una dijo:

—¡Dejadla en paz! ¡Manos fuera! ¡La conozco, éramos amigas! ¡Es una gran artista, una actriz!

Levanté la vista, sorprendida. Era Roza, y a su alrededor las tres Lenas, a las que había conocido no hacía mucho en el hospital.

—Valia, trasládate aquí a la litera de abajo. ¡Haced sitio en la cama para mi amiga! —gritó Roza, pero nadie quería abandonar su puesto ventajoso de abajo.

—¡Va, Mira, tú para arriba! —echó a una rubia bizca que a su pesar me cedió su lugar.

En la cantina, para cenar, Roza y las tres Lenas me convencieron de que organizara una representación y actuara en ella. Al día siguiente lo propuse a la dirección como parte del programa para las celebraciones de la Revolución de Octubre. La dirección estuvo de acuerdo: hacía falta mostrar al Ministerio del Interior que se celebraba la Revolución, pero no sabían cómo hacerlo. Así que les vine como anillo al dedo.

La velada de celebración la moderó una prostituta que sabía moverse perfectamente entre los peces gordos bolcheviques, quien halagó exageradamente la Revolución y la sociedad comunista. Nos partíamos de risa; la dirección era la única que no sabía qué pasaba.

Una del grupo de ladronas, Shura, bailó perfectamente una pieza de claqué y obtuvo un enorme éxito. Yo recité una parte del *Jinete de bronce* de Pushkin, y cuando leí con gran sentimiento las injusticias del zar Pedro el Grande y cómo chantajeó al pueblo obligándole a construir una ciudad, Petersburgo, sobre un pantano en un lugar inhabitable del norte de Rusia, todos aplaudieron frenéticamente: lo tomaron como una metáfora de nuestra esclavización en el círculo polar y de los que se aprovechaban de nosotros.

La moderadora, cuando vio el triunfo de la fiesta, comenzó a imitar el acento de Lenin:

—*Camarradas, ¡viva la Rrevolución!*

La celebración de la Revolución de Octubre por poco se convirtió en una manifestación antisoviética, pero afortunadamente la dirección se explicó el alboroto como un éxito insólito de los participantes y se alegraron de poder enviar al Ministerio del Interior un informe positivo sobre la celebración anual.

8

Querida mamá:

¡Qué ilusión! ¡He recibido una carta de Bela! ¡Qué bien escribes, mi pequeña! Tengo tantas ganas de hacer los deberes contigo cada día, sin falta... La carta ha viajado durante tres meses. Me imagino a través de quién la has enviado, mamá. Llevo siempre encima la carta de mi pequeña, aunque no está permitido, hay controles estrictos dos veces al día, pero me da igual. ¡Prefiero que me encierren en la celda de aislamiento a renunciar a las conmovedoras

frases de Bela!

Hoy solo esto, quiero que
esta nota os llegue pronto.
Tuya, Valia

9

Siempre que alguien arraigaba mínimamente y hacía amistades, lo trasladaban con rapidez a otro lugar. Era su táctica: romper los vínculos de amistad para que uno se sintiera lo más aislado y solo posible. Me enviaron a Salejard con un grupo de mujeres y hombres: algunos habían de ser liberados, otros fueron al hospital y otros, asignados a nuevos trabajos en otras secciones. Salejard es una antigua ciudad. La conocía del colegio: nuestro viejo profesor de Geografía nos habló durante clases enteras de Salejard, una ciudad en el norte donde enviaban a los convictos en la época de los zares. Nos leyó pasajes de *Recuerdos de la casa de los muertos*, donde Dostoievski, que fue él mismo un preso, describía estos campos de trabajos forzados.

—Valia, yo he analizado este tema. ¿Sabes cuál es la principal diferencia entre los campos de trabajos forzados zaristas y los actuales? —me preguntó el poeta Lazar Shereshevski, nuevo director del teatro de Salejard, donde fui asignada.

Allí respiraba el aire del teatro y eso me devolvió a la vida. Estudiábamos poemas y obras teatrales enteras e íbamos con ellos por los campos de trabajo para celebrar los aniversarios de las fiestas comunistas y de los líderes bolcheviques. Nuestra representación se ofrecía después de los discursos de homenaje.

—No sé cuál es la diferencia, Lazar.

—Los campos zaristas eran realmente de trabajo: trabajos forzados duros, pero no tan duros, ni de lejos, como los de aquí. También las condiciones eran un poco mejores. Los campos donde nos han internado son campos de trabajo esclavista, que funcionan también a modo de campos de exterminio.

De repente recordé el camino nevado entre altos pinos y, entre ellos, a Tania y a mí corriendo con la esperanza de conseguir comida.

—¿Sabes quién me dijo esta palabra por primera vez? ¿Conoces a la actriz Okunévskaia?

—Personalmente no, ¡pero todos la conocemos del cine! ¡No me digas que también la han condenado!

Lazar, algo mayor que yo, estaba tumbado a mi lado en la cama, en la litera de arriba; no quedaba otro lugar en el dormitorio del teatro. Había tan poco espacio que las mujeres y los hombres vivían juntos. Cuando le trajeron, me pidió seria y cortésmente si podía ocupar ese lugar. «¡Por supuesto!», dije, y

me pareció que en él tendría a un protector que no me molestaría.

Cada noche charlábamos; Lazar me leía sus poemas sobre la guerra y sobre el destino humano, a veces me miraba con sus grandes ojos inocentes que tanto contrastaban con su cabello rizado y pelirrojo.

Una noche, tarde, entró con violencia Zhora Chernikov, un bailarín del teatro que me perseguía desde el primer momento en que me vio. Lazar ya dormía y yo estaba charlando con mi vecina de cama, Galina Pánova. Zhora empezó a insultarme a gritos, subió de un salto a la litera y se sentó entre Lazar y yo. No sé si había bebido; se comportó igual que algunos de los gitanos de mi barrio. Incluso lo parecía: era guapo, pero solo de lejos. Estaba sentado en mi litera, fumando nerviosamente y gritando, histérico, que todas las mujeres eran iguales. Lazar seguía durmiendo como un angelito, de espaldas a mí.

Zhora, imprudente, echó la ceniza sobre mi manta, que se encendió.

—¡Fuego! ¡Socorro! —grité.

Todos se lanzaron a mi litera para apagar el fuego. El único rastro que quedó fue un pequeño agujero quemado en la manta. Alguien llamó también al vigilante principal, que vino dando voces:

—¿Qué pasa, qué es este jaleo? ¿Qué estáis haciendo?

Zhora, al que todos miraban con hostilidad, gruñó, testarudo y agresivo, algo sobre las putas. Lazar, del que trataba todo aquel asunto, siguió durmiendo de espaldas a mí, inocente como un niño.

10

Querida mamá:

Te vuelvo a escribir, aunque no sé nada ni de ti ni de Bela. Ahora estoy en el teatro de la ciudad, aunque en calidad de presa; quizá sea más fácil enviarte la carta desde aquí. Estamos representando *Borís Godunov* de Pushkin. Mi amigo Lazar Shereshevski es Dmitri el Impostor y yo interpreto a Marina Mnishek. Actúo con sentimiento, no con la razón. Con sentimiento entro en el personaje de la obra y me convierto en la mujer a la que interpreto. Desde el teatro, esta actitud emocional hacia el entorno y hacia mí misma alcanza también mi vida.

Mamá, no puedes imaginarte la alegría que se siente cuando uno tiene la posibilidad de ducharse y quitarse estos horribles harapos de prisionera para ponerse el traje del teatro. Siento que dejo tras de mí una vida asquerosa, como una serpiente que abandona su piel vieja, y me meto en una ropa bonita, nueva, llena de resplandor y esperanza, limpia, con colegas interesantes y un trabajo digno.

Tú conoces, mamá, el efecto que tiene en la gente mi belleza sensual. En el escenario la aprovecho como puedo, forma parte de mi éxito. Hombres y mujeres quedan deslumbrados. Pero a mí no me basta: en cada papel me esfuerzo por alcanzar la perfección absoluta. Con Lazar me resulta facilísimo actuar: ningún sentimiento de amor y por tanto de posesión contamina nuestra amistad; él es mi maestro intelectual y yo su alumna poco despierta y muy burlona.

Pero hay contratiempos seguramente inevitables. Mi papel tenía que interpretarlo la simpática Galina Pánova. La llaman Caballo, y realmente tiene aspecto equino, aunque no precisamente de una yegua de carga. Un caballito, un poni, eso sí. Me resulta interesante, con su gran nariz y la cara alargada; si fuera pintora, sin duda la pintaría en una serie de retratos. Pero ya de entrada, el director me asignó el papel de Marina Mnishek. El director de la obra, Rodión Zinoviev, directamente me incomoda. ¡Deséame suerte, mamá, para que pueda mantenerlo a raya!

Besos a ti, a Bela y también
para mi querido papá.
Tuya, Valia

11

—Valia, ¿qué ha pasado? —me preguntó alterado Lazar, en un susurro, antes de dormirnos.

—¿De qué hablas?

Lazar, pensativo, se rascó la cabeza entre su pelo encrespado.

—No actúo a gusto, tú misma lo notas. Rodión te acosa de tal manera que se me está contagiando el nerviosismo del ambiente. Cada vez te pide que actúes de forma totalmente diferente a la de antes. Hoy se ha pasado un poco cuando te ha dicho que eres una patosa.

—Tú aún no estabas, pero el papel de Marina Mnishek debía hacerlo Galina Pánova. Tengo la sensación de que Rodión quiere quitarme el papel y devolvérselo a Galina. Por eso intenta convencerme de que no actúo bien. Pero yo quiero demostrarle que soy buena actriz y que no ha cometido ningún disparate dándome el papel.

—Hum —dijo, mirándome con ojos tiernos—. Pero quiere que actúes contra tu naturaleza. En condiciones normales, en un teatro normal, te aconsejaría que renunciaras al papel. Pero aquí...

—Aquí más vale conservar lo que tienes con uñas y dientes, ¿no te parece?

—Sin duda. En lugar de tener que cavar en algún sitio. Ese es nuestro

objetivo, es tu objetivo. ¡Pero el comportamiento de Rodión hacia ti, y por ende también hacia mí y hacia todos, ha cambiado tanto!... Antes te halagaba y comía en tu mano, ahora está insoportablemente nervioso. ¿Qué ha pasado?

—Lazar, te lo contaré. Una vez, con toda la desfachatez y delante de todos, se puso a rondarme y pensé que sería mejor no marear la perdiz y decirle directamente lo que podía esperar de mí. Así que cuando me invitó por la noche a su habitación para tomar un café porque tenía un trozo de tarta que le habían enviado de Moscú, le dije que entre él y yo no pasaría nada, ni esa noche ni después.

—¡Amante desdeñado! —se rió Lazar—. Y tú, una mujer fatal. ¡Ahora lo entiendo!

Me sentí bien al poder contárselo a Lazar. Poco a poco fui sumiéndome en el sueño. Lazar dijo algo más, oí el nombre de Galina y ante mis ojos surgió su cara de caballo, pero caí en un sueño dulce. Cuanto más terrible es mi vida de prisionera, más hermosos son los sueños que me esperan por la noche. A todos les pasa lo mismo y por eso esperan impacientes que llegue la noche.

12

Me enjaboné todo el cuerpo y luego dejé que el agua caliente cayera sobre mí. A cada momento era consciente del lujo, después de todos estos meses en que uno no podía ni lavarse las manos; ni siquiera durante el periodo podíamos limpiarnos porque no había dónde. Después de los tres minutos de ducha permitidos, cedí mi lugar a Galina y fui a por mi toalla. Disfruté del placer de la sensación de limpieza mientras miraba a Galina, que estiraba los brazos bajo la ducha. «¡Galina tiene un cuerpo hermoso! —me di cuenta de repente—. Nuestro Caballo no tiene admiradores, mucho menos amantes, al contrario: todos la llaman “yegua” o “cara caballo”, pero eso es por ignorancia.» Pensé que la cara de las mujeres es como el letrero de una tienda, que cuando no gusta, el peatón pasa de largo. Seguí absorbiendo el aire húmedo perfumado por el jabón.

Y de repente...

—¡Socorro! ¡Galina, ayúdame! ¡Socorro! ¡Por favor, Galina, ven! ¡Socorro! —chillé.

El hombre que me había atacado cuando me disponía a vestirme me tapó la boca con la mano. Me parecía que debido al miedo todos mis músculos perdían fuerza, especialmente cuando vi que Galina, bajo la ducha, no me oía. Aunque me resultó extraño, porque siempre que lograba apartar la mano de mi boca, gritaba a pleno pulmón. Cuando me di cuenta de que si no me socorría a mí misma nadie lo haría por mí, me volvieron las fuerzas. Me esforcé en quitarme de encima al hombre, pero me sujetaba atenazándome y me puso un cuchillo en el cuello al tiempo que me toqueteaba. Gracias a que aún estaba algo húmeda, conseguí escabullirme como un pez. Luego, por necesidad, me salió instintivamente el movimiento que había aprendido

cuando era estudiante en Arjanguelsk y actué de guerrero chino: con todas mis fuerzas, le di una patada en el vientre. Aproveché el momento en que el hombre se tambaleaba: le arranqué el cuchillo y salí corriendo. Solo que cogí el cuchillo precipitadamente, del lado afilado; no tuve otra opción. Seguía sujetando la toalla mojada, me envolví con ella y salí volando. En el vestidor me puse la ropa sobre el cuerpo mojado y tal cual, con el pelo chorreando, fui a denunciar a aquel hombre a la dirección.

Hicieron alguna mueca cuando me vieron con el pelo mojado, que durante el trayecto se me congeló en la cabeza, y con la mano sangrando. Pero me escucharon e inmediatamente enviaron a un joven a las duchas e hicieron llamar a Galina. El joven volvió, dijo que no había ningún hombre y que Galina vendría tan pronto como se vistiera. Me enviaron a la enfermería a que me vendaran la mano. Al cabo de un par de horas volvieron a convocarme. Fui allí con la mano vendada, que me dolía de forma insoportable, con el pelo seco y alterada por el susto recién vivido.

—Valentina Grigórievna —me dijo el responsable—, ¿qué ha pasado exactamente? ¿Por qué nos incordia con sus líos amorosos?

—¿Qué líos amorosos? ¿De qué habla?

Estaba atónita, completamente fuera de mis casillas.

—¿No sabe que podemos meterla por ello diez días en la celda de aislamiento? —continuó el responsable en tono aburrido, como si aquel asunto no tuviera nada que ver con él.

—¿A mí? ¿A mí, que por poco me he convertido en víctima de un acto violento? ¿Aislarme a mí, que me he dirigido a ustedes, que son la instancia penal superior de Salejard?

—No grite más, camarada —me espetó de repente, tajante—. Galina Serguéievna Pánova, a quien hemos convocado justo después de su denuncia, nos ha contado todo lo que había pasado: usted ha tenido un encuentro amoroso en las duchas con ese hombre. Le había confesado a Pánova que quería tener una aventura allí con él y la ha llevado consigo para tener una coartada. Ella debía encubrirla.

—¡Pero no ha ocurrido así, en absoluto!

—Mire, a nosotros no nos importa si ha quedado o no satisfecha con su aventura amorosa. La verdad es que estos encuentros no están permitidos. Para que vea que realmente hemos investigado su caso, hemos hecho llamar también al director de la obra que ahora la emplea. Rodión Zinóviev está de acuerdo con la declaración de Galina Serguéievna. Ha dicho que en su puesto de trabajo también anda siempre con flirteos, que le gusta confundir a los hombres.

—¡Son calumnias! A Rodión Zinóviev le di calabazas, por eso me difama. Intento mantenerme tan honrada como puedo —solté sinceramente, a punto de llorar contra mi voluntad.

—Pues esfuércese un poco más y no invite a hombres a las duchas.

—Yo... ¡no he invitado a nadie!

—Por esta vez se lo dejamos pasar. Miraré hacia otro lado, aunque no debería. La próxima vez será peor.

—Por favor, no puede creerse...

—¿Sabe qué, camarada? —me interrumpió—. Váyase y deje de importunarnos con su vida privada o la enviaré a excavar tierra para la construcción del ferrocarril.

13

Querida mamá:

La obra de *Borís Godunov* tiene un enorme éxito. La hemos representado cuatro veces aquí en Salejard, para los presos y para la dirección. Ahora iremos con ella por diferentes campos de trabajo, de los que hay decenas aquí en la región donde se construye el ferrocarril Salejard-Igarka. Ya lo ves, tu Valia es actriz, aunque en condiciones algo diferentes a las que ambas deseábamos. Hoy te escribo deprisa por la necesidad interior de compartir contigo mi alegría, aunque no sé, ni hoy ni nunca, si la carta te llegará.

Un abrazo.
Tuya, Valia

14

Después de la representación, volvía a mi barracón y seguía siendo la heroica Marina Mnishek. Me quitaba la bonita ropa y, resignada, me ponía el uniforme de prisionera, gris, deshecho.

Me di cuenta de que el lugar de Galina a mi lado en la cama estaba vacío. Como tardaba en llegar, pregunté por ella a Lazar.

—¿Galina? Está en la enfermería, se encontraba mal.

—¿Qué le pasa?

—No sé más. Pregúntale a Zhora, él la ha acompañado.

Zhora me anunció, con una alegría que no entendí, que Galina se encontraba mal del estómago.

—¿Tan mal que la han dejado en enfermería?

—Ha sido intoxicada. Y te culpa a ti, Valia.

—¿A mí? ¿Por qué? —me asusté, y no se me escapó la creciente satisfacción de Zhora, que se esforzaba en ocultarla como podía. Pero no le di más vueltas—. ¡Si me paso el día entero en el teatro, entre ensayos ordinarios, ensayos generales y representaciones! Ahora estamos a punto de ir por

diferentes centros culturales, así que preferimos probar antes si encajan las dimensiones de los distintos escenarios.

—No sé si será posible, Valia. No quiero aguarte la fiesta, pero...

—¿Pero qué? —le interrumpí. No podía admitir la idea de que algo pudiera estropear mis planes, justo ahora que por primera vez en mi vida actuaba en un teatro casi profesional y día tras día tenía éxito.

—Valia, Galina cree, mejor dicho está convencida... —empezó Zhora despacio y triste, aunque no pude evitar descubrir la alegría en sus ojos.

Pero yo no tenía paciencia para esperar a que acabara su frase interminable:

—¿De qué está convencida? ¡Suéltalo de una vez!

Cuando le contesté en ese tono casi grosero, Zhora tuvo el pretexto para no andarse ya con sutilezas conmigo. Dijo bruscamente, con malicia en los ojos, aunque intentando dar la impresión de que sentía pena por mí y estaba de mi parte:

—Galina ha estado en la enfermería porque le han hecho un lavado de estómago. Luego se la han llevado al hospital. Eso es todo. Ah, y un pequeño detalle que te puede interesar: te ha denunciado a la dirección por haberle metido veneno en la sopa.

—¿Yo? ¿Veneno? ¡Qué disparate! ¿Es otra trampa?

—¿Trampa? La sopa estaba envenenada.

—¿Y qué tengo yo que ver con eso?

—Todos vimos que echaste algo.

—¿Qué visteis? Ayer, durante la cena, Galina se quejó de que se le había enfriado la sopa, así que le eché agua caliente, ¡eso es todo!

—Ya, pero la gente te vio y confirmaron a Galina que la acusación era justificada.

«¿La gente me vio? ¿O me viste tú?», pensé, aunque en voz alta solo dije:

—¿Cómo ha podido Galina quejarse de mí, si estaba tan mal y en el hospital?

Pero no esperé respuesta, porque la conocía. Con el pretexto de que debía devolver el vestido al guardarropía del teatro, salí del barracón.

15

Rodión Zinóviev, que me había hecho llamar, me esperaba en el escenario.

—¿Debo ponerme el vestido? —le pregunté.

—Deja el vestido.

—¿No sería mejor que lo llevara? Con él me identifico mejor con el personaje de Marina.

—No. De verdad que no hace falta. Se trata de otra cosa.

—Bueno, si solo es un problema de dicción, realmente sería innecesario. Aunque con mucho gusto, Rodión Borísovich, ¡si así lo desea!

A Rodión Zinóviev se le desfiguró el rostro.

—«Con mucho gusto, Rodión Borísovich, si así lo desea.» Eso deberías

haberlo dicho antes, ¡hace ya un mes! No deberías ser tan cabezota. Todo podría ser diferente.

—¿Ha pasado algo, Rodión Borísovich?

—*«¿Ha pasado algo, Rodión Borísovich?»* —volvió a imitarme—. ¡Ya lo creo que ha pasado algo! ¡Y a mí no puedes reprocharme nada, yo me he puesto de tu parte! Incluso después de que me faltaras al respeto delante de toda la compañía. Incluso después de que te reunieras desnuda con ese hombre en las duchas. Estaba hasta las narices de tus aventuras amorosas, pero igualmente hice lo posible para que te quedaras porque eres una buena actriz. Pero después de lo que ha ocurrido, ya no puedo seguir teniéndote aquí.

Tuve la sensación de que el mundo se derrumbaba a mi alrededor, como si los bastidores estuvieran carcomidos.

—¿Es... por Galina? —pregunté de forma casi inaudible.

—Es por Galina, sí. Pero sobre todo por ti y tus líos amorosos, que ya nos tienen hartos.

—¿Qué líos? ¡Son todo calumnias! —E igual que cuando estaba delante de la dirección, contra mi voluntad grité—: ¡Intento ser tan honrada como puedo!

—Pues mete tu honra en papel de seda y hazle un lazo con cinta rosa para tener de qué presumir cuando estés en algún punto del círculo polar cavando tierra helada a cincuenta bajo cero. Porque aquí no vale para nada.

Cuando salí de allí, me sentía como un pararrayos que atrae los truenos. La monja Anna, con la que había estado cavando durante un tiempo, diría que se trataba de asumir los pecados de los demás.

16

Caminábamos a oscuras hacia el lugar de trabajo. Tengo los pies envueltos en trapos porque los calcetines están prohibidos. En cada trayecto las botas acaban completamente mojadas. Heladas. Alguien acaba de decir que hoy no hace el peor tiempo: solo treinta y cinco grados bajo cero, lo que significa que la temperatura durante el día puede subir hasta treinta bajo cero. Pero no tiene razón: el viento del norte enfría el aire un mínimo de diez grados y te atraviesa de manera que te sientes desnudo.

A veces, durante el trayecto, nos contamos historias y cuentos para que el viaje nos resulte más llevadero y para que los que los escuchan se concentren en algo distinto que en los perros amaestrados que corren constantemente a nuestro alrededor. Me acordé del cuento sobre la reina de los hielos. Su reino de hielo era el reino del mal y al pequeño Gerd le cambió tanto que se convirtió en un malvado insensible. ¿No nos convertiremos también nosotros en el pequeño Gerd? A mi alrededor todas las mujeres suspiran. Maya, una joven de etnia even, se pone a marear un cuento siberiano:

—Érase una vez un cazador que se llamaba Poy-yaumbe y que corría tras un oso, pero este se escondió en una cueva. Poy-yaumbe fue detrás de él. El oso penetró cada vez más y más en la cueva hasta que Poy-yaumbe llegó al final y

se halló en una tierra que se parecía a la nuestra: había bosques, prados y pueblos, pero todo era más hermoso, el sol brillaba más y la gente era más alegre. En ella crecía la vid, moreras, limoneros y plataneros. Pero Poy-yaumbe no se fijó en toda esa belleza porque quería volver a casa. Por la noche tuvo un sueño. Se le apareció el espíritu de un platanero y le explicó cómo llegar a casa. Pero una vez en casa, Poy-yaumbe echaba de menos ese paisaje tan hermoso; estaba triste y no podía vivir sin ese sol y esa tierra alegre. En otro sueño volvió a aparecérsele el espíritu del platanero y le dijo: «Poy-yaumbe, pronto morirás y vivirás para siempre en ese hermoso paisaje. Es el submundo. Una bella princesa te escogió como marido y se convirtió en oso para atraerte al submundo. Pero tú querías volver a la tierra triste. Ahora tendrás que reconciliarte con la princesa». Y Poy-yaumbe murió poco después, llegó al submundo y por los siglos de los siglos vivió allí feliz con la bella princesa.

»Así que, chicas, cuando lleguemos al sitio de trabajo y empecemos a cavar, ¡pensad que quizá cavando lleguemos a un mundo más bello!

Miré hacia el paisaje que se extendía tras nuestra sección. En el campo de trabajo uno perdía la costumbre de mirar al horizonte, porque la vida del campo lo absorbía por entero, igual que el mar a un grano de arena. Vi el panorama habitual: bajo el cielo negro grisáceo, el blanco desierto de hielo se extendía hasta donde alcanzaba la vista.

Cogí el pico y golpeé el hielo. Salió volando un témpano, pero el pico no atravesó la superficie helada hasta encontrar la tierra. Vino hasta mí un tal Sasha, por unos momentos miró cómo me esforzaba inútilmente y con su pico cavó para mí un trozo del camino para la vía del ferrocarril. Luego se fue como un fantasma, como si nunca hubiera estado ahí.

Cuando había llegado aquí del teatro de Salejard, no podía cavar ni cinco minutos. Inmediatamente oí voces que me instigaban: «No hagas este trabajo, es para esclavos y tú no lo eres. Quieren esclavizarte, humillarte, convertirte en animal de carga, pero no puedes permitirlo. Eres una mujer libre, una actriz, ¡no puedes convertirte en esclava!». Era parecido a un coro griego, como el que vi en el teatro de Arjánguelsk cuando representaron la *Orestíada*. Al dejar el pico, a mi lado ya estaba un hombre de la guardia, que me golpeó en la espalda con el rifle:

—¡No te escaquees!

17

No podía seguir, estaba destrozada. Decidí simular locura. Me solté el pelo, que me llegaba más allá de la cintura; milagrosamente había evitado que me afeitaran la cabeza. Dejé que me cayera libremente por la espalda y la cara. No fui al trabajo y me quedé mirando al vacío. Dejé de comer y beber, desvariaba y canturreaba: «Duérmete niña, duérmete ya...». Pensaba en mi madre, que me cantaba esa canción de cuna, y las lágrimas me caían bajo la

melena. El enfermero del campo no sabía qué hacer conmigo, así que los guardias me enviaron al hospital. Me encerraron en una celda de castigo, un pequeño cuarto con una ventanilla minúscula, donde todo el día me vigilaban y me observaban. Soy actriz e hice bien mi papel: aguantaba el día entero mirando por la ventana, donde el cielo pasaba del negro carbón al gris oscuro. Un par de veces parpadeó un fulgor aperlado y a continuación el cielo quedó de nuevo sumido en la negrura. Me entretenía engañando a las enfermeras y los médicos. De todas maneras, no confiaba en ellos en absoluto. Cuando venía el médico y me preguntaba esto y lo otro, yo me quedaba callada mirando a un punto fijo. Aguantaba la vista durante mucho rato. Me tenían bajo control, bajo llave. Pero al final no pude seguir y comencé a fingir una locura locuaz como en el *Rey Lear*.

Simular la locura era agotador. Cuando entendí que mi esfuerzo no llevaba a ningún lado, empecé a comportarme de forma normal y el médico me envió inmediatamente a la habitación común, a la litera de arriba. ¡Al menos pude seguir en la enfermería!

—¡Valia, hola! ¿Quién habría dicho que volveríamos a vernos? ¡Tenemos la suerte de nuestra parte!

Lena Bardowska me abrazó. Me alegré de ver una cara conocida y le expliqué que estaba fingiendo locura.

—¡Y yo finjo ciática! ¡Somos unas simuladoras! —contestó, alegre.

18

Yo seguía escribiendo mis cartas mentales a mi madre... «¿Sabes cuántas veces he pensado en huir, mamá? Pero ¿cómo vas a escaparte si cada movimiento es vigilado por guardias con fusiles? ¿Y adonde vas a huir, si aquí tras el círculo polar nos rodean miles de kilómetros de tundra nevada cubierta por una capa de hielo, donde día y noche sopla un violento temporal de nieve? Lo único que nos queda es esforzarnos en sobrevivir, aferramos cuanto podamos a cada momento de felicidad, que aparece como una mariposa y acto seguido levanta el vuelo. Los presos nos agarramos a estos momentos como un perro a un pedazo de carne. Si no, estaríamos muertos...»

19

Querida mamá:

Tengo dos noticias. Empiezo por la mala.

Antes de que me enviaran a la construcción del ferrocarril, enseñé al doctor jefe mi mano torcida y lisiada, con la que no podía ni coger la pala. El doctor sentenció: «¡Amputar!». Fui a Piedra Negra

para que me amputaran la mano izquierda, que cada vez tenía menos movilidad, como si se estuviera muriendo; me dolía atrozmente y no podía estirar los dedos. Piedra Negra está en el Ural norte, ya sabrás. Ahora en otoño, cuando alguna vez se asoma el sol entre las nubes, las montañas brillan amarillas y rojas. Yo lo veía, incapaz de alegrarme de ello.

Me asignaron una cama pequeña y estrecha que me resulta un lujo absoluto, porque la tengo solo para mí, no estoy apretada contra nadie, no despierto a nadie cuando, dormida, me doy la vuelta y nadie me grita por ello como en el campo. Pero no dejo de temblar; saldré de aquí convertida en una tullida.

Bueno, ahora la buena noticia. Me llegó una convocatoria para presentarme ante el NKVD. Ya te imaginas con qué sentimientos fui; esperé a la mañana. Me enseñaron la notificación de que me habían reducido la pena de diez a ocho años. Aún no puedo creérmelo. ¿Cómo es posible? ¿Es porque después de la muerte de Stalin, en 1953, se revisan los procesos? He oído algo en ese sentido. ¿O lo ha conseguido para mí el fiel Kostia? Por la carta de Bela entendí que ahora es un pez gordo y que fuisteis a verle. No sé a quién darle las gracias, pero no puedo pensar en nada más.

Tuya, Valia

20

Queridas mamá y Bélochka:

El doctor Ilchenko se ocupó de mí. No habló de amputar nada. Con toda la fuerza tiró de mis dedos retorcidos, que habían perdido el sentido del tacto. Grité como la sirena de un barco, pero los dedos quedaron estirados y el doctor me enyesó la mano.

—¿Y cuándo me la amputarán? —pregunté, incrédula.

—¿Amputar? No seamos tan drásticos.

—¿De verdad que no me cortarán la mano?

—Ahora no hable y descanse, ¡es una parte importante del tratamiento!

—Si tuviera algo que leer, el tiempo me pasaría más rápido.

El doctor me trajo varios tomos de Tolstói. De la mañana a la noche leía en la cama sin percibir lo que pasaba a mi alrededor. Cuando el doctor consideró que ya podía ponerme en pie y andar, me invitó a tomar un té para que yo misma escogiera los libros que

me interesaran. Fui con Zoya, una chica muy seria que trabajaba allí de enfermera.

—¿Con leche o sin? —nos ofreció té—. Aquí hay azúcar y miel, y también algo para picar.

Dispuso sobre la mesilla de té platillos con pan untado con queso y paté, galletas y bizcocho. Nos hizo sentar en unos silloncitos, él también se sentó, nos sirvió té y después se fue a preparar más.

Recordé cuando era pequeña y papá y tú teníais invitados a tomar el té: antes de que llegaran os pasabais horas nerviosos.

Sonreí. Le hablé de vuestra ansiedad a Zoya, que estaba pensativa, y al sutil, instruido y cultivado doctor. Luego el doctor Ilchenko nos contó una historia, por lo visto una fábula griega:

—Hace muchos, muchos años, el hombre todavía no habitaba el mundo, por donde merodeaba el Desasosiego buscando qué hacer. Al llegar a un río, vio un montón de barro y decidió modelar con él a una persona. Quiso que Zeus insuflara el alma a su escultura y le pusiera un nombre. Pero aparte de Zeus apareció Gea, la diosa Tierra, y quiso ser ella quien le diera nombre a la escultura. No podían ponerse de acuerdo, así que llamaron a Saturno para que interviniera. Él dijo: «Después de la muerte el hombre os pertenecerá a los dos: el alma a Zeus, el cuerpo a la tierra, a Gea. Pero el Desasosiego le ha creado, él le pondrá el nombre y durante la vida, el hombre le pertenecerá».

El doctor hablaba lentamente y con gravedad. Luego, su propia historia le animó. Yo también sonreí, pero más bien contagiada por su risa, porque la leyenda me parecía triste y desde luego demasiado veraz. ¿Por qué el ser humano lo estropea todo de forma tan estúpida? ¿Por qué estamos encerrados en un campo?, ¿por qué nos llevan a hacer trabajos forzados? ¿Por qué no nos elevamos sobre las cosas igual que las libélulas sobre el río Dvina de mi infancia?

Aún no tenía la mano curada totalmente, y ya me convocaron al nuevo puesto de trabajo.

Vuestra, Valia

21

Hace un frío intenso. En el tren, en vagones de ganado como de costumbre, nos apretamos las unas contra las otras para calentarnos. Setenta y cinco personas son trasladadas a otro campo. Hemos vuelto a perder todos nuestros lazos, amigos y la atmósfera conocida en la que sabíamos orientarnos. Vamos

a lo desconocido. Cuando nos volvamos a habituar, nos trasladarán de nuevo.

—Perdón, necesito ir a la ventana —digo abriéndome camino hacia la pequeña ventana enrejada.

«¡Puta! ¿Tienes que pisotearme a mí?», «Valia, por favor, siéntate, ¿no ves que molestas?» «¡Estás pisando mi mano, bruja miserable!» Sin embargo tenía que ir hasta la ventana, sentía que me moriría si no llegaba a tiempo. No sabía por qué, era una comezón tan fuerte... En la ventanilla habían crecido unas flores de hielo que tapaban la visión. Pero se podía abrir un poco, así que por la rendija se veía algo. Esta mera vista fugaz por la ventana abarrotada significaba mirar al mundo libre, donde la gente podía hacer lo que le apetecía a cada momento.

Los árboles soportaban en sus ramas el peso de la nieve, mientras el viento arrastraba miles de nuevos copos. La luna lo iluminaba todo. Olvidé que era prisionera y sentí que viajaba en tren para ver a mamá y a Bela, que me esperaban en una habitación con calefacción y la cena caliente, donde pasaríamos toda la noche charlando. Ese era mi mayor deseo, ¡soñaba a menudo con ello! En tales ocasiones el despertar era siempre cruel. El tren aminora la marcha al atravesar algún pueblo con erizadas cabañas siberianas. ¿Qué debe de hacer la gente libre? ¿Sabrá apreciar su libertad? Hemos pasado el pueblo, ahora cruzamos un majestuoso bosque blanco. El tren avanza muy despacio. Veo otro tren; no, solo es un vagón. El vagón de la unidad de traviesas. Nuestro tren aminora aún más la marcha. Alguien, un hombre, sale por la puerta del vagón... ¡Es Borís! Borís, con quien quedaba por la noche en los baños cubiertos de hielo, cuando yo era una prisionera novata. Borís, que me regaló un pañuelo, que era todo lo que tenía. No me ve. Quiero bajar completamente la ventana, me peleo con ella.

—¡Borís! —grito.

Saco la mano entre los barrotes y la agito. Él me saluda. He conseguido ver sus ojos: me ha reconocido incluso en la oscuridad, tras los barrotes. Me mira de repente hechizado, alarga el brazo... El tren toma velocidad y se marcha. Entre pinos y abetos cubiertos de nieve sigo viendo los ojos de Borís, abiertos, llenos de anhelo.

22

Ya hace tres meses que por la noche no se pone el sol, que el firmamento se tiñe de violeta y gris; ya hace tres meses que duran las noches blancas y aún durarán otros tres. Ya hace tres meses que por la noche no podemos dormir, ni siquiera después del duro trabajo del día: nos despertamos, charlamos, cantamos. Ya hace tres meses que mis compañeras de cuarto, ladronas y asesinas, me despiertan a cualquier hora para que les recite o les cante algo, incluso para que les baile. Se ha corrido la voz de que yo actuaba en el teatro de Salejard, que sé recitar, cantar y bailar. Ya hace tres meses que cada noche me despiertan, en ocasiones varias veces, y me piden versos de Esenin. Les

recito:

> Alza tu rostro hacia el gris firmamento,
> pende la luna que sabe el mañana.
> No necesitas, ¡pues eres eterno!,
> verdad alguna, ya no te hace falta.

Recito, aunque querría dormir. Recito porque sé que, si me negara, saldría mal parada entre estas mujeres que tengo alrededor: la mayoría de ellas ha asesinado, ha robado o ha herido a alguien. Ya hace tres meses que estoy tan agotada que yo misma mataría a alguien para dormir un poco. Pero son muchas para mí, me superarían. Ha dejado de importarme todo, solo quiero dormir. ¡Dormir! ¡Vendería el alma por una hora de sueño tranquilo! Pero ya hace tres meses que no me es concedido, soy esclava de mis colegas de la casa de la tristeza. Mientras que durante el día lo soy del régimen político, que ha arrestado con derecho o no a una masa de ciudadanos para tener esclavos no remunerados, por la noche me convierto en esclava de criminales, yo, que jamás hice nada, yo, madre de una niña pequeña que no me conoce, hija de una madre enferma a quien no puedo aliviar; yo, que no quería nada más que actuar en un escenario, convertirme hoy en Cordelia y mañana en Nina-Gaviota, hoy en Ofelia y mañana en Katia Kabanova, y dar así a la gente felicidad y un poco más de comprensión del mundo. Las ladronas y asesinas me despiertan a su antojo, me piden bailes y cantos, pero sobre todo a su preferido, Esenin...

> Las brumas del cielo en mi alma se helaron,
> se enfría en los campos la estrellada lumbre.
> A quienes amaba ya me abandonaron,
> por quienes vivía ya olvidaron mi nombre.
>
> Y aun habiendo sido pisado, hostigado,
> envío una sonrisa a la luna que brilla
> al paisaje nunca bastante anhelado:
> por todo lo que me dio adoro la vida.

23

Hace seis meses que trabajo en la tundra. Cada mañana tocan diana a las cinco y una hora después desfilamos diez kilómetros hasta el lugar de trabajo, donde trituramos grava, la cargamos en un camión y la echamos allá donde

luego, quién sabe cuándo, la unidad de Borís coloca las traviesas y otra unidad empieza a poner las vías. Ya hace tres meses, desde que se derritió la nieve y el tiempo se ha vuelto más cálido, que nos atacan legiones de mosquitos pero sobre todo moscardas, enormes moscas azules y verdes que zumban en nuestro entorno describiendo círculos y formas como alrededor de un rebaño de ganado. Ya hace tres meses que cada mañana, nada más partir, nos vuelven a perseguir sus legiones. Las moscardas y los mosquitos se multiplican a medida que avanza el día y aumenta el calor; por la noche volvemos al barracón con las caras tan hinchadas que ni siquiera nos reconocemos las unas a las otras. Ya hace tres meses que me siento víctima de estos alocados insectos alados y ávidos de sangre, tres meses que me siento igual que Orestes, al que vi en mi antigua vida en una tragedia griega en nuestro escenario de Arjanguelsk; Orestes, a quien perseguían las feroces Furias, que querían ahogarle, estrangularle. Pero nosotros no podemos huir como Orestes, durante las marchas no podemos dar ni un paso a un lado para que no se nos echen encima los perros amaestrados; ni siquiera podemos apartar los insectos, rascarnos, no sea que nos disparen con los fusiles que nos apuntan so pretexto de perturbar el orden. Por eso hace tres meses que caminamos con las caras hinchadas; parecemos malogrados retratos de un pintor demente, enfermos aquejados por la lepra. Por la noche nos untamos una infusión de hierbas que nos alivia y por la mañana vuelven a lanzarse sobre nosotros nuevas bandadas de enormes mosquitos, nuevas legiones de moscardas zumbantes que volverán a chuparnos la sangre y a impregnarnos con su doloroso veneno.

24

A la estación Nikita, donde trabajábamos, vino un coche particular del Estado Mayor.

—¡Valentina Grigórievna Nevéleva! ¡Tenemos orden de llevarla al Estado Mayor de la unidad especial!

No sabía adonde me llevaban los guardias ni porqué, pero tuve que obedecer la orden. Me trasladaron a la estación de Yeletskaya y me entregaron a un oficial. Este despidió al guardia y me llevó a una bonita casa como hacía tiempo que no veía: con muebles de madera lacada y cuadros en las paredes. Había una mujer mayor sentada, a la que me presentó como su suegra. La señora me lanzó una mirada triste y curiosa y volvió a bajar la cabeza. El oficial le pidió que pusiera la mesa para dos. Ella obedeció en silencio. Quería ayudarla, pero no me dejó. Parecía una sombra. Estaba a punto de llorar, pero hacía todo lo posible para no soltar las lágrimas. Todo era muy extraño: si el capitán quería divertirse, ¿por qué hacerlo delante de su suegra? Empezamos a comer, la mujer se fue a la cocina. No tenía ni idea de qué iba aquello. El capitán brindó conmigo con una copita de vodka:

—A su salud.

—¿Por qué me ha hecho venir?

—La vi recitando en el escenario. Quiero estar un rato con usted.

—¿Y si yo no quiero?

—Soy el capitán Debertsov y de mí dependen muchas cosas. Puedo liberarla del campo de trabajos forzados, si quiero.

—¡Un tribunal ya ha decidido sobre la duración de mi condena!

—He dicho que puedo ayudar. Pero también puedo dar la orden contraria. Puedo ordenar lo que yo desee. Ya le he dicho que soy el capitán.

—¿Qué puede ordenar?

—Cualquier cosa. Por ejemplo: quiero que sea mía. Pero, por supuesto, no será necesario que lo ordene.

Alguien llamó a la puerta. Entró un soldado y le dijo al capitán:

—Se le reclama para hacerse cargo de un transporte de presos.

El capitán se puso el abrigo y me dijo:

—Espéreme aquí, no estaré mucho tiempo. Mi suegra la servirá en lo que desee.

Cuando cerraron la puerta tras de sí, la señora mayor salió de la cocina y se sentó a mi lado. Estaba visiblemente nerviosa y al fin se echó a llorar:

—Chiquilla, ¡tenga piedad de la familia del capitán! Tenga piedad de mi hija y de sus hijos. ¡Piedad, niña!

A la señora le costaba respirar, roncaba. Bien por su agitación, bien porque tenía bronquitis o una pulmonía.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

Luchaba contra mis emociones y al mismo tiempo temía al todopoderoso capitán, ahora que me habían reducido la pena y me quedaba ya poco tiempo.

—Ha enviado a su mujer y a los dos hijos al pueblo de al lado, con su madre, para poder estar con usted.

—Créame que estoy aquí contra mi voluntad. No sé nada, me han traído a ciegas.

—¡Haga algo, bonita, se lo imploro! ¡Piense en su familia!

—Pero ¿qué puedo hacer? Soy una presa, ¡no una persona libre!

—Esto destruirá su matrimonio, ¡estoy segura!

—Si quiere, me voy —empecé a vestirme.

—No, no lo haga, chiquilla. Me ha insistido que en ningún caso la deje ir.

—¿Quiere salvar a la familia o no?

—Sí, pero no sé cómo. ¡Tengo miedo!

Yo también tenía miedo, pero recordé la recomendación de mi madre la noche que vinieron a buscarme los tres de la policía secreta. Tomé una decisión. Me puse en pie y me fui. La señora me abrazaba, bañada en lágrimas, agradecida, y al mismo tiempo hacía gestos para impedirme salir. Pero yo me fui. En la estación me senté en el coche, que me llevó de vuelta a mi sección. De momento había conseguido huir del poderoso capitán Debertsov, pero durante mucho tiempo dormí intranquila, temiendo su venganza.

No se hizo esperar. Poco después de mi huida, me asignaron el trabajo más duro: pico y pala, trece o catorce horas al día. Otra vez empezó a resonar dentro de mí la voz que me incitaba a la revuelta como un coro griego: «¡No eres la esclava de nadie! Te han esclavizado unos criminales, ¡no puedes seguir permitiéndolo! Te ha esclavizado un Estado criminal, ¡no puedes abandonarte!». Se me ocurrió una idea salvadora: ¡el hospital! Llegar al hospital. Pero ¿cómo? Ya había pensado en beber algún veneno, lo que fuera. Una noche llegó al barracón una joven totalmente contorsionada por un dolor de espalda. Me daba lástima, pero no sabía cómo ayudarla. Durante largo rato la miré y de repente se me ocurrió algo. Enseguida me acerqué y le pregunté detalles de dónde le dolía, cómo le había pasado y de qué modo se manifestaba. Acto seguido fui directamente a la enfermería. Sin embargo, la enfermera superior no supo qué hacer conmigo y me envió con una recomendación al hospital.

El director del hospital, el doctor Serguéi Fomchenko, me miró sorprendido. Durante el tiempo que había estado encerrada ya me había acostumbrado a reconocer e interpretar las miradas de los hombres. Sus ojos no vaticinaban nada bueno.

Me asignaron una cama. Durante todo el día estuve tumbada durmiendo para recuperar las noches insomnes. Cuando me desperté y recordé que era una simuladora, rápidamente empecé a jadear, roncar y gemir. Durante tres días dormí casi ininterrumpidamente, luego empecé a leer. Las novelas me llevaban a otro universo, y olvidé el mundo en el que vivía. En la enfermería tenían *Anna Karenina* y *Crimen y castigo*. Las devoré en una semana. Después volví a leer las novelas por segunda vez y me di cuenta de detalles que en la primera lectura se me habían escapado.

—¿Quién sabe coser aquí? —preguntó, cantarína, Zina Shevchenko, la enfermera y vigilante superior de nuestro bloque.

—¡Yo! —me presenté, aunque no tenía la menor idea de coser.

Me pidió que le confeccionara un traje con una tela que le había enviado su madre. Observé a Zina con atención: tenía una figura parecida a la mía, delgada, de media altura. No me lo pensé demasiado y le hice un vestido siguiendo el modelo de uno mío que me había quedado de los recitales y las representaciones. Al final uní las dos mitades y con temor esperé a que Zina me anunciara que le había destrozado su tela y que debía pagársela. Pero sucedió el milagro: el vestido le caía como anillo al dedo. No pedí nada a cambio de mi trabajo. En agradecimiento, Zina me proporcionó lo que necesitaba: recibí una sopa más espesa y más pan.

Durante toda la semana me llegaron mensajes halagadores del doctor Serguéi Fomchenko a los que no contesté, y cuando teníamos algún contacto yo fingía no haberlos leído. Tras una semana tuve que decidirme: o le ofrecía

mis favores al médico o abandonaba el hospital. Lo abandoné.

26

Era agosto y ya había llegado el otoño. Cuando nos despertábamos, la tundra estaba nevada, pero la nieve se derretía durante el día. La hierba se tornó amarillenta y se marchitaron las últimas flores. Recordé a Warren, el capitán del barco americano, que hablaba del corto verano boreal mientras bebíamos champán, sentados entre los abedules, y la pequeña flor roja que me ofreció Bill, que quizás estuviera seca en el bolsillo de mi vestido de verano. En vano me había esforzado en encontrar alguna parecida.

Solo me fijaba en estas cosas cuando tenía tiempo y estaba de humor para mirar a mi alrededor. Eso ocurría cada vez más raramente. La mayoría del tiempo caminábamos por senderos enfangados y por caminos sin mirar al horizonte. ¿Para qué? Se volvió a apoderar de mí la apatía, la desgana por la vida. Parecía que no iba a poder superar los últimos meses en el campo.

—¡Valia! ¿Por qué no viniste ayer por la noche al hospital? —me preguntó Zina.

—¿Qué iba a hacer allí? —dije sorprendida—. ¡Ya hace mucho que salí del hospital!

—Deberías haber tenido una premonición. Tú tienes visiones y premoniciones, ¿por qué ayer no?

—¿Ha pasado algo, Zina?

—Ayer, Borís estuvo buscándote en el hospital.

—¿Borís? Me estás tomando el pelo.

—Vino Borís, de verdad. Cuando le escuché hablar de ti lo entendí todo.

—¿Borís vino a verme? ¿Al hospital? ¡Si hace mucho que me fui!

—Debía de tener noticias bastante antiguas de ti. Y cuando le llegaron, se apresuró. Primero se preparó: para que le dejaran entrar en el hospital, se hirió el pie. Se ocupó de él nuestro viejo conocido, el doctor Fomchenko. Pero parece que olisqueó de alguna manera que Borís es tu novio y le echó. Tal cual, con el pie herido, tuvo que volver a su campo, que está a un par de decenas de kilómetros de aquí.

Cansada, miré por la ventana. Era el final de agosto y fuera azotaba la primera tormenta de nieve del invierno. Los copos tamborileaban furiosos en las ventanas y el viento soplaba dentro del barracón hasta el punto de que tenías la sensación de estar fuera.

27

De nuevo dejó de atardecer y amanecer, el día y la noche se fundieron: era invierno. Me habían condenado a diez días en la celda de aislamiento. En ningún sitio el tiempo pasa tan despacio como aquí. Sabía perfectamente que en invierno y en verano, en la celda de castigo había siempre oscuridad o

siempre luz; uno no sabía qué hora era y qué parte del castigo había transcurrido. El pan y el agua me los traían irregularmente: a veces por la noche, a veces por la mañana; otros días no me daban nada.

Una y otra vez repasaba en mi cabeza la película de lo que había pasado.

Aquel día triturábamos y cargábamos grava. Los guardias nos gritaban, nos acosaban, se ensañaban con nosotros, nada les bastaba. Como de costumbre, pero aquel día quizá fue aún peor. Estaba cargando grava en el carro cuando Zina se volvió hacia mí.

—¡Valia, mira! Allí a la derecha. ¿Ves lo mismo que yo?

—Por mucho que mire no veo nada, Zina. Tengo polvo en los ojos y conjuntivitis.

—Allá, casi en el horizonte, han empezado a poner traviesas.

—¿Traviesas? —pregunté, incrédula.

—¡Sí, traviesas! ¡Ahora lo veo bien!

—¿Traviesas? —repetí, hechizada—. Así que quizá...

—¿Cómo que quizá? ¡Seguro que entre ellos está Borís, es el capataz de la sección!

Poco después de que Zina viera las unidades de traviesas, quise quitarme una astilla del dedo corazón; por un momento me saqué los guantes y los puse a mi lado. Tras unos momentos, miré y ya no estaban. Unos segundos habían sido suficientes para que alguien me los quitara. Ese día llegamos a cuarenta y dos grados bajo cero y se me estaban congelando las manos. Pero tenía que seguir trabajando.

Luego Borís vino a donde yo estaba. Llevaba algo peludo en las manos.

—Te las he hecho yo, Valia. No quiero que mi amada tenga que andar con botas de goma.

Me dio unas botas de piel de cabra.

Me las puse enseguida. Quedaban muy elegantes, parecían buenas. Pocos tenían unas botas así, generalmente solo los responsables, a quienes se las confeccionaban los presos comunes para ganarse su simpatía y para que no les amargaran tanto como a los demás, para que no les incautaran los paquetes de comida que recibían de casa, para que no les golpearan durante el trabajo y en las caminatas de ida y vuelta, para que no les quitaran su gruesa manta y no les castigaran con una porción menor de pan.

Nos sentamos cerca del fuego, donde descansaban varios hombres de la unidad de Borís y varios de los nuestros. Borís empezó a contarme algo, pero se interrumpió y me preguntó por el trabajo, si tenía noticias de mi madre y de Bela, cómo eran mis amigas, quién me ayudaba en el campo... «Uno de los principales indicios de amor es el interés insaciable por el otro», pensé. Hablamos de lo que nos había pasado. Después de la muerte de la madre de Borís, de la que él no se enteró hasta después de medio año, había muerto también su hermano.

«¿Y mi madre? —pensé, asustada—. Hace mucho que no tengo noticias de ella.» Le confié a Borís mi inquietud. Él me dijo que conocía a Nina, porque

había indagado sobre mí y se había enterado de que era amiga mía. Alguna vez había hablado con ella durante la cena. Después... Fue entonces cuando me dijo que Nina se había suicidado. No podía aguantar más en el campo. Esta vez Borís no tenía pañuelo y me secó las lágrimas con las manos.

En ese momento se precipitó hasta mí el guardián superior de nuestra unidad, tan rápido que nadie tuvo tiempo de avisarme, y me golpeó en la espalda con el fusil.

—Los presos que no trabajan ¡a la celda de castigo! Me ordenó que volviera a ponerme mis botas de goma. Le di las botas nuevas a Borís para que las guardara, y él me aseguró que me las traería a mi barracón. El guardián me dejó en la celda de castigo hasta la noche.

Entretanto, la unidad de Borís se fue. Cuando volví a mi barracón, mis bonitas botas nuevas, que tenían para mí también un valor sentimental, ya no estaban.

Por la mañana recibí de Borís otro par de botas y unos guantes de piel de ardilla, con un mensaje:

> No te preocupes, Valia, por que nuestro encuentro fuera tan corto. Solo somos presos, no podemos evitarlo. De momento estoy cerca, pero no sé si nos veremos pronto. Te llevé las botas nuevas al barracón, pero me enteré de que al cabo de una hora ya no estaban. Me lo han contado, tengo mis espías. Te envío las mías, aunque te irán grandes. De verdad, no soporto la idea de que mi amada lleve unas corrientes botas de lluvia.

Los guantes me iban perfectamente. También me probé enseguida las botas. Me iban grandes, pero, aun así, podía llevarlas. Hacían juego con mis amplios pantalones de trabajo.

28

Lo tengo comprobado: aquí, en la celda de aislamiento, tengo menos frío si no me muevo en absoluto. Estoy en posición fetal, como un embrión en el vientre materno, envuelta en el abrigo, pero el viento sopla a través de mí y me siento desnuda en plena helada. Hay tales grietas entre las vigas que si afuera no hubiera esta eterna oscuridad invernal, podría mirar el paisaje. Cuando me traigan mi rebanada de pan, con la que tendré que aguantar todo el día y toda la noche, al menos me levantaré —puedo dar un paso, pero no hay sitio aquí para dar más de uno— y haré un par de ejercicios para no entumecerme por completo.

¿Qué pasó luego? El guardián me quitó los guantes, por lo visto contravenían las normas. Durante la jornada de trabajo las manos se me helaban y la pala me resbalaba. Fui a calentarme al fuego para poder seguir

trabajando. Los otros presos me hicieron sitio. Tenía recalentada la parte anterior del cuerpo y la posterior, gélida. De repente alguien gritó:

—¡Cuidado, vienen por alguien! ¡Van por ti, Valia!

Miré hacia atrás. El guardián de nuestra brigada se acercó corriendo a la hoguera y me golpeó con todas sus fuerzas varias veces con el rifle. Caí al suelo. Él me obligó violentamente a levantarme y me condujo a nuestra brigada. Yo cojeaba y no podía enderezarme. Me dolía muchísimo la espalda. Por el camino me ordenó:

—¡Sal del camino! Sí, así. Y ahora vete al bosque.

Él se quedó en el camino.

Tuve que obedecerle. Al alcanzar el borde del bosque, sobre mí silbó una bala. La segunda me rozó la oreja. Y a la tercera, el rifle le falló. Iracundo por no haber conseguido dispararme, me chilló salvajemente que volviera. Varios capataces me llevaron ante un tribunal militar que me condenó a catorce días en la celda de castigo por intento de huida. Por una fuga que no había intentado. Resultó que los guardias, también presos a los que ya quedaba poco tiempo en el campo, podían liberarse completamente si atrapaban a un fugitivo. De esta manera, mi guardián intentó alcanzar la libertad. No le culpo. Cada uno de nosotros luchaba por sobrevivir. Le doy la culpa a quien ha creado este sistema.

29

Estaba tumbada en la celda de castigo, donde hace el mismo frío que en el exterior, llena de morados, con dolor en la columna, famélica, más muerta que viva. Pensé en la pobre Nina, que se había quitado la vida. Entonces decidí quitármela yo también. La idea me alivió. Estaba ya tan desesperada que no veía otra salida. De repente empecé a sentirme un ser libre y eso me dio fuerzas.

Cuando después de dos semanas me sacaron de la celda de castigo, fui al terreno de las obras. Había barreños con cal viva. Corrí hacia allí, encontré un vaso de medio litro, lo llené de cal y me lo bebí.

Me entró un ardor terrible, como si el estómago se desgarrara. Me entraron muchísimas ganas de vomitar y tenía las entrañas convertidas en llamas.

Me llevaron a la enfermería, pero la enfermera no sabía qué hacer conmigo. Me libró del trabajo y me instaló en una cama. Durante varias semanas sufrí muchísimo y lo único que deseaba era morir rápidamente. En todo ese tiempo no pude comer ni beber. Ni una gota de agua me entraba en el estómago, todo salía enseguida por la nariz.

Un amigo, el rubio Liosha, se enteró varias semanas después de lo que me pasaba. Consiguió comida para mí, la pagó él: carne de vacuno, azúcar y nata. Me trajo un caldo que me daba, caliente, tres veces al día; luego agua caliente endulzada y finalmente la nata. Lentamente, algo empezaba a entrar en mi estómago.

Liosha se sentaba en mi cama y decía:

—Vivirás, Valia. Debes vivir. Podrás sobrevivir al campo solo si tienes sentido común, si eres inteligente, fuerte, hábil, astuta y mezquina.

Torturada, negué con la cabeza. No tenía ni fuerzas para pensar en cómo ser mezquina y astuta. Liosha siguió susurrando:

—¿No ves a tu alrededor, chiquilla, que mujeres y hombres sencillos mueren como moscas?

Asentí con la cabeza.

—De los débiles y viejos ni hablemos. ¿Es así o no, querida?

Asentí, sobre todo porque quería que continuara. Sus dulces palabras susurradas al oído y su ternura me hacían bien.

—No puedes ser abierta y decir la verdad; eso es un defecto, sería fatal para ti.

Seguí asintiendo.

—Y sigue siendo consciente de tu inocencia, de que estás aquí injustamente, de que no le has hecho nada a nadie. Esa conciencia ayuda mucho. Por eso mueren aquí tantos asesinos: porque no tienen conciencia de pureza e inocencia.

Le miré con aire interrogativo.

—Sí, así es. ¿Pero por qué? —susurré, o más bien gruñí.

—Porque esa conciencia te convierte en un ser libre. Y sentir la libertad interior te da una fuerza enorme y superioridad sobre los demás.

Asentí con los ojos cerrados. Luego me di cuenta de que lo que me estaba diciendo este ángel rubio sobre la libertad interior confirmaba mis propias sensaciones e ideas. En voz baja susurré:

—Sí, lo entiendo.

—Dame la mano en señal de que te comportarás así, Valia.

Hice un movimiento con la mano extendiéndola hacia él y él la tomó entre las suyas.

¿De dónde había salido este ángel de la guarda que cada día se sentaba en mi cama y me alimentaba con paciencia?

30

Llegó un día en que Liosha no se presentó. Zina me explicó que le habían enviado a otro lugar sin avisar, seguramente para que no pudiera seguir cuidándome. Gracias al ángel-Liosha, sobreviví. Aunque mi estómago acabó destrozado. ¿Me alegraba de estar viva?

No, no me alegraba. No tenía motivos para seguir viviendo. No deseaba seguir existiendo así.

No teníamos derecho a ser felices. A amar. A ser humanos. Éramos esclavos: trabaja y muere. No podía aguantar ya ni los pocos meses que me quedaban hasta el final. «Soy un ser libre —me decía a mí misma—. No puedo seguir viviendo así.» Cuando me restablecí y volví al trabajo, a pesar

de que me funcionaba solo medio estómago, decidí huir. Me daba igual que en invierno fuera casi imposible, que una no pudiera llegar a ninguna parte sola, que lo más probable fuera que me congelaría en la tundra. Quería largarme aun a costa de morir.

Después del trabajo me vestí con toda la ropa que tenía: sobre los vestidos me puse los pantalones de trabajo y el abrigo. Durante la noche, los presos con permiso salían del campo vigilado al almacén, donde a cambio de bonos podían comprar comida. Fingí pertenecer a su grupo y conseguí llegar al almacén. Me acerqué al rincón oscuro donde había una puerta. Deseé que estuviera abierta. ¡Lo estaba! Me pareció que era una premonición de que conseguiría huir. Temblaba de miedo y esa angustia me paralizaba. Salí y fui hacia el bosque por el camino helado más cercano.

Era una noche sin luna. El bosque estaba a oscuras, pero la nieve brillaba con luz propia. A cada paso mis amplios pantalones crujían de tal manera que todo el tiempo pensaba que me habían descubierto ya, que sin duda iban por mí. Tuve que apartarme de allí donde podría toparme con algún guardia; en algunos lugares, la nieve me llegaba hasta las rodillas o hasta la cintura. Podría haberme hundido entera igual que en un pantano y no habría habido nadie para sacarme. Otros trechos estaban congelados y no me quedaba más remedio que avanzar con cuidado por el hielo. Di un paso brusco y los pantalones hicieron tal ruido que debió de oírse por todo el bosque. Sí, ya percibía un rumor, eran los vigilantes sobre esquíes, ¡les tenía pisándome los talones! Me di la vuelta, pero no había nadie tras de mí. Era el rumor del bosque, donde a menudo caían montones de nieve y enormes témpanos de las ramas. Recordé el camino por el bosque, aquella vez con Tania. ¿Dónde estaría ahora Tania? ¿Nunca la volvería a ver? Entonces lucía la luna, que nos iluminaba el bosque con una luz plateada. Hoy el cielo estaba cubierto, seguramente nevaría. No brillaba la luna, pero la nieve emitía tal resplandor que veía el bosque como si fuera de día.

Caminé a buen paso toda la noche, sin cansarme. Sentía pánico, pero deseaba la libertad con todo mi ser. Igual que entonces, cuando Tania y yo caminamos en la noche lunar a por comida, la sensación de libertad me daba alas. Tras largo rato empecé, lenta y débilmente, a sentir gozo y me puse a cantar en voz baja:

> Con fuertes pisadas venzo la primera nieve,
> en el corazón lirios de renovadas fuerzas.
> Una vela azulada ha iluminado la noche
> por el largo camino, la estrella en el cielo.

Cuando la densa oscuridad se diluyó, supe que había llegado la mañana. «¡Ahora me verán con más facilidad!» Aceleré. Caminaba por un camino que no sabía adonde llevaba.

«¡Alambradas! —grité para mis adentros—. ¿Qué debo hacer?»

Pero entonces me cogieron violentamente unos guardias. Me llevaron a algún sitio. A algún campo. ¿Acaso durante la noche había andado en círculo y vuelto a nuestro campo? Los guardias me condujeron a la oficina.

—Otro fugitivo —dijo el más joven a su superior.

—No soy... —solté, pero el superior me interrumpió con tosquedad.

—Cállese, nadie está hablando con usted —dijo en tono pesado, de mala gana.

—Solo quiero explicar que no soy...

—¿Se va a callar de una vez? El camarada le preguntará cuando le llegue el turno —me dijo el guardia con cara y acento de Asia Central.

Durante unos momentos discutieron sobre sus asuntos. Al fin, el capataz de los guardias me preguntó, de nuevo con desinterés:

—Pues díganos quién es y qué hace aquí.

31

¿Cuántos días llevo en esta celda de aislamiento? ¿No serán diez, ya? ¿O me han alargado la condena y no me he enterado? No lo sé, no sé nada. Y no me enteraré de nada. Vivo en la oscuridad. Como mínimo hace ya diez días. Ahora es de noche. Cuando miro hacia fuera por la grieta que hay entre las vigas, veo la tundra nevada que se convierte en taiga: una planicie blanca bañada por la luz de la luna, como si algún dios del Olimpo hubiera cogido una enorme linterna e iluminara el mundo. ¡Ojalá alumbrara así a mi madre y a Bela, y yo pudiera ver lo que hacen! Les escribiré: tengo papel y lápiz, escribiré a ciegas.

> Queridas mamá y Bélochka:
>
> He intentado huir. Os lo cuento tal como fue.
>
> Me atraparon los guardias del campo adyacente y su director me espetó:
>
> —Pues díganos quién es y qué hace aquí.
>
> Solté lo primero que se me ocurrió:
>
> —Busco a Borís Mijailov.
>
> —Enséñeme el permiso de visita.
>
> «¿Qué significa eso? —pensé—. No es posible que Borís esté aquí. ¿Está aquí o no? El director actúa como si fuera una esfinge, sin embargo, no ha dicho que conozca a Borís o que aquí no haya ningún Borís Mijailovich. ¡Pero no es posible que esté aquí!»
>
> —Estoy embarazada de él y he venido a decírselo.
>
> No era verdad, mamá. No estoy embarazada, ni podría estarlo. Además no tenía la menor idea de en qué campo se encontraba

Borís. Lo del embarazo me lo susurró al oído el instinto de conservación. El instinto me dijo: «Lo normal es que te maten a puñetazos, patadas y golpes de fusil. Pero quizá sientan compasión por una mujer embarazada...». Y realmente no me golpearon. No de manera inmediata. Me llevaron a la celda de castigo y mientras me registraban, alcé la vista a la ventanilla con barrotes de la puerta y... No, mamá, no te lo creerás. Es como un cuento de hadas: por la ventana me miraba Borís Mijailov, mi buen amigo. El hombre sobre el que hacía ya mucho tiempo que no tenía noticias y que no podía saber en qué campo trabajaba. Borís me miró y me hizo una señal: «¡Ssst, ni una palabra a nadie!».

Pasé toda la noche caminando por la celda: dos pasos adelante, dos de vuelta. Por temor de lo que pudieran hacerme, no pude dormir. De madrugada volvió Borís. Me miró con cara triste por entre los barrotes e inmediatamente tuvo que irse.

Poco después vinieron a buscarme de nuestro campo para llevárseme. No se habían dado cuenta de que había huido. Me llevaron encadenada. A veces me escupían, me empujaban con violencia, así que cada dos por tres me caía sobre la nieve. En nuestro campo, me condujeron a una habitación y cuatro hombres fuertes se pusieron a golpearme. Estaban rabiosos por haberles engañado, por haber huido como si nada, sin que se percataran. Me desmayé y volví en mí ya en la enfermería. Estoy llena de morados, hinchada. Sobre todo me duelen de modo insoportable las costillas. Debo de tenerlas rotas. De la enfermería me han traído aquí, a la celda de castigo, sin estar curada.

Pero, mamá, no me arrepiento de haber querido huir. Me he confirmado a mí misma que soy un ser libre. Que no les temo. Que prefiero morir a rendirme.

¡Quizá volvamos a estar juntas! ¡También a ti te veré, mi Bélochka! Ya debes de ser una señorita... Espero sobrevivir para verlo.

Besos a las dos.
Vuestra, Valia y mamá

32

Querida mamá:

¡Por fin! ¡Voy a salir ya! De la celda de castigo me llevaron a la

enfermería, donde me recuperé de las costillas rotas. Luego me trasladaron a la cárcel de transición. Cuando estén listos mis papeles, me iré de aquí directamente a casa. Entonces volveré a abrazarte, a besarte. Y a Bela, aunque tendrá que habituarse a mí. ¡Si ni siquiera me conoce! Tenía dos años cuando me detuvieron, no puede acordarse de mí. Estaremos juntas.

A partir de ahora nunca nos separaremos. Solo nosotras tres, sin nadie más. No sabes cuánto lo espero: sentarnos juntas para cenar, contarnos nuestras historias y, al terminar de comer, hacer la sobremesa con un té y charlar hasta la noche mientras la estufa nos calienta. Esta imagen despierta en mí más sentimientos de felicidad, buen humor y bienestar que ninguna otra.

Por hoy acabo, quiero enviar rápidamente esta carta. Muchos besos y abrazos a las dos, de momento en borrador, en el papel, ¡pero pronto lo pasaremos a limpio!

Vuestra, Valia

Envié la carta. Lo que decía en ella era verdad, pero solo a medias. Me callé que la espera de la libertad constituía una tortura.

—¿Y por qué, Valia? No lo entiendo —me dijo esa noche Zina, que vino a despedirse.

—Yo tampoco lo entiendo —le dije—. Seguramente es porque te pasas años enteros esperando ese momento; eso te ayuda a vivir todo el tiempo, y de repente tienes miedo por ejemplo de que no pase, de que al final te denieguen la libertad.

—Pero no te la denegarán, Valia, ya no pueden.

—Pero tienes miedo de que pueda pasar algo, algo imprevisto, que al final esa libertad se te escape.

—¿No ves que es muy improbable?

—¿Pero no ves tú que todo lo que hemos vivido aquí desde el punto de vista de una vida humana normal es muy improbable? ¿Por qué no iba a poder pasar otra cosa improbable?

—Pero Valia... —Zina agitó la cabeza.

—No sé cómo explicártelo. O cómo explicármelo a mí misma. Lo verás cuando te toque a ti, dentro de un año. Te parece que..., bueno..., igual ahora me dirás que estoy completamente loca, pero te parece que no podrás apreciar esa libertad. No, no es eso: más bien que no sabrás qué hacer con ella.

—Harás todo lo que has planeado durante estos años, ¿no?

—¿Y si no lo consigo? ¿Y si la libertad es un bocado demasiado grande para mí?

—¿Para ti, Valia? Acabarás la Escuela de Arte Dramático y serás actriz. Ya nos has demostrado que tienes talento.

Zina y yo hablábamos de cosas diferentes.

—Zina, la libertad es para las personas fuertes. Aquí nos han acostumbrado durante años a cumplir órdenes. ¿Y si me he deshabituado a la libertad y no sé qué hacer con ella?

Zina seguía meneando la cabeza.

Nos abrazamos, nos besamos, nos despedimos sin entendernos. Zina Shevchenko no entiende estos sentimientos, le queda mucho para la libertad. ¿Seré lo suficientemente fuerte para aprovecharla, para convertirme en una persona realmente libre y no solo en un preso liberado? ¿Dejaré alguna vez de vivir en un campo? ¿Me quitaré alguna vez de encima el peso agobiante de lo que he vivido? Voy y vengo, voy y vengo por la celda como un león enjaulado. Tengo pesadillas: no dejo de soñar que alguien irrumpe en la celda y me grita que me quedan otros cinco años en el campo de trabajos forzados. Tengo la libertad al alcance de la mano y me parece que nunca la alcanzaré.

33

Me llevaron a una sección especial.

—¿Valentina Grigorievna Nevéleva?

—Sí.

—Firme esto: que nunca hablará de lo que ha visto en los campos. Así. Y aquí está la advertencia.

—¿Cuál?

—Simplemente una advertencia de lo que le pasaría si... Pero ya lo leerá más tarde, ahora no tenemos tiempo. Aquí tiene el pasaporte, el certificado de liberación y el billete de tren a Arjanguelsk.

—Gracias.

—Ah, y también le ha llegado una carta.

La miré: el sobre estaba desgarrado, lo cual era normal aquí. Me escribía la tía Vera. El sello de correos era...

—¿Por qué me lo da ahora? El sello es de hace ocho meses.

—Yo no sé nada, no es asunto mío. Esto lo llevan otros. Espere aquí, le enviaré a un guardia para que la acompañe hasta la barrera —dijo, y desapareció rápidamente por la puerta.

Saco la carta. La tía Vera me escribe que... No, no puede... ¡No, por Dios! ¡Eso no!

Sí, es verdad; la tía Vera me escribe: «Querida Valia, esta noche tu madre ha muerto de un infarto».

Estoy fuera del campo. Ni me he dado cuenta de cómo he llegado hasta aquí. Soy libre.

IV

1

—¡Mamá!

Junto a mí, un montón de niños y niñas del internado se lanzó a recibir a mi madre. Ella me reconoció entre todos y me abrazó.

—¡Bélochka! ¡Mi pequeña Bela! ¿Eres tú? ¿De verdad eres tú? ¡No me lo puedo creer, hija! ¡Angelito mío! ¡Estaremos juntas para siempre, siempre! —me decía al oído. Me mojó la mejilla.

Yo permanecía callada. Pero era capaz de hablar, no estaba emocionada. Hacía tiempo que me preparaba para una escena como esta: «Un día llegará una señora y me dirán que es mi madre. Yo me echaré en sus brazos con gritos de alegría. Porque es lo que hay que hacer en estos casos, lo que se hace en las películas». Total, que todo ocurrió como había supuesto.

¿Lágrimas? ¡Qué va! ¡Si no conocía a mi madre de nada! Pero la señora que decían que era mi madre me gustaba: parecía haber salido de una película de las buenas. Sin tener en cuenta su ropa, claro. Porque iba igual que una vagabunda. En verdad, pasé vergüenza delante de los niños del internado por que vieran a mi madre vestida con ropa sucia, medio rota, de un color oscuro raro. Pero lo que más vergüenza me daba era hablar con esa señora. No me la esperaba tan llamativa, tan diferente de las demás mujeres. Deseaba tener una madre igual que la de los otros niños, una mujer envejecida, inclinada hacia delante, cansada. Una madre así no me infundiría tanto respeto.

Mi amiga Svetlana, a quien admiraban hasta las niñas mayores por ser la más dura y valiente, me dijo al oído, para que no lo oyera la señora que decían era mi madre:

—Tu madre estuvo en la cárcel, ¿verdad? ¿Es una ladrona? Debe de robar de fábula. ¡Oh, Bela, qué envidia, una madre así!

A pesar de que tendría que haberme sentido orgullosa de que Svetlana me envidiara, de que mi madre hubiera dejado al resto de niños con la boca abierta y de que, gracias a ella, me convirtiera en la heroína del día, lo que mi amiga dijo sobre aquella señora tan agradable me pareció una acusación. ¡Aquella mujer no era ninguna de esas delincuentes que tanto abundan! A espaldas de mi madre, que seguía abrazándome y sollozando sin parar, saqué la lengua a Svetlana, que me dijo muy bajito:

—¿Te largarás ahora? ¿O te quedas con nosotras? No te vayas, Bela, tengo sidral, de naranja y de limón ¡Nos los papearemos por la tarde en el parque!

Tenía ganas de sentarme con Svetlana en un banco, ponerme un poco de sidral en la boca y disfrutar de la sensación de tener la lengua llena de burbujas agridulces. Y después, ir sacando la lengua amarilla o naranja

cuando pasara alguien delante de nosotras. Pero nada de nada: mi madre se secó los ojos y se sonó la nariz, me cogió de la mano, dio las gracias a la camarada Morozova y se despidió. La maestra Morozova me dijo:

—¡Va, Bela, a casa con tu madre! ¡Que tengas suerte! ¡Pero si yo lo que quería era sentarme en un banco por la tarde y dejar que se me deshiciera un poco de sidral en la lengua junto a Svetlana!, le hubiera dicho a la maestra. Pero ella no me hacía ningún caso. Intenté liberar mi mano de las garras de esa señora, totalmente extraña y ajena a mí, para volver corriendo con mis amigos. Imposible: esa mujer me agarraba con fuerza y no pude soltarme. Entonces me prometí que si no me lo pasaba en grande con ella la dejaría plantada y volvería con los niños pitando.

Aquella tarde, la tía Vera —de hecho es una tía abuela, pero yo la llamo tía — llevaba, como siempre, aquella bata gastada y deshilachada, y de la cabeza le sobresalían tres rulos como una corona roñosa. Y todo el rato venga a aguantarse los rulos con la mano, hasta cuando me hacía la cama en el comedor, en el sofá plegable. Durante mucho rato no pude conciliar el sueño. Pensaba en el sabor del sidral que otro debía de estar disfrutando en mi lugar. Y en quién dormiría esta noche en mi litera de arriba, allí en el internado. La señora que era mi madre vino a acostarse en mi cama y me abrazó. No recuerdo nada más, porque al sentir su mano enseguida me dormí. Me parece que me chupé el dedo gordo, porque allí no me veía nadie que pudiera burlarse de que una niña de once años aún se chupara el dedo. Nadie se rió ni me soltó cuatro gritos como habría hecho mi abuela. Ella, según me decía siempre, quería hacer de mí una niña culta y educada.

En sueños, dibujé a una niña rubia con un helado rojo y a su lado una mujer con ojos muy grandes. Las pinté con un lápiz azul celeste y, al acabar, decidí añadir un poco de azul marino. El pelo de la señora lo pinté castaño y, al final, puse un poco de rojo. La señora tenía a la niña cogida de una mano. Y de repente la niña estaba viva. Era yo. Me desperté y me entraron ganas de comer helado de fresa.

2

Por la tarde, por el camino al cementerio, mi madre me compró un helado. Estuve mucho rato pensando en cuál escoger, pero al final señalé uno de mandarina, porque nunca lo había probado. Sabía de rechupete, ¡mmmmmm!

En la calle mamá no sabía adonde mirar. A medida que lo devoraba todo con los ojos, iba aumentando su confusión. No paraba de murmurar en voz baja, como un disco rayado:

—¿Por qué no me he quedado allí? No entiendo nada. ¿Para qué sirven todas estas tiendas, todos estos escaparates? ¡Y los vestidos, toda esta elegancia! Helados, sonrisas, flores... ¡No es necesario! ¡Basta con vivir!

Nos costó encontrar la tumba de la abuela. Después de un año de no haber ido por allí, había quedado hecha un asco, toda llena de maleza; parecía una

selva. Mi madre lloraba a lágrima viva y decía bajito, acariciando la tumba:

—Mamá, querida mamá, ¿dónde estás?

Se la veía tan desgraciada que pensé que tal vez no era buena idea escaparme ya, o al menos no enseguida, porque mi madre era tan frágil que tenía que protegerla. La miraba y ella llora que te llora, y yo no sabía qué hacer. Así que me puse a hablarle para acompañar sus lágrimas:

—¿Sabes, mamá? El tío Kolia me llevó a ver a la abuela al hospital. La abuela estaba tan dormida que no contestaba cuando yo la llamaba. Después se puso a roncar igual que una radio como..., como con truenos dentro. El tío me dijo que fuera a buscar la ropa de la abuela. Yo le pregunté si creía que la abuela tenía frío, que había cogido un resfriado y por eso respiraba roncando, y...

—¿Y la tía Vera no estaba en el hospital? —me preguntó mi madre con las mejillas empapadas y en voz muy baja.

—Es que yo debía ir a buscar la ropa de la abuela precisamente a casa de la tía Vera. Me lo dio todo preparado: vestidos planchados y doblados, y el paquete atado con un cordel.

—¿Y la tía no te acompañó al hospital?

—No, ella...

—¿Y por qué no fue? ¿Lo sabes? ¿Qué crees?

—La tía repetía todo el rato: «Pobre abuela, pobre abuela». Se quedó en casa. Llevaba puestos los rulos; quizá por eso no podía salir a la calle. No lo entendí demasiado. Pero hay tantas cosas que no comprendo, que no puedo pasarme el día preguntando. ¿Que qué creo? —Me quedé ensimismada unos minutos, porque la pregunta me había parecido muy rara: a mí nunca nadie me preguntaba qué creía—: ¿Sabes, mamá? Yo creo que la tía Vera no la quería ver porque la abuela no estaba muy católica. Aunque la verdad es que la abuela nunca lo estaba demasiado.

—¿Y no preguntaste a la tía por qué no te acompañaba?

—No, solo le pregunté cuándo se tenía que poner la abuela esa ropa.

—¿Y qué te dijo la tía?

—«Es para el último viaje», dijo. Pero yo no sabía cuál; ¿a lo mejor el de la comida de domingo en casa de la tía? Y la tía venga repetir: «Pobre abuela, pobre abuela», y entonces cerró la puerta tras de mí. Así que cogí el trolebús y...

—¿La tía te dejó cruzar sola la ciudad en el trolebús, cargada con un paquete de ropa?

—¡Ah, mamá, una cosa! Me acuerdo de que en el trolebús hice todo lo posible para que no se notara el paquete. Tenía la sensación de que todo el mundo vería que era para una enferma hecha polvo. Así que trataba de mantener el paquete detrás de la espalda. Cuando no tenía el paquete a la vista y no veía la cara de la gente que podía verlo, casi me parecía que no llevaba nada.

—¿Qué hacía la abuela cuando llegaste al hospital?

—Estaba durmiendo, pero ya no se la oía roncar. Dormía muy tranquila sin moverse. En cambio, los otros veinte o treinta enfermos de la sala sí roncaban, se quejaban, gritaban ¡y decían palabrotas! De repente, la abuela se despertó a medias y miró toda la habitación, pero solo vio al tío Kolia, que sonreía y parecía que hacía muecas. ¿Verdad que parece que el tío pone una cara extraña cuando ríe? La abuela se puso muy, muy contenta cuando vio a otro señor a quien llamaban Vladímir Vladislávovich. Después me pareció que la abuela buscaba a alguien más, a lo mejor a ti y también a la tía Vera. Después me miró a mí. «Bela —dijo—, Bélochka, qué bien, está muy bien...», y no tuvo fuerzas para acabar la frase; cerró los ojos y dejó de moverse. Después vino el médico y dijo que teníamos que salir de la habitación. Estuvimos esperando en el pasillo. El tío Kolia me cogió la mano. Al cabo de nada el médico salió del cuarto y nos dijo que la abuela acababa de morir. Ese otro señor, Vladímir Vladislávovich, se puso a llorar como un niño. Yo no sabía que los hombres también lloraban, ¿tú lo sabías, mamá? El médico nos dejó entrar. Me parecía que la abuela seguía durmiendo... «Abuela», dije, pero ella dormía y no quería despertarse.

»Al día siguiente la llevaron al cementerio. Le quería regalar mi osito de peluche, le he puesto de nombre *Osi*, para que le hiciera compañía en el ataúd, pero no me dejaron. Al final me alegré de tener a *Osi*, porque bajo tierra no podría respirar y acabaría muriéndose también. Pero luego tuve la sensación de que la abuela se sentiría muy sola y le alargué mi muñeca a aquel señor; él me entendió sin que yo tuviera que decir nada y puso en el féretro la muñeca de trapo que la abuela me había hecho. ¿Sabes que se llamaba *Ania*? Era mi primera muñeca. El señor me sonrió con la cara llena de lágrimas. Se la habría secado yo misma, pero no llegaba; era un señor alto como un árbol. Me daba mucha rabia que los enterradores tiraran tierra sobre el ataúd con la abuela dentro. Vladímir Vladislávovich lo miraba todo y le resbalaba el agua de los ojos y de la nariz; incluso dejó de sonarse, estaba hecho polvo. Después se despidió de mí con un gesto y se fue deprisa. Yo quería que los enterradores parasen de tirar tierra, pero se salieron con la suya. Me preguntaba: ¿qué pasaría si la abuela se despertara? ¡No podría salir de ahí, debajo de toda esa tierra!

Mientras yo hablaba, mi madre se volvía de vez en cuando para ver qué ocurría detrás de nosotras. Esta era su costumbre; al mirar atrás, siempre parecía asustada como un cervatillo. Cuando terminé de hablar, mi madre se puso a arrancar la maleza con mucha energía. Mientras lo hacía, no paraba de enjugarse las lágrimas. En las oficinas nos habían dejado unas tijeras de jardinero. Yo recorté el césped y las dos plantamos unas flores redondas de color rosa vivo, peonías según mi madre, y también pensamientos amarillos y lilas. Al irnos, la tumba de la abuela parecía el huerto del jardín de un palacio. Mi madre decía que ahora la abuela descansaría a gusto. Yo me la imaginé con la cara blanca, igual que aquel día en el hospital; la abuela se fundía como la nieve en primavera y se convertía en tierra. Entonces las peonías, los

pensamientos y el césped se alimentarían de la abuela y crecerían deprisa; me imaginaba el rocío en las flores, que se evaporaba y se transformaba en nubes. Al atardecer, cuando nos íbamos del cementerio, comenzó a llover y yo sabía que era mi abuela que llovía sobre mí. Así se lo dije a mi madre. Ella me dijo que no lo entendía, que se lo explicara. Cuando lo hice, mi madre levantó el rostro y el cuello hacia la lluvia, yo hice lo mismo, y dejamos que la abuela nos empapara totalmente.

3

Un día, mi madre quiso volver a visitar el piso donde había vivido con la abuela y conmigo. Según mi abuela, después de que la policía se hubiera llevado a mi madre, a la abuela y a mí nos obligaron a trasladarnos a una habitación pequeña. Creo que el piso donde habíamos vivido las tres se lo dieron a algún conocido del tío Kostia, aquel señor, o mejor dicho, aquel camarada que la abuela y yo fuimos a ver el día en que ella había ido al médico. Recordaba que la abuela había suplicado a ese camarada que pidiera a unos amigos suyos, que trabajaban en las oficinas de unos edificios grandes e importantes, que dejasen a mi madre en libertad. También recuerdo que llevé a *Osi* de un piso a otro, hasta nuestra pequeña habitación en un piso dividido entre muchos inquilinos donde nos quedamos a vivir.

Mi madre había cambiado su aspecto de prisionera por un vestidito que le había dejado la tía Vera porque a ella le quedaba pequeño. Era parecido a un traje de marinero, con una falda plisada azul marino, rayas blancas y azules en el pecho y un cuello que le colgaba en la espalda. ¡Qué guapa estaba!

Tocó al timbre y dijo a la señora que nos abrió, que llevaba un delantal muy grande y sucio, que quería enseñar a su hija el lugar donde había nacido. La señora del delantal dijo que no, pero mi madre no la dejó hablar y siguió con su canción:

—Solo el salón, sea tan amable, señora; se trata de una vivencia muy importante para mi hija —lloriqueó.

Al final, el delantal sucio nos dejó pasar, aunque sin ganas. Mi madre me dijo:

—¡Bela!

Y me miró de una manera extraña, curiosa. Entendí que ahora tenía que ser su cómplice y entretener a la señora para que mi madre pudiera hacer lo que quería. En ese momento, ya en el recibidor, me puse a gritar que tenía ganas de ir al lavabo. La mujer del delantal me enseñó la puerta del baño mientras vigilaba a mi madre. Así que seguí quejándome:

—¡Pero si no hay papel! ¡Y yo necesito papel!

La señora trajo unos periódicos viejos. Entonces la obligué a ayudarme a desatarme la falda, a pesar de que no necesitaba ayuda.

La señora del delantal estaba enfadada porque no podía vigilar a mi madre, que ya había entrado en el piso. Pero a una niña no le podía negar ir a hacer

pipí y otras cosas. Además, yo parecía más pequeña de mis once años. Por lo general, eso de parecer tan joven me daba rabia, pero esta vez me fue superbién.

Antes de entrar en el salón, me quedé un poco en el umbral para que la señora del delantal no pudiera pasar ni ver qué ocurría allí. A mí me dio tiempo a mirar lo que hacía mi madre: acababa de sacar una hoja de detrás del papel de la pared, que estaba un poco desenganchado. Rápidamente, la escondió en el bolso que le había dado la tía Vera junto con el vestido. Con un gesto rápido, volvió a pegar el papel en la pared. Al acabar, dijo:

—Ya ves, Bélochka, en esta habitación dormíamos juntas cuando eras un bebé.

Yo le dije:

—Fantástico, mamá. ¡Qué bien haberlo visto!

Todo era un verdadero circo, montado para engañar a la señora del delantal.

Salimos a la calle. Estaba orgullosa de mi madre: ¡un trabajo limpio!

—Un diez, mamá, por haber birlado los papeles.

—¿Birlado? ¡De ninguna de las maneras! Sácate eso de la cabeza. Solo he cogido lo que era mío.

Entramos en un parque. Mi madre eligió un banco algo escondido bajo un árbol de lilas blancas. Después sacó lo que había robado.

—¡Un sobre! —suspiró mi madre—. ¿Cómo puede ser? Si solo escondí...

Lo abrió. Lo primero que vi fue la foto de un señor que parecía un actor de cine disfrazado de marinero.

—¿Te gusta este señor?

—Es muy guapo.

—Cariño..., es tu padre.

No entendía cómo un señor desconocido, que no había visto en mi vida, podía ser mi padre. Pero después caí en la cuenta: debía de ser aquel señor que vivía en América, de quien la abuela hablaba con respeto.

Después de decirme eso, mi madre sacó del sobre una hoja de papel llena de letra menuda. La reconocí; era de la abuela. Mi madre se puso a leerla y empezó a llorar. Como queriendo ponerle una tirita en una pupa, le di un beso. Me parece que ni se dio cuenta. Y ya que no me hacía caso, me puse a mirar las pequeñas flores blancas de las lilas.

Después, por la noche, cuando todo el mundo dormía a mi alrededor, salí a escondidas de la cama, cogí el sobre del bolso de mi madre y me encerré con pestillo en el lavabo. Leí:

> Valia, querida hija:
>
> Bélochka y yo estamos obligadas a irnos de este piso. Por eso te escribo, para que encuentres esta carta adjunta a la foto de Bill, la que escondiste detrás del papel de la pared aquel día infausto en

que aquellos tres tipos invadieron nuestra casa para hacer sus pesquisas. Esconderla fue una idea excelente, Valia. Si no, seguro que habrían cogido la foto y no la habrías vuelto a ver nunca más. Sé a ciencia cierta que a tu vuelta del campo irás a buscarla, por eso quiero dirigirte unas líneas por si acaso, porque uno no sabe nunca qué puede pasar. ¿Te acuerdas de que durante mi visita al campo te dije en voz baja que Bill te había llamado? Sí, un día establecido tú habías de presentarte en la Oficina de Comunicaciones Internacionales. Pero me daba miedo decírtelo por si emprendías alguna acción exagerada; para que no intentases huir del campo, por ejemplo, y no acabaras igual que tu padre. Desde entonces, temblaba y no dormía de la angustia. Pero volvamos a la llamada de Bill: apunté todos los datos sobre aquella llamada telefónica. El papel con la anotación estaba encima de la mesa del comedor. Un día me vino a ver Kostia. ¿Te acuerdas de Kostia? Te hacía la corte, pensando quizá que tenía alguna posibilidad de conquistarte. A ti no te gustaba porque a veces iba bebido, pero en el fondo confiabas en él. ¿Te acuerdas, hija? Me aparté de él un momento a preparar el té para el invitado, sacar de la despensa unas galletas y la confitura de frambuesa. Pero, Valia, créeme: cuando volví al comedor, el papel había desaparecido de la mesa. Cuando Kostia se fue, busqué por todas partes. Pero en vano: el papel no estaba en ninguna parte.

¿Te das cuenta de lo que significa? No fue Nina quien te denunció. Después de que se te llevaran, Nina me venía a ver con frecuencia para preguntarme sobre ti. Se convirtió en una buena actriz y me invitaba a los estrenos. De hecho, solo fueron dos. Al final la detuvieron a ella también. Después de un juicio breve, la enviaron al campo de trabajos forzados, como a ti. Murió al cabo de pocos meses. Las autoridades del campo ni siquiera se tomaron la molestia de escribir a sus padres explicando la causa de su muerte.

Por lo que respecta a Kostia, llegó a ser un alto funcionario, primero del Ministerio del Interior, después del KGB. Continúa viviendo en la ciudad. Y el piso donde habíamos vivido antes se lo adjudicaron a la hermana de Kostia.

No quiero decir nada más sobre aquel asunto por si esta carta fuera a parar a manos inadecuadas.

Hija, cuando te visité en el campo me dijiste que, desde el momento en que te habías enterado de la llamada de Bill, estabas segura de que sus cartas eran auténticas y de que no era ninguna trampa del KGB. Desde entonces tenías dos vidas, una en el campo y la otra, la de verdad, en tu interior. Eso me explicaste. Espero que todo se acabe pronto y que acabe bien, de acuerdo con tu deseo, mi pequeña. No sabes qué daría yo para que las cosas pudieran volver allí donde estaban antes de que te detuvieran. Me entiendes,

¿verdad?

Te envío un abrazo muy, muy fuerte y mil besos. Espero que pronto pueda hacerlo de verdad, no solo en el papel, mi Valia.

Mamá

4

—Mamá, ¿por qué te metieron en la cárcel?

—¡Chist!

Mi madre se puso el índice sobre los labios y se fijó en las caras de la gente de nuestro alrededor para ver si alguien lo había oído. En aquel edificio lleno de tableros y despachos, había todo tipo de personas y todas tenían una cosa en común: las malas pulgas. Sobre todo los hombres que trabajaban allí. Frente a sus oficinas se formaban largas colas. Mi madre y yo nos pusimos en una de ellas a las ocho de la mañana. Y después en otra y en otra más. Cada vez que conseguíamos llegar a uno de los oficinistas, el hombre le hacía una pregunta a mamá y, al ver sus documentos, negaba muy rápido con la cabeza. Sin decir nada más, con cara de pocos amigos, nos enviaba al final de otra cola. Al cabo de un par de horas de hacer cola tras cola, uno de aquellos funcionarios, así los llamaba mi madre, miró sus papeles y le dijo con todo el desprecio del mundo:

—¡Ah, una ex prisionera política! No es aquí, camarada, debe dirigirse a otra sección... ¿Que cuál? No lo sé, pregúntelo en información... ¿Que ya lo ha hecho? Pues la habrán informado mal. No es aquí, tiene que volver a preguntar... ¡Pues claro que ha de volver a hacer la cola, solo faltaría!

El siguiente oficinista, con una expresión muy seria, tampoco le hizo caso. Vi que a medida que pasaban las horas y se acercaba la hora de cerrar, la gente se ponía más nerviosa y, en lugar de hacer una cola ordenada, se aglomeraba delante de las ventanillas, las oficinas y los mostradores como un rebaño.

Subimos al segundo piso, donde había menos gente. Al fijarte en las personas que estaban allí, veías que cada uno permanecía quieto y esperaba con paciencia. Igual que paquetes, pensé. Y cuando se oyó: «¡El siguiente!», pareció que todos se ponían a jugar a las cuatro esquinas: los paquetes comenzaban a moverse.

Un burócrata, como oí que llamaban también a los oficinistas, le dijo a mi madre que tenía que rellenar unos formularios. Los buscó durante mucho rato en los cajones del escritorio, pero no los encontró, así que los fue a buscar al despacho de un compañero de trabajo, en el primer piso. El tiempo pasaba y mi madre seguía tiesa como un palo; le daba miedo sentarse en una silla por no perder la tanda. Yo salí a la calle un rato para estar con *Osi*. Lo llevaba

metido en la mochila, a la espalda, donde estaba demasiado apretado. *Osi* y yo nos quedamos en la esquina de la calle Lomonósov con el muelle del Dvina; desde allí se veía la entrada del edificio en el que había dejado a mi madre, y también las calles céntricas. Cuando regresamos —con *Osi* otra vez bien colocado en la mochila—, vi que mi madre todavía esperaba al funcionario con los formularios. Ella también se había transformado en un paquete que podría haberse quedado en aquel lugar una semana entera, olvidado por todo el mundo. Al cabo de un rato, el funcionario volvió con un montón de papeles; su aliento olía a vodka. Envió a mi madre a una mesa para que rellenara los formularios y después los entregara en otra oficina.

Al final, fuimos a parar a un despacho donde entraba el sol. Allí, confortable igual que un rey, se sentaba un burócrata gordo, un poco mayor que mi madre.

—Lo siento, Valia —dijo el funcionario—, pero no puedo hacer nada por ti en este asunto. Dentro de tres días, a más tardar, debes abandonar Arjánguelsk. Por ser una ex prisionera política no tienes derecho a establecerte en una capital de distrito.

Me entraron unas ganas locas de irme de allí, de alejarme de aquel ambiente tan extraño, pero me había prometido proteger a mi madre. Ella intentaba explicar algo a aquel tonel con piernas. Para convencerlo, me señalaba a mí con un dedo. Me di cuenta de que, en realidad, yo había visto antes a aquel hombre que parecía un barril. Era el mismo que la abuela había ido a ver un par de años atrás, el día del médico y del niño con las canicas. Sí, ahora lo veía claro, era aquel hombre que tenía la mirada de acero, ¡por supuesto que sí! Solo que entonces no me había parecido tan gordo, aunque ya estuviera rechoncho. «Es el tío Kostia», me había dicho la abuela ese día. Cuesta olvidar una cara así de fría.

Mi madre me llamó para que me acercara:

—¡Ven, Bela! Mira, este es el tío Kostia, un buen amigo mío de la juventud. Un amigo fiel que ahora está a punto de ayudar a tu madre. Dile que te gustaría ir a la escuela como los demás niños, pero que para eso tu madre ha de trabajar y ganar dinero. Y si fuera posible arreglarlo para que nos pudiéramos quedar aquí, donde nos sentimos en casa y tenemos amigos y parientes, sería ideal. ¡Venga, díselo, guapa!

¡Qué manera de quitársenos de encima! ¡Vaya amigo! Con alguien así no se necesitan enemigos. Sí, el tío Kostia, con su enorme panza, nos echó de mala manera. Pero yo no iba a dejar que las cosas quedaran de este modo, por lo que empecé a darle vueltas a la cabeza para ver qué le podía hacer. Sobre el escritorio, que ahora quedaba a la espalda del maldito tío Kostia, me fijé en que había una carpeta blanda, de papel, en la que estaba escrito con letras grandes y redondas: «PAPKA». O sea, carpeta. Y con letras más pequeñas también ponía: «Rigurosamente confidencial».

Unos instantes más tarde yo salía del despacho con la cabeza bien alta, con la mochila en la espalda y con el osito de peluche en la mano. *Osi* tocaba la trompeta: «¡Tararí, tararí!». Y cuando nos hubimos alejado por la calle

Lomonósov, tiré a la basura la trompeta de *Osi*, que había hecho enrollando la carpeta con el título «PAPKA».

5

Mi madre se sentía fatal; en cambio, yo me alegraba porque ahora seguro que teníamos que largarnos de allí, lo que quería decir ver mundo y vivir aventuras. Lo malo es que mi madre me daba pena; le di un beso en la barbilla, mientras ella repetía que yo era la única persona que tenía en el mundo. Así que me volví a prometer que la cuidaría siempre, siempre, siempre.

Cuando llegamos a casa, ya era de noche y mi madre se sentó, cansadísima.

—No necesito gran cosa —decía mamá a la tía Vera y al tío Kolia, mientras les ayudaba a preparar la cena y a poner la mesa—, solo el permiso de residencia y un trabajo para que Bela pueda ir tranquilamente a la escuela, para poder hacer con ella los deberes, cantar y dibujar como una madre normal y corriente. No me hace falta más. Pero parece que estoy pidiendo demasiado, porque ni esto me quieren dar.

La tía Vera murmuraba algo así:

—De fuera llegará quien de casa nos echará.

Mirando a mi madre, por primera vez me di cuenta de que hay otra clase de cansancio aparte del físico, del que sientes cuando durante las vacaciones juegas al escondite y te bañas el día entero en el Dvina, y después no puedes ni acabar de cenar de las ganas que tienes de ir a dormir. Hay otro cansancio, sí: el de ver que te aplastan como si fueras un gusano. Un cansancio del sentimiento. El cansancio de pensar mucho.

Mientras cenábamos, la tía Vera me soltaba lo mismo de siempre: que si tenía que coger los cubiertos como un lápiz y no como una pala, que si debía cortar la carne en trozos pequeños para no tener que masticar con la boca abierta... Me recordaba a una niña repelente o a una profe, así que no la escuchaba y miraba al plato. Pensaba en las niñas del internado. Y también en que los tíos miraban a mamá con ojos llenos de sospecha. De pronto, la tía Vera dejó de hablar y se hizo un silencio. Miré qué pasaba. El tío y la tía devoraban a mamá con los ojos, y con razón. Mamá se comía la carne a trozos pequeños como hilitos, y después de cada hilito de carne cogía con los dedos un grano de arroz, lo chupaba y lo masticaba durante un rato. Después de cada mordisco hacía una pausa. Miraba el plato como si nunca hubiera visto carne con arroz, y lo aguantaba con las manos, lo protegía con el cuerpo y los codos como si alguien fuera a arrancárselo de las manos... y de pronto respiró rápido y se puso a..., no a comer, sino a devorar aquella carne y aquel arroz, y bebía la salsa directamente del plato ayudándose de la lengua y soltaba ruidos como lo haría un animal, un perro, un lobo o una hiena. Me hubiera gustado meterme bajo la mesa con los oídos tapados. El tío observaba a mamá con solicitud; la tía ponía cara de no querer saber nada. Y entonces yo dije:

—Mamá, tengo ganas de ir al cine.

Fue entonces cuando ella anunció que en tres días debía estar fuera de la ciudad. Vi que la tía Vera se quitaba un peso de encima, aunque no paraba de decir:

—Pobre Valia, pobre Valia.

6

El tío Kolia nos acompañó a la estación. Por el camino, en el trolebús, mi madre le contó nuestra visita a la tumba de la abuela y yo dije que ahora la abuela descansaba allí como una zarina. El tío, que siempre reía, me prometió que se ocuparía de la tumba para que pareciera la de una zarina. En el andén, nos pasó una bolsa llena de comida que había preparado él mismo para nosotras. En casa, yo ya había visto la bolsa y la había registrado: contenía rebanadas de pan untadas con mantequilla y otras con grasa de oca, y también había una longaniza y unos huevos duros. ¡Qué buenos son los huevos duros! La clara es lisa y resbala como la seda; en cambio, la yema lo tiñe todo de amarillo: la lengua, los labios e incluso las mejillas, así que uno llega a parecerse a un indio en son de guerra.

En nuestro compartimiento no había nadie más y, en cuanto el tren se puso en marcha, comencé a pelar dos huevos. Los dos para mí. Al cabo de un rato, se me pasó por la cabeza que podía ofrecerle uno a mi madre. ¡Qué sensación más extraña! Cuando vivía en el internado, cada niño intentaba a codazo limpio hacerse con el máximo de comida, ¡todo para uno mismo!; era lo normal.

Ahora mi madre se comía a pequeños mordiscos el huevo que yo había pelado, igual que un pajarito, y cada dos por tres cogía con dos dedos un poco de sal. Intenté hacerlo como ella, pero me aburría ir tan lenta, así que me zampé la clara y, al acabar, pregunté a mi madre:

—Mamá, ¿sabes qué pinta tiene el Gran Manitú cuando está en son de guerra?

Me pinté la cara con la yema. En el momento en que más estaba disfrutando de la pintura, el tren se paró y subió gente. La yema se descascarillaba y una pizca cayó en el mono azul de una mujer.

—Señora, ¿puede hacer el favor de vigilar a esta cría? —le pidió la mujer a mi madre. ¡Ni que le hubiese manchado un vestido de novia!

—Bélochka, ve con cuidado —me susurró mi madre con toda la calma del mundo; parecía que ella también tenía ganas de hacer enfadar a aquella mujer que parecía una vaca metida en un mono. Y me alargó un pañuelo para que me limpiara la boca de Manitú.

Me supo mal haberme comportado como una niña traviesa, en lugar de una señorita de buena familia, y permitir así que aquella bruja se metiera con mi madre. Pero todo eso no me llegó a estropear el gusto de lo que quedaba de la yema de huevo.

—¿Dónde vamos, mamá?

—A Pervomaisk.

—¿Dónde está eso?

—En la región de Odesa, ¿sabes?

—Ah, vaya. Eh... ¿Y qué haremos allí? —pregunté para disimular que no tenía ni la más remota idea de dónde estaba Odesa y aún menos Pervomaisk. Pero ya que los demás niños de mi edad se sabían la geografía al dedillo, pensé que si hacía una pregunta parecería una boba delante del resto de gente de nuestro compartimiento.

Mi madre seguramente debió de darse cuenta, porque me explicó:

—Bueno, en Ucrania buscaré trabajo y tú irás a la escuela, como es natural.

Lo dijo en voz baja y comprendí que no le apetecía lo más mínimo continuar aquella conversación. La gente la miraba con curiosidad porque mi madre destacaba en medio de todos, aunque se esforzara en ser discreta. Se había quitado los guiñapos del campo y ahora llevaba una blusa roja con cuello blanco y una falda a rayas blancas y rojas, con un cinturón blanco y ancho que le había dejado la tía Vera, ya que, según ella, el conjunto era un poco raro. La verdad era que la tía había engordado y ya no se lo podía poner. Mi madre parecía un maniquí salido de un escaparate. Pero yo me moría de ganas de conocer la ciudad nueva, la gente, y quería saber más cosas, así que no pude evitar preguntar:

—¿Y dónde viviremos en Ucrania?

—En casa de la hermana de una amiga.

—¿Una amiga de Arjánguelsk, mamá?

—No.

—Entonces ¿dónde la conociste?

Mi madre estaba quieta como una estatua, parecía que le interesara muchísimo el paisaje del otro lado de la ventana.

—¡Ah, sí! ¡Ya lo sé! *¿Allí*, verdad? —exclamé, contenta de haberlo adivinado y de no ser una criatura boba que dijera «en el campo», en vez de «allí» como una niña astuta.

—Ven, cariño, vamos al pasillo a mirar los girasoles.

Mi madre fue la primera en salir, y cuando me volví para cerrar la puerta, vi que todos nos dirigían una mirada antipática, sobre todo aquella vaca.

—Qué asco de mujer, ¿verdad, mamá? —Además, parecía que tenía el doble de dientes en la boca que el resto de la gente.

—Me recuerda a las guardianas de la prisión —dijo mamá—, o de los campos de trabajo. ¡Así eran, clavadas!

Yo miraba asombrada a mi madre, como si fuera un ser de otro planeta que ha vivido cosas extraordinarias. ¡La prisión! Pero después se me ocurrió una cosa que no entendía.

—Mamá, ¿por qué la gente nos mira con esa rabia?

—Seguramente porque tú y yo somos diferentes. La mayoría de las personas no puede soportar a los que son extraños.

Me sentí orgullosa de que mi madre y yo fuéramos distintas. Pero después pensé en el internado, donde todos nos metíamos con Artiom, un niño rechoncho con gafas.

—Mamá, ¿está bien o mal que alguien sea diferente?

—No está ni bien ni mal, es así y punto. Pero el que se diferencia de los demás lo tiene más difícil en la vida.

Yo hacía que sí con la cabeza con mucha decisión, y pensaba en cuando a Artiom le llamábamos «cerdo», «morcilla» y «bola de sebo», y cómo le rompíamos las gafas, sin las que no veía tres en un burro.

Mi madre entró en el compartimiento a buscar el billete porque se acercaba el revisor. Por supuesto, mi madre llevaría también el mío, pero preferí escabullirme en el lavabo como si viajara sin billete. ¡Puaj, qué pestazo hacía el maldito váter! Pero había que aguantarlo. Más de una vez, alguien intentó forzar la puerta para entrar, pero yo contestaba con una voz cambiada, ronca:

—Está ocupado.

Después oí los alicates del revisor, que ya había llegado a la plataforma. Al final pasó lo que era inevitable y que yo esperaba con impaciencia: el revisor llamó a la puerta del lavabo donde me escondía, pero en lugar de derribar la puerta para atrapar a un criminal peligroso, preguntó con dulzura:

—¿Te encuentras mal, princesa?

—No —contesté con voz floja y enfadada a la vez, porque el pedazo de burro del revisor me había fastidiado mi fiesta particular, en la que yo hacía el papel de delincuente. Me daba rabia haber tenido que soportar aquella peste del váter para nada.

Cuando salí, todos me miraban como si fuera una buena niña que se hubiera comido un kilo de cerezas que su madre había comprado para el viaje. Y me prometí que todavía tenía que mejorar mucho en el arte de ser una criminal.

8

Las lágrimas me caían por las mejillas y la nariz me chorreaba. Mi madre me pasó un pañuelo. ¡Y eso que de momento había cortado solo una cebolla! Sobre la mesa de la cocina, delante de mí, aún tenía dos más, y cinco dientes de ajo. Mi madre lo quería todo cortado en trozos minúsculos.

—¡Me encanta cocinar, mamá! Creo que de mayor seré cocinera.

Mi madre examinó el trabajo hecho.

—Bueno, la verdad es que sirves para cortar cebolla. ¡Vaya, vaya!

—Pero tengo que engordar, y mucho, mamá; si no, no me darán trabajo en ninguna cocina. Una cocinera ha de parecer un saco de grasa para que quede claro que prueba cada plato antes de llevarlo a la mesa y que le gusta lo que cocina.

Mi madre y yo preparábamos una ensalada de pepinos para la tía Oksana y el tío Aliosha. Ya teníamos una fuente honda llena de rodajas de pepino, y ahora mi madre batía unos huevos y añadía la crema de leche. Después, añadiríamos mi cebolla y el ajo. La ensalada me hacía una ilusión descomunal. ¡Tenía tanta hambre! Aquel día habíamos ido con mi madre a una ciudad vecina a comprar libros de texto porque pronto comenzaría el colé. ¡Sentía tanta curiosidad por ver a mis nuevos compañeros de clase! A los profes tal vez no tanto. Mi madre fue a mi escuela para hablar con mi futura maestra, una mujer morena con el pelo peinado hacia arriba; luego preguntó al director de la escuela si podrían necesitarla para dar clases de inglés o al menos de canto o de música. Pero según ellos, mamá no tenía los papeles en regla. Otra vez la misma canción.

—¿Qué dice la pequeña cocinera? ¿Está buena la salsa para la ensalada? ¿No está sosa? —me preguntó mamá, y me pasó una cuchara de madera llena de salsa amarilla.

—¡Mmmm!... —me relamí.

—¿Qué te parece un poco más de sal y pimienta?

Estaba a punto de decir que la salsa estaba en su punto, pero justo en aquel momento entró el tío Aliosha. Miré el reloj de la pared: aquel día había vuelto del despacho antes de hora. Mi madre seguía preparando la ensalada y él le decía cosas. Primero yo no le escuchaba, pero el tío hablaba con tanta insistencia que al final, aunque no quería, no tuve más remedio que prestar atención: le decía a mamá que le gustaba mucho y que no podía vivir sin ella. Mi madre estaba quieta como una estatua, pero solo con mirarle la espalda me di cuenta de que se sentía tensa y molesta. Yo me mantenía en mi rinconcito y el tío Aliosha ni siquiera se había fijado en mí. Los adultos a menudo no ven a los niños; miran a la altura de sus ojos y ni se les ocurre desviar la mirada un poco más hacia abajo. Con su cuerpo de gigante, el tío parecía ocupar la mitad de la cocina; con su altura, llegaba casi hasta al techo. Y al mismo tiempo ceceaba igual que un niño: ¡qué combinación más tonta y divertida! Pero cuando decía a mi madre: «*Zabez* que *erez* mi vicio» o «*Zabez* que *zin* ti no *zoy* nada», ya no era el hombretón de siempre, sino una especie de enclenque canijo. Cuando oí lo de «*Zabez* que *erez* mi vicio», creí que le decía a mamá que era su bici y por poco no estallo en carcajadas. Mi madre, con la cara roja como un tomate, dio un golpe con el delantal sobre la mesa y salió de la cocina. El tío Aliosha se comía las uñas. Sus planes se habían ido al cuerno. Me recordaba a Artiom, el pazguato del internado. Después salió él también. Me senté en una silla alta y empecé a hacer «¡cling-clong!» con las piernas. Mi madre volvió para remover la ensalada y, mientras lo hacía, no paraba de suspirar. No entiendo nada del mundo de los adultos: si a mí un gigante bien plantado me dijera «*Zabez* que no puedo vivir *zin* ti», tiraría cohetes durante un año entero y no me calentaría la cabeza con nada más.

Entonces entró la tía Oksana y tampoco ella se fijó en mí. Sacudía su cabellera, el único adorno de aquella mujer que, a primera vista, parecía un

espantapájaros. Sí, cuando la vi por primera vez di un salto de lo sorprendida que me quedé: la nariz de la tía crecía hacia la izquierda y tenía las piernas enclenques, así que al verla uno sufría porque parecía que aquellas dos cerillas no soportarían la carga del peso del cuerpo y se romperían. La tía Oksana, siempre tan serena, ahora estaba hecha un lío. La tía abrazó a mi madre y le dijo sollozando, como si el mundo tuviera que acabarse de un momento a otro:

—Ay, ay... Hoy mi matrimonio se ha ido a la mierda.

Mi madre se dio la vuelta hacia mí y me pidió con voz temblorosa:

—Bélochka, déjanos un rato solas. Ve a mirar tus libros de texto nuevos, preciosa.

—¡Ay, si está Bélochka! ¡No me había dado cuenta! Me he vuelto ciega, está más claro que el agua. ¡Hola, Bela!

—Buenas tardes, tía —dije lo más educadamente que pude, y cerré la puerta detrás de mí.

Me moría por oír lo que no debía escuchar. Como una buena espía, ante todo me aseguré de que no había moros en la costa, ni rastro del tío ni de nadie. En el comedor, que comunicaba con la cocina, inspeccioné el agujero de la cerradura. Sí, ¡desde ahí se veía la cocina! Mi madre estaba a la mesa con la tía Oksana, que le ofrecía un cigarrillo. Mi madre le dijo que no fumaba, pero la tía insistió. Me di la vuelta y comprobé que todo iba bien: no había nadie. Pero quise volver a asegurarme de que el tío no estaba, para ver aquella conversación sin estorbo.

El tío Aliosha daba vueltas enfrente de la casa. Pero no se encontraba allí para disfrutar de las flores del pequeño jardín, no. Parecía un león enjaulado; daba unos pasos hacia delante, otros hacia atrás, de aquí para allá, y fumaba como una chimenea: cuando se le acababa un cigarrillo, enseguida se encendía uno nuevo. «¡Qué locura hoy con el tabaco!», me dije, y con toda tranquilidad fui a espiar a la tía y a mi madre.

La tía se llenaba la boca con el humo y hablaba al mismo tiempo que soltaba un hilito pequeño y azulado que subía hacia el techo. No había visto nunca fumar de esta manera.

—Le has hecho perder el tino —dijo la tía acto seguido, con la vista en las nubecillas de humo en el aire. Mi madre quería decir algo, pero la tía no la dejó hablar. Añadió enseguida—: Ya sé que no es culpa tuya. A ti, él no te hace ni fu ni fa. Pero él ha perdido el norte. ¿Y ahora qué? Lo único que se me ocurre es que tendrás que irte, Valia. Ojos que no ven, corazón que no siente.

Mi madre se puso a temblar.

—Intenta entenderme, Oksana. ¿Adonde puedo ir?

No puedo estar siempre rondando por estos mundos de Dios. Y por si fuera poco, ¡además con una niña! Oksana, piénsalo bien: estoy buscando trabajo y, cuando lo encuentre, compartiré los gastos de la casa con vosotros. ¡Todos saldremos ganando! Bela irá a la escuela aquí; lo que necesita es calma y centrarse en los estudios, y en vuestra casa eso sí es posible...

—Valia, escúchame bien. Tengo quince años más que Aliosha. Se casó conmigo para agradecerme lo que había hecho por él: la dirección de la empresa lo acusó de desviación política y yo, que era una de los directivos, aseguré que no era cierto. Sin mi intervención, a Aliosha le habrían caído diez años, por lo menos, en los campos de trabajos forzados. Él es mi canto del cisne. No puedo correr ningún riesgo, no soy mona como tú; tener en casa a una chica con tu aspecto, y además de tu edad, significa arriesgarse demasiado. Entiéndeme, Valia. No me gusta echarte, ¡pero no tengo más remedio!

Deseaba con todas las fuerzas que en ese momento mi madre preguntara algo, porque había muchas cosas que yo no acababa de entender. La tía tenía quince años más que el tío, ¿y qué problema había? Seguramente que no podían jugar juntos. Yo no podría jugar con una niña que tuviera quince años más que yo. Pero de todas maneras, los adultos no solían jugar entre ellos... Estaba hecha un lío. Pero mi madre insistió:

—Te entiendo, Oksana, oh, claro que te entiendo —dijo—. Pero no sé qué hacer. Ya sabes de dónde vengo. Sabes que no es ninguna broma, y que no tengo dinero. También sabes que nadie me quiere dar trabajo porque en los documentos de identidad está inscrito mi historial de prisionera política. Por la misma razón no puedo alquilar un piso ni una habitación, por no hablar del hecho de que no tengo con qué pagarlo. Y al mismo tiempo he de cuidar a mi hija, enviarla a la escuela, hacer de ella una persona responsable. Pero ¿cómo voy a hacerlo si no tengo ni un techo donde cobijarme? No vislumbro ninguna oportunidad de ganarme el pan y nadie me dará ni una miserable sopa de col, como la que recibía en el campo. Es por eso por lo que te estoy tan inmensamente agradecida, a ti y a Aliosha, por vuestra hospitalidad.

—Lo hemos hecho porque sabemos de qué va esto. Te he ofrecido lo que haría por mi propia hermana. Pero ella todavía tardará un año en salir del campo... —suspiró la tía.

—Qué manera más idiota de estropear una situación tan idílica por parte de Aliosha, qué pedazo de burro... —suspiró mi madre.

Se abrió la puerta de la calle; me aparté de golpe del agujero de la cerradura. Hice ver que estaba entretenida poniendo la mesa para cenar, pero de todas maneras, el tío no me prestaba atención. Se le veía nervioso, tenía los ojos abiertos de par en par y todo su cuerpo de gigante sudaba como si tuviera la gripe.

Nos fuimos al día siguiente, por la mañana. Mi madre dio la mano a la tía Oksana. La tía se la cogió y vi que le ponía una cosa dentro. Y después «mua-mua-mua», besó a mamá y después también a mí. El tío Aliosha ofreció la mano a mi madre, pero ella le ignoró como si no estuviera allí. Se apartó, levantó la maleta con una mano, con la otra me cogió a mí y salimos.

—¿Qué es esto? ¿Una señora con alas? —me preguntó un niño de mi edad en nuestro compartimiento del tren, cuando mi madre y la suya salieron al pasillo a comprar té a una señora con uniforme.

El niño se cambió al asiento que estaba a mi lado; me parecía un imbécil rematado. Sobre todo por la barca hecha de papel de periódico que llevaba en la cabeza.

—¡Qué estás diciendo! ¿Dónde ves unas alas? —le dije con aire de superioridad—. ¿Estás ciego, verdad? ¿Es que no ves que es un puñal clavado en la espalda?

—Qué dibujo más extraño. No he visto nunca nada parecido. ¿Y quién ha pinchado a esta señora, y por qué?

—Es un secreto.

—¿Verdad que me lo dirás?

—¿Y qué me darás si te lo digo? ¡No querrás que te lo diga solo porque sí!

—Te daré un lápiz verde que se tiñe de azul, él solo.

Le saqué la lengua.

—A la porra con tu lápiz. ¡Yo tengo tres azules!

El niño callaba. Estaba triste y me dio pena.

—A lo mejor te lo diré, pero ahora mismo no —dije—. Dibuja algo y, si me gusta, te contaré el secreto.

El niño se puso a dibujar. Miré hacia el otro lado, por la ventana. Ya habían segado el trigo y los campos estaban desnudos; había una especie de niebla y comenzaba a oscurecer. Me sentía alegre como unas castañuelas por ir a un lugar nuevo, pero también sentía pena de haber abandonado Pervomaisk, donde cada noche me iba a dormir a la hora que quería. Nadie me molestaba diciendo: «¡Bela, a la cama!», y podía aprovechar el tiempo dibujando o mirando los libros y los papeles de mi madre. Me gustaba leer las cartas y los apuntes de mamá mientras ella actuaba en el teatro Shevchenko, en la plaza Shevchenko. En las paredes del teatro había colgados grandes carteles con letras enormes que anunciaban: «LA ÚLTIMA, un drama de Máximo Gorki». Y con letras no tan grandes, decían: «Natalia: Valentina Grigorievna Nevéleva», o sea, mamá. Por la tarde, me encantaba sentarme en una butaca, beber limonada, tres o cuatro vasos o más, y mirar la carpeta de mi madre. En ella había el retrato de una selva con flores exóticas, lianas y árboles curiosos. Bajo las hojas caminaba un hombre muy moreno que tocaba la flauta. Me fascinaba leer las cartas de mi madre, las que había recibido cuando aún estaba en el campo y las que había recibido hacía poco. Las tenía bien guardadas, todas muy ordenadas, en los sobres con los sellos y la dirección de mamá. No es que fuera una cotilla, más bien es que me gusta ver las cosas de los demás y las cosas prohibidas para entrenarme para cuando me haga ladrona. Si es que no puedo hacerme cocinera, claro.

No hacía demasiado tiempo había descubierto en la carpeta una cosa nueva: una carta en la que un tal Volodia contaba a mi madre su matrimonio con una rubia hermosa y delgada, pero muy bobalicona, con cara de amargada.

Después, aquel Volodia comenzó a beber, perdió el trabajo de lampista y se puso a robar. Lo atraparon y lo enviaron al campo donde conoció a mi madre, j Volodia!, pensé. En la escuela de Pervomaisk me sentaba en el banco de la última fila al lado de un niño que también se llamaba Volodia; ese niño me enseñó a usar una navaja plegable. Durante las clases recortábamos cosas en la madera del escritorio y después íbamos al parque. Con Volodia aprendí a lanzar el cuchillo de tal manera que se hundiera, deslizándose, en la tierra. Fue así como pensé en los diferentes lugares donde se podría hundir un cuchillo o un puñal. Bueno, había examinado a fondo la carta de aquel amigo de mi madre y había descubierto que al pie de la carta estaba la dirección de su madre en un lugar que se llama Uzbekistán. Y ahora íbamos hacia Tashkent. «Este Tashkent debe de estar cerca de Uzbekistán», me dije.

El niño acabó el dibujo: una llanura lluviosa, la misma por donde pasábamos. El dibujo era aburrido porque el paisaje tampoco tenía nada de interesante. Pero no hice ningún comentario.

—Oye, niño, ¿cómo te llamas?

—¿Yo? Pavel. ¿Y tú?

—Bela. Pavel, ¿Tashkent está cerca de Uzbekistán?

—¿Cómo es que no lo sabes? Eso lo saben hasta los niños pequeños. ¿Todavía no lo habéis estudiado en la escuela? Tashkent es la capital de la República Soviética de Uzbekistán, para que lo sepas.

—¿Y qué hay allí?

—Un amigo mío fue de vacaciones porque su tío vive allí, y contó que aquello parece un cuento de hadas, como el de Ilyá Muromets o el de *El pájaro de fuego*. Siempre hace sol, pero la gente, en lugar de ponerse el bañador, se envuelve con telas de colores y se pasa todo el santo día fumando con pipa de agua en los cafés. Todos los cafés están al aire libre, ¿te lo imaginas? Y en lugar de nuestras cebollas doradas, las iglesias uzbecas, que se llaman mezquitas, tienen grandes cúpulas de color turquesa. Cuando no fuman con pipa, los hombres y las mujeres uzbecos tejen alfombras de colores.

—¿Alfombras voladoras?

—Supongo que sí. Porque allí todo es distinto a lo nuestro. Y aquí la única cosa que vuela son los aviones y las bofetadas.

Pavel me hizo otro dibujo: una casa cuadrada con una cúpula enorme que por abajo era de color verde y después, poco a poco, se iba transformando en azul. Qué tontería había hecho al rechazar el lápiz, imbécil de mí. Debajo de la cúpula flotaban nubecillas veraniegas y en una de ellas estaba la inscripción: «A Bela de Pavel».

—Vamos, Bela, y ahora me dirás el secreto del cuchillo hundido en la espalda de la señora, ¿verdad?

—Eres un pesado de narices, Pavel. Bueno. Mi madre es muy guapa, ¿no crees?

—¿Tú sabes ver estas cosas en tu madre? Yo no. Para mí, mi madre es mi madre y punto; no sé si es guapa o no.

—Puede ser... Si yo veo que mi madre es guapa debe de ser porque la he conocido no hace mucho. ¿Es raro?

No, no lo es. Pavel, vete a la porra con tus preguntas. No, no te contaré nada más. Sigo con la historia. Pues mi madre es actriz. Actuaba en el teatro principal en la plaza mayor de Pervomaisk, en una obra de Máximo Gorki. La gente la reconocía por la calle y le pedían autógrafos, recibía muchas cartas del público y de admiradores. Un día, los de la administración del teatro le dijeron: «¡Hasta aquí hemos llegado!», y que ya no podía actuar allí porque no tenía los papeles en regla. Así que mi madre fue al KGB local y allí encontró a un señor que le dijo que sí que podía seguir actuando. Mi madre volvió al teatro, pero una mujer que parecía una araña y que era del departamento..., no sé..., tal vez del departamento de personal, chilló: «¡Camarada, eres una antigua prisionera política y por tanto no tienes ningún derecho a estar en un escenario! ¡Es un peligro que desde lo alto del escenario vayas extendiendo entre la gente tus ideas negativas sobre nuestro régimen comunista!». Yo había acompañado a mi madre y lo vi y escuché todo. Mi madre protestó diciendo que si Gorki esto y Gorki lo otro, y que ella no tenía a nadie y que debía alimentar a una hija. Esto quiere decir a mí, ¿sabes, Pavel? Pero la mujer insistió, erre que erre, que si la lucha de clases y los camaradas y cosas así. Bueno, a mi madre le picó la mosca en la nariz, se soltó la lengua y le gritó a aquella araña una serie de cosas que seguro que la araña no habría querido ver puestas en el tablero de anuncios del teatro. Y pasó lo que tenía que pasar. Dicen que la verdad siempre gana, pero no, ¡ni mucho menos! La que gana es la ley de la selva, como dice mamá. Pues de acuerdo con la ley de la selva, la araña llamó a la policía y los polis nos dieron una patada en el culo: nos metieron en el primer tren que salía de la ciudad. ¿Ahora ya entiendes el dibujo de la mujer y del puñal?

Pavel asentía con la cabeza, poco a poco y muy serio, hasta que el sombrero de papel se le cayó al suelo y yo me lo puse. Entonces Pavel me lo hizo caer, pero el sombrero se rompió; ya no servía de nada. Por debajo del lugar donde se rasgó, vi una foto con un hombre gordo, debajo de la cual ponía: «Konstantin Kaláshnikov —u otro nombre así de imbécil, aunque sí que era Konstantin con toda seguridad— compareció ante el tribunal, que lo encontró culpable de haber perdido material secreto».

—¿Konstantin es Kostia? —le pregunté a Pavel.

Él asintió. Entonces pensé en el tío Kostia del KGB y en mi osito con la trompeta; enrollé el periódico, lo puse en la mano de *Osi* y canté a pleno pulmón:

—¡Tararí, tararí!

Pavel corrió deprisa a su asiento porque nuestras madres ya volvían con las manos llenas de vasos de té, panes de especias y galletas de todo tipo. Antes de moverse, Pavel me dio un beso; yo me asusté tanto que hice un gesto brusco con la cabeza y el beso fue a parar a mi oreja. Del ruido que hizo el beso en mi oído por poco cogí una inflamación del tímpano.

—¡Estás hecha una limpiachimeneas, mamá!
—¡Más bien un demonio!
Reía, pero claramente no estaba para bromas. Tenía muy buen aspecto con la gabardina y el sombrero, aunque era imposible saber cuál era el color original de aquella ropa. Señaló un camión que la había traído hasta donde yo estaba.
—No tenían sitio en la cabina —se esforzaba por sonreír—, así que he ido detrás, sobre la carga de carbón. De otra manera no habría podido llegar a este internado. ¡Está a más de cien kilómetros de Tashkent!
Se sentó en un banco enfrente del edificio; el sol le daba en la cara, llena de manchas negras.
—¿Qué pasó, Bela? ¿Por qué te echó la tía Matriona de su piso de Tashkent? Si parece un pedazo de pan, tan rechoncha y sonriente, y el tío Timur parece que nunca haya roto un plato...
Nuestro director, que tenía el cuerpo como un armario de grande, se presentó a mi madre. Al saludarse, pareció que le iba a arrancar la mano con el brazo. La cocinera nos trajo el té en una tetera blanca y azul con dos tazas, o más bien dos boles, de la misma porcelana.
—¡Uf! Otra vez té verde, ya estoy harta —solté un bufido cuando los dos se hubieron ido.
—¿Pero qué dices, Bela? —dijo mamá con su sonrisa un poco triste y cansada—. Este té está bueno; además, no deja de ser una cortesía por parte del director. Pero venga, cuéntame lo que pasó con los tíos de Tashkent.
—¿Quieres saber por qué me echaron? Adivina, mamá, tienes tres oportunidades.
—¿Quizá tiene algo que ver con el tío Timur? No, no, esto no me parece probable —reflexionó; después me guiñó el ojo y dijo—: Un torpe como él... No, él no te podía haber enviado de Tashkent a un internado en el quinto pino.
—Un torpe, eso sí, ya lo has dicho: no dice ahí te pudras en todo el día. Se sienta en un rinconcito, cada tarde monta y desmonta su radio y, si no tosiera de vez en cuando, parecería que no está. Pero ¿no te has fijado en que la tía Matriona le hace caso en todo? ¿Como si cualquier tontería que dijera fuera sagrada?
—¿Tú crees? —dijo mamá mientras bebía el té caliente—. No lo sé, yo diría que más bien hace caso al hijo, mi amigo del campo que me dio la dirección de sus padres. La verdad es que la tía Matriona no habla de nada más que de grifos, interruptores y nuevos modelos de lámparas, como si en el mundo no existieran nada más que lampistas como su hijo Volodia.
—Y el tío Timur.
—Ah, no sabía que el tío también fuera lampista. En fin, veo que tendré que utilizar mi amistad con Volodia. Si le han santificado de esta manera, fingiré

que soy su prometida. Estoy comenzando a entender alguna cosa...

—¿Qué, mamá?

—Te lo diré después. Ahora te toca a ti contármelo todo, princesa. A mamá le puedes decir toda la verdad, mamá es tu amiga.

Se me comió a besos, hasta que pensé que no quedaría nada de mí.

Le conté que había querido preparar para la tía Matriona y el tío Timur la ensalada de pepinos con huevo, crema de leche, cebolla y ajo, la que mamá y yo habíamos intentado hacer un día para la tía Oksana y el tío Aliosha. Bueno, ya lo tenía todo listo, solo faltaba mezclar los pepinos cortados con la salsa. En aquel momento, el sombrero de fiesta del tío se me cayó en la salsa.

—¿Aquel sombrero uzbeco, negro con ornamentos blancos? ¿El que lleva puesto en el cogote?

—Sí, ese mismo. Lo llaman *tubiteíka.*

—¡Vaya! ¿Y cómo pudo caer ahí?

—Los cocineros llevan gorros, ¿verdad? Y a mí me faltaba un gorro blanco de cocinero. Sin un gorro, un cocinero es poca cosa. Así que cogí el sombrero del tío, que él se había olvidado sobre la mesa, y me lo puse. Pero me iba tan grande y me bailaba tanto en la cabeza que tenía la sensación de llevar un gran orinal. Con aquel entusiasmo de cocinera, iba dando saltos con la bandeja de pepinos cortados hacia el bol de la salsa... y, ¡chof!, el sombrero se me escurrió de la cabeza y se cayó en la salsa.

—¡Dios mío! ¿Y qué hizo después el tío Timur?

—Se organizó un lío... El tío sacaba humo por las orejas y rugía que esa era su *tubiteika* de fiesta, la que llevaba los viernes para ir de incógnito a la madraza. «¿Por qué de incógnito?», le pregunté. Pero el tío no contestó, se puso a toser como un viejo tísico a punto de palmarla.

—Bela, no seas injusta. Durante la guerra, en Uzbekistán no había suficiente comida, no hace falta que te diga que no tenían calefacción, y la gente iba muriendo como moscas.

—¿Cómo lo sabes?

—En el campo había muchos uzbecos, hombres y mujeres; decían que si no hubiera sido por la falta de libertad, las humillaciones y los malos tratos, desde el punto de vista material casi habrían preferido el campo de trabajo a quedarse en casa; allí trabajaban de sol a sol igual que en el campo, pero, como es natural, en el desierto el trigo no crece. ¿Y qué más te dijo el tío Timur?

—¿Qué querías que dijera? Maldijo mis huesos en todos los idiomas, y aunque habla el ruso bastante mal, a la hora de decir palabrotas le salió de maravilla. La tía dijo en un ruso que entendí bastante bien que...

—Es que la tía es rusa, ¿sabes?

—Ah, por eso estos dos siempre están callados cuando están juntos: no tienen ningún idioma en común, ¡vaya tela!

—¿Qué dijo la tía Matriona?

—Me explicó por qué el tío tenía que ir de incógnito a la madraza. Stalin

prohibió rezar y cerró las mezquitas y las madrazas, además de otras iglesias. Así que la gente se reunía allí solo clandestinamente y corriendo un gran peligro si les descubrían. La tía dijo que a pesar de que Stalin se había ido al otro barrio, con Jrushchov las cosas de la religión seguían igual que con Stalin. Sentí pena por el tío, pero ya era demasiado tarde: del sombrero colgaba un hilo amarillo de salsa de huevo parecido a un moco de los largos. Precisamente era viernes. Así que intenté limpiarlo, pero no había nada que hacer: echaba peste a ajo, igual que aquel barrio judío de Pervomaisk; es que tu receta requiere montones de ajo, mamá... El tío Timur me pegó y yo gritaba como un animal. Pero tuvo que dejarlo porque le pilló un ataque de tos. Yo me reía de él a sus espaldas, me burlaba de él solo para divertirme. Pero lo malo es que había un espejo, y la tía me pilló en el momento preciso en que le hacía muecas al tío. Por eso el tío y la tía me enviaron aquí, al internado más alejado de todos.

Mi madre dejó la taza azul y blanca con el borde dorado sobre la mesa y me subió a su regazo; me acariciaba el pelo y me decía al oído:

—Pobrecita mía, mi pobrecita niña, a qué vida tan desgraciada te arrastro.

Yo ronroneaba como un gato, con ganas de meterme el pulgar en la boca. Pero no lo hice, para no parecer una niña pequeña.

11

—Enséñame cómo vives, aquí —me pidió al cabo de un rato.

Le enseñé las camas —yo dormía en la de arriba—, el comedor y la sala donde se daban las clases. Mi madre pisó varios insectos y no paraba de murmurar:

—Esto es como el campo de trabajo: mucha gente en una cama, ninguna calefacción, ventanas sin cristal, peste y suciedad en todas partes, hasta en el comedor... Sí, es un campo de concentración, esto...

Después se quiso lavar, peinar y sacudirse la ropa (acabé descubriendo que la gabardina y el sombrero habían sido blancos antes de que mi madre se sentara sobre el carbón). Una vez hecho todo eso, decidió lo siguiente: —Vendrás conmigo. No te quedarás aquí ni una sola noche más.

—No puede ser, mamá. Hago el papel de princesa en una obra uzbeca.

—No hay nada que hablar, Bela. No puedes dormir entre escarabajos y limpiarte entre ratas.

—¡Pero tú no entiendes nada, mamá! —grité, bajando de sus piernas; ya en el suelo, le di una patada—. Un príncipe vendrá a buscar a la princesa en un asno y se la llevará. ¡La raptará con el asno, mamá! ¡Nunca en la vida he montado en burro!

Mi madre me volvió a colocar sobre su regazo. Suspiró y después me explicó en voz baja, casi cantando:

—Bélochka, yo he conocido algunos teatros. ¿Tú crees que dejarían que un asno diera vueltas por el escenario como si fuera un camino de campo en

primavera? Bela, un chico mayor que tú se pondrá un mono gris y rebuznará como un burro. Tú y el príncipe os montaréis en él y ya está.

Yo permanecía a la espera, con la cara arrugada igual que una pasa, sin mirar a mamá.

—¿Pero sabes qué haremos? —continuó ella—. Iremos a un pueblo donde haya asnos para que puedas dar una vuelta en uno.

Salté al suelo y me puse a dar patadas al aire de la rabia.

—Mamá te lo promete. Pero debes irte de aquí, ahora mismo —insistió ella.

Grité a pleno pulmón:

—¡No me moveré de aquí ni un palmo, ni esto!

Mi madre soltó un bufido y dijo en voz baja, como si rezara:

—Bélochka, mamá te ha echado de menos, mamá no puede estar sin ti.

Y yo venga a insistir en que quería el papel de princesa, con un velo de color naranja con un fleco dorado. Mi madre me cogió de la mano.

—Debo irme de aquí, Bela, y tú vendrás conmigo.

—¿Eso significa que volveremos a casa de la tía Matriona y el tío Timur? ¡Qué pereza! El tío me pegará, ya lo veo. Me quedaré aquí.

—Ya sabes que en el KGB de Tashkent no me dieron el permiso de residencia alegando que una cláusula en mis documentos decía que no me está permitido vivir en las capitales de las repúblicas; en cambio, puedo hacerlo en las ciudades alejadas un mínimo de ciento un kilómetros.

—¿Y dónde estuviste durante aquel tiempo, mamá?

—En Samarcanda, a doscientos cincuenta kilómetros de Tashkent. En aquella ciudad de palacios celestiales trabajé en un restaurante de poca monta.

—¡Qué chulo! A mí me encantaría hacer de camarera. ¿No te gustó?

—Al comienzo todo iba bien, nadie me conocía. Pero cuando se supo que vivía sola, sin marido, los clientes empezaron a tratarme mal. Pero, bueno, yo no tengo miedo a los hombres y nunca he pasado por la piedra.

—Mamá, ¿qué significa: «Yo no tengo miedo de los hombres y nunca he pasado por la piedra»?

—¡Basta, Bela! Todo iba bien hasta que el encargado del establecimiento comenzó a cortejarme y me amenazó con que si no le demostraba «simpatía», dejaría de apoyarme y...

—*¿Y* por qué no le demostraste simpatía? ¿Qué mal hay en la simpatía?

—¿Puedo hablar? Pues el encargado me amenazaba con abandonarme a aquel grupo de salvajes...

—Sí, mamá, quiero que hables, dime solo qué te habría hecho aquel grupo de salvajes.

—Habrían hecho daño a mamá, ¿entiendes? Bien, yo me hacía la desentendida y me concentraba en mi trabajo. El dinero lo iba guardando bajo el colchón. Un día, volví cansada a mi habitación y me encontré a una mujer esperándome. Me dijo que la portera le había abierto con llave. Intentó persuadirme para que me fuera porque su esposo, el encargado del restaurante, había perdido la cabeza por mí. Durante mucho rato, permanecí

callada como una muerta. Al final le dije que su marido no me interesaba, que yo trabajaba mis horas y basta, y que necesitaba el dinero porque en Tashkent me esperaba mi hija. Pero la mujer no paraba de repetir lo mismo, como un disco rayado, hasta que no pude más y le pedí que se fuera porque quería descansar. Al cabo de unas horas, una piedra atravesó mi ventana cerrada, y después otra.

—¿Y quién te rompió la ventana?, ¿fue aquella bruja?

—Seguramente. Al día siguiente, cuando volví del trabajo...

—¿Y qué es peor, mamá, el KGB o las brujas?

—Depende. Así que al día siguiente, al volver del trabajo, palpé bajo el colchón, y... el dinero había desaparecido. Sí, Bela, lo que oyes. En un santiamén cogí mis pertenencias y, con las monedas que tenía en el fondo de los bolsillos, regresé a Tashkent. Allí, me fui corriendo a casa de los tíos para verte... Me encontré otra sorpresa: «Bela no está, la enviamos a un internado fuera de la ciudad».

—En tu lugar, yo no me habría ido, mamá, ¡de ninguna de las maneras! ¡Ni soñarlo! Yo habría ido corriendo a ver a la mujer del encargado, pero no le habría cantado las cuarenta, al contrario: le habría puesto la miel en la boca y la habría espiado para saber dónde guardaba el dinero. Después habría cogido lo que me pertenecía y hasta un poco más, por las molestias y la pérdida de tiempo.

En aquel momento, recordé lo que me había prometido: que cuidaría de mi madre. ¡Y eso que tenía unas ganas que me moría de interpretar a la princesa que monta en el burro y que se pasea toda ella envuelta con un velo uzbeco transparente con un fleco dorado!

—Venga, nos vamos, mamá —dije sin entusiasmo—. Y para que lo sepas, el velo uzbeco que las mujeres llevan en la cabeza y se atan al cogote se llama *tyrban.*

Un plan me rondaba por la cabeza...

12

Mi madre estaba sentada al lado de la ventanilla y me dejó el lugar privilegiado junto al conductor del camión. Me hubiera gustado ir detrás, sobre el carbón, para llegar a casa de la tía Matriona y el tío Timur negra igual que un demonio y asustarlos como es debido. Pero ahora el camión iba a buscar la carga a las afueras de Tashkent. Devoraba con los ojos el desierto, aquel curioso paisaje entre gris y ocre, con unos arbustos bajos que crecían aquí y allá, y altas montañas en el horizonte. Le pregunté al conductor si allí la gente viajaba en camello o en burro. El conductor me contestaba en uzbeco mezclado con algunas palabras de ruso, y no saqué nada en claro. Entendí que el desierto se llama Estepa Hambrienta, porque en el siglo XIX los rusos, que pasaban por aquí con el objetivo de conquistar Tashkent, morían como moscas. Pero en general me aburría porque no entendía lo que el conductor

me decía. Así que yo misma le conté algunas cosas y llegamos a ser una pareja muy divertida, yo hablando en ruso y él contestándome en uzbeco. Después, lo intentó en tayiko.

—¿Se comprende *más bien*? —me preguntó.

Yo, que no entendía casi nada, le contesté:

—¡Sí, claro! El tayiko es mi segunda lengua.

Paró el camión al lado de una garita verde a la orilla del camino donde vendían té verde en unos boles verdes, pasas, almendras, avellanas y bolitas de arroz de diferentes colores.

Mi madre se puso a negociar con el hombre de gran bigote negro que nos había servido el té y los frutos secos. El tipo no paraba de negar con la cabeza y mi madre intentaba convencerle, aunque sin resultado. Al final, mamá le enseñó unas monedas sobre la palma, entonces el bigotudo dio un respingo y se puso en marcha de una manera tan frenética que por poco se rompe. En un pis-pás, trajo un burrito y me invitó a montarlo. Al comienzo me daba un poco de miedo, así que me abracé al cuello del animal. Pero como todos los clientes del café me miraban riendo, me hice la valiente y me senté bien recta. ¡Qué burrito más bueno!, no se enfadaba ni cuando le tiraba de las orejas.

—¡Mamá, yo quiero este burrito!

—No puede ser, Bela. Hemos de coger el tren. ¿Cómo quieres llevar un asno en el tren? Está prohibido.

Así que le tiré de las orejas otra vez y después, como si le pusiera una tirita en la pupa, le hice comer unas avellanas de mi palma y le di un beso en la frente y otro en el hocico. Me chupó con su lengua rosada y se me quedó mirando con unos ojos grandes y tiernos.

—¡Te echaré mucho, mucho, mucho de menos, burrito! —le dije, y mientras me alejaba, le dije adiós con la mano durante mucho rato, mientras él no paraba de mirarme fijamente con aquellos ojos marrones y tristes.

Después subí a la cabina. No paraba de decir «¡adiós, adiós!» al burrito y él volvía la cabeza acompañando el camión con la vista.

—¿Cuánto vale un asno, señor? Quiero decir un burrito pequeño igual que este —pregunté al conductor.

Él siguió hablando en uzbeco y en tayiko, y yo tan solo entendía la palabra «rublo». Así que le dije que, en un futuro no muy lejano, cuando tuviera tiempo, volvería a buscarle y juntos haríamos un número de circo. En cuanto llegamos a Tashkent, nos llevó al mercado Shorsu, palabra que en uzbeco significa «cuatro ríos», «cuatro fuentes» y «cuatro caminos». Allí, mi madre y yo compramos un nuevo sombrero uzbeco para el tío Timur.

13

Otra vez desenvolvía una comida para las dos, como siempre cuando viajábamos en tren.

—He de pedir consejo a Volodia —le dije guiñando el ojo a mi madre.

Mamá se tronchó de risa porque, con esta frase, le había recordado que en casa de los tíos ella repetía cada dos por tres, muy seria: «He de pedir consejo a Volodia». Entendí perfectamente que mi madre había conocido a Volodia solo un poco y de ninguna manera quería volver a encontrárselo, pero el tío Timur y la tía Matriona estaban convencidos de que ella era la prometida de su hijo, al que le tenían mucho respeto y tal vez incluso un poco de miedo. ¡Hasta habían comenzado a tener miedo y respeto a mi madre! Al llegar a Tashkent, regalamos al tío Timur la nueva *tubiteika* que habíamos comprado en Shorsu. ¡Pero no nos habíamos acordado de la tía!, pensé. Y saqué de la mochila, donde había guardado a *Osi*, un velo de seda uzbeca de color naranja, adornado con un fleco de oro.

—Bela —me dijo mi madre con un tono amenazador—, con qué dinero lo has...

Pero yo le hice una señal para que se callara y a espaldas de la tía le enseñé los dedos de la mano derecha, queriendo decir que lo había robado.

—¡Bela! —exclamó mi madre, horrorizada.

Pero yo le hice muecas de burla discretamente, sacando solo la punta de la lengua, y repetí en un susurro:

—¡Chis!

Ella me dijo al oído:

—¡Sinvergüenza, te voy a cruzar la cara!

Lo dijo muy seria, aunque yo creo que no del todo. Mientras tanto, la tía se deshacía en elogios sobre el velo de seda y el tío sonreía. El hombre estaba emocionado y me acariciaba el pelo. Ya tenía la nueva *tubiteika* bien puesta sobre la cabeza. Yo sentía que los tíos me protegían de los reproches de mamá y, sobre todo, de lo que era aún peor: su tristeza.

La tía había preparado una comilona: *naryn*, unos trocitos de carne de caballo con macarrones, todo aliñado con una salsa hecha con especias uzbecas; para acompañarlo, la ensalada *ashishu* de tomate y cebolla con hojas de cilantro; y el *plov* que les había sobrado de la comida: arroz con guisantes y zanahoria con trozos de carne. Y un pan uzbeco, plano, recién hecho. La tía decoró la mesa con un jarrón de rosas amarillas y sirvió una botella de vino negro. Solo de ver aquel festín, a mi madre y a mí se nos caía la baba. Cuando nos estábamos sentando a la mesa para disfrutar de la comida, alguien llamó a la puerta golpeando con el puño. Unas voces, muy fuertes, gritaron:

—¿Está Valentina Grigórievna Nevéleva?

La policía entró en la casa.

14

Mientras desenvolvía nuestro desayuno en el tren, le dije a mi madre:

—Ya ves, mamá, a mí no hay nada que me saque de quicio. Ni la poli ni nada. ¡Mira, en casa de los tíos tuve tiempo de coger pan y carne!

—No me digas que no te saca de quicio cuando estás ante una mesa llena de

delicias mientras al lado te espera una cama preparada para que descanses, y en lugar de poder disfrutarlo te gritan como si fueses un rufián, te echan de casa y te dicen que has de abandonar la ciudad porque tienes los derechos limitados, se te llevan a la estación donde pasarás hambre y frío toda la noche y, encima, ¡aún tienes que comprarte el billete con tu propio dinero! Pero, volviendo a la comida, ¿por qué no la has sacado antes, Bela?

—Porque el hambre todo lo hace bueno, tú me lo has enseñado. Y quería que disfrutásemos de la comida.

—Caramba, Bela, ¿eres masoquista? ¿O quizás estás en huelga de hambre?

—Mamá, ¿qué quiere decir «masoquista»? ¿Y «huelga de hambre»? Bueno, no te enfades, ya me lo dirás más tarde. ¿Tú crees de verdad que podía haber sacado esta comida antes? Ayer la cogí a escondidas y ya sabes que después el tío Timur nos acompañó y se quedó toda la noche con nosotras en la estación. Todo el rato venga a acariciarme la cabeza, igual que yo al burrito. Debía de ser por haberle regalado la *tubiteika*. Pero... ¿cómo te encontraron los mal nacidos de la pasma?

—No lo sé, cómo quieres que lo sepa... Ya es hora de que dejes de usar el vocabulario del internado, Bela, ¿no te parece?

—Pues yo sí que lo sé: aquella bruja los puso en tu contra.

—¿Quieres decir la mujer del encargado del local donde trabajaba en Samarcanda? No, no lo creo. ¡Si no le hice nada! No, no puede ser. Esa se olvidó de mí en cuanto me perdió de vista.

—Si no, entonces debe de haber sido el KGB.

—¿Por qué? Solo quería pasar la noche en Tashkent, comer, bañarme y continuar el viaje. ¡Si no tengo la culpa de nada! No, eso no sería lógico.

—¿No pasaste casi diez años encerrada en el campo de trabajo? ¿Y porqué? ¿Había alguna causa lógica?

Mi madre se quedó de piedra.

—¡Ah, ahí tienes tu lógica! —no pude resistirme a decirle.

Miré el mapa sobre la pared de nuestro compartimiento. En él estaban señaladas las repúblicas soviéticas y las paradas de tren: Tashkent, después la salida de Uzbekistán, Chimkent, Kzyl-Orda, Novokazalinsk, Aralsk, Chelkar, Temir, Aktiubinsk: «Todo eso es Kazajistán —me decía—. Oremburgo, esto ya es Rusia, después Volga y Sarátov del Volga». Teníamos suficiente dinero para llegar a Aralsk. «¿Dónde está Aralsk, maldita sea? Por el nombre, debe de haber crecido en la ribera del mar de Aral, o sea, a un palmo de aquí. ¿Y qué haremos luego?»

Mi madre no había tocado la comida, parecía ausente. Así que cogí mi parte del desayuno en una mano, al osito de peluche en la otra y salí al pasillo. Desierto gris hasta el horizonte; de vez en cuando, algún arbusto. A mi lado, dos uzbecos con *tubitekas* sobre la cabeza se contaban chistes en voz baja, en ruso. Lo malo es que no llegué a tiempo de oír la anécdota que acababa con Stalin embalsamado en su ataúd, tras la que los dos con *tubiteikas* se rieron a mandíbula batiente.

Tuvimos que bajar en Aralsk. Al cabo de muchas horas subimos al siguiente tren, que nos llevó hasta Chelkar. Una vez allí, el revisor nos echó. Usamos el mismo método para llegar hasta Temir, donde cogimos otro tren y mi madre contó nuestra historia al revisor, que nos dejó tumbarnos sobre el banco destinado al equipaje. Escondidas y sin comida, viajamos una noche y un día; por la tarde del segundo día llegamos a Oremburgo. El revisor acababa su turno y tuvimos que bajar. Pero nos dijo:

—Poneos de acuerdo con ese señor que está fumando en aquel banco, es el maquinista.

Mi madre intentó sonreír al hablar con el maquinista. Mientras tanto, fui al restaurante para ver si podía robar algo; había un camarero que iba un poco trompa, pero no me vi con ánimo de robar nada, porque solo servían platos calientes. Mi madre me llamó para decirme que el maquinista se había ofrecido a llevarnos en la locomotora.

—¡Caramba, en una locomotora! —grité—. Mamá, ¿puedo sentarme al lado del señor maquinista?

Mi madre afirmó con la cabeza; me parece que estaba contenta porque suponía que yo me iba a encargar de darle conversación.

Cuando nos hubimos puesto en marcha, el maquinista me fue enseñando con detalle toda clase de botones y palancas, lucecitas e interruptores. Tuve la sensación de conducir la locomotora y llevar el tren yo sola. Ante mí había dos vías y por ellas centenares de personas se trasladaban de un lugar a otro. Era yo quien transportaba a esa buena gente, porque el maquinista me iba enseñando qué palanca tenía que girar y qué botón pulsar, y yo lo hacía con esmero. Yo sola transportaba a mi madre, que se había quedado medio dormida, y a muchas otras personas que soñaban con los angelitos; personas que iban a encontrarse con sus familiares y amigos, otros que se dirigían a trabajar lejos, algunos que se llevaban un gallo o una gallina, unos conejillos e incluso una cabra. Pensé en el burrito, que seguro que también habría cabido allí, y se lo dije a mi madre, pero ella dijo que nones, así que no insistí. Cuando me dijo que estaba prohibido transportar burros en tren, seguro que la muy mentirosilla solo quería hacerme tragar la píldora. Si los uzbecos transportaban cabras, entonces, ¿por qué no un asno? Pensando en mi burrito pequeño, se me humedecieron los ojos. Después me imaginé a toda la gente a la que yo conducía en el tren, todas aquellas madres con los *tyrbans* de color turquesa y rojo en la cabeza y en el cuello, con los niños que a partir de ahora irían a otra escuela como yo, los viejos con *tubiteikas* y las viejas con abrigos acolchados de colores, que querían volver a ver a sus hijos y sus hijas que vivían en otra ciudad y otra república; todos esos uzbecos y kazajos, tayicos y kirguizos, y los rusos... Yo era la responsable de toda aquella gente y los llevaba hacia una aventura desconocida y fabulosa, hacia una sorpresa, una vida nueva.

Luego nos paramos y nos quedamos mucho rato delante de un semáforo en rojo. Me aburría un montonazo. El maquinista también bostezaba y estaba a

punto de quedarse frito como mi madre, la gran dormilona. Así que le conté un cuento uzbeco que, un día, nos había contado la maestra uzbeca en el internado:

> Érase una vez un mulá, o sea, un sacerdote musulmán, que se llamaba Nasreddín. El mulá vivía en la antigua ciudad uzbeca de Bujará y tenía un asno. Un día, un vecino llamó a su puerta y Nasreddín salió a la puerta del jardín. El vecino dijo al mulá:
>
> —Déjame tu asno, mulá, tengo que transportar la mercancía a Jiva.
>
> «Jiva está lejos, hay que atravesar el desierto —pensó el mulá—, y no tengo ganas de dejarle el burro a este vecino.» Pero para no parecer mal educado, contestó:
>
> —Te prestaría mi asno con agrado, pero desgraciadamente no es posible porque se lo he dejado a otro.
>
> En ese preciso momento, se oyó desde el establo el rebuzno de un asno.
>
> —¡Qué curioso, si se oye un asno que brama! —comentó el vecino.
>
> —¿*A* quién crees, al asno o a tu mulá?

El maquinista y mi madre, que se había despertado a tiempo para escuchar el cuento, se partieron de risa. El maquinista me dio un montón de caramelos como premio. ¡Qué buenos eran, rellenos con pasta dulce de nueces! Me metí uno tras otro en la boca y pronto no quedó ni rastro. Entretanto, el maquinista decía que teníamos el semáforo en rojo, pero que ya hacía un cuarto de hora que esperábamos y no había manera de que le diesen el verde, así que...

—¿Así que qué? —pregunté.

—Así que... Quién no se arriesga, no pasa la mar —dijo él.

Me explicó que de noche había muy poco tráfico en aquellas vías, aunque aún estaba esperando. Yo pensaba en las vías del tren que mi madre colocaba catorce horas diarias allá en Siberia, en las que había dejado parte de su vida, igual que tantas otras mujeres y también hombres. En ese momento deseaba que el tren se quedara aún un rato para poder bajar a tocarlas con los dedos, con la frente y con los labios. En la boca tenía el gusto dulce de los caramelos de nueces y me dije: «¿Cómo puedo disfrutar de este sabor dulce cuando estoy pensando en una cosa tan triste?». Pero así era, yo seguía saboreando el gusto de los caramelos de nueces.

Entonces el maquinista se puso en marcha a pesar del semáforo en rojo, así que tuve que dejar de pensar en mis cosas. Me encantaba recordar que el semáforo estaba en rojo. Noté que mi madre se mantenía a mi lado tiesa, con los ojos muy abiertos, y que temblaba imperceptiblemente. Seguro que era de miedo, porque la verdad es que no hacía nada de frío. Y mamá, claro, pensaba

en lo mismo que yo, porque dijo en voz baja:

—Ya veo que las vías del tren me resultarán fatales...

Pero el tren iba de maravilla. El camino pasaba deprisa. Aun así, yo temía que en cualquier momento apareciera otro tren y chocara contra nosotros. Pero el maquinista tenía razón: todo estaba en calma. Siempre que pasábamos por algún pueblo, mi madre señalaba con el dedo las luces en las ventanas. Me decía que se imaginaba que era allí donde teníamos nuestro hogar, y que íbamos a encontrarnos con aquella luz. Me susurraba al oído que la única cosa que deseaba en la vida era tener una casa tranquila donde viviríamos juntas y nos cuidaríamos la una a la otra.

Cuando estábamos a punto de llegar a Sarátov, prometí al conductor que cuando fuera mayor me haría maquinista. Él me felicitó por mi decisión y dijo que conducir una locomotora me haría feliz, porque él también se sentía feliz de poder hacer un trabajo como aquel. Yo soñaba que un día podría conducir de un lugar a otro a los niños y a los viejos, las madres y los padres, las gallinas y los pollos, los gatos y las cabras, y a veces hasta los burros bonitos de mirada triste.

Mi madre dijo al maquinista que, lamentándolo mucho, no le podíamos hacer ningún regalo porque no teníamos ningún objeto adecuado. Él le aseguró que no esperaba nada.

Entonces se me ocurrió algo y dije:

—Mamá, ¿cómo dices que no podemos hacer ningún regalo al señor maquinista? ¡Pues claro que podemos!, ¡ya lo creo!

Y saqué de la mochila el fular de seda de color naranja y lo colgué de una de las palancas de la barra de comandos.

—Para su mujer o una amiga, y si no tiene ninguna, ¡para su madre!

Mi madre se puso pálida y me dijo con un hilillo de voz:

—Esto..., pero si esto es... ¿Y la tía?

—La tía ya lo aprovechó, ya tuvo su momento de dicha. ¡Y ahora se alegrará la señora maquinista!

El maquinista se ató el fular al cuello como si fuera una bufanda.

Al entrar muy lentamente en la estación, nos pidió que no bajásemos en medio del andén, sino en la entrada de la estación, para que no nos viera nadie. Estaba prohibido llevar gente en la locomotora, y él podría perder ese trabajo maravilloso que le ponía tan contento. Mi madre y yo caminábamos con paso ligero por el andén, la locomotora resoplaba detrás de nosotras. Cuando nos pasó de largo, el maquinista nos hizo una señal de despedida desde la ventanilla y sonrió como un ángel. Mi madre también le hizo un gesto de adiós con los dedos. Yo agité el brazo izquierdo, ¡adiós!, porque en la mano derecha llevaba la mochila con *Osi.*

15

Acabamos conociendo la estación de Sarátov al dedillo. Pero no nos

acabábamos de poner de acuerdo. Yo quería cambiar de lugar, subir a un tren y después ya veríamos qué pasaría. En cambio, mi madre tenía miedo y decía que de viajar constantemente sin billete, un día nos iban a meter en la cárcel o nos enviarían a un campo de trabajos forzados. Así que permanecimos allí, unas veces en la sala de espera y otras en los andenes.

Llegó la noche. A ratos dormíamos, pero nos despertábamos por el hambre. Soñé que me sentaba delante de un gran plato de *plov*; estaba en el internado de Uzbekistán, donde de vez en cuando nos servían arroz con verdura para desayunar y, para almorzar, el mismo plato con unos trocitos de carne minúsculos. Por la mañana, me desperté y dije:

—Me podría comer un buey con cuernos.

Fui a buscar comida. Ya no nos quedaba nada de dinero, pero podía birlar algo; no sospecharían de una niña pequeña. Tenía buena voluntad, ¿aunque cómo se puede robar sopa y salchichas calientes?

—La cosa está mal —dije a mi madre, que se encogía de frío y de cansancio en un rincón.

Llegó el atardecer y al fin anocheció. Se nos cerraban los ojos. Pero en cuanto nos quedábamos dormidas, los estómagos comenzaban a tocar un concierto; el mío sonaba como una trompeta, el de mamá, como un contrabajo. Así que me apoyé en el hombro de mi madre, le coloqué el osito sobre el regazo, para que se convirtiera en el segundo oyente, y me puse a contar a aquel auditorio, que consistía en una persona y un animal, un cuento uzbeco:

> Érase una vez una madre que tenía dos hijos. Se llamaban Hasán y Husán. Hacía poco que la madre se había quedado viuda y desde entonces no tenía dinero para alimentar a los niños, que no paraban de llorar de hambre. Un día, la madre ya no pudo soportar más ni el llanto de los niños ni sentirse tan pobre. Por la noche, después de haber puesto a Hasán y Husán a dormir, pidió a los vecinos que le dejasen un poco de trigo. Le prestaron poca cosa. Al llegar a casa, la madre cogió la olla más grande de todas y colocó siete piedras, agua y la harina que había molido del trigo. Los hijos oyeron el ruido de la olla, las piedras y el molinillo y se dijeron que, seguramente, su madre estaba preparando algo de comida. Aquella noche Hasán y Husán durmieron como troncos. La madre también se fue a descansar. Cuando se despertó al filo de la mañana, fue hacia la olla. A su alrededor, estaban sentados treinta ángeles. La madre se frotó los ojos, parpadeó una y otra vez y miró la olla. Los ángeles seguían allí, se inclinaban sobre la olla, cogían algo con las manos y se chupaban los dedos. La madre se apresuró a despertar a los hijos. Hasán y Husán se acercaron corriendo a la olla, donde encontraron unas gachas deliciosas. Comieron hasta hartarse, pero

en la olla seguía habiendo la misma cantidad de gachas. Desde aquel día, Hasán y Husán ya nunca más pasaron hambre. Y a aquellas gachas las llamaron *súmalak*, que en uzbeco quiere decir «treinta ángeles».

Osi sonreía tranquilamente en el regazo de mi madre. A mamá también le había gustado el cuento sobre los ángeles, y movía la cabeza con tristeza.

Me recosté sobre ella para dormir con *Osi* en los brazos y dije, medio dormida:

—¡Mamá! Si he recordado precisamente este cuento sobre los treinta ángeles alrededor de una olla llena de gachas, quiere decir que mañana comeremos. ¡Ya lo verás, mamá!

Enseguida me quedé frita. Como Hasán y Husán la noche en que los ángeles bajaron volando hacia la olla.

16

Por la mañana, al despertar, lo primero que vi fue a una niña, mayor que yo, con una bolsa de malla en las manos. En la bolsa, que se balanceaba de aquí para allá, había unos panecillos. Mi madre y yo no le podíamos sacar los ojos de encima.

—¿Cómo te comerías el panecillo, mamá? ¿Deprisa o despacio? ¿Te lo engullirías a palo seco o con mantequilla y mermelada?

—Tendría suficiente con un panecillo solo. ¡Qué delicia! Me lo comería poco a poco, deleitándome con cada matiz del sabor de trigo. Sí, claro que me lo comería lentamente, para que me durara más.

—¡Pero si no aguantarías! ¡Te llenarías el buche al instante! ¡Te lo zamparías como una loca! ¡Te lo engullirías corriendo, en un santiamén!

—Yo no me lleno el buche, ni engullo, perdona. Un poco de respeto, Bela. Te equivocas: en el campo aprendí a comer muy despacio. La ración de pan que teníamos asignada era muy pequeña, por eso siempre estábamos con hambre y enclenques, y cuando nos daban la ración de pan, casi todos se la comían a pedacitos, porque así duraba más tiempo y parecía que hubiese más cantidad. Lo teníamos estudiado. Y te diré una cosa, Bela: pocos alimentos me han gustado tanto en la vida como aquel trozo de pan de centeno, basto y agrio, del campo.

—¿Sabes qué haría yo? Partiría el panecillo por la mitad. Primero me llenaría la boca con toda una mitad y luego, al acabar, con la otra. Qué placer llenarte el buche..., perdón, comer a placer, ¡y saber que lo que tienes en la boca ya es tuyo y nadie te lo puede quitar!

Devorábamos con los ojos aquellos panecillos y la chica no sabía dónde meterse. Estaba más claro que el agua que no tenía intención alguna de ofrecernos uno, y si no nos lo ofrecía, parecería una avara.

Mi madre vio un cartel en la pared y exclamó:

—¡Mira, Bela! Acaban de colgar los números ganadores de la lotería. ¡Compré un décimo cuando me iba del campo!

En un instante, alrededor del cartel se formó un grupo de gente. La chica de los panecillos me sonrió dulcemente y dejó la bolsa sobre el banco. Después, ella también se acercó.

—¡Nada! No he ganado nada, ¡como siempre, no levantaré cabeza en la vida! —lloriqueaba mi madre cuando me encontró al lado del quiosco de prensa cerca de la salida, donde me había ido desde la sala de espera.

—Quién no levanta cabeza, hasta con los cojones tropieza —entoné.

—Esa soy yo —dijo mi madre con un bufido; estaba tan decepcionada que ni siquiera protestó contra las palabras de mi pareado.

—¿Tú compraste un décimo, mamá? ¿Cómo es eso?

—Pensé que si ganaba, significaría que la vida me trataría bien.

Delante de nosotros pasaba gente con los décimos en la mano, los agitaba con cara de pocos amigos y volvía a consultar los números una vez tras otra, por si se había equivocado al mirarlos. Una señora gorda protestaba:

—Es el sorteo de ayer; ¿cuándo tendremos los resultados del de hoy? El día del juicio, seguramente...

La niña de los panecillos también pasó frente a nosotros. Llevaba aquella bolsa de malla, que ahora estaba vacía, y nos miró de una manera rara, de reojo. Yo tenía a *Osi* en el regazo, y le moví la pata derecha: «¡Adiós!».

En cuanto la chica se fue, saqué de la mochila un par de panecillos. Ofrecí el de comino a mi madre, y yo me quedé el que tenía granitos de amapola.

—¡Bela! ¡No! Esto no. Esto, nunca. ¡No toques el panecillo!

—Pero, mamá, aquella chica me ha sonreído de una manera tan dulce que no he podido interpretar su gesto de ninguna otra forma que como una invitación, como una orden...

—¡Te prohíbo que te comas este panecillo! ¡Corre y devuélvele los dos panecillos a la chica! ¡Se me cae la cara de vergüenza!

—Este es nuestro destino, mamá. Cuando nos hemos despertado, no había treinta ángeles, pero sí que había uno. ¡Un ángel alimentador!

—Te ordeno que devuelvas enseguida lo que no es tuyo a la propietaria. ¿Es que no entiendes que nadie ha de coger cosas que no le pertenecen?

Olí el panecillo.

—¡Mmmmmm! Bueno, se lo daremos al oso. Come, *Osi*, ¡está para chuparse los dedos!

—Bela, ¿no entiendes que a este paso vendrá a buscarte la policía y te encerrarán en el campo de concentración, como hicieron conmigo?

Solo al cabo de mucho rato, al verme devorar el panecillo contenta como unas pascuas, mi madre se decidió también. Pero aún ponía cara de mil demonios. Me interesaba saber de qué manera lo atacaría. Primero miró el panecillo con desgana. Después lo mordió a trocitos, igual que un pajarito. Pero, tras días de ayuno, al final tampoco ella pudo resistirse y sacó todas sus

ganas de llenarse la boca de una manera descontrolada. Estábamos sentadas en aquel banco de la estación como una pareja de rumiantes felices.

17

Fue entonces cuando mi madre se fijó en que un ferroviario estaba pegando otro cartel con los números ganadores de la lotería en la pared que teníamos delante. Nos acercamos.

—Bela, este es el sorteo de hoy... A ver, chica, ¿ves los mismos números que yo? ¿Ves aquí, en la parte de abajo del cartel, los últimos números, 76094?

—Eso mismo: 76094.

—Y mi décimo lleva los números: 76094...

—¡Bieeeen! ¡Has ganado!

Nos miramos incrédulas. Mamá me abrazó tan fuerte que pensé que me rompería.

—¡Lo celebraremos, Bela!

—¡Con una gran comilona!

—¡Podremos comprarnos billetes de tren! ¡Y dormir en un hotel! ¡Iré a buscar trabajo donde quiera!

—¿Verdad que me comprarás patines con botas blancas? ¿Y una falda corta como la que llevan las patinadoras sobre hielo?

—¡Sí, Bela! Pero primero tenemos que saber lo que hemos ganado.

Fuimos directamente a la ventanilla de la caja de ahorros. Una señora con aspecto cansado y la cabeza envuelta en un pañuelo de color verde botella, nos dijo con cara de pocos amigos que no nos podía dar los mil rublos que nos habían tocado.

—Para sacar una cantidad tan grande, han de ir a la caja de ahorros central.

Queríamos saber la dirección y el horario de apertura.

—Tendrán que dirigirse al centro de Sarátov, a la plaza Lomonósov. Ahora la caja ya está cerrada, han de esperar hasta mañana por la mañana —dijo la mujer, siempre con aquella voz de enfado.

Así que pasamos otra noche en los bancos de la estación. *Osi* y yo apoyamos la cabeza en el regazo de mamá. Me metí el pulgar en la boca y me dormí como un tronco. Soñé que entraba en un gran banco con una puerta giratoria y en la mano tenía una pistola.

Mi madre me despertó de buena mañana y enseguida nos pusimos en marcha. Dejamos la maleta en la consigna y, bien ligeras, nos fuimos pitando por las calles.

—Mamá, ¿todas las ciudades tienen su plaza Lomonósov?

—¡Allí! ¡Es allí! —exclamó mi madre, y se puso a correr como si la persiguiesen.

El banco estaba cerrado. Había que esperar hasta las ocho y aún no eran las seis y media. Ahora era mi madre quien tenía sueño, pero yo no la dejé dormir

en la acera:

—¡No te duermas ahora, mamá! Quizá tengan el dinero justo y si alguien se adelanta nos tendríamos que ir con un palmo de narices.

Antes de las ocho, dos hombres y tres mujeres entraron en el banco. Cerraron con llave tras de sí, encendieron las luces y volvieron a abrir. Mamá y yo entramos. Nos atendió una señora con las uñas cortas y pintadas de rojo. Nos dio muchos billetes.

18

Yo quería desayunar en el restaurante de la plaza. Mi madre habría preferido volver a la estación para salir de allí pitando. Pese a ello, respetó mi hambre de lobo y entramos en el restaurante. Allí devoré cuatro *blini* con mantequilla y crema fresca, un trozo enorme de pastel de cereza y ruibarbo con nata, que compartí con mi madre. Y té negro, no verde como el que tomaban los uzbecos, bien fuerte, dulce y con crema de leche. Cuando me levanté de la mesa, tenía la barriga como una pelota de fútbol.

Ya en el tren, pasamos por Tambov, Michurinsk, Riazán, Kolomna. Después llegamos a Moscú. Quería ir a ver la Plaza Roja y tocar aquel Lenin embalsamado que se exhibía allí, pero seguimos hacia otra estación, la de Yaroslavl, ya nos íbamos hacia Kotlas, después Ujta y, más y más hacia el norte, hasta Pechora.

Entró un revisor con la barba larga y blanca.

—Tienen aquí un pasajero sin billete —dijo muy serio mientras nos agujereaba los billetes con unos alicates.

—¿Nosotros? ¿Qué? ¿Por qué lo dice? —se asustó mi madre.

—¡Este oso! —dijo el revisor, y señaló a *Osi.*

Cuando salía al pasillo, me guiñó un ojo.

—¡Qué bien tener billete y podérselo enseñar al revisor! ¡Qué bien poder ir por el mundo con la cabeza bien alta! —respiró aliviada mi madre.

—¿Qué bien? Tendrías que decir: ¡qué aburrido!

Mi madre miraba cómo caía la nieve. Y, curiosamente, a pesar de las nubes, en el horizonte se veía una puesta de sol roja como las frambuesas. Mamá dijo:

—Estas vías del tren las pusimos nosotros, los prisioneros, sobre todo los políticos. Lo único bonito que encontrábamos a nuestro alrededor estaba en el cielo: la puesta del sol, la salida del sol, las estrellas, la aurora boreal. Esto nos daba fuerza para seguir adelante.

Yo observaba el mapa de la red del ferrocarril.

—¿Vamos a Vorkutá, mamá? ¿Estás segura que de todos los lugares que hay en el mundo hemos de ir precisamente allí?

—Mamá trabajaba en la región de Vorkutá cada día entre doce y catorce horas.

Miré por la ventana: la nieve caía cada vez más densa, todo era blanco, la

noche se apoderaba del cielo y del paisaje.

—Pero Vorkutá está más allá del círculo polar.

—Mamá trabajaba allí pasase lo que pasase, tanto si nevaba como si hacía calor. Por eso ahora el tren llega allí.

—Está muy bien que llegue el tren, mamá, pero ¿no crees que deberíamos volvernos de espaldas al norte y explorar el sur? ¡No tenemos ropa de abrigo, mamá! —me quejé.

—Nos quedaremos a medio camino, en Salejard.

Me levanté para mirar el mapa de la Unión Soviética.

—¡Pero si Salejard está situado directamente en el círculo polar!

—Sí, eso dicen. Hasta hay una calle que pasa por la línea del círculo polar.

—¡Caramba! Eso quiere decir que lo pisaremos. ¿Y qué más se puede hacer allí?

—Tengo amigos en Salejard, ¿sabes? O mejor dicho, los tenía. Muy buenos amigos.

—¿Cuándo fue eso?

—En la época en que estaba prisionera.

—¿Y ellos también eran prisioneros?

—Sí, también.

—¿Y por qué quieres liarte otra vez con presos?

—Supongo que ahora, después de la muerte de Stalin, muchos de ellos deben de haber quedado libres. ¿Sabes una cosa, Bela? Nunca, en ningún sitio, he tenido amistades más profundas.

—Caminaremos tanto tiempo sobre el círculo polar como para dar la vuelta al mundo completa, ¿vale?

19

Si alguien prendiera fuego a Salejard, ardería como un montón de paja. El centro de la ciudad estaba formado por casas de madera tallada. Las casas y las iglesias se erizaban hacia arriba unas sobre otras. Me gustaba pasar los dedos por aquellos ornamentos tallados en la madera.

—Mamá, ¿por qué aquí todas las casas antiguas son de madera?

—Porque la madera retiene el calor.

—¿Y por qué la madera retiene el calor?

—Porque la madera no deja penetrar el frío.

—¿Y por qué...? —comencé, pero vi la mirada arisca de mi madre y me detuve.

Me habría apetecido ir a un hotel para poder darme un atracón, bañarme y dormir hasta que se me acabara el sueño. Otra vez sentía el estómago vacío; además, mamá y yo parecíamos dos limpiachimeneas debido al hollín acumulado en tantos trenes. Daba una cabezadita siempre que podía. Me imaginé la sensación de encontrarme limpia, descansada y con la panza llena. ¡Qué placer! Pero mi madre comprobó que ya no nos quedaba dinero.

—Además, me juego lo que quieras a que en Salejard no hay ningún hotel.

Me moría de ganas de ser adulta de una puñetera vez y poder tomar mis propias decisiones. No es nada divertido ser una niña.

Nos pusimos en camino hacia el teatro municipal, donde mi madre había actuado cuando era prisionera. Mamá conocía a la señora que estaba sentada abajo, en una ventanilla. Se abrazaron y la señora le endosó a bocajarro todos los cotilleos que se habían sucedido en el teatro durante su ausencia. Toda aquella cháchara no me hacía ni fu ni fa, me moría de aburrimiento. Así que me puse a mirar un calendario que estaba colgado en la pared. Una foto de una ciudad soviética acompañaba a cada mes del año. Otra vez me prometí que cuando fuera mayor me haría maquinista. Para ver aquella belleza con mis propios ojos. Para llevar a la gente de aquí para allá. Conduciría el tren deprisa, y para ir de Arjánguelsk a Moscú no tardaría una noche y un día, como hacen los trenes siempre, sino unas pocas horas: un pasajero sube al tren, se sienta y saca su cena mientras la señorita con el uniforme azul marino le sirve una taza de té. Bromea con la gente del compartimiento y, ¡hala!, ya ha llegado a Moscú como un rayo. Baja en la estación de Yaroslavl y piensa: «¡Caramba, qué maquinista tan bueno, hemos corrido como un reguero de pólvora!».

Después oí que mi madre preguntaba a la señora quién era ahora el director del teatro.

—Es Lazar Shereshevski, ¿sabes, Valia? Ese tipo espigado y estrambótico. ¿Lo conociste entonces o vino más tarde?

Mi madre rió de alegría y enseguida quiso ir a verle. El señor estaba dirigiendo una obra en que la gente llevaba faldas largas y sombreros. También había un payaso, y me entraron unas ganas locas de hacer aquel papel. El director, bastante joven, con cabeza de panocha despeinada, abrazó a mi madre durante mucho rato. Y ella le empezó a contar cosas.

—Esta es mi Bélochka.

Pensaba que a un señor director tendría que darle la mano, pero él me dio tres besos e hizo que me sentara en sus rodillas.

—Llámame tío Lazar, o Lazar y ya está, como quieras. Hace algunos años tu madre y yo éramos cómplices aquí, en el teatro.

Me columpió, después me dejó caer desde las rodillas y reímos como locos. Más tarde nos llevó a su casa, donde nos recibió una señora que a primera vista me pareció un caballo. Seguramente a mamá también se lo recordaba, porque se le tiró al cuello gritando:

—¡Pero si es Lochadka, mi Caballo! Esto sí que no me lo esperaba. ¡Caballito! ¡Olvidemos todos los quebraderos de cabeza del pasado!, ¿de acuerdo?

Se estrecharon la mano y una de ellas dijo:

—Ahora hemos hecho las paces.

Mamá la volvió a abrazar. Las dos soltaban lágrimas de cocodrilo, igual que niñas pequeñas que, saltando a la comba, tropezasen, cayesen al suelo y se

hiciesen sangre en las rodillas.

—Mira, Caballito, esta es Bélochka. Bela, esta señora es la tía Galina.

Mi madre se volvió a deshacer como la nieve en primavera en los brazos del Caballo, y el Caballo o la tía Galina hablaba a trompicones, miraba a su alrededor con ojos saltones y estaba rara, perpleja.

El tío Lazar se puso a hacer la cama y el Caballo le ayudó, aunque no le ponía muchas ganas. Nos hicieron la cama en una litera, en la despensa.

—Aquí no tenéis calefacción, chicas, así que os tendréis que calentar mutuamente en esta camita tan pequeña —dijo el tío Lazar, y le guiñó un ojo a mi madre. Me fijé en que la cara de la tía Galina se había puesto verde como un pepino.

Cuando mi madre y yo estábamos deshaciendo la maleta y dejando las cosas en la despensa, pregunté:

—Mamá, ¿por qué el tío Lazar te ha guiñado un ojo? —Se ha acordado de que, cuando éramos prisioneros y trabajábamos en el teatro, él y yo dormíamos en una larga litera uno al lado del otro. Es que los prisioneros no teníamos derecho a una cama propia, ¿sabes? A menudo estábamos tan enlatados que todos debíamos dormir del mismo lado: estaba prohibido darte la vuelta mientras dormías para no despertar a los demás.

—Tengo ganas de probarlo. Debe de ser fantástico contar chistes, cuentos y chismes hasta las tantas de la madrugada.

—Estábamos muertos de cansancio después de un interminable día de trabajo, nadie tenía ánimo para hablar demasiado. Éramos prisioneros, no te olvides de ello. No hay nada como la libertad. Métetelo bien en la cabeza, Bela.

—¿No hay libertad en prisión?

—No, porque estás encerrada y no es posible salir. Pero puedes sentirte libre en tu interior.

—¿Cómo se puede hacer lo que a uno le da la gana en el interior?

—Cuando me encerraron, en la cárcel hablaba con los interrogadores con desprecio y les provocaba. Cuando tenía que quedarme callada, me ponía a cantar *It's a long way to Tipperary*, aunque después me castigaran aún más. Pero me sentía libre, y esto era lo más importante. ¿Me explico?

—Más o menos.

Sin embargo, supe que aquellas palabras las iba a recordar por siempre jamás, esta es la verdad.

20

El estrafalario tío Lazar estaba siempre alegre como unas castañuelas, sabía diez anécdotas y chistes para cada situación. Enseguida le dio a mi madre el papel principal en una obra de Chéjov que se titulaba *El jardín de los manzanos* o algo así. Mi madre venga a reír diciendo que ya no le daba el papel de una chica joven sino el de una señora madura. No sé qué había ahí de

divertido.

En la escena, mamá llevaba un traje chaqueta azul oscuro con una aguja dorada en la solapa y la falda larga hasta el suelo. El traje tenía el color de sus ojos y mamá estaba muy guapa cuando decía con voz llorosa: «Adiós, jardín tierno, precioso, mío... Adiós, vida mía, adiós, juventud, felicidad... ¡Adiós! ¡Adiós!», Después del estreno, me dijo que hacía tiempo había vivido una situación como esa. Y que cuando uno se va, siempre piensa que su partida será cuestión de poco tiempo, que pronto volverá a vivir aquella vida anterior, familiar y hermosa, pero que, de hecho, no regresa a ella nunca más. ¿Qué querría decir mi madre?

Como siempre que llegábamos a una ciudad nueva, en esta ocasión también hicimos la ronda por las oficinas. Y vuelta a empezar: los burócratas hacían oídos sordos, otros negaban con la cabeza: «No, de ninguna manera, no». La única diferencia que había era que algunos decían que no con rabia, otros con compasión y aun otros, con mala baba. La mayoría de aquellos oficinistas eran personas que mandaban mucho. Así que cuando mamá se deshacía en lloros y gemía que ya no sabía qué hacer, le contestaban que violaba la ley. Que se tenía que ir y basta. Pero la mayoría trataba a mamá con indiferencia, una indiferencia tan grande como el mar Blanco. O la Estepa Hambrienta. Después de decir su no, seguían leyendo una revista deportiva, pintándose los labios del color de las cerezas, acicalándose las uñas o el pelo o bostezando con la boca como un buzón.

Salimos de las oficinas a la calle. Soplaba un vendaval de miedo que se llevaba la nieve. Qué envidia sentía al observar a la gente tapada con abrigos, gorros y zapatos forrados de piel por dentro y por fuera. También vi a muchos prisioneros con números cosidos en las chaquetas roñosas pero acolchadas. Todo el mundo iba más abrigado que yo. A los prisioneros no les robaría nada, pensaba, a ellos no, prefería temblar de frío de la mañana a la noche.

Cenábamos con los tíos. Mamá contaba a la tía Galina y al tío Lazar nuestras aventuras en las oficinas. El tío le dijo a mi madre que era mejor que se quedara en Salejard, aunque estuviera indocumentada. Decía que mientras él fuera el director de la obra, mamá siempre podría actuar en el teatro. El tío le pagaría y viviríamos en su casa. Lo único que había que hacer era evitar a la policía como a una plaga. Porque si los polis pillaban a mamá, la pobre tendría que pirarse de Salejard en veinticuatro horas, aseguraba el tío, aunque lo decía con otras palabras.

—¿Tengo o no razón, Galina? —preguntó el tío a la tía-Caballo.

—Yo qué sé, a mí no me preguntes, todo es muy estrambótico —contestó el Caballo mirando el plato.

—Pero ¿qué te parece estrambótico, Galina? —le preguntó mi madre.

—Mujer, la vida que lleváis. Sois igual que dos gitanas. No conseguís asentaros en ninguna parte. ¡No entiendo cómo os puede gustar algo así!

—¿Pero no ves que no me dejan instalarme en ningún sitio? Ahora quiero probarlo aquí, en Salejard.

—Si yo fuese tú me iría lejos de aquí. El orgullo no me permitiría quedarme donde no me quisieran. Donde molesto.

Pero todo el mundo había dejado de escuchar a la tía. Mientras decía estas cosas, el tío Lazar había cogido la guitarra y se había puesto a cantar con voz de bajo:

> He abandonado la casa materna,
> ¿dónde, dime, dónde está la Rusia azul?
> De las tres estrellas vertidas al lago
> se eleva la añoranza de la madre.

Mamá se sumó al tío y cantaron a dúo:

> ¿Cuándo podré volver? Quién sabe la respuesta.
> La fuerza del viento va empujando la nieve.
> Solo la vieja haya, erguida sobre un pie,
> en el umbral de mi hogar hará de guardián.

Mi madre y el tío parecían dos crios lloriqueando. No podía entenderlo, porque a mi madre y a mí esta forma de vida nos llevaba de una aventura a otra. Yo me lo pasaba la mar de bien. Mi madre y yo, en Salejard, vivíamos como dos marajás. A ella todos le tenían lástima: «Valia, te he puesto unas empanadas de col; Valia, bonita, ven a tomar el té por la tarde; Valia, cariño, vamos al cine esta tarde...». Un par de veces fuimos a ver películas en las que actuaba Tatiana Okunévskaia, una actriz muy guapa con unos ojos así de grandes. Mi madre, al verla en pantalla, gritó como una chiflada:

—¡Tania! ¡Ya te han dejado en libertad a ti también! ¡Qué alegría!

Resulta que mi madre se había hecho amiga de Tatiana en el campo y que, un día, allí en Siberia, realizaron una larga marcha hasta el pueblo más cercano a través del bosque, en pleno invierno, para ir a buscar comida. Mamá me dijo que si la echaban de ahí, de Salejard, se iría a Moscú a buscar a su Tania. Y yo me dije: «¡Bien!, iremos a Moscú, y quizás Okunévskaia me invitará a ver cómo se hacen las películas».

21

Mamá tenía que hacer de trapecista en un espectáculo de circo que el teatro preparaba para Año Nuevo. Haría volteretas en el pequeño escenario. No, no tenía nada que ver con un circo grande, como aquellos a los que me había llevado la abuela cuando aún vivíamos en Arjánguelsk. Mamá se pasaba días enteros ensayando y volvía a casa cansada, pero feliz. Y aún tenía fuerzas

para ponerse a preparar la cena para mí y para los tíos, y encima cantando. Estaba impaciente por ver a mi madre haciendo de trapecista. Pero ella no me pedía nunca que la acompañara. Hasta que, un día, fui por mi cuenta.

En la entrada, pregunté a un señor si había visto a mi madre, o sea, a Valentina Grigórievna Nevéleva. Bueno, la verdad es que me contestó, ¡aunque sin abrir la boca y sin mover los labios! El hombre, en realidad, sí hablaba, y además no solo emitía sonidos, ¡sino que decía palabras! Hablaba con la voz de mi abuela cuando ya se la habían llevado al hospital y ella no podía respirar y le habían puesto una máscara oxigenada u oxidada, no me acuerdo de cómo se dice. Era la voz de la ultratumba. Me asusté tanto que no presté atención a lo que me decía.

—Tranquila, Bela, es un ventrílocuo —me dijo al cabo de un rato un actor y bailarín, Zhora Chérnikov, tronchándose de risa.

—¡No me digas! ¿Un ventrílocuo? —Me quedé de piedra—. ¿Esto es una enfermedad, tío Zhora?

—¿Enfermedad? ¡No, qué va! Tú misma lo puedes aprender, Bélochka.

Me prometí que me convertiría en una ventrílocua y actuaría en el circo, donde me ganaría la vida asustando a los niños.

—¿Y qué clase de ropa se pone un ventrílocuo cuando actúa? —quise saber.

—Ya lo verás, llevará un uniforme de marinero —dijo el tío Zhora.

«Igual que mi padre —pensé—. ¿Y si resulta que mi padre americano también es ventrílocuo? ¡Quizá podríamos actuar juntos en el circo!»

Asomé la cabeza a la platea. Un ciclista daba vueltas por el escenario, dibujando el número ocho sin coger el manillar; una chica se mantenía derecha con un solo pie sobre su hombro y se inclinaba hacia el mismo pie, mientras que la otra pierna, recta como una línea, señalaba hacia el techo. Y el ciclista, abierto de brazos, venga a hacer eses y más eses como si quisiera marearse. De repente tuve la sensación de que el ciclista iba a chocar con un gigante que acababa de salir al escenario, y se me escapó un grito.

—¿Cómo te llamas, niña? —me preguntó un señor con sombrero de copa negro y reluciente, que acababa de aparecer a mi lado como si hubiese crecido del suelo.

—Bela —dije.

Y en cuanto abrí la boca, el señor cazó un ratón que me había saltado de los labios junto con mi nombre. Un ratón blanco. Me dio miedo tocarlo porque estaba vivo. Después aquel señor me preguntó qué hacía. Yo le dije que buscaba a mi madre, la trapecista del espectáculo de nombre artístico Zora. Fue decirlo y el señor me pescó una moneda de la oreja. Tuve que pellizcarme para asegurarme de que aquello era de verdad y no un sueño.

Y en ese momento, con el ¡chssssss! de los platillos, mamá con un vestidito negro lleno de estrellas doradas y una faldita minúscula, subió al trapecio, que, todo sea dicho, parecía más bien un columpio. Se elevó mientras mamá se inclinaba hacia atrás y hacia delante, y ¡cling-clong!, el trapecio iba de un lado a otro. Después mi madre se sentó en él y se agarró con las manos

mientras su cuerpo volaba en el aire y la larga cabellera tras ella. Entonces se soltó y yo volví a gritar, pero aquel gigante cogió a mi madre en brazos y se inclinó delante del público inexistente, o mejor dicho, según me parecía en aquella oscuridad, delante solo de mí.

Después de aquello no falté a ningún ensayo. Cada día me quedaba hipnotizada mirando a mi madre, que se alzaba en el trapecio; la verdad es que la envidiaba un poco. Pero un día... el trapecio se levantó con mi madre casi hasta al techo mientras estaba haciendo sus volteretas habituales. Luego, cuando se cogió con las manos al trapecio y el cuerpo debía deslizarse abajo para volar por los aires, la cuerda de la que colgaba el trapecio se rompió y... ¡patapaf!, mamá cayó al suelo. Sí, al duro suelo del escenario, no a los brazos del gigante. Me puse a gritar sin poder parar. Todo el mundo se lanzó hacia mi madre. Yo también. No podía ni moverse del daño que le hacía la espalda. El tío Lazar pidió por teléfono una ambulancia y dos enfermeros no tardaron en llevarse a la ambulancia a mi madre herida en una camilla. No me dejaron acompañarla al hospital.

Entonces el tío Lazar miró la cuerda.

—No lo entiendo, lo he examinado todo media hora antes de comenzar el ensayo, y a pesar de ello la cuerda se ha roto. O es que...

—¿O es que qué, tío Lazar?

Pero el tío callaba. Miraba hacia la platea, que estaba a oscuras; no se veía nada.

Bajé los cuatro escalones del escenario hasta la platea. Cuando mis ojos se acostumbraron a la oscuridad, pude ver una figura negra. Al instante, la figura se fue corriendo hacia la puerta y salió a la luz del pasillo.

22

—Tu madre tiene las costillas rotas y una pierna dislocada —nos dijo el médico por la tarde, en el hospital, a mí y al tío Lazar.

«¡Ahora ha llegado mi momento!», pensé. Siempre debía hacer lo que mamá me mandaba y antes tenía que esforzarme por ser una buena niña, según la imagen de la abuela. ¡Ahora, por fin, podía convertirme en Bela, ser yo misma!

Por la mañana, la tía-Caballo salió para ir a la escuela donde trabajaba de maestra. El tío Lazar estaba en la mesa, untándose un panecillo con mantequilla mientras leía el periódico. Me senté enfrente de él.

—Buenos días, tío... Tendrías que reflexionar.

—Hola, Bela —dijo con la boca llena y sin parar de leer.

Nos quedamos sentados en silencio. Yo repetí mi frase.

—¿Reflexionar? Perfecto. Ya lo hago. ¿Y sobre qué? —dijo el tío, siempre dispuesto a tomarme el pelo.

—Sobre quién será la persona, la chica, que volará en el trapecio en lugar de mamá.

Me miró con perplejidad, pero enseguida volvió al periódico.
—No lo hará nadie. Nuestras actrices... no me parecen adecuadas.
Tenía razón. Algunas actrices eran más o menos jóvenes, pero perezosas, regordetas, poco flexibles. ¡Tenía esperanzas!
—Yo conozco a alguien, tío.
Levantó la vista para mirarme, pero al instante volvió al periódico otra vez.
—Te refieres a la tía Galina, ¿verdad? Sinceramente, Bela, no sé qué pinta tendría la tía en el trapecio.
¿Galina en el trapecio? Por poco se me escapa una carcajada. ¡La tía parecería un cerdito volador!
—No, tío Lazar. No me refiero a la tía. Lo que quiero decir es que, si no encuentras a nadie, no te olvides de mí.
El tío se puso a reír como si le acabara de contar el chiste de su vida.
—Perfecto, Bela. No me olvidaré de ti. En unos años, ¿de acuerdo?
Me llenó la taza de té, echó lentamente tres terrones de azúcar y añadió crema de leche espesa. Empujó hacia mí un cestillo con panecillos y un plato con mantequilla.
Dejé de negociar y me concentré en el desayuno.
Al día siguiente, el tío y yo caminábamos por la calle hacia el hospital. Al hablar, el aliento se me congelaba en los labios.
—Tío, no tienes ninguna mujer en el espectáculo del circo. La que se sienta sobre los hombros del jinete no cuenta.
—¿No cuenta? ¿Y por qué no? —dijo el tío a través de su bufanda de lana. Oí que en ella tintineaban trozos de hielo. El tío tenía la bufanda subida hasta debajo de los ojos y la gorra de piel de reno le rozaba las cejas.
—¡Es una blandengue, no hace nada, solo se deja llevar!
—Olvídate de ella, Bela. No puedo permitir que una niña de once años vuele en el trapecio.
—Yo ya tengo casi trece —añadí un par.
—Me da igual —dijo.
Cogió nieve con una mano enguantada, hizo una bola y me la metió en el cuello. Poco a poco, la bola se derritió en mi espalda. Quise pagarle con la misma moneda, pero con su abrigo de piel y la bufanda, el tío estaba blindado.
Cuando salíamos juntos de la sala donde se recuperaba mamá, volví a insistir:
—Esto de la trapecista... lo digo solo pensando en tu bien, tío.
El tío no me escuchaba. Parecía estar en otro sitio, pensativo. Le toqué el brazo:
—¡Tío Lazar!
—Déjame en paz, Bela —dijo.
—Tío, tendría bastante con un trapecio muy bajito, a ras de suelo. Solo haría una voltereta y ya está. No tienes a ninguna mujer, tío, ni a ningún niño... ¡Ya verías las colas que se formarían cada día delante del teatro!
El tío Lazar se paró.

—Me vas a volver loco si sigues así. ¿Sabes qué? Vamos otra vez a ver a tu madre. A ver qué piensa de todo esto. ¡Ya verás cómo no te deja!

Dimos media vuelta. El tío silbaba una canción y caminaba como si bailara. Como si anduviera solo y nadie le mirara. Yo corría detrás de él.

23

A saltitos, entré en la sala de maquillaje. ¡Qué olor! ¡Cuántos perfumes! Por todas partes encontraba piezas de ropa, sandalias desparejadas, cintas, pelucas, lazos, ropa interior y batitas ligeras, todo en un desorden absoluto. En la mesita de maquillaje vi botellitas, potes, rímeles, pinzas, lápices de ojos, de labios y de cejas, peines y rulos. La tía Lika, que tenía que maquillarme, hundió primero una pequeña esponja en una crema de color café con leche bien cargada de café y después me la extendió sobre la cara. ¡Parecía una mora! Después me dibujó dos líneas negras alrededor de los ojos, me pintó las mejillas de rojo y al acabar cogió una barra de carmín de un rosa oscuro y me la pasó más de una vez por los labios.

—Y ahora, frótate un labio contra el otro, Bélochka. Sí, eso mismo. ¡Ya eres toda una experta!

El primer día me hizo agujeros en las orejas y en los agujeros me colgó un par de anillas plateadas. El pelo rubio, que contrastaba mucho con el color de la piel, me lo peinó hacia arriba, hasta recogerlo en una cola de caballo muy alta que adornó con un lazo rojo fuego. El vestidito que me puse también era rojo, muy escotado, con tirantes y una faldita igual que la que lleva la bailarina que representa *La muerte del cisne*. En los pies llevaba unas bailarinas a juego. Después me roció con una rápida ráfaga de colonia de una botellita de cristal tallado con una pera de goma, mientras se oía ya la voz del presentador, que anunciaba:

—¡Bela-Arabela, la trapecista más joven y más pequeña del mundo, la estrella voladora en el trapecio!

Los platillos tocan su ¡chssssssss! Yo entro en el escenario y tiemblo de pánico, de horror por el público que no veo. Los focos me deslumbran. De repente, me inunda una oleada de satisfacción por ser el objeto de admiración de tanta gente mayor y tantos niños y adolescentes. Ya perfectamente tranquila, me subo al trapecio. Después de muchas horas y muchos días de entrenar, me elevo y vuelo delante del público. Centenares de ojos me empujan y hago las mejores volteretas que jamás he hecho, aquí, encima de tantas cabezas. Cuando se acaba la música, bajo del trapecio de un salto. No a los brazos de un gigante de circo como mamá: me abraza un enano rubio como yo. Tiene veintisiete años, los mismos que mi madre, y es más bajito que yo.

La gente me aplaude más y más. No se cansa de hacerlo. Ya hace más de diez minutos que aplaude. Al menos a mí me lo parece. Se levantan de sus asientos y gritan: «¡Bela, Bela!». Tengo que efectuar algunas volteretas más

en el trapecio. Tras la representación, hay muchas personas que me traen caramelos de menta y de frambuesa. Un día los hubo incluso de nueces. Algunas me regalan bombones de chocolate con ron o una cerecita borracha dentro. Se los llevo a mamá al hospital. Aunque no todos. Algunos, la mayoría, me los zampo yo misma.

Dejé mi osito de peluche a mamá para que no se sintiera tan sola. O mal acompañada, con todas aquellas mujeres. Las otras pacientes no paran de quejarse y decir: «¡Ay!», «¡Puaj!» y «¡Uf!». Y por la tarde, bajo las laderas nevadas con trineo, patino sobre hielo y hago muñecos de nieve. También aprendo a dibujar y a cantar con los hijos de las amigas de mamá, que me enseñan toda clase de cosas. Y es que no puedo ir a la escuela porque mi madre no tiene los papeles en regla.

24

Bien, camarada comisario, esta es la historia que me ha pedido que le contara. ¿Verdad que no le harán nada a mi madre? ¡Siempre me dice que ha sufrido tanto! Siempre la veo asustada, me recuerda a un cervatillo. Le asusta que algún día la puedan volver a encerrar, ¿sabe? No le hará nada, ¿no, señor comisario? ¡Es tan buena! Yo empiezo a quererla de verdad. Es cierto que no he podido ir a la escuela porque mi madre no estaba registrada ni aquí en Salejard ni en ninguna otra ciudad; los burócratas la echaban enseguida de todas partes. Ya ve que no me he callado nada. Usted no para de apuntar cosas, así que, venga, apunte también que nunca he robado nada solo por el placer de robar, sino siempre por pura necesidad. Y si he castigado a alguien era por hacer justicia. Así que de hecho le he ayudado a usted. Lo cual habría de ser una circunstancia aliviadora o atenuante o no sé cómo la llaman ustedes. Mi madre me dijo un día que la única cosa que deseaba en su vida era tener una casa tranquila donde ella y yo viviríamos plácidamente. ¿No se podría hacer algo para conseguirlo? Usted lo podría arreglar, ¿verdad, camarada comisario? Mi madre querría vivir en Moscú, sobre todo para poder ir al cine y al teatro, y tiene toda la razón; una vez vi en un calendario una foto del Kremlin, y la verdad es que aquellas torres blancas con pequeñas cúpulas de oro son como bellas zarinas con coronas de oro de un cuento de hadas. ¿Es lo que quería saber sobre mi madre? Déjela en paz, siempre está un poco triste. ¿Y sobre la tía Galina, o sea, el Caballo?... No sabemos nada, camarada comisario. No, no, nadie sabe exactamente qué pasó. Bastante castigo tiene la tía con esa pinta de caballo, ¿no le parece? Pero si de todas maneras ha de meter a alguien en prisión, ya me puede meter a mí. Aunque preferiría que no lo hiciera. ¿A que no me pondrá detrás de las rejas, camarada comisario? Pero si no puede hacer nada más y me ha de encarcelar, entonces permítame que me lleve un oso de peluche. Mi *Osi* me ha acompañado a tantas ciudades y tantas repúblicas de nuestro país, que se le ha roto una oreja. Por eso lo quiero aún más, al pobrecito.

V

1

Los periódicos y la radio no dejaban de hablar de Tania. Nadie creería que esa belleza elegante y delicada había sido humillada por guardias y que había recibido los gritos de sus compañeras de campo. En las películas estaba erguida como una reina y sus gestos eran los de una dama acostumbrada a los más altos honores y a los placeres más refinados. ¿Cómo había conseguido deshacerse del sufrimiento del campo, de la ordinariez, de la vulgaridad?

Me vi a mí misma, guapa y aún joven pero viviendo en una ciudad provinciana a unos cien kilómetros de Moscú y eternamente sin dinero. Sin amigos, sin madre e incluso sin hija. Porque mi hija..., mi hija... Y sin ternura, sin pasión, sin amor. Me veía a mí misma, a mis treinta y cinco años, comiendo sola cada noche arenques ahumados, apartando con los dedos las espinas, mordiendo, para acompañar, un mendrugo de pan y bebiendo agua del grifo, sobre todo para no tener que ir a la cocina de este piso comunitario donde todos me temen como a la peste, donde la vieja Matriona no deja de reprocharme que soy una antigua presa política, mientras que ellos son personas decentes e íntegras. Luego me echo el abrigo sobre los hombros, saludo con la boca medio cerrada a mis compañeras de piso, con quienes me encuentro en el pasillo y en el recibidor, y me voy a la oficina. Allí me ato el pañuelo en la cabeza, me pongo el delantal de trabajo, lleno el cubo de agua, enrollo un trapo en la escoba, con la otra escoba barro todos los rincones y el polvo bajo las mesas y empiezo a fregar los suelos, a vaciar las papeleras, a limpiar los baños. De noche, tarde, vuelvo a casa, pero no puedo permitirme sucumbir al cansancio, porque casi cada vez, por el camino, he de sacarme de encima a borrachos impertinentes.

Ni siquiera aquí, en Strunino, cuando llegué hace años, me quería dar nadie trabajo. No querían porque tenían miedo de una ex presidiaría. Pero aunque quisieran, no podían: en mi pasaporte tenía un sello que decía claramente que estaba privada de derechos civiles. En todas partes agitaban la cabeza: en la carnicería, en el hospital, en la biblioteca, en la escuela, en el teatro, en las oficinas. No, no, no. Luego llegué aquí, a la redacción del semanario de Strunino, *La Estrella*: «No, lo siento», agitó la cabeza la redactora jefa, una bonita morena con un moño ahuecado, a la última moda. Eso no me afectó en absoluto, ya estaba preparada, sabía que tampoco podía ser de otra manera y por eso seguí mirando libros tranquilamente. Desde mis años de estudiante no había visto estantes llenos de libros. Los repasaba con los dedos, los saludaba y los acariciaba con ternura: Balzac, Stendhal, Tolstói y su *Hadzhi Murat*; los cuentos de Chéjov, *La dama del perrito, Del amor, Iónich...* De repente olía a

hierba de verano y rosas silvestres, rumoreaban las hojas de los abedules, un arroyo burbujeaba, en mis labios murmuraba el champán. Y una voz de hombre dijo...

—¿Sabe que Chéjov escribió el cuento *Del amor* sobre una amiga? Sí, va sobre un hombre y una mujer que nunca pudieron estar juntos, por mucho que lo desearan —me oí repitiendo las palabras de Bill a la redactora jefe de la revista.

—¿En serio? —dijo la mujer guapa con sus labios pintados de rosa—. Eso es nuevo para mí. Creía que el cuento lo inspiró Olga Knipper, su mujer, la actriz.

Cogí la novela *El deshielo.*

—¿Lo ha leído? ¿De qué trata? —pregunté.

—Es sobre la época posterior a la muerte de Stalin. El autor, Ilyá Ehrenburg, afirma que hay un calentamiento. En sentido político.

Sonreí, miré mi desgraciado documento de identidad que llamamos pasaporte, sobre el escritorio. Incluso años después de la muerte de Stalin, ese pasaporte me impedía vivir como una persona normal. También en Strunino me acogieron bajo su techo antiguos presos políticos; todos los demás sentían miedo y aversión por mí. Me encogí de hombros.

—Yo soy escéptica —me confió la mujer, y enseguida se tapó la boca. Miró a su alrededor y comprobó aliviada que la sala de redacción estaba vacía. Pero luego prefirió susurrar—: Especialmente cuando veo a gente como usted. ¿Pero sabe qué? —gritó de repente, al tiempo que saltaba de la silla y me ponía la mano en el hombro—. Puede limpiar aquí. Trabajando de limpiadora nocturna, nadie la verá —dijo, y volvió a taparse la boca. Pero yo la miraba hechizada, ¡cómo me iba a ofender! La guapa redactora jefe estaba avergonzada, miraba a un rincón, no me miraba a los ojos, pero seguía cogiéndome del hombro—. Lo sé, es poca cosa, especialmente para usted, una mujer con estudios, eso se ve a primera vista. Al menos podrá salir adelante. Pero no puedo darle otro trabajo, incluso esto es ya un poco...

—Ilegal —terminé.

Asintió, aún avergonzada. Luego volvió a gritar, pero ya no tan vivamente como antes:

—Saque libros en préstamo, los que quiera. Luego charlaremos sobre estas novelas y poemas, en algún café, con una taza de cacao caliente, ¿le parece?

2

En una ocasión, después del turno de noche, estaba vertiendo el contenido de una papelera al contenedor y en una hoja de periódico vi una gran fotografía de mi amiga Tañía, con la que compartí la expedición a por comida: «Tatiana Okunévskaia organiza una tertulia con los espectadores», me chillaba el título impreso con letra gruesa. El sentido común me decía: «No le hagas caso, no vale la pena, Tania hace tiempo que te borró de su cabeza, a

ella qué más le da, ve a la tuya», pero las manos ya sacaban el periódico de la basura, hojeaban fervorosas la hoja manchada donde estaba la fotografía y la alisaban. Allí en el patio, junto a la basura apestosa, leí que al cabo de tres días, sábado, Tania mantendría una tertulia con los espectadores en un cine moscovita después de la proyección de su última película.

Cuando me senté en el expreso a Moscú, el sentido común seguía reprochándome ese comportamiento atolondrado —en el trabajo había tenido que tomar prestado dinero para el viaje, aunque ya no me quedó nada para el hotel—, pero interiormente me alegraba de ver algo, de vivir, en esa existencia monótona que llevaba, una pequeña aventura.

3

No me pude concentrar en la película; buscaba a Tania entre las filas de espectadores. Luego, en el escenario se sentó una mujer tan resplandeciente, con tan buen gusto, tan distinguida, que supe que mi plan no daría ningún resultado. ¡No podría ni acercarme a esta princesa! No, ella ya no era la Tania con la que caminé aquella noche de luna. Era otra mujer que no se le parecía, una extraña que me miraría sorprendida y se alejaría, altiva. ¿Cómo lo había hecho Tania para volver a trabajar, para que nuevamente todo el mundo la admirara? Me veía a mí misma, mujer de la limpieza por caridad, y el mundo se me derrumbaba otra vez. Decidí que no me expondría a tal humillación. Ahora pertenecíamos a círculos diferentes. No me concentré en la tertulia, lo único en que podía pensar todo el tiempo era cómo salir del cine sin ser vista.

Acabó la tertulia y los espectadores comenzaron a asediar a la actriz pidiéndole autógrafos; cientos de personas habían traído con ese fin su fotografía o revistas y periódicos con su foto. «Ahora me esfumo», pensé. Tenía prisa: «¿Y si me reconoce? ¿Y si le doy lástima?». Eso sería aún peor que el desprecio o la burla. Ya estaba cerca de la salida cuando me di cuenta de que con las prisas me había dejado el bolso en el asiento. Tuve que volver. Me até el pañuelo en la cabeza para que me tapara parte de la cara. En la sala miré al suelo, cogí el bolso y...

—¡Valia!

Tuve que darme la vuelta, no pude evitarlo. ¡La llamada sonaba tan sincera!

—¡Valia! —volvió a gritar, y tras dar varios pasos ya estaba a mi lado abrazándome, con una firmeza con la que nadie nunca me había abrazado, ni mi madre, ni Bill, ni Bela. Me sentía aturdida y me mordí dolorosamente los labios. «¡No puedo echarme a llorar, aquí delante de todos! Solo es teatro. Tania está representando un papel.»

—Valia, ¡no me digas que te ibas a marchar! ¡Con lo que te he buscado! No, ¿realmente te ibas? Ahora vamos a mi casa y nos lo contamos todo, ¿no?

La resplandeciente actriz, en la que comenzaba a reconocer a mi antigua Tania, se disculpó ante sus admiradores. Ya no seguiría firmando.

—¡He encontrado a mi hermana perdida! —anunció.

Hablamos hasta el alba. Luego, Tania quiso dormir en el sofá, cosa que no permití, así que finalmente nos tumbamos ambas entre las sábanas de su amplia cama. El domingo por la noche me acompañó hasta el tren con una maleta llena de regalos y me invitó a volver en una semana a Moscú, porque organizaría una fiesta. El corazón se me había ensanchado hasta el círculo polar.

4

La fiesta estaba en pleno apogeo. Por el rabillo del ojo, yo observaba a Tania. Llevaba un vestido de cóctel negro con una falda amplia y una rosa roja en la cintura. Se metía entre sus huéspedes como una serpiente, saludaba a todo el mundo, se reía, a muchos les besaba en ambas mejillas, y luego ella misma ofreció unos aperitivos y vino. Todos la admiraban y apreciaban su presencia. Se plantó ante la biblioteca, delgada y flexible como una madona gótica; un joven alto y moreno le trajo una copa de vino y después le explicó algo en voz baja mientras ella le escuchaba concentrada.

Yo pasaba de grupo en grupo, escuchaba fragmentos de conversación. Cuando me miré al espejo, ni siquiera me reconocí. Tania, para la ocasión, me había prestado una falda marrón con topos negros, una blusa marrón sin mangas y joyas de plata. «¿Quién soy?», volví a pensar. ¿Una mujer de la limpieza ex presidiaría o la mujer joven y guapa que me devolvía el espejo? No podía reconocer a la mujer con la elegante ropa marrón y las vistosas joyas, me resultaba completamente extraña. Pero ¿la mujer de la limpieza? ¡No, en absoluto! «Entonces, ¿quién soy?» Muchos hombres del mundo del cine querían citarse conmigo, pero no acepté. Rechazaba las preguntas sobre mi profesión. ¿Qué podría decirles? La verdad les disuadiría inmediatamente, mentir no tenía sentido. Así que hice de mí un castillo misterioso e inexpugnable y no le di a nadie la oportunidad de acercarse.

En el sofá, una mujer con la cara vuelta hacia arriba le decía al hombre que estaba de pie a su lado:

—¿Cómo fue en América, Yura?

No oí la respuesta; el hombre estaba de espaldas a mí. Escuché con atención.

—A mí también me gustaría ir a Nueva York —siguió diciendo la mujer del sofá al hombre moreno—, pero de momento solo con el dedo en el mapa. Tengo parientes allí, pero el Ministerio del Interior seguramente retiene mis cartas o las suyas, así que nunca me responden. Sí, tengo la dirección correcta, de vez en cuando recibo alguna felicitación de Año Nuevo, pero nunca reaccionan a lo que les escribo. Así que está claro que no reciben mis cartas.

Observé al hombre. Cuando fue a llenarse su copa, me acerqué a él y llevé la conversación a su profesión. Me enteré de que se dedicaba a la ciencia, lo que le permitía ir al extranjero a congresos sobre su especialidad, la oceanografía. Había estado también en América y se disponía a volver. No

esperé a que me invitara, yo misma le invité a tomar algo en un café.

Allí le conté mi historia. Me callé lo del campo de trabajo: a Yuri Serguéyevich mi complicado periplo en la prisión seguramente le habría desanimado; no era conveniente relacionarse con antiguos *zek*. Le hablé de Bill, de nuestra hija, de que Bill al principio me escribía a menudo y me había llamado varias veces. Ahora no sabía nada de él.

Yuri Serguéyevich se ufanó; le gustaba sentirse importante y le alegraba cuando alguien le pedía algo. Pero no fue tan lejos como para que tuviera que rogárselo y prometió ayudarme. Yo no me hacía ilusiones, porque sabía que buscar a un americano desconocido mientras estaba en una misión científica en suelo americano era peligroso. Muy peligroso. Por eso me gané a Yuri Serguéyevich como pude y le estuve agradecida de corazón. No dejé de acudir a ninguna de sus conferencias públicas sobre oceanografía, iba a todas partes donde pudiera encontrármelo. En Strunino, la directora de la sección de personal a menudo se enfadaba conmigo por las frecuentes peticiones de permiso no remunerado; alguna vez Bela me sustituyó en el trabajo, otras veces lo prometió y no iba. Pero nada era más importante para mí en aquel momento que el viaje de Yuri Serguéyevich a América.

5

Bela me acompañó a una reunión con Yuri Serguéyevich. Fuimos a un café. Bela estaba inquieta; no dejaba de ir a hacer llamadas, traía y se llevaba el periódico. Cuando Yuri Serguéyevich se fue al baño, ella me dio su monedero. Me horroricé.

—¿Qué significa esto, Bela?

Bela abrió inocente los ojos:

—Nada. Alguien le ha robado el monedero.

—¡Bela! ¡Te estás pasando!

—Me entreno. Robar de los bolsillos es jodidísimo, mamá, fliparías. Dile que lo has encontrado en el suelo, que se le ha debido de caer o que alguien se lo ha birlado y luego le entró miedo. No ha desaparecido, no te preocupes. Así te lo ganas totalmente y desde ahora bailará a tu son.

Era verdad: después de darle el monedero en el café, con las manos temblorosas y la mirada baja —enseguida miró cuánto dinero le habían robado y anunció que no le faltaba ni un centavo—, Yuri no solo me tomaba en serio, sino que incluso empezó a interesarse por Bill.

En el siguiente encuentro me contó el plan que había preparado: cuando llegara a Nueva York, cogería el listín telefónico de Brooklyn y buscaría el apellido Rowgrave. Le recordé que tenía la dirección de Bill, aunque no sabía si aún era válida. Yuri se la apuntó y continuó: si encontraba un Bill o un William, llamaría enseguida. Desde una cabina, no del hotel, porque por lo visto el KGB metía material de escucha en todas las habitaciones antes de que llegaran los científicos soviéticos. Si no encontraba un William, buscaría a

otros Rowgrave utilizando la dirección. Por el teléfono les preguntaría si tenían algún familiar que se llamara Bill. Si decían que sí, les explicaría que era un amigo de Bill de la Unión Soviética y quedaría con ellos. Luego les sacaría toda la información que pudiera sobre Bill, sobre todo la nueva dirección y el teléfono. Si era posible, quedaría con Bill y le hablaría de mi caso, eventualmente le pasaría mi carta, aunque se daba cuenta del peligro de esta actividad para una persona que estaba en un país extranjero casi asediado por la policía secreta soviética, lo que no se olvidó de recordarme.

Escribí una carta a Bill. Le conté que tenía una hija que ya era una señorita. Guardé la carta tras un ladrillo suelto en un parque de Strunino.

Bela, entretanto, repitió su jugada del monedero: esta vez se lo hurtó a la bonita morena, la redactora jefe de la revista en cuya redacción yo limpiaba. Sonrojada, devolví el monedero a su dueña y, en voz baja y entrecortada, murmuré que lo había encontrado en el pasillo y que dentro estaban los documentos de identidad. Desde entonces obtuve permisos cada vez que quería, la mayoría de las veces pagados, así que iba a Moscú tan a menudo como podía.

6

Cuando Yuri Serguéyevich volvió de Francia, me cité con él. Esperé largo rato en el café. Vino cuando estaba a punto de irme; se le veía pálido, triste. Salimos a la calle, estaba aterrado. Bajo la lluvia, en la calle Gorki, me contó en susurros que había estado en un congreso en París. Allí se encaprichó de una francesa, cenaron en un pequeño restaurante a la luz de las velas y luego ella le invitó a tomar un café en casa. Al día siguiente llegó tarde al congreso. Por lo visto, sin duda el KGB lo sabía. Nadie le había dicho nada aún, pero él veía cómo le miraban todos. Le acusarían de espiar para una potencia occidental.

Me evitaba. Una vez le vi en casa de Tania y estaba cambiado: aún más pálido, había adelgazado, tenía ojeras, el pelo negro le colgaba sobre el cuello. Me esquivaba, divagaba y acto seguido se marchó. ¡Estaba a punto de irse a América! Preparé para Yuri toda la información sobre Bill que tenía a mi disposición. Después fui a verle para darle la carta con la información. Aunque habíamos quedado, nadie me abrió. Ni la segunda vez, ni la tercera. Finalmente la portera se fijó en mí y me echó con lengua viperina. Le escribí una carta, me cité con él. No vino. Le llamé por teléfono. No descolgó. Al fin no tuve más remedio: fui a verle al instituto donde trabajaba. Antes, había ido a buscar la carta al parque. Encontré el instituto al lado de la estación de metro de Baumánskaya. Salimos a la calle ruidosa, pero Yuri Serguéyevich susurró:

—No pude aguantarlo.

—¿El qué, Yura?

—La angustia. Y la mala conciencia.

—¿Por qué?

—Por lo que hice.

—Pero si no hizo nada, que yo sepa.

Yuri se detuvo y, abatido, me dirigió una mirada dramática y dijo:

—La semana pasada fui a entregarme al Ministerio del Interior.

—¿Usted? —Me quedé sin aire—. ¿Por qué?

—Por lo que pasó en París.

—¿Está jugando a ser Raskólnikov o qué? —grité, rabiosa—. ¿Se cargó a alguna vieja?

—No, no juego a *Crimen y castigo*. No me cargué a nadie, menos aún a una vieja. Pero me acosté con una joven francesa, que es peor. Y antes del viaje, igual que cada vez que he de salir de la URSS, había firmado un papel en el que decía que aparte de relaciones puramente profesionales no entraría en contacto con ningún extranjero.

—¿Tenía que ir a entregarse? ¿No fue una tontería, Yura? ¿No habría sido mejor esperar y convencerse de que lo sabían?

—No pude aguantarlo, tenía constantemente la sensación de que iban a por mí. Ahora al menos ya está dicho.

—¿Cómo recibieron su confesión?

—Me felicitaron por ser una persona honrada.

—Le traigo una carta para Bill, para cuando vaya a América —dije con rapidez, desesperada porque no intuía nada bueno.

—Valentina Grigórievna, no se enfade. Acabo de recibir el aviso de que han rechazado mi petición de visado para América. Está claro que se me han acabado los viajes.

—¡Burro! —le grité, y la gente se dio la vuelta.

Le dejé solo en mitad de la calle.

Entré al metro y cuando pasaba por delante del busto de mármol de Bauman, me di cuenta de que la gente me miraba con curiosidad. Me toqué la cara: por las mejillas me caían riachuelos negros del lápiz de ojos. Volví a salir a la calle, dejé que la lluvia me lavara la cara y se mezclara con las lágrimas que quería retener en vano. Me dirigí directamente a la oficina de correos y, sin pensar, envié a Bill la carta que le quería hacer llegar a través de Yuri: «Bill Rowgrave, 729 Union Street, Brooklyn, NY 11231, USA», escribí en el sobre.

7

—¡Venga, vamos! —gritan las dos.

Cada mañana, la tía Tania y mi madre me meten en una bolsa de esas grandes de ir a comprar. Cada una coge de un asa. Así me llevan a la playa. Balancean las asas, elevan la bolsa, me columpian. Solo me queda fuera la cabeza. Hago ver que estoy muy

enfadada. Un poco de rabia sí que me da, sobre todo porque me tratan como si fuera una niña pequeña. Pero la ilusión de meterme en ese columpio es maravillosa: hacia delante, hacia atrás, y vuelta a empezar.

Enfrente de la garita desde la que controlan la entrada a la playa, mi madre y la tía Tania me tiran toallas sobre la cabeza. Y es que a esta playa solo puede entrar la gente que está de vacaciones en el balneario Estrella Roja. Pero mi madre no me ha inscrito en él. Me ha llevado al Estrella Roja a escondidas para no tener que pagar otra plaza. Este balneario del mar Negro es muy caro. Está reservado solamente a los empleados de los estudios cinematográficos. Por el camino de la playa a casa hacen lo mismo: me esconden debajo de las toallas húmedas, llenas de arena, y de los bañadores mojados; todo va sobre ruedas.

Pero una vez la tía Tania y mi madre tuvieron un susto a la entrada de la playa. A través de las toallas que tenía en la cabeza oí que el guardián decía:

—¡Caramba! ¡Qué cargadas que vais con esta bolsa, chicas! ¡Cuántas cosas que debéis de llevar! ¿Os ayudo?

—¡No, no! ¡No hace falta, de verdad! Qué observador es usted... —dijo la tía Tania, que sabía un rato—. Es que soy una gran aficionada a coleccionar piedras, ¿sabe? ¡Menudos hallazgos que hemos hecho por el camino! ¡Unas maravillas! ¿Quiere que se las enseñe?

Por suerte, el guardia no quiso que la tía le enseñara su colección de piedras.

Me encanta sentarme en el mar como si estuviera sobre una manta azul. Zambullirme enseguida en él, agujerear la manta y, ¡pataplof!, encontrarme de espaldas o de morros sobre la arena mojada. Pero lo que me encanta de verdad es tumbarme en la arena y dejar que la manta azul me cubra toda entera, con cabeza incluida, y que después, cuando se retira, me descubra otra vez, y encontrarme mojada y salada, con los ojos emplastados, a merced del sol. También me lo paso bien nadando bajo el agua a lo largo de las rocas. Allí cazo erizos de mar y otros monstruos marinos. Después se los llevo a la tía Tania y a mi madre. Es mi botín de guerra. Las señoras los usan para adornar las macetas con geranios y azaleas que están colocadas en el alféizar de las ventanas del balneario.

Como mi madre no ha pagado mi estancia en el Estrella Roja, no puedo cenar en el restaurante del balneario. Así que, por la tarde, en la habitación, me zampo lo que hemos comprado durante el día. Lo que más me gusta son los restos de la cena que me traen. Muchas veces me suben unos platos cargados con toda clase de delicias de

carne y pescado, de ensaladas caucásicas y de arroz que me recuerda el *plov* uzbeco. Me alimentan igual que a un cerdito. Las dos tratan de mantenerse esbeltas, cosa que no entiendo: las dos son muy guapas. Cuando pasan por la calle, todo el mundo, pero realmente todo el mundo sin excepción, las observa. En ocasiones de reojo, otras veces devorándolas con la mirada, según el temperamento de cada cual. Parece que caminan por una pasarela en un desfile de moda. O como si dos elefantes sueltos anduvieran por las calles estrechas de este pueblo de playa. ¡Uf, qué pereza ser el objeto de tantas miradas! Veo mil veces más interesante esconderme en la bolsa y ser yo la que observa, la que domina el mundo. Mi madre y la tía se complementan: Tania tiene los pechos como dos pelotas de tenis y el culo como una pelota de fútbol; mamá, en cambio, tiene los pechos parecidos a dos cuernos de la abundancia y un culito muy mono, igual que una pareja de cerezas. ¡Ah, pero cada una querría tener lo que tiene la otra!

Por la tarde, disfruto cuando las dos desaparecen para irse a cenar. Entonces llega mi momento: hago lo que me pasa por la cabeza. Mamá ha colgado con una chincheta en la pared del comedor una foto de mi padre. Lleva una gorra de marinero, tiene los ojos muy abiertos y unos labios que están a punto de sonreír. Por las noches hablo un montón con él. Le pregunto qué le parece que la tía Tania se haya enamorado de él como una adolescente y no pare de hablar de ello: nuestro marinero esto, nuestro marinero aquello. Siempre lo mismo, como un disco rayado. A mi madre le divierte este juego de dos jovencitas detrás de un chico. Y eso que en este balneario hay unos señores..., ¡mmmmm! ¡Son tan guapos! Morenos de piel como hindúes, altos y musculosos; ¡para quedarse embobada mirando! Con esos trajes claros que llevan de una manera desenfadada parecen actores de cine. Claro que, por otra parte, es lo que son. Sin embargo, a la tía Tania le son indiferentes. Le cansa que esos guaperas aprovechen la mínima para acercarse. Cada vez que uno lo intenta, la tía lo despacha sin rodeos. Me recuerda cuando un boxeador hace un *knock-out* y el otro no llega ni a levantar la cabeza.

A Tania le gusta, con una copa de vino negro en la mano, beberse con los ojos la foto de mi padre. Entonces dice:

—Bill, Bill, nos haces perder el norte.

—¡Oh, Bill, tú vales por mil! —le contesta mi madre, bebiendo vino blanco.

La tía:

—¡Sin ti, Bill, pendo de un hilo!

Y mamá:

—¡Sin ti, Bill, estoy más sola que la una!

Las dos se dan panzones de reír y les brillan los ojos.

—¡Borrachitas! —les digo.

Como si oyeran llover.

Brindan por diferentes personas conocidas en el campo de trabajos forzados. De repente, se olvidan de mi padre. Recuerdan el rancho, en que un mendrugo de pan más grande de lo normal resultaba toda una comilona. Recuerdan los árboles que tenían que arrastrar por la nieve y cómo se hundían en ella hasta la cintura. Y los carros llenos de piedras que pesaban una tonelada y los guardias que les pegaban con la culata del fusil cuando no los podían mover. Recuerdan a las amigas, sobre todo a una señora cubierta de tatuajes. Me gustaría verla, quizás acabaría tatuándome también, y de pies a cabeza. Cada persona pondría en mi cuerpo su mensaje más importante, así yo quedaría marcada por las frases más profundas que nunca se han escrito. De ese modo no olvidaría jamás a nadie; cada encuentro, cada saludo y cada mirada tendrían su rinconcito reservado en mí. Se quedarían allí para siempre, el tatuaje lo haría eterno todo. Mi madre y la tía charlan siempre sobre el campo, y ríen abriendo la boca como un buzón. Vuelven a comer, beber y fumar sin descanso. Bueno, fumar, solo fuma la tía, pero mi madre, una no fumadora total, de vez en cuando también enciende un cigarrillo, aunque el sabor no le gusta y se lo ha de acabar la tía. Tan pronto lloran como se tronchan de risa. Me da la sensación de que el campo ha sido lo mejor que les ha pasado en la vida.

Mi madre me contó que en el campo esperaba la libertad con todas sus fuerzas. Se imaginaba que una vez libre todo iría como una seda, todo acabaría bien, igual que en las películas. Mi padre la esperaría en algún lugar con un ramo de rosas blancas, como un novio. La abuela agitaría la mano como una bandera y lloraría de emoción. Pero en la realidad todo fue distinto: aparecí yo. Soy un freno en la vida de mi madre, porque me ha de cuidar. Un día me iré de casa, lo juro, y dejaré de molestarla. Cuando oigo a las dos mujeres, pienso que esperar una cosa puede ser mejor que la cosa en sí.

Bueno, un día las dos bebieron más que de costumbre. Cuando ya estaban bien desinhibidas, quisieron hacer un juego: ¿con cuál de ellas se quedaría Bill? Mi madre es una belleza natural. La melena suelta se le riza como menudas serpientes y, cuando camina, los pechos se le mueven como si tuvieran vida propia. Mamá es una mujer libre, irresistible. Su belleza es salvaje. La tía es lo contrario: siempre perfectamente bien arreglada, vestida, maquillada. La suya es una belleza refinada. Se maquilla hasta cuando va a la playa. Es una cosa que no entiendo, me da un poco de repelús, aunque la tía

está guapa, y mucho, eso sí. Se peina su pelo del color de las nueces hacia atrás y hacia arriba. Para ir a la playa se hace una cola de caballo. La cara tan bonita que tiene, con esos ojos oscuros y resplandecientes, con esa piel de albaricoque, sale de su perfecto peinado como un hueso liso y brillante. Por otra parte, cada día, cuando se despierta, sorbe el café en el balcón de pie y ofrece al sol su cara medio dormida; entonces descubro unos hilos muy finitos. Pero cuando se unta con sus múltiples cremas, las arrugas desaparecen.

La tía Tania tiene la costumbre de hacer toda clase de regalos a mi madre. Ropa, cremas, maquillaje, cadenas y colgantes de todo tipo. Algunas de estas cosas ya no las usa. Otras, las trae de los viajes al extranjero y se pone muy contenta cuando ve que mamá se alegra como una niña con zapatos nuevos. La verdad es que, muchas veces, mi madre llora de ilusión y no sabe cómo devolver a la tía esa abundancia de regalos. Pero la tía no quiere nada. Se siente satisfecha dando toda esa felicidad. Mi madre me dijo una vez que para ella es un misterio de dónde saca la tía todo ese dinero. «¡Si hasta un niño sabe que los actores son unos muertos de hambre!», dijo. Así que un día se lo pregunté a la tía. Ella me contestó que todo depende de saber ahorrar. «¿Ahorrar?», dije, extrañada. Porque la tía, en vez de ahorradora, es una persona que en un momento es capaz de echar la casa por la ventana.

Así pues, aquella tarde, las dos inseparables amigas esperaban impacientes que les dijera a cuál de ellas elegiría mi padre. Yo ya sabía que no se trataba de mi padre, sino de un ideal de hombre con el que no nos topamos en la vida.

La tía Tania exclamó:

—¡Esto parece el juicio de Paris!

—Con dos diosas en lugar de tres.

—Y otra diferencia digna de tener en cuenta: el árbitro no es un hombre.

En ese instante, lo vi del todo claro: la tía Tania estaba hasta las narices de la vida que llevaba. Los hombres que la habían cortejado le parecían unos sinvergüenzas, así que había creado a su héroe novelesco: mi padre. Y con mi madre pasaba lo mismo. Su Bill se había ido a hacer puñetas. Estoy segura de que ya hace tiempo que lo ha dejado plantado mentalmente. Mamá no tiene a nadie aparte de la tía y algunas otras amigas, todas del campo. Y no tiene bastante. Así que se lleva a todas partes la foto de un chico, un enamorado. Como si él le hubiera regalado la foto esa misma mañana. Como si no hubiera pasado un montón de años desde aquella foto.

Vi todo el vacío que estas dos mujeres hermosas tenían dentro. Vi

que por culpa de sus vidas malgastadas serían capaces de pelearse por una fantasía del pasado y estropear una estancia única a la orilla del mar. Cuando vi todo eso, dije:

—No hay dos diosas. Sois mayores que yo, pero aún no habéis aprendido a contar hasta tres. Mi padre me elegiría a mí. A mí, porque soy la única de entre las tres que es su familia de verdad, su carne, su sangre.

Cerré la puerta tras de mí después de decir:

—¡Se acabó lo que se daba!

Al día siguiente, a escondidas, me llevé la foto a la playa. Esperé. Las dos mujeres se tumbaron sobre la arena caliente. Se dejaron alumbrar por el sol. «¡Ha llegado mi momento!», pensé. Saqué la foto del fondo de la bolsa. De soslayo, invité a mi padre a bañarse conmigo. Cuando ya estaba refrescado, totalmente mojado, hice que se echara en la playa de cara a la arena. Con una mano le tapé la cabeza para que la brisa no se lo llevara. Y también para que no cogiera una insolación. Cuando me apeteció volver al agua, él me acompañó y jugamos con las olas. Después nos tumbamos de cara al sol para ponernos bien morenos y guapos. Por la tarde, volví a pegar la foto en la pared con una chincheta.

La tía Tania arreglaba en un jarrón de barro las flores que alguien le había enviado. Estaba concentrada en la tarea y, de repente, dirigió la mirada hacia el retrato.

—¡Valia —gritó—, ven! ¡Qué horror! ¡Date prisa, ven!, ¿qué haces en el balcón? ¡Corre! ¡Ha pasado algo con Bill!

Mi madre entró por la puerta del balcón donde, como cada tarde, se quedaba mirando la puesta de sol. Las puestas de sol no se las perdía nunca en ningún lugar. Lanzó un vistazo a la foto:

—¡No! ¡No puede ser! ¿Qué es esto?

Desde la pared las miraba un viejo leproso. Tenía la cara chupada, la piel manchada y cubierta de granos, los ojos apagados, los dientes carcomidos, la cara colgando.

Las dos se miraron con horror, incapaces de decir nada. Después ambas estallaron en una risa ruidosa. ¡Qué hartón de reír! Luego volvieron a mirar la foto; mi madre se quejaba y se lamentaba, pero no paraba de retorcerse de risa. Una consolaba a la otra por haber perdido al gran amor de su vida.

—¿Qué significa esta metamorfosis? Debe de tener algún significado oculto, sin duda. Seguro que hay algún misterio detrás de esta transformación —dijo la tía.

—¿Qué significa eso, dices? Que te tendrías que buscar un hombre como Dios manda, de carne y hueso, en lugar de coquetear con una quimera del pasado. No me malinterpretes, no estoy celosa. Sabes perfectamente que te lo dejaría. A ti, sí. Pero solo a ti —dijo

mamá.

—Mi interpretación es la siguiente: tu Bill ha envejecido, Valia. En cambio, tú te mantienes joven. Así que tendrías que buscarte a otro —señaló Tania.

—Eso quiere decir que Bill ya no está por mí —dijo mi madre con énfasis—. Y que mi romance se ha terminado.

La tía y yo reprochábamos a mamá el fatalismo que llevaba dentro, el fetichismo, las supersticiones y los augurios.

—Vaya sentimentalismo —dijo la tía.

—¡Mira quién habla! —exclamó mamá.

La tía Tania envió la foto a un concurso de fotografía contemporánea. Salió ganadora. Pero ni siquiera entonces admití que yo era la autora de aquel grabado. Porque me daba cuenta de que ya era hora de que mi madre se espabilara y tomara las riendas de su vida. Que dejara de esperar un milagro en forma de Bill.

Mira, papá, solo te quería escribir estas líneas para que conocieras nuestras aventuras. Y para que vieras qué tonterías son capaces de hacer estas mujeres. ¡Y todo eso por ti! O más bien por tu media sonrisa seductora de la foto. O por tu gorra de marinero.

Papá, si no puedo enviarte esta carta (¿verdad que nunca has recibido una carta como esta?) por correo aéreo, probaré con las palomas. O quizá la meteré en una botella. Sea como sea, espero que esta noche sueñes con este mensaje y con las tres mujeres que te adoran desde la playa.

Bela

8

Estaba barriendo el suelo de la redacción de la revista cuando alguien llamó a la puerta. Tiré lo que había barrido de la pala a la basura, y guardé la escoba y la pala en el trastero. Luego me até el pañuelo, me quité el delantal, me lavé las manos y fui a abrir. Hacía un par de años que le había dicho a Yuri Serguéyevich que era burro e inmediatamente después había decidido enviar yo misma una carta a Bill a Brooklyn. Por supuesto, no recibí ninguna respuesta.

En la puerta había tres hombres. Les invité a pasar.

Uno de ellos, un hombre bajo con el pelo liso gris y una gran barriga, dijo, como si estuviera en su casa:

—Buenas noches, Valentina Grigórievna. ¿Se sentará un momento con nosotros?

—¿Puedo saber quiénes son y por qué han venido? —pregunté fría pero

educadamente.

El hombre del barrigón contestó insinuante:

—¿No nos reconoce? Ya tiene suficiente experiencia, con nosotros, aunque los tiempos han cambiado. Ahora, con Jrushchov y después del deshielo, todo es diferente de antes.

—¿Me dirán por qué han venido?

—Por supuesto, Valentina Grigórievna. Por eso estamos aquí, para decirle lo que queremos —dijo afablemente un hombre robusto con un aire un poco asiático.

Seguían sin decirme por qué habían venido. El tercer hombre, el del pelo rizado gris, no decía nada, miraba por la habitación y se comportaba de forma siniestra.

—Le ha escrito Bill desde Estados Unidos —anunció el asiático.

¡Bill! ¡Así que estaba vivo! Me costaba seguir a los tres hombres, solo pensaba en Bill y su carta. Pero ¿era verdad? ¿O se trataba de una jugada del KGB?

El hombre pequeño agitó un sobre alargado azul claro, diferente a los que se vendían en nuestro país: con cuadrados rojos, azules y blancos, sin duda el signo del correo aéreo americano. Todos callaron y esperaron el efecto de las palabras del asiático. Pero no les di la alegría de interesarme por la carta. Me habría gustado leer la misiva de Bill, me habría gustado verla, sin duda, pero no a ese precio.

—La carta no le ha llegado, camarada —dijo el hombre bajo.

Todos callaron, estudiaron mi expresión y esperaron mi reacción.

—Ya veo.

«No soy ciega ni sorda, ni tampoco estúpida», quise añadir.

Ahora ya no me importaba tanto Bill, o quizás había dejado de creer que realmente existía. Pero sentía curiosidad por saber qué querían de mí esos tres.

—Nosotros la hemos retenido —encadenó el asiático.

Guardé silencio y me mostré indiferente.

—Bill le escribe que les invita a usted y a su hija a Estados Unidos.

—Lo paga todo —añadió el segundo del dúo.

Estaba expectante por saber qué vendría después. Pero dentro de mí empezó a vibrar una pequeña, muy pequeña esperanza.

—De momento no le daremos la carta; estará mejor guardada con nosotros que en la caja fuerte de un banco —dijo el asiático. Su afirmación sonó a burla.

Me quedé como una esfinge y seguí callada.

—¿Va a emprender ese viaje, camarada? —preguntó el barrigón, haciéndome entender que estaba en sus manos. Y que, si mostraba interés por el viaje a América, tenían un poder ilimitado sobre mí. De otra manera, perdían ese poder.

No quería dárselo. Pero tenía muchísimos deseos de ir a Estados Unidos, con Bela, que así conocería a su padre y quizás en un nuevo entorno dejaría de

cometer sus fechorías. La esperanza desplegó las alas dentro de mí.

—No sé si iré. Si lo hago, solo será con Bela.

—La ayudaremos en lo que podamos, Valentina Grigórievna —dijo el asiático, adulador—. Todo depende únicamente de usted.

—¿Y qué quieren a cambio? —pregunté tan directamente que sonó abrupto, incluso grosero.

—Nada, no queremos nada, nada en absoluto —respondieron los dos a la vez, agitando fervorosamente la cabeza. El hombre con el pelo rizado me miró por primera vez.

La esperanza ya estaba a punto de alzar el vuelo.

—Nos esforzaremos en ayudarla —señaló el barrigón.

—Sí, los tiempos han cambiado y nos esforzamos en ayudar a la gente —repitió el asiático como un eco.

9

Fui de administración en administración a por papeles, documentos, permisos. Tras dos meses de idas y venidas, colas y situaciones tensas conseguí para Bela y para mí el permiso para viajar a América durante un mes. Escribí a Bill para decirle que iría con nuestra hija. Bill no respondió. Evidentemente retuvieron su carta otra vez o interceptaron la mía, así que Bill ni siquiera tuvo a qué contestar. De hecho, no podía estar ni siquiera segura de que Bill hubiera recibido mi carta. Ya tenía experiencia y no me tragaba cualquier cosa.

Luego volvió a aparecer el trío.

Ya desde el principio me mostraron que sabían todo lo que había hecho durante los dos meses, cada paso, cada conversación. Me sorprendieron.

—¿Así que piensa ir con su hija? —preguntó el hombre de los ojos rasgados.

—¡Por supuesto!

—¿Y si... —empezó el gordo, y fingió pensar intensamente—, y si su padre no quiere verla?

—Esta tesis me parece probable, Valentina Grigórievna. De otra manera le habría contestado —se unió el gordo, que me miró con los ojos medio cerrados, como si entendiera mis sentimientos y estuviera preocupado por mí.

Me pareció una comedia mal interpretada. No supe qué responder.

Debería haberles señalado la puerta, que se largaran por donde habían venido. Pero durante dos meses enteros no había dejado ni un momento de ir de ventanilla en ventanilla solo por las ganas que tenía de ver a Bill y porque íbamos a ir las dos, Bela y yo. ¿Cómo iba a echarme atrás de repente? —Yo no juego. No lo sabía.

—¿No sabía qué, Valentina Grigorievna? —preguntó el asiático—. Se va a echar usted a llorar de un momento a otro, salta a la vista. Y a nosotros no nos van las mujeres que lloran. ¿Verdad que no, camaradas?

El gordo negó con la cabeza.
—No, bajo ningún concepto.
El hombre del flequillo rizado no contestó, dio a entender que la pregunta estaba por debajo de su nivel.
—Piénselo bien, camarada. De ser usted, yo viajaría, pero solo —me gritó el gordo antes de irse.
—Cuando lo haya pensado bien, llámenos —me dijo el asiático con la boca medio cerrada—. Serguéi Konstantinovich, ese soy yo. Y Konstantin Serguéyevich, el colega —señaló al gordo.
No había nada que pensar. Estaba más claro que el agua que si me iba yo sola les dejaría aquí a Bela como rehén. Al día siguiente les llamé:
—No dejaré a mi hija aquí sola —dije con firmeza, y me pareció oír, desde el otro lado del teléfono, una risa burlona. Repetí—: A mi hija no la dejaré aquí sola bajo ningún concepto. O viene conmigo o no voy a ningún sitio.

10

Me convocaron a la sede principal del KGB de Moscú. Fui con el corazón en un puño, como quince años atrás en Arjánguelsk. Por el camino se me empañaron los ojos y tenía ganas de vomitar. Pero comparecí ante la pareja. El hombre del pelo rizado vino más tarde, cogió de la mesa un papel, ni siquiera me miró y volvió a marcharse. De pronto me sentía tranquila, firme, y tenía la cabeza clara.
El asiático me miró con severidad.
—Pues qué, ¿no va a salir de viaje?
—Sin mi hija, nunca.
El gordo, o Konstantín Serguéyevich, soltó con su tono burlón y paternalista:
—Ya ve, querida Valentina Grigórievna, no podemos ayudarla.
Tragué en seco. ¿Para eso me habían convocado? ¿Para burlarse de mí? Me levanté para marcharme.
—Espere, ¿por qué tanta prisa, camarada? —me retuvo el hombre de los ojos asiáticos—. Hay otra posibilidad que todavía no hemos tratado. ¿Y si Bill viene a nuestro país?
—Escríbale, explíquele todo... —dijo el gordo, y volvió a hacerse el bueno.
—¿Para qué? —pregunté con la boca cerrada, disgustada.
Tenía la certeza de que el KGB había retenido mi carta, la que envié desde la oficina de Baumanskaya. La carta de Bill era una falsificación, por eso ni siquiera querían enseñármela. Me juré a mí misma: «No debo demostrar que lo sé. El conocimiento es poder».
El hombre de los ojos rasgados añadió con severidad:
—Lo sentimos, usted no irá a Estados Unidos.
El gordo detrás de mí gritó a modo de despedida:
—¡Seguro que pronto se resolverá todo y volverá a ver a Bill!

Deambulé por la calle sin rumbo. Buscaba en la penumbra de mis pensamientos. No entendía nada, solo sabía que la esperanza es como una luz que deslumbra y ciega. La esperanza hace que uno no vea con claridad. Pasé por delante del hotel Metropol, evitando la Plaza Roja, giré hacia Ojotni Riad y la plaza del Manège. Allí pude por fin aclarar mis ideas. Entendí que todo era una representación escenificada para mí por el KGB. Y tonta de mí, había mordido el anzuelo. No hacía mucho le dije a Yuri que era un burro, ¿pero y yo? Una burra. El burro y la burra, la pareja del siglo, pensé con malicia. Estaba furiosa conmigo misma, con más razón aún por no entender por qué motivo había montado el KGB esa obra para mí.

11

Una noche llegué a casa de Tania cansada, pero fascinada por el rodaje. Aquel día había actuado de comparsa en la película *La balada de un soldado*; el trabajo me lo había conseguido Tania. Después había rechazado a varios colegas que me habían invitado a un café para poder cenar tranquilamente con Tania y compartir con ella mis impresiones. Tania se maquillaba en el baño, vestida con una blusa de seda y una falda negra. Llevé la ropa de Tania del comedor al dormitorio y puse un vestido en un colgador. Me di cuenta de que faltaban algunos botones. Hacía unos días que ya me había dado cuenta, y me hubiera gustado cosérselos para agradecerle a mi antigua amiga todo lo que había hecho por mí. «Lo haré en otra ocasión», me hice el propósito. Preparé un té para las dos y en un platillo puse varios *pirozhky* que había comprado en el bar de la esquina. Pero Tania tenía prisa por salir y no pude hablar con ella. Se puso los botines de tacones y se alisó las cejas. De pie, bebió algo de té, dedicó distraída un minuto o dos a mi relato y no tocó ni uno de los *pirozhky.*

—¿Dónde vas, Tania?

—¡Uf, está lloviendo a cántaros! Pero debo salir.

Cuando salía me sonrió, pero de una manera extraña, ausente, como si se avergonzara de despacharme así. O por otra cosa, no me quedó claro.

Con la taza de té en la mano fui al dormitorio, desde donde se veía la calle. Estaba oscuro, el viento empujaba las gotas de lluvia contra la ventana.

Tania salió del portal y se puso a caminar con la cabeza erguida, pero no orgullosa, más bien como un autómata. Bajo la ventana estaba aparcada una limusina negra, tan encerada que incluso en la lluvia parecía que la acabaran de lavar diez personas. Un corpulento conductor embutido en un uniforme con galones bajó de la limusina, se quitó la gorra militar e hizo el gesto de querer abrirle la puerta a Tania. Pero en ese momento salió del asiento trasero un hombrecillo enfundado en un largo abrigo negro y un sombrero duro. A modo de saludo, él también se quitó el sombrero, a pesar de que llovía con fuerza. Vi que era calvo y llevaba gafas redondas. Se reía todo el tiempo, ji ji ji, y dio prioridad a Tania para que se subiera en el Volga negro. Luego se sentó en el asiento trasero junto a ella, se limpió las gafas, tosió y siguió riéndose, ji ji ji.

Desde mi observatorio me pareció que a Tania esa risa la molestaba, la irritaba; debió de reprimirse. El hombre no le desabrochó el abrigo a Tania sino que se lo arrancó, luego la blusa, de la que salieron disparados los botones, finalmente sacó una pequeña navaja de bolsillo y le cortó el sujetador. Cuando aparecieron los pechos de Tania, me di la vuelta lentamente. Pero aún me di cuenta de que el coche se ponía en movimiento con vacilación, lentamente, que conducía como si no supiera qué pasaba en el asiento trasero. Lo único que revelaba que sí lo sabía todo era su conducción inhabitualmente lenta y cuidadosa. En parte vi, en parte imaginé que Tania estaba sentada igual que una marioneta a quien ni fascinaban ni impresionaban las caricias toscas del hombre. Mantenía los ojos cerrados y la cabeza echada hacia atrás, apoyada en la parte superior del respaldo. Me pareció que la cabeza de Tania se separaba del cuerpo, como si quisiera irse, como si dijera: «Haga con mi cuerpo lo que quiera; conmigo, con Tania, no tiene ninguna relación; yo soy una cabeza y no quiero saber nada de esto». Realmente, el hombre no se preocupaba por la cabeza de Tania. Cuando las figuras del coche desaparecieron de mi vista, me di cuenta de que el hombre que se había apropiado con tanta rapidez del cuerpo de Tania era el ministro del Interior.

12

Aquella noche Tania volvió un par de horas más tarde. Yo estaba en el sofá leyendo en francés *Doctor Zhivago*, prohibido en nuestro país, libro que saqué de la biblioteca de Tania. Leía despacio y con dificultad; había olvidado mucho mi francés. Cuando Tania volvió, acababa de empezar a leer la escena en que Lara notifica a Komarovski que se casará con el estudiante Pasha Antípov y Komarovski se enfurece en silencio.

Tania fue directamente al dormitorio, no al salón.

—¿Aún no duermes? —me llamó.

No contesté. Quizá por primera vez, sentía ventaja sobre ella. Ella, la gran actriz, a menudo me invitaba a mí, una mujer de la limpieza, a pasar fines de semana en Moscú. Y me había recomendado a Mosfilm para ser actriz de reparto. Una entre muchos. Ella, la estrella admirada por todos que me enseñaba cartas del mismo presidente Tito, ¡que incluso le había pedido la mano! No contesté. Seguí leyendo, pero sin entender muy bien en francés los sarcasmos con que Komarovski humilla a Lara.

Seguí mirando el libro, pero advertí que Tania estaba en el umbral, ya desvestida, duchada, con su quimono japonés de color beis.

—¿Qué lees, Valia?

En silencio, le enseñé la cubierta del libro.

—*Doctor Zhivago* —suspiró—. Su autor también sabía algo de nuestra miseria en esta cárcel.

—¿En qué cárcel? Esto no es un campo de concentración, ¡aquí todos

deciden por sí solos! —me salió espontáneamente.

Tania se sentó a mi lado en el sofá. Tenía la mirada vacía fija en el rincón.

—¿Aquí? ¡No hablarás en serio! Valia, ¿estás en tus cabales?

Aparté el libro y la miré con los ojos abiertos. En ese momento me pareció que mis ojos eran la luz con la que en la cárcel, durante los interrogatorios, nos alumbraban la cara. Dije, casi solemne, adoptando el papel de una persona que es consciente de su verdad y no admite ninguna más:

—Aquí todos deciden libremente lo que quieren hacer y lo que no, con quién quieren estar y con quién no.

Insolente, aludí a su relación. De que era una relación forzada, es decir, una violación, no cabía duda alguna. Fue cruel humillar así a Tania, y yo me deleité en ello. Saboreé la sensación de victoria y mi poder sobre ella.

—¿Qué estás diciendo? —gritó, golpeando el libro contra la mesa con tal fuerza que me asusté—. ¿Qué? ¿Que cada uno decide libremente? —Me sacudió como si fuera una marioneta de trapo—. ¿Sabes lo que nos harían si nos negáramos? —Ahora ya hablaba abiertamente de su relación humillante de juguete sexual.

—Los tiempos han cambiado, Tania —disfruté diciendo—. No podemos seguir viviendo con miedo, como antes. Hemos de decidir libremente.

—Pero, Valia, ¡hablas como una mojigata! ¡O como una maestra boba! ¿Qué podemos decidir libremente? Estamos bajo control, igual que antes, tenemos que hacer lo que nos ordenan o estamos acabadas. Tania bebió té frío. Luego, durante mucho rato, jugueteó con la punta del cinturón. Yo fingí leer, pero mis ojos resbalaban por las líneas y no entendía nada. Cuando ya no pudo resistir más la tensión, dijo en voz baja:

—Me has visto, ¿verdad?

—¿Yo? Estoy leyendo *Doctor Zhivago*. ¿Soy poli o algo?

—No, Valia, claro que no eres poli. Pero tienes ojos, miras y luego te atribuyes el derecho de juzgarme. ¿Crees que es correcto?

Me esforcé en no perder el último resto de poder sobre ella, sobre esa famosa actriz, sobre esta mujer admirada por todos, pero vi que mi poder se esfumaba. Callé obstinadamente.

—Valia, ¿no te das cuenta de que te has portado igual que yo?

—¿Yo? ¿Cómo me he portado? ¿Cuándo?—protesté con lo único que me quedaba: un comportamiento al que no se podía recriminar nada. Como no se puede recriminar nada a una monja. Pero no estaba orgullosa de ello: deseaba ser, no una monja, sino una mujer admirada y amada igual que Tania.

—¡Allí!

—¿En el campo, dices? No sé lo que quieres decir. ¿No me confundes con alguien?

—Me di cuenta. A veces cerrabas los ojos ante el hecho de que los superiores te obligaran a mantener relaciones y te lo pintabas de rosa como si fuera amor que dabas por propia voluntad.

—¿Que a mí me obligaban a algo? ¡Aún no ha nacido un hombre capaz de

obligarme a mí!

—¿Y el capitán que te hizo llevar a su casa? ¿Aquel que vivía con su suegra? Me dijiste que te habías levantado y te habías ido de su casa, que habías conseguido huir de ese poderoso capitán Debertsov, pero durante mucho tiempo habías dormido intranquila, temiendo que el capitán se vengara. ¡Vamos, no me vengas con pamplinas!

—Así fue, ¿qué quieres que te diga?

—¡Anda ya! ¡Eso cuéntaselo a otros que no han visto y experimentado cómo los superiores hacían con nosotras lo que querían! Te sacaban del barracón y en plena calle, de noche, te forzaban a hacer cosas que daban un asco que te morías. ¿O es que has perdido la memoria?

—Yo nunca me he dejado tratar como una esclava —repliqué con despecho.

—Pero, Valia, ¡qué tozuda eres! ¡Éramos esclavas y seguimos siéndolo! ¡Allí igual que aquí!

—Allí estábamos encerradas en un campo de concentración, a merced de todos.

—¿Piensas que aquí es diferente? ¿No es esto un campo de concentración?

Sentí que dejaba de estar por encima de ella, que el poder se me escurría de las manos como un pez mojado. No había nada que hacer. Al menos, durante unos momentos seguí callada y me hice la ofendida.

Tania calentó *pirozhki* en el horno y sacó de la nevera una botella de champán.

—Valia, a nuestra salud. Te contaré algo. Una vez estuve en Francia, antes de la guerra. En una ocasión nos llevaron a un castillo medieval que se utilizó durante siglos como prisión de mujeres. Las mujeres llegaban allí por las mismas causas que las que conocimos nosotras entre nuestras compañeras de prisión: pequeños hurtos, descontento con el rey, incitación de los siervos al motín. Pero lo curioso era que las mujeres que estuvieron allí encerradas no tenían derecho a hablar. Debían estar siempre en silencio, no podían expresarse. A mí al principio me pareció que ese silencio debía de ser la gloria, frente a las quejas y gritos. Pero ahora me parece que ese silencio forzado tuvo que ser un verdadero infierno.

—Seguro que las presas se entendían sin palabras: con los ojos, con gestos; antes de dormir susurrarían. Estoy segura de que allí también florecieron amistades como las que conocimos nosotras. Y eso las salvó. ¡Salud, Tania!

—Te contaré lo que yo pienso. A mí hoy me han violado, Valia. Como ya han hecho varias veces. Y debo callarme. Contártelo a ti es lo mismo que susurrárselo a un sauce. Pero no puedo decirlo en público, no puedo denunciarlo, no puedo confiárselo a nadie, ¿sabes? El silencio forzado es un infierno. A nuestra salud, Valia.

13

Busqué en la vitrina un plato antiguo de cristal y lo puse sobre un tapete de

encaje blanco en la mesa. Después saqué dos rosas secas de un jarrón de arcilla y, con mucho cuidado para que no se doblara ni una sola hoja, soplé el polvo que las cubría. Coloqué las rosas en el plato: parecían una escultura negra. No pensaba si le gustarían al huésped. Lo más importante era que la habitación ya empezaba a parecer el lugar donde yo vivía. Esto es lo que quería demostrar al invitado.

Busqué la fotografía en la que estábamos Tania y yo en uniforme de presidio y nos sonreíamos. Pensé que entonces Tania estaba de mejor humor que ahora. Saqué del marco plateado el retrato de la pequeña Tania con sus padres junto al árbol de Navidad, metí nuestra foto y la coloqué en el aparador para que se viera inmediatamente. Para que la viera enseguida el huésped a quien esperaba. «Tania es mi mejor amiga —me dije a mí misma en un susurro, queriendo convencerme de ello—. ¡De verdad que lo es!», insistí para contradecir algo que estaba dentro de mí.

Dejé el marco plateado hecho un primor. Brillaba tanto que nadie podría dejar de mirarlo. Pero ¿entendería mi invitado lo que retrataba la fotografía? ¿No pensaría que en ella había dos excursionistas alegres y despreocupadas?

Sonó el timbre. ¿Tan pronto?, me asusté. No podía ser Tania; se había mudado temporalmente a casa de su hija. No estaba vestida ni maquillada y me puse con rapidez el quimono beis de Tania. Presa de los nervios, corrí a abrir.

Era el cartero.

Cerré la puerta y dejé el paquete dirigido a Tania encima del escritorio. Me miré al espejo. ¿Y si me dejaba el quimono para la visita? No, debía ser yo misma, no hacerme la interesante. Me quité el quimono, me bañé y me vestí con cuidado: la blusa negra y la falda estrecha gris claro hasta las rodillas. Me recogí el pelo en una coleta con una cinta plateada. Tania me había prestado el día anterior los pendientes de plata y la fina cadena. De hecho, me los dio para esta ocasión y no quiso que se los devolviera. Así que iba a ser yo misma. Me acordé de que hacía unos años, en la cárcel y más adelante en el campo, no sabía quién era. ¿Una estudiante, una actriz o una sucia presa? Ahora ya lo sabía.

Ordené los libros. Volvió a parecerme que no era yo, que normalmente no vivía entre todo este orden. Así que me decidí por un desorden gracioso. Que el invitado me viera en un medio parecido a aquel en el que vivía, pensé. Pero en lo más profundo de mi alma, sabía que nunca habría recibido a ese invitado en la pequeña habitación de ciudad provinciana donde estaba obligada a vivir castigada. Así que no era yo, no me mostraba con sinceridad.

Recordé cuando habían venido de nuevo a visitarme aquellos tres tipos. Igual que cada noche, estaba limpiando la oficina con el pañuelo en la cabeza y la escoba en la mano. Y lo acordaron todo conmigo. Según mis reglas.

Volvió a sonar el timbre. Me sobresalté. «¿Y si no abro y punto?» Cuando abrí la puerta, pensé: «Ahora sí que se acerca la hora de la verdad».

Estaba en pie en la penumbra del rellano. Nos miramos fijamente. Me pareció que había venido un extraño. Sí, en el rellano había un desconocido con las sienes canas y las mejillas enjutas. Me decepcionó. Nos quedamos el uno frente al otro, en silencio.

Cuando oí que alguien se acercaba a la puerta desde el otro lado del rellano y observaba por la mirilla, le cogí del codo y le hice entrar. No habíamos dicho ni una palabra. No, no era mi chico espigado con la risa infantil. De repente, supe exactamente cómo era antes.

Sonrió con timidez y me tendió la mano. Debería haberlo hecho yo misma, pero me quedé inmóvil.

Le ayudé a quitarse el abrigo y le senté en el sillón de cuero de Tania, en la sala de estar. Empezaba a reconocer sus rasgos: la nariz finamente recortada, los ojos oscuros, aunque más pequeños que antes, los labios sutiles que también habían perdido volumen.

Por fin se recuperó y me dio un ramo de rosas que ni siquiera me había dado cuenta de que llevaba.

—Valia —me dijo.

No añadió nada más. Pronunció mi nombre tan graciosamente como antes. Me pareció que decía «valle».

Me senté frente a él y seguimos observándonos como si fuéramos espectros. Mejor dicho, él me miraba directamente. Yo contemplaba la mesa en la que retoqué el orden de los objetos: moví el plato un poco más hacia la esquina, las flores secas hacia el centro del plato.

Una vez que estuve satisfecha con el plato, me soné suavemente, aunque no estaba resfriada. Mientras tanto, él pasó un dedo por el borde del plato. Me levanté, saqué del bolso un pañuelo limpio y volví a sentarme. Acordándome de las rosas frescas que me había regalado, las cogí con cuidado, pero aun así me pinché. En el aparador encontré el jarrón adecuado: de cristal tallado de Bohemia. Por si acaso le quité el polvo y le saqué brillo. Las rosas desprendían un aroma delicado sobre la mesa.

—Tienes un bonito apartamento.

—Mi amiga es actriz.

—Igual que tú, ¿no? —Y al no recibir respuesta, continuó—: El plato también me gusta mucho.

Siguió pasando los dedos por él.

En otros tiempos me habían cautivado sus manos suaves y morenas, con los dedos estilizados. Recordé aquella vez en que, a orillas del Dvina, cogí de ellas una flor roja. Y había alguien más sentado con nosotros...

—¿Qué tal Warren?

—¿Qué Warren? ¿Warren Bowerly?

Se encogió de hombros y me miró sorprendido.

Observé a mi marinero por el rabillo del ojo. Me pareció extraño, lejano... y

al mismo tiempo íntimamente conocido: aquellos ojos que tantas veces intentaba recordar, inútilmente, unos ojos como una noche de verano, con destellos de niño travieso.

—Warren... da clases de climatología en la universidad y escribió un libro sobre la vida en Siberia. Se ha divorciado dos veces y tiene cinco hijos entre los dos matrimonios. Pero al único al que veo es a Dave. Se casó con una española; en casa hablan alemán. El habla bien yidis, ¿sabes? Su mujer Concha y yo siempre fingimos pelearnos; es una gran defensora de Franco —dijo, manifiestamente contento por tener de qué hablar—. Han viajado por todo el mundo; el año que viene quieren ir a Samarcanda, en Uzbekistán. ¿No habrás estado allí?

Asentí. —Se ve que hay mezquitas increíbles decoradas con oro y plata y extraordinarios colores, rodeadas de gigantescos jardines exóticos como los de *Las mil y una noches* —continuó, cada vez más animado.

¿Qué debía decirle? ¿Que trabajé en un hotel prefabricado y que iba del trabajo a casa por las calles enfangadas preocupada por mi hija, a quien había dejado en manos extrañas? Asentí.

—Y sobre esas mezquitas con enormes cúpulas de color turquesa los niños sueltan cometas. ¡El cielo está lleno de ellas! —comenté.

Mientras hablaba él, yo no era capaz de concentrarme en lo que me decía, tan llena estaba de ideas y sensaciones contradictorias. Tenía que volver a acostumbrarme al inglés. Pero ante todo, aún no me creía que realmente tenía a Bill frente a mí. Le observaba en secreto.

No, no me sentía decepcionada. Parecía más decidido y más fino.

Cuando repitió por enésima vez la misma frase, por fin comprendí: me preguntaba dónde estaba nuestra hija.

—Pronto la verás; ya es mayorcita, independiente. Tiene ganas de conocerte.

Para mis adentros, en ruso le trataba de tú y de usted. No podía decidirme. Me alegré de que en inglés no tuviera que resolver ese problema.

—¿Cómo se llama?

—Bela.

Volvió el dedo índice hacia sí mismo y me miró con aire interrogativo.

Asentí imperceptiblemente.

Se sonrojó y abrió los ojos de par en par de alegría.

Le enseñé una fotografía en la que estaba con Bela.

—¡Mi hija —señaló a Bela— y mi mujer!

Rápidamente me miró, quería ver mi reacción. Yo me di la vuelta, me puse en pie y retoqué las rosas en el jarrón. Las que se inclinaban hacia la derecha eran mayoría. «¡Así!, ahora parece armónico», pensé.

—¿En qué trabajas? —me preguntó.

Me quedé perpleja. Primero me prometí decirle solo la verdad. Pero ¿entendería por qué era una mujer de la limpieza?

—Trabajo en la redacción de una revista —murmuré con disgusto,

descontenta conmigo misma y descontenta porque me lo hubiera preguntado.

—Es un bonito trabajo. Así que eres periodista...

Así lo dijo y yo me enojé aún más, quise que me tragara la tierra. Aunque me había prometido no llegar a este punto, la imagen que se hacía de mí cada vez se me parecía menos. Era su propia imagen, en la que insistía. Parecía un ciervo caído en una trampa: sentía que algo no iba bien, pero no sabía qué.

—¿O sea que ya no eres actriz? —continuó con cuidado, algo decepcionado—. Siempre pensé en ti como actriz.

—Soy actriz, sí, ¡soy actriz de cine!

Me alegré de poder decir algo que se parecía a la verdad. Yo solo quería ser sincera con él: ningún pastel embellecido con nata, solo un sencillo pan de centeno. Quise añadir que no actuaba en papeles principales, sino que a veces trabajaba de extra. Pero finalmente no encontré el valor para decírselo y luego enfrentarme a sus preguntas, así que preferí llevar la conversación hacia él, hacia su trabajo.

Me dijo que se dedicaba al sistema de control de cohetes y misiles.

—¿En qué especialidad? —pregunté, pero seguramente la pregunta no sonó lógica.

No entendía su trabajo con cohetes. ¿Los enviaba al cosmos? Tenía una especialidad muy concreta.

—*Missile stabilization at the initial stage of flight* —dijo.

—Estabilización de misiles... en la fase inicial... de vuelo —me lo traduje al ruso a mí misma. Pero seguía sin entenderlo.

Se rió al ver mi turbación. Me contagió y también yo me eché a reír de ese nombre endiablado.

No podíamos dejar de reír. Toda la tensión de nuestro encuentro se desvaneció.

15

Jadeantes, nos miramos. No sabíamos cómo continuar, así que seguimos riendo forzadamente unos momentos. Pero al final, reír ya no tenía más sentido. El silencio se interpuso entre nosotros como un desierto inmenso.

Volví a sonarme sin hacer ruido. Bill tosió.

—¿Qué tal el viaje?

—Fenomenal, gracias.

—Me alegro.

—Aunque durante la escala en Múnich la espera fue bastante larga.

—Ajá.

Bill se repasó las uñas.

—Lo siento —añadí.

Bill se puso en pie y caminó por la habitación. Miró por la ventana; caía la nieve húmeda. Después paseó la mirada por las fotografías enmarcadas y se detuvo en la imagen donde Tania y yo aparecíamos vestidas de presas, con

números, mientras nevaba y nos sonreíamos.

—¿Esquiando?

Le miré por si me estaba tomando el pelo. Pero sonreía inocente y me observaba con su mirada pura e infantil de persona que en la vida no ha conocido nada peor que una tostada quemada en el desayuno.

—No. ¿No ves nuestros números?

—Por eso mismo. Debió de ser alguna competición deportiva. ¿Eslalon? ¿Eres buena en el eslalon, Valia? Iremos juntos a Den ver, Colorado; en las Montañas Rocosas están las mejores pistas de descenso. ¿Vendrás?

—Sí —contesté pensativa, cansada.

—¿Y?

—Hum...

Miré al suelo.

Bill se me quedó mirando, preocupado.

—¿De verdad vendrás? —preguntó en voz baja y tímida, como si hubiera hecho algo y temiera el castigo. Vi que no entendía mi repentino cansancio.

—Hum —murmuré de nuevo.

Sabía que debía hablar con él, explicarle las cosas igual que a un niño pequeño que todavía no ha vivido nada y por eso no entiende el mundo de los adultos. Entonces recordé cómo aquellos tres me habían aconsejado que durante la estancia de Bill, viviera en casa de Tania. Tania me contó, por supuesto en la calle, que habían ido a verla un tal Konstantín Serguéyevich y un tal Serguéi Konstantínovich y le habían pedido que se mudara una semana a casa de su hija.

Bill se sentó de nuevo y pasó los dedos por el plato con las rosas.

—Es mediodía, Valia. ¿Te apetece almorzar?

Había olvidado completamente que tenía que comer.

—Mucho.

—¿Me enseñas tu restaurante favorito?

¿Mi restaurante favorito? No pude evitar reírme. ¿Debía enseñarle mi restaurante favorito, el bar de Strunino donde la gente toma *solíanka o borshch* con pan en pie, acurrucados en sus abrigos? ¿El único sitio que puedo permitirme? «¿Debería llevarle para que conozca cómo vivo, cómo vivimos aquí, e ir hasta ahí con un tren lento y tintineante que tarda cuatro horas en recorrer los ciento un kilómetros de Moscú a Strunino? ¡Ya le valdría!», pensé con placer por la idea de una venganza. Pero inmediatamente me dominé y le animé con una sonrisa, seguramente algo falsa:

—Llévame donde quieras.

—Te llevaré al hotel donde estoy alojado. Hay un restaurante pequeño y simpático. De todos modos, ¡no conozco otro en Moscú! —dijo mientras me dejaba pasar por la puerta del piso.

Un restaurante pequeño y simpático, eso dijo. Se refería a algo corriente, algo que para él era habitual. Y yo nunca, nunca en mi vida había visto tanto lujo como en el restaurante del hotel Metropol.

Nos sentaron en una mesa junto a la ventana. A mi derecha se encontraba Occidente en toda su riqueza, que los huéspedes, según vi, asumían como algo normal, natural, diario. A mi izquierda el Este, los moscovitas con sus abrigos andrajosos y las botas gastadas, con la bolsa de malla vacía, algunos con un helado en la mano. A Bill le parecía curioso que los rusos comiéramos helado en pleno invierno.

Los camareros se dirigían a Bill; a mí poco, casi nunca. Por supuesto, al extranjero. ¡Había tan pocos aquí! A nuestra gente se la trataba como aquello de lo que tenemos suficiente en casa, que ya está muy visto y cansa. Creo que Bill también se dio cuenta de esa falta grave en el comportamiento de nuestros camareros, y cada vez que venía el servicio y se dirigía exclusivamente a él, buscaba mi consejo.

Bill leyó el menú, escogió los entrantes. Le observé: su cuello se había vuelto más fuerte y la barbilla casi se confundía con él. La naturaleza y los años habían jugado con él, igual que con todos nosotros: habían añadido a su cara y a su cuerpo trozos de carne que antes no estaban, que no debían estar allí y que uno no había pedido.

Contemplé a Bill cuando hablaba con los camareros, tan natural y sonriente como si fueran sus amigos personales, mientras que aquí tememos a los camareros, porque si no les gustamos no nos traen la comida a tiempo, o nunca, y nos vemos obligados a pagar por algo que no solo no hemos consumido, sino ni siquiera visto. Moviéndose con tanta soltura en este lujo de buen gusto, orientándose inmediatamente en todo lo que para mí resultaba extraño en mi propia ciudad, me pareció mucho más atractivo y elegante que en casa de Tania.

Se volvió hacia mí para pedirme consejo con la elección del plato principal. Le mencioné algunas especialidades de nuestra cocina y yo misma las pedí: *blini* con mantequilla y con caviar, y como plato principal, *shashliki.*

—¿Desearán caviar rojo, negro o gris? —preguntó el camarero.

Miré a Bill, temerosa: el caviar gris jamás lo había probado, el negro solo una vez, en casa de Tania, y el rojo hacía muchísimos años, en aquel picnic con Bill y Warren.

—Probaremos los tres —decidió Bill.

—¿Los *shashliki* solos? ¿O con ensalada georgiana?

—La salsa, por favor, sírvala aparte —pedí en consideración a Bill; para él, la salsa georgiana podía ser demasiado picante—. Y también la ensalada georgiana.

—¿Con berenjena asada o con albahaca?

—Con berenjena y con albahaca, si es tan amable.

—¿Con berenjena y con albahaca? —El maître meneó la cabeza, sorprendido y hasta indignado por mi elección—. De acuerdo, como desee. Se

lo comerán ustedes —añadió en ruso, y con una sonrisa de desprecio se dispuso a alejarse cuando le retuvo Bill, quien sin duda no había entendido los matices de nuestra conversación. —Tráiganos una botella de Moét et Chandon bien frío. ¡Enseguida! —ordenó.

Le admiré. Aquí jamás habríamos osado darle órdenes a un camarero.

—Tomaremos champán con los *blint*, ¿no? —me preguntó Bill en tono ligero y natural.

Asentí. Me miró largo rato. Tenía una pregunta en los ojos. Yo no sabía con qué me saldría.

—Champán —repitió en voz baja, para sí mismo.

Asentí de nuevo, confundida. Él cerró los labios decepcionado, se volvió levemente y pidió la carta de vinos a otro camarero.

—¿Vino tinto con la carne? ¿Prefieres uno francés o italiano?

Contesté que dependía del vino. Pero de nuevo traicioné mi propósito de decir solo la pura verdad sobre mí a Bill.

—¿Y de los vinos franceses prefieres un Borgoña o un Burdeos?

Dije que se lo dejaba a él. No, no tuve el valor de reconocerle mi desconocimiento. Bill no habría entendido que, en nuestro país, quien conocía la diferencia entre el Borgoña y el Burdeos era una pura excepción, con gran probabilidad un *aparatchik* del Estado. Los malentendidos se acumulaban. Vi cómo uno se superponía a otro. Pero para mis adentros me consolaba pensando que Bill había venido volando para verme desde otro mundo, como un dios alado a la humana Psique.

Se ocupó del vino. Le observé disimuladamente: se dedicaba a todo con ahínco, como si la selección del vino y la comida fuera lo más importante del mundo.

«¿Le amé entonces, en mi antigua vida? —me pregunté a mí misma—. ¿O sería más bien un hechizo por algo nuevo, inusual?»

—¿Tomamos un Médoc del cincuenta y cinco, Valia?

Asentí. Mientras Bill deliberaba con el camarero sobre los vinos, recordé nuestra primera tarde con champán, que se enfriaba en el arroyo sobre el Dvina. ¡Champán, claro! ¡Por eso me preguntaba por él! Pero no estaba segura: ¿realmente sería por eso? ¿Realmente se acordaría de algo así, en su vida variada y plena? ¿No sería una casualidad?

Mentalmente vi con claridad sus ojos de entonces, como el cielo de una cálida noche, que brillaban al mirarme. Aquel día, la conversación fluía cada vez más hacia temas de relaciones y amores. Estábamos ebrios el uno del otro. ¿La ebriedad hacia otra persona es amor? No lo sabía seguro. Pero al fin me incliné a creer que sí: era amor, era su principio.

—*Voulez-vous diner au champagne*? —pregunté en voz tan baja que sonó como un suspiro.

No lo oyó. Me sirvió el champán espumoso y me miró largamente, escrutador. Empecé a sentirme incómoda, porque no sabía qué pretendía. Interrumpí las miradas largas y significativas:

—Salud, Bill. Por tu llegada. Me alegro de verte.

—¿De verdad, Valia? No estaba seguro —dijo, y bebió—. Estoy contento. A tu salud. ¡A nuestra salud!

—¿De qué no estás seguro?

—En algunos momentos tengo la sensación de que te molesto, de que altero tu orden.

¡Si supiera cuánto había recordado cada detalle que tenía que ver con él! Pero no se lo diría.

—En absoluto, no hay ninguna molestia de la que hablar —le tranquilicé.

—Tengo la sensación de que no te entiendo. Que hay algo que ignoro. Voy a tientas y querría saberlo todo.

Para mí misma, le pregunté: «¿Y serás capaz de entenderlo? ¿Podrás? No. Igual que cuando al ver la foto del campo de concentración, has hablado de eslalon». Y decidí que una buena comida con champán y vino no empezaría con temas delicados. Bebí champán. De repente recordé el sabor de hacía casi veinte años: sí, eran esas burbujas en la lengua, en el crepúsculo junto al Dvina con los dos hombres. Champán, como entonces... «¿Cómo? ¿Quién ha empezado a hablar de champán? Él... No —pensé de nuevo—, no es posible que él se acuerde de un detalle tan secundario.»

—¿Te acuerdas, Valia? —Alzó la copa para brindar.

¿Se acordaría también él de cómo, con el champán en la mano, nos embriagábamos el uno del otro?

—Yo me acuerdo incluso del vestido que llevabas, Valia —añadió.

No supe qué decir. Era posible que... ¡No, eso era absurdo! Entonces podía haberse sentido hechizado por una joven alegre, segura de sí misma, para la que cada cambio, cada novedad suponía algo divertido. Pero ahora, con arrugas... Una o dos por cada desengaño. Tengo treinta y cinco años y llevo encima más recuerdos y estigmas que si tuviera el doble. Me pasé los dedos por la cara.

—Estás igual que antes. Solo más delgada. Estás igual que... —No acabó lo que quería decir; cambió de idea.

«¿Me lee el pensamiento?», pensé, y eso me provocó un agradable escalofrío. «¡Qué va! —me contesté enseguida—. A mí, que soy estúpida y no sé ocultar mis sentimientos, los demás me lo leen todo en la cara. Cómo voy a ser la misma de antes, una inocentona de dieciséis años, estudiante de la Academia de Arte Dramático que conocía solo el lado agradable de la vida; una chica bonita, alegre y querida entre sus amigos que...» Que en el campo de concentración se había hecho amante y amiga de asesinos y bandidos, y desde que estuvo en el campo no sabía comportarse en sociedad.

Nos trajeron los *blini* recién fritos. Enseñé a Bill cómo dejar derretir sobre ellos la mantequilla, cómo refrescarlos solo con una pequeña cantidad de caviar para no ahogar el sutil sabor de la *crêpe* con mantequilla. Yo misma apenas probé el caviar, se lo reservé a mi invitado.

Bill se lanzó sobre los *blini* con enorme placer y a cada mordisco se echaba

un montón de caviar. Al terminar, volvió a mirarme fijamente, como si yo fuera un cuadro colgado de la pared.

—¿Y en qué consiste tu trabajo, Bill? —pregunté, por un lado para llenar el silencio y por otro porque realmente me interesaba.

—Ya te lo he dicho, pero supongo que no lo suficientemente claro: trabajo en una institución científica que estudia el funcionamiento de los cohetes y misiles antes de ponerse en marcha, después de hacerlo, durante el vuelo y durante la aproximación —sonrió, orgulloso.

«Cohetes americanos —pensé—; con los que nuestros científicos siempre rivalizan y se esfuerzan en ser los primeros en llegar al universo.» Y se me ocurrió algo:

—¿No querrías conocer a científicos soviéticos y comparar los resultados de vuestras investigaciones?

—Es difícil, Valia. De todos modos, los investigadores soviéticos no compartirían sus resultados conmigo, ni yo tampoco les puedo enseñar los nuestros. Es secreto de Estado, ¿sabes? —dijo; luego se inclinó hacia mí y en broma me susurró—: ¿Sabes cuántos espías mueren por intentar conseguir esos resultados?

Estaba orgulloso de su trabajo, hablaba de él con calma, alegre, satisfecho. Para mí eso era algo nuevo. Aquí todos estábamos acobardados, intranquilos por lo que pasaría; en el trabajo nos humillaban o teníamos que vender el alma al diablo para retener aquello por lo que tanto habíamos luchado.

—Todos, hasta mi amiga, actriz famosa —añadí tras contárselo a Bill.

Me miró sorprendido.

—¿No exageras, Valia? En la embajada soviética de Washington, cuando fui a buscar el visado, fueron tan amables conmigo... Todos los funcionarios rebosaban diligencia, todos se esforzaban en ayudarme como podían. El camarero se acercó de nuevo sin hacer ruido por la tupida alfombra y depositó ante nosotros una fuente de carne, una salsera y dos pequeñas fuentes con ensalada que olía a albahaca fresca. Bill me sirvió uno de los pinchos de cordero, el otro lo puso en su plato. Luego probó el vino tinto y dijo al camarero, que esperaba su dictamen:

—Todo bien, maître. — Mientras degustaba con placer los *shashliky* asados y los regaba abundantemente con salsa picante, Bill comentó—: Sin embargo, ¿sabes cuántos problemas tenemos en nuestro país? Desocupación, mucha gente no tiene dinero para ir a la universidad ni para recibir asistencia médica, tenemos una gran injusticia social, los afroamericanos viven en guetos... Todo esto no ocurre en vuestro país, ¡vosotros habéis acabado con ello!

¿Cómo se dice? El saciado no cree al hambriento, eso es. Mejor no decir nada. Bill no nos entendería. Me enfurruñé.

Bill cortaba la carne mientras yo miraba a mi alrededor: en las mesas había gente elegante en la conversación y en el vestir, en la manera de sentarse y en el trato con los camareros. Delgados, aunque bien alimentados, pero sobre todo sonrientes, despreocupados, llenos de alegría e ilusión, mientras que el

hombre soviético siempre pasa miedo y nervios, preocupación por quién habrá entendido algo mal y qué funestas consecuencias tendrá el malentendido para él.

En la mesa adyacente, llena de platos, fuentes, botellas y copas, había dos italianas que comían y bebían con gusto. Una hacía sonar sus pulseras a cada movimiento de su apasionada gesticulación; la otra, mientras hablaba, se aireaba todo el tiempo su corto pelo con flequillo. Hablaban en voz alta, se interrumpían con deleite la una a la otra, a menudo estallaban en risas. Y la de las pulseras dijo algo que entendí, aunque no sé italiano:

—Lo importante es sentirse *amata e desiderata.*

Palabras mágicas, supe de repente, y me las repetí mentalmente.

Miré hacia Bill, que me contemplaba y no veía nada más; en sus ojos se reflejaba tal inquietud, tal deseo por entenderme como jamás había visto en ningunos otros ojos.

—Bill —dije por fin en voz baja.

Siguió mirándome con sus ojos azul oscuro. Estaba radiante.

—Bill —repetí—, ¡Bill! —Como si no pudiera hartarme de su nombre. Y del hecho de tener a quién decírselo.

En ese momento estaba clarísimo para mí que Bill se mudaría aquí, no a Strunino sino a Moscú; viviríamos en una casa como la de Tania, tranquila y decorosamente, iríamos a exposiciones, a conciertos y, por supuesto, al teatro; y los tres, con Bela, saldríamos los domingos de excursión al campo. Lo vi ante mí con toda claridad, no podía ser de otra manera. Me llené la boca con vino tinto y luego lo tragué. De repente me inundó tal sensación de dicha que habría querido abrazar a las italianas, a Bill, a todos los comensales y gritarles: «¿También estáis bien? ¿No? Venid, ¡bebamos champán todos juntos! *Voulez-vous déjeuner au champagne*?»

17

Le llevé a la Plaza Roja, junto al Kremlin, y luego cruzamos el puente para dirigirnos a la galería Tretiakov. Allí, delante de los viejos iconos de Andréi Rubliov, finalmente le conté que había estado en Siberia, y no esquiando.

—¿Y qué hiciste? ¿Por qué te encerraron? Se lo expliqué todo lo mejor que pude. Miré las largas nucas inclinadas del trío de ángeles y me esforcé en ser tan elegante en mi narración como aquellos frágiles seres alados. Hablé con Bill de manera que no se sintiera culpable por mi encarcelación. Aunque es verdad que, entre otras cosas, mencioné que relacionarse con americanos había sido decisivo para el encierro.

—Tranquila, Valia. Ya ha pasado. Ahora empieza una nueva vida —me decía una y otra vez.

Pero la misma respuesta me demostró que Bill no me creía, que estaba convencido de que no le contaba toda la verdad. ¡Pues que no lo entendiera! Estaba todo dicho y podía respirar tranquila.

—Solo me quedan amigas del campo, Bill. Aparte de ellas no tengo a nadie.
—¿Y por qué precisamente las del campo? ¿Por qué ex presidiarías? ¿No hay mucha más gente en el mundo? ¿Gente honrada?
—¡Bill! ¿Acaso los presos del campo no son honrados? ¿Por qué habría de buscar a otras personas?
Por poco grité de desesperación. Los visitantes de la galería empezaban a mirarnos con curiosidad.
Bill me llevó ante un cuadro que representaba el comienzo de la primavera, con nieve derritiéndose. La visión de las urracas en las ramas desnudas de los árboles, con el cielo azul de fondo y la nieve azulada, me apaciguó. Bill dijo:
—Creo que si a alguien se le castiga es porque hizo algo que no es correcto.
—Así es en vuestro país. En el nuestro castigan a culpables e inocentes. Con nadie me entiendo mejor que con los que han pasado por lo mismo que yo, Bill, ¡compréndelo!
—Sigo sin entender por qué no quieres relacionarte con los demás.
—Los demás no saben lo que es la vida, la vida hasta lo más profundo, porque no han vivido el auténtico miedo, el que provoca que se te hiele la sangre en las venas y te falte el aire —expliqué como si fuera mi última oportunidad.
Bill me escuchaba con atención.
—Cuando explicas algo, el otro lo entiende y es como si lo viviera —dijo—. Igual que yo ahora. Quiero conocer tus experiencias para que puedan llegar a ser las mías.
Volví a sentir ese cansancio. Ahora mirábamos el cuadro de Polénov de una aldea rusa con su pequeña iglesia coronada con siete cebollas de oro. El cuadro de las casas de campo con gallinas en primer plano me dio fuerzas para continuar con la explicación:
—Bill, el que no ha vivido algo en la propia piel no puede imaginárselo. No sabes cuántas veces he intentado transmitir a los demás mi experiencia, inútilmente. Los que no saben lo que es el miedo, que en una sola noche te tiñe el pelo negro de blanco y en la piel tensa te grava cientos de menudas arrugas, no han conocido nada. Y tampoco han conocido la auténtica amistad, que existe solo en el campo de concentración, donde uno comparte con un amigo, como si fuera un tesoro, su único plato de sopa aguada, en el que nadan cucarachas.
—Perdóname que haga conjeturas, pero quizás exageras un poco. En el mundo civilizado, una sopa en la que nadan cucarachas no se les da ni a los condenados a muerte.
—Pero Bill...
No podía más. Quería gritar de impotencia por no ser capaz de transmitir algo que para mí constituía una experiencia vital básica.
—Ya hablaremos de todo esto, Valia. ¿Pero no te parece que tus amigas, las ex presidiarías, pueden tener una mala influencia no solo sobre ti sino más que nada sobre Bela? Ella es ahora lo más importante, nuestra hija es la nueva

generación, que tendrá como misión crear un nuevo mundo y nueva gente. —¿Lo ves, Bill? Los que no han conocido el infierno pueden juzgar a los demás. Nos condenarían a la mayoría de nosotros. No entienden que el que ha pasado por el horror y la suciedad no puede estar completamente limpio, por mucho que se esfuerce.

—¿Qué suciedad? No sé de qué hablas. No entiendo nada, aunque lo intento —subió la voz Bill. Él también estaba irritado.

Pasamos a la sala con los paisajes de Levitán. Cada uno por su lado, examinamos las explanadas rusas con abedules, donde lo más importante es el ambiente de la mañana, el mediodía o la tarde.

—Vamos, Valia, mejor concentrémonos en los cuadros —propuso Bill, y suavemente me puso la mano en el hombro—. ¿Qué dices de este paisaje? ¿Es de Rusia? ¿Dónde se encuentra?

Pero yo sentía la necesidad de contarle todo lo que tenía en el corazón, quizás al precio de una riña.

—La suciedad se quedó pegada a todos nosotros —continué casi en un éxtasis—, aunque solo sea la de la eterna desconfianza, la duda, la sospecha. Pero suciedad, al fin y al cabo.

—Esta suciedad de la que hablas —dijo Bill esforzándose en comprender, aunque era evidente que no estaba de humor para ello y tras un buen almuerzo prefería mirar con calma paisajes rusos— y que, para ser sincero, no entiendo demasiado bien, ¿no se la puede quitar uno de encima?

Se detuvo en mitad de la sala y me miró fijamente, como si quisiera leerme los pensamientos directamente en los ojos.

—Es una suciedad que no se va con jabón. Dostoievski diría que se puede lavar solo con sufrimiento. Y eso, de hecho, es lo que ha ocurrido; así que si tengo las manos limpias, están limpias de otra manera que tus manos enjabonadas, Bill, y que las manos de la gente que vive en tu país.

Bill me acarició el pelo largamente, compasivo, como si consolara a un enfermo. Luego, con la mano en mi cintura, sin ninguna sensualidad, como si quisiera sujetar a un desvalido, me llevó hasta uno de los cuadros.

—Valia, aún no me has dicho —dijo en voz baja— si este paisaje está en Rusia y quién lo pintó. ¡Dios, qué pintor!

Con palabras no nos entendíamos, pero su tacto me sosegó. Era exactamente lo que necesitaba en ese momento. «¿No es el tacto, a veces, un medio de comunicación más claro que las palabras?», me pregunté a mí misma. No supe qué contestarme.

Le hablé del pintor Levitán y su amistad con Chéjov, que duró hasta el momento en que Chéjov escribió sobre su amigo el pintor los cuentos *La mariposa* y *Casa con desván*. Los cuentos son extraordinarios, pero al pintor no se le describe bajo la luz más favorable. Desde entonces, Levitán ya no quiso volver a oír hablar del escritor.

Bill se rió durante un buen rato y recordó los cuentos y los fragmentos que más le gustaban.

Volvimos andando. A Bill se le mojaron los pies, así que nos metimos en el metro. Nada de un taxi, aunque lo pidió. Quería mostrarle cómo vivíamos, cómo vivía yo. Por el camino me sonaba en los oídos la letanía: «No, no nos entendemos». Solo de vez en cuando se oía la voz del coro griego de mis años en el campo: «¿Y si no es así...?». Y luego: «*Amata e desiderata...*». ¿Cómo era?

18

Llegamos a casa, es decir, al piso de Tania. Abrí una cerveza Baltika, unté dos rebanadas de pan para cada uno con queso y paté. Comimos en silencio. Después de cenar, preparé tila y me senté en el sillón a leer el libro que tenía a medias. Bill hojeó las revistas de cine de Tania. Durante mucho rato no pude concentrarme en *Doctor Zhivago*, que leía ya por segunda vez. Pero luego me atrapó completamente la escena en que Lara se va en un trineo tirado por caballos y Zhivago se queda, la despide con la mano y luego, desesperado, sube corriendo las escaleras para volver a verla aún durante un fragmento de segundo por la ventana de la buhardilla.

—Me voy, Valia —anunció Bill.

Le cogí de la mano y le llevé al dormitorio. Encendí la lámpara de la mesilla de noche, me senté en el otro lado de la cama y empecé a desnudarme. Cansada, como lo hacía cada día, sin sensualidad ni provocación. Bill me miraba; luego empezó a desnudarse él también. Me pareció que cada noche nos preparábamos así para irnos a dormir desde hacía ya casi veinte años.

Bill apagó la lámpara. Mientras hacíamos el amor, pude olvidar que cada sonido que emitíamos debía de estar siendo grabado y luego transcrito e interpretado por el KGB. Mejor dicho, no lo olvidé pero tampoco hice caso. Dormimos toda la noche cogidos de la mano.

Por la mañana quisimos alargar ese momento. Hicimos el amor una y otra vez. Nos levantamos cuando notamos el olor de carne a la parrilla procedente de la casa de los vecinos, que preparaban la comida. Eso nos hizo reír a carcajadas en la ducha.

19

A la hora de comer empezábamos a desayunar. Bill se puso el albornoz de Tania, yo, su bata. Nos sentamos como dos ninfas mientras el agua de nuestro pelo mojado goteaba en el té. Lo hice fuerte y encontré incluso azúcar y crema de leche. Puse en la mesa lo que encontré en la nevera, así lo teníamos apalabrado con Tania.

—Esto lo llamamos *brunch.*

—Y nosotros, desayuno de tenedor.

Sonó el teléfono.

—¡Que suene! —me reí.

—Valia, ¿no te has casado?

—Me separé: después de un año de casada me di cuenta de que había cometido un error. ¿Y tú?

—¿Yo? —dijo despacio—. ¿Yo? —repitió aún más despacio.

No añadió nada más.

—Sí, tú, ¿quién si no? —sonreí.

Pensativo, me miró como si me viera por primera vez. Entrecerró los ojos. Cada vez que lo hacía me parecía que de ese modo miraba no hacia fuera sino hacia dentro, hacia sí mismo.

—No —dijo de nuevo despacio, absorto. Quiso añadir algo, pero al final solo cerró los labios con fuerza.

Yo también me callé. Esperé.

Tras un rato, Bill continuó:

—Cada viernes por la tarde, en Baltimore, donde trabajo, me subo al tren y voy a ver a mis padres a Brooklyn. Allí estoy en casa. El sábado o el domingo voy a Manhattan al cine, al teatro, a tomar una cerveza, a cenar con mis amigos y a los museos. Me he encariñado con el Museo Metropolitano, allí hay todo lo que quieras. Me gustaba mirar las esculturas de las bailarinas de Degas: en ellas vi lo que hay de humano en el hombre. En los movimientos de estas bailarinas no hay armonía, sino torpeza, pereza, cansancio. Una vez iba por el pasillo del primer piso, concentrado en girar a la derecha para dirigirme a la sala de las bailarinas, y de un marco en la pared salió una chica vestida de oro: la bailarina Salomé, con el pelo negro y espeso. Me sonrió misteriosamente, amenazante; en el regazo sostenía una bandeja, en la mano sujetaba un puñal. «Esa sonrisa natural, inocente, infantil la conozco», pensé ante el retrato, pasmado. Esa seductora sonrisa femenina de la mujer más tentadora que jamás he visto. De una mujer que sabe que todos los hombres sucumben a ella. Salomé, en el cuadro, tenía los hombros, los brazos y las piernas medio descubiertos.

»Me afectó ese cuadro, en el que está representada la esencia de la mujer, y sentí un deseo terrible de hablar con alguien.

»Una vez estaba contemplando el cuadro en el Museo Metropolitano, cuando ante él se detuvo un hombre de mi edad y me preguntó:

»—¿Le gusta?

»—Sí —dije.

»—La mujer, quiero decir.

»—Yo también.

»El desconocido hizo una mueca.

»—Prefiero verla en el cuadro —comentó—. Viva no querría conocerla, por si acaso —y de nuevo hizo una mueca irónica.

»—Yo conocí a una mujer así —dije, a punto de contarle nuestra historia.

»—Deberían ventilar este museo —observó mi acompañante—. ¿No le da sueño este aire rancio?

»Me pareció haber vivido esa misma situación. O que alguien me la había

contado. Rápidamente busqué en mis recuerdos de qué se trataba, a qué me recordaba.

»¿Sabes en qué me hizo pensar, Valia? Acabo de darme cuenta mientras te lo narraba. Aquel día, en Nueva York, me quedé un poco disgustado, pero no pensé más en ello. Es como en el pasaje del cuento de Chéjov, *La dama del perrito*: Gurev sale del restaurante con su amigo y quiere contarle lo que le pasa; dice que durante las vacaciones ha conocido a una mujer especial, y el amigo le contesta que el esturión que acababan de comer no estaba demasiado fresco.

«¡Sí, eso fue! —pensé—. ¿Quién me lo contó?» De repente tenía ante mis ojos la imagen: sentados en el prado escuchando el susurro del arroyo, el Dvina oscureciéndose en el valle. Delante de mí tenía a dos hombres..., sí, uno de ellos hablaba de este cuento. Volví a tener la sensación de que no habían pasado esos veinte años de mi vida, que solo había soñado que estaba en un campo de trabajos forzados, que iba de aquí para allá en tren con Bela por todo el país y no me querían en ningún lugar, que mi marido era un borracho y que yo trabajaba por las noches de mujer de la limpieza. Sentí como si tuviera dieciséis años y Bill me hubiera contado esa historia la semana pasada. Miré a Bill llena de esperanza, vi que tenía algunas arrugas alrededor de los ojos y los labios, y unos hilos blancos en el pelo castaño oscuro, que realmente tenía cuarenta años y no veinte, y que esa serie de pesadillas no las había soñado.

Bill, mientras tanto, proseguía, serio y algo enfadado: —Así eras tú esa noche, cuando bailamos un vals subiendo las escaleras. Como la Salomé de un pintor francés de nombre impronunciable, algo parecido a «Renault». Luego, en todas las mujeres te veía a ti.

Mientras yo reproducía en mi mente esa noche de antaño, Bill hablaba impaciente, brusco, irritado:

—Te interpusiste entre yo y la mujer con la que estaba. No solo eso, ocultaste a la mujer con la que estaba. Lo intenté con jóvenes y maduras, con entendidas en coquetería amorosa, con mujeres exuberantes y delgadas, intelectuales e inocentes: siempre era igual. En lugar de mujeres y chicas veía los hombros de Valia, las piernas de Valia. —Al cabo de un rato, añadió—: No pude deshacerme de tu imagen obsesiva.

Yo estaba callada; me interesaban más mis propias imágenes.

Oí con claridad la frase que dijo Bill, tranquilo solo en apariencia:

—¿Por qué llevabas una falda tan corta entonces, Valia?

Me sorprendió.

—¿Qué falda corta?

—¿No sabes lo que provoca eso en los hombres? Los hombres somos animales, ¡no tenías derecho a hacerme eso!

Bill me miraba serio. Me eché a reír. Contenta con la excursión a los paisajes de hacía veinte años que había realizado durante sus reproches, me reí de su gravedad.

—¿Qué falda corta? ¿Yo, Bill? —Me reí de tal manera que casi no podía hablar—. ¡Entonces se llevaban las faldas por debajo de las rodillas, celoso!

Bill me miró con los ojos completamente abiertos, como si le hubiera descubierto que la Tierra daba vueltas. Su enfado se disipó.

—Pero estuvimos juntos en la playa, es verdad —continué—. ¿Debía nadar vestida de india, con el sari?

Vestido con el albornoz de Tania, Bill imitó los movimientos torpes de una india nadando con el sari. Incluso jadeó y resopló como si se estuviera ahogando en el Ganges.

VI

1

Por la noche, Bill y yo preparamos *pelmeni*. Le gustaba cocinar para sus amigos y coleccionar recetas de las más diversas culturas, y quiso atreverse también con esa especialidad siberiana. Dijo que nuestros *pelmeni* se parecían a los canelones de carne rebozados que a veces probaba en el Chinatown de Nueva York. La cocina se llenó de perfume de pasta fresca. Bill abrió una botella de vino tinto que había traído. Estaba pensativo, a ratos taciturno y melancólico. No dijimos ni una palabra sobre Bela. ¿Se habían visto?, pensé. Por supuesto, me contesté. Por eso estaba tan sombrío. Esperaba a una joven alegre, de las que hay a docenas. No estaba preparado para la singular Bela.

—¿Qué me dices de tu hija? —pregunté mientras inspiraba el vapor oloroso de la fuente de *pelmeni* humeantes, que Bill colocó en la mesa puesta en la sala de estar.

—De padres guapos sale una hija guapa —se rió en voz tan alta que se puso a toser.

—¿Os entendisteis? —Me pareció estar con mi hermana pequeña. O con una amiga. Al principio estaba callada y no pude sacarle ni una palabra.

—Hum. Bela es excepcional. Pero yo me refería al idioma.

—Es completamente diferente a todas las chicas de su edad que conozco en América. Es insólita. Hasta cierto punto la admiro. Pero...

No quise oír ningún pero, ni lo que vendría después del pero. Le interrumpí:

—¿Os entendisteis, entonces?

Bill tenía la boca llena de *pelmeni*. Evidentemente saboreaba su creación, porque mientras comía chascaba silenciosamente. No pudo contestar de inmediato, y me sirvió otra porción.

—Debo apuntarme las especias que se le echan —comentó mientras masticaba.

—Te daré un poco. Sorprenderás a tus amigos.

—Sobre todo a mis padres. Justo cuando vuelva les prepararé una cena siberiana —dijo, y regó el bocado con un sorbo de vino—. El intérprete me lo tradujo todo al oído, ¿sabes?

—¿Quieres decir con Bela?

—Sí. Así que oía su historia mientras escuchaba el ruso melódico de Bela y observaba su viva mímica, a menudo incluso sus gestos bruscos.

—¿Todo eso lo percibiste a la vez? Yo no podría.

—Fue irracional. ¿Quieres otro trocito de *pelmeni*, Valia? Al final tuve la sensación de entender el ruso, de estar yo solo en el cuarto con Bela, de que nos conocíamos desde hacía tiempo y estábamos sentados en un café

contándonos intimidades.

Bill se detuvo y mordió otro trozo de *pelmeni*. Sonó el teléfono, levanté el auricular y dije que Tania no estaba en casa. Luego Bill dio un pequeño sorbo al vino.

—Por suerte, Bela pronto se olvidó de que estaba con nosotros el intérprete de la embajada americana y charló conmigo..., bueno, como con un amigo. De verdad, Valia.

—Viniendo de Bela, eso significa algo. Es cerrada y huraña como un animal de bosque.

—Buena comparación. Bela es sensible y frágil como un cervatillo.

—No podría desear una hija mejor. Ni tú tampoco. ¿No te parece?

Bill asintió despacio, con tristeza, como si pensara en otra cosa. Luego me contó la historia de Bela tal como ella misma se la había narrado.

2

¿Sabes, Bill?, comenzó Bela. Y es que me llama Bill, nunca padre o papá. Cuando era pequeña, en la escuela nos decían que vivíamos en el único Estado en el mundo en el que las personas son iguales y donde reina la justicia. ¡Oh, qué orgullosa me sentía de mi país! Quería hacerlo todo, ser útil, trabajar por el bien de todos. Pero volvía a casa y encontraba a la abuela triste porque su hija estaba entre rejas sin haber cometido ningún delito. No recuerdo a mi madre cuando yo era muy pequeña. Apenas tengo memoria de ella. Recuerdo vagamente el olor de su pelo, que me hacía pensar en un prado en verano. Todavía recuerdo que me gustaba tirar de aquella melena que parecía una cortina negra. No la conocí de verdad hasta más tarde, cuando salió del campo.

Mi abuela no era juguetona y sonriente como las abuelas de los demás niños. Ella siempre, siempre sufría por mi madre. Además, tenía el corazón enfermo desde que habían fusilado a su marido. Aunque mi abuelo, cuando era estudiante, ayudó a hacer la revolución. De manera que no conocí ni a mi abuelo ni a mi padre. No hace falta que te lo diga, ¿verdad, Bill? Un día, la abuela me dijo que buscabas a mi madre, pero que las autoridades soviéticas habían retenido todas tus cartas y llamadas. No te lo creerás, pero, tozuda de mí, continuaba creyendo en un futuro bonito y lleno de justicia en nuestro país, donde por fuerza cada persona debía ser honrada.

Una y otra vez, la maestra nos cantaba elogios de nuestro sistema político. Un día nos dio un discurso sobre el hecho de que cada ciudadano soviético tenía lo que se merecía. En aquel momento sentí algo nuevo: dejé de creerla. Me parecía que la maestra se burlaba de mí. Me lo tomé de forma personal. Me preguntaba: «¿Cada ciudadano soviético tiene lo que se merece? ¿Ah, sí? Es decir, que si mi madre se destroza la espalda y suda como una desgraciada en un campo de trabajos forzados entre asesinos y ladrones, ¿es que lo tiene merecido? ¿Y por qué lo tiene merecido? ¿Por haber hecho amistad con mi

padre? ¿Y mi abuelo también mereció que le fusilaran?».

Aquel día robé la pluma de la maestra a modo de castigo, por haberles comido el coco a los niños. La maestra la buscó por todas partes e incluso nos registró a todos. Pero me la había escondido muy bien: la maestra no llegó a mirar en las bragas. Luego, ya en casa, di la pluma a la abuela, para que escribiera cartas a mi madre. La abuela me miró de una manera escrutadora, pero no dijo nada. Desde aquel día hice lo que pude para enfadar a la maestra. La odiaba por haberme inculcado barbaridades. Le quitaba todo lo que estaba a mi alcance. Al final, me pilló robando la caja de tizas. Sin embargo, por una tontería como aquella solo me ordenó que pasara toda la clase de pie, en un rincón.

Extendí la venganza a todos los profes. El de mates me descubrió cuando le estaba robando el reloj. Lo había dejado sobre la mesa. Durante el recreo, tiré encima un jersey y lo cogí junto con el reloj. Me enviaron al reformatorio. No me permitieron ni que me llevara mi oso de peluche. Era duro estar allí, y sin el osito sentí que lo aguantaba peor. Al fin conseguí mejorar mis métodos de robo. En el reformatorio casi todo el mundo dominaba este arte, ¿sabes, Bill? Pero al final me escapé para volver a casa con la abuela.

Poco después, la abuela murió. Desde aquel momento, la cólera ha ido creciendo en mí. La tía Vera me metió en un internado. Allí, el entretenimiento preferido de los niños era jugar a policías y ladrones. Nos entrenábamos robando caramelos en las tiendas. Fue entonces cuando mi madre regresó del campo. Bill, tendrías que ver la tirria que le tenía toda la familia de Arjánguelsk. ¿Que por qué, me preguntas? ¿Te has vuelto tonto, Bill? Hombre, pues les daba miedo y les incomodaba por haber sido una presa política. Por eso, durante mucho tiempo, no encontraba ningún trabajo, solo alguna cosilla a través de unos pocos amigos.

El hombre que había denunciado a mi madre era un antiguo amigo suyo. ¿Por qué lo hizo? Por un lado, quería para su hermana el piso donde vivíamos las tres. ¿Preguntas por qué? Ay, pobre Bill, ¿es que has nacido ayer? Porque apenas había pisos disponibles, ¡por qué si no! Bueno, el caso es que he llegado a la conclusión de que el delator, a quien la abuela llamaba camarada Kaláshnikov o camarada Raskólnikov o algo por el estilo, era una persona que hacía daño por ganas de hacer daño. ¿Que esto en tu país no existe? ¡Venga ya, vives en la luna, qué ingenuo llegas a ser! Pues para acabar de hablar de este hombre que yo de pequeña llamaba tío Kostia: le metieron en la cárcel. Resulta que había perdido documentos confidenciales del Estado, guardados en una carpeta inscrita con la palabra «PAPKA». ¿Qué quiere decir? Carpeta. Acabas de aprender tu primera palabra en ruso, Bill. Mi madre y yo viajamos en tren desde Arjánguelsk, o sea, desde el norte del país, hasta el sur de Ucrania. De allí hasta Uzbekistán, que tiene frontera con China, y de allí hasta al círculo polar. No había manera de que mi madre consiguiera un trabajo.

Ahora por fin está empleada y comparte un piso con otras personas que no tienen nada que ver con ella. Pero ¿qué vida es esta? Trabaja como

limpiadora. Tendrías que ver su habitación en Strunino: hay tantos libros que hasta te tropiezas con ellos. La lectura: este es el vicio, la droga de mi madre. Y su refugio, claro.

Estaba enfadada con todos aquellos que habían permitido tanta injusticia a cada paso, así que me fui de casa. Mi madre me daba tanta pena que quería ganar dinero para que ella pudiera vivir con más comodidad. Pero si me hubiera quedado en casa, jamás me habría enriquecido. Así que, un día que mi madre estaba en el trabajo, me fui de casa.

Dejé el osito, ya muy estropeado, en casa de mi madre, aunque sabía que lo iba a echar de menos. A veces, todavía lo añoro.

Fue en invierno. Subí a un tren nocturno que iba a Leningrado, sin billete. Viajé encerrada en el lavabo y todo fue como la seda. Al llegar allí, me dediqué a robar cosas de las tiendas. Vivía de eso. Encontré a un grupo de ladrones que, por la noche, se introducían en una sala de calderas para dormir. ¡Qué calorcito hacía en ese lugar, en medio de aquella ciudad helada! Sin embargo, no era seguro, porque la poli hacía redadas. Los compañeros del grupo se ponían nerviosos, tenían mala uva y acabé harta de ellos. Así que me metí en el lavabo de un tren hacia Moscú. Para estar más cerca de mi madre.

En Moscú, me hice vendedora ambulante de periódicos. Era un trabajo que nadie quería porque estaba mal pagado y tenías que estar muchas horas a la intemperie. Sobre todo en invierno acababas harto, con los pies como trozos de hielo. Plantada en la calle, gritaba a pleno pulmón: «*¡Pravda, Izvestia, Ogoniok*!». Cuando mejor se vendían los diarios era cuando había pasado algo espectacular. Una vez, un grupo de borrachos violaron en un parque a una señora de ochenta años: ese día vendí todos los periódicos en un santiamén. Total, que de vez en cuando me divertía inventando noticias. Si, pongamos por caso, gritaba: «¡Una bomba en la Lubianka!», la gente hacía cola para comprar aquellos diarios tediosos, porque deseaban que, efectivamente, la bomba hubiera estallado en la sede del KGB.

A veces iba a ver a mi madre. Me quedaba con ella un par de noches, dormía abrazada al osito y me largaba otra vez. No quería acostumbrarme al confort. ¿Qué dices? ¿Dónde residía yo en Moscú? ¿Me estás tomando el pelo? Bill, ya casi ni me acuerdo de qué quiere decir la palabra «residir». Un día, entré en una panadería a robar panecillos y me encontré a un niño que acababa de mangar un par de cruasanes. Me olía que el chaval estaba en la misma situación que yo. ¿Sabes, Bill?, una desarrolla un olfato especial para reconocer a la gente del gremio.

—Oye, niño, ¿verdad que eres un vagabundo? —le dije.

Del susto, el niño por poco pierde la conciencia. No sé qué pasa en Estados Unidos, Bill, pero aquí, ser vagabundo es un delito. Todo ciudadano soviético está obligado a tener una habitación o un piso. Y sobre todo ha de tener un trabajo, aunque a menudo no te quieran coger en ninguna parte. Por eso el niño quiso justificarse:

—¿Yo? ¡Pero qué dices! ¿De dónde sacas eso?

—¿De dónde lo saco? Veo que has trincado unas pastas, o sea, que no tienes comida y quizá tampoco casa.

—¡Por Dios, señorita! —Se puso pálido—. ¡Vivo en casa con mi madre!

¡Fantástico esto de señorita!

—Tranqui, no soy policía —le dije—: Supongo que más o menos estamos igual. Yo busco un lugar para dormir sin pagar, y donde no haya que enseñar ningún documento.

—j Ah, bueno! Te llevaré donde duermo yo.

—¡Estupendo! Pero un poco más tarde, ahora he de acabar de vender los periódicos.

Antes de irme de la panadería, robé un par de chuchos. Por la noche, el niño me llevó a un pequeño parque que hay en la plaza Arbat. Me adjudicó un banco, el otro era el suyo. Fue justo cuando empezaba a adormecerme que me despertó el aliento de alguien que apestaba a alcohol. Unas manos me palpaban. Dije a aquel individuo que había tenido mala suerte por haberse topado conmigo, y le pedí por las buenas que se largara de allí. Pero al borracho le daba igual lo que yo decía o dejaba de decir. Mientras tanto, mi pequeño caballero ya se había despertado y chillaba al borracho:

—¡Sácale las manos de encima! ¡Esta señorita no es una mujerzuela, es una chica honrada que se gana la vida vendiendo periódicos!

—¡A ti qué te importa, imbécil de mierda! —se exaltó el borracho—. ¿Por qué te metes? ¡Mal rayo te parta! ¡Todo el mundo puede hacer lo que le dé la santa gana!

—¿Quieres que te meta una hostia, cerdo? ¡Te moleré a palos! —gritaba mi pequeño caballero en mi defensa. A mí me dijo—: No te preocupes, llevo un cuchillo finlandés encima.

Al final, el borracho se largó. Pero antes había amenazado al niño con cincuenta maneras distintas de torturarlo y matarlo.

Pude dormir el resto de la noche. Por la mañana, mi pequeño defensor me miró y a continuación exclamó horrorizado:

—¡Qué pinta tan horrible que tienes!

Me dijo que debía lavarme enseguida. Tenía el rostro manchado de la tinta del diario, del polvo de la calle y del banco, y el rocío matinal lo había dejado todo bien emplastado.

No podía faltar a la distribución de la prensa y los lavabos públicos no abrían hasta las ocho. Así que me tuve que lavar bajo el canalón de una casa que después del breve chaparrón de la madrugada todavía chorreaba agua.

3

Nunca más volví a ver a mi pequeño defensor. Sin su compañía habría sido arriesgado volver al parque; cualquier borracho podría molestarme. Así que decidí pasar toda la noche caminando por la calle. Observé cómo la ciudad iba apagándose, cómo los viandantes iban desapareciendo. Primero paseé por los

callejones de Arbat, después las luces me llevaron hasta la avenida Tverskaya. Me fijé en que muchas chicas que caminaban por allí eran prostitutas y muchos hombres, ladrones. La mayoría de la gente iba limpia y arreglada, incluso algunos muy elegantes. Solo yo, con un abrigo roñoso, gastadísimo, desentonaba de la estética general. Me sentía una intrusa en una reunión de sociedad —«¿Me hace el honor de este baile, señorita?» «¿Quiere bailar este vals, señora?» «¿Tomamos un helado, señor?»—, donde todo el mundo conocía las reglas del juego. Solo a mí, una forastera, todo me resultaba extraño.

Detrás de los lavabos públicos descubrí a un grupo de muchachos que jugaba a las cartas sobre un carretón tumbado hacia abajo. Di unas vueltas alrededor de ellos. No me hicieron ni el más mínimo caso. Después les dije directamente:

—Chicos, no tengo dónde dormir. ¿Conocéis algún lugar donde pueda pasar la noche, sin dinero y sin tener que enseñar los documentos?

—¡Uf! ¡Qué va! Te toca a ti, Zhora. Dame el rey. Dima, ¡sácate los ases de encima!

Vi que esta no era la manera de tratarles. Probé otra: —Escuchad, han metido a mi madre en prisión y me he peleado con mi tía, así que no tengo dónde dormir. Me he pirado tan deprisa que no he cogido ni los documentos. ¿Sabéis de algún lugar donde pueda pasar la noche alguien con las manos vacías?

—Te enseñaré un sitio, chica. Pero ahora mismo no, cuando acabe esta mano. Vuelve dentro de media hora.

Al cabo de media hora seguí a aquel muchacho, que se metió por calles oscuras. Pese a ello, me había fijado en que era de estatura media, esbelto, no muy guapo, pero sí con la nariz recta y una cara interesante. La ropa que llevaba estaba limpia, bien planchada y era de buen gusto. Me parecía uno de esos ladrones nobles que salen en las películas. Me condujo hacia un edificio situado cerca de Strástnaya. Subimos corriendo hasta la última planta. Allí, entre dos pisos, había un pequeño rellano.

—¡Túmbate aquí. ¡Buenas noches! —Y mientras bajaba ya la escalera, me gritó—: Aquí no te molestará ningún hombre. Pero podrían atracarte, eso sí.

Cuando estaba a punto de quedarme dormida, por poco alguien cayó sobre mí. Supuse que era un habitante de aquella casa, bebido como una cuba. Empezamos a discutir sobre quién tenía derecho a dormir en aquel rellano y quién no. Hasta que unos chillidos de mujer interrumpieron nuestra charla:

—Cerdo de mierda, ¿has vuelto a traer a alguien? ¡Qué hace aquí este putón! ¿Es que no se te cae la cara de vergüenza por volver borracho otra vez, desgraciado? ¡Lárgate! ¡Que no te vea, cabrón!

—Buenas tardes, señora —dije con toda la buena educación—. No me ha traído nadie, he venido por mi cuenta. Soy una chica normal y corriente. He perdido el último tren que iba a Strunino, donde vive mi madre.

—Si has venido por tu cuenta, pues lárgate también por tu cuenta. ¡Venga,

venga! Esto no es ningún refugio para vagabundos, sino una casa decente. Vete a saber qué enfermedad venenosa..., quiero decir venérea, ha traído la ramera, la muy cabrona. ¡Vete de aquí antes de que llame al conserje!

Regresé a Tverskaia, a mi agencia inmobiliaria. Mi nuevo defensor estaba sentado delante de las cartas:

—¿Qué, has podido dormir un poco?

Le conté lo que me había pasado.

—¿Solo eso? Yo no haría demasiado caso de nada y volvería al rellano con toda la cara del mundo.

—No me parece muy oportuno.

—En fin, allá tú.

Se desperezó y acto seguido continuó jugando.

Observé sus maneras nobles y, cuando acabó la jugada, le hice una pregunta bien tonta:

—Tú también estás aquí por casualidad, ¿verdad? Este no es tu ambiente.

—Me han encontrado en una canastilla, como a Moisés —soltó antes de desaparecer en la noche de la capital.

4

Más tarde, encontré una residencia permanente en una parada de autobús. Bueno, la residencia no era del todo permanente porque no me quedaba a dormir siempre en la misma parada. Por ejemplo, un día pernocté en la estación Ojotni Riad, pero como la policía me echó, me trasladé a la plaza de la República. Cuando me sacaron a patadas también de allí, seguí mudándome a otros lugares. A menudo era necesario cambiar de sitio dos o tres veces la misma noche. ¿Preguntas, Bill, si no tenía miedo de que alguien me violase? Los únicos que me daban pánico eran los polis, porque podían enviarme a un campo de trabajo como habían hecho con mi madre. Solo pensar en ello se me ponían los pelos de punta, porque conocía algunas de las historias que le habían sucedido a mamá. En todo caso, me mantenía atenta ante cualquier imprevisto, eso sí.

En verano, a veces me iba a dormir de día al parque de Sokólniki: ¡allí se dormía de maraviiiilla, al sol, Bill! Un día, se me cayó al suelo el bolso con todo el dinero que había ganado últimamente, y cuando me agachaba para cogerlo, un poli me lo quitó delante de las narices. Dijo que lo tenía que llevar a la oficina de objetos perdidos. No hace falta que te diga que nunca más volví a ver el bolso. En otra ocasión, mientras dormía sobre la hierba, un poli quiso violarme. En el momento más dramático, mientras yo intentaba deshacerme de él con todas mis fuerzas y le pedía clemencia, se acercó un tipo con toda la pinta de ser un ladronzuelo y le dijo:

—Buenos días, camarada, ¿tiene fuego?

Y no pasó nada, claro. El poli se fue con el rabo entre las piernas. Yo le di las gracias a aquel hombre:

—Muchas gracias por haber venido a salvarme.

—¿A salvarte? ¡Joder, nada de eso! Solo quería disfrutar del espectáculo —dijo sonriendo el muy pillo.

Una vez a la semana iba a ver a mi madre. Y a abrazar al osito. Le dije que vendía periódicos y flores, y que tenía una habitación alquilada en Moscú. En cada visita me pedía: «Bélochka, pequeña, dame tu dirección, iré a verte. ¡Te echo tanto de menos, hija!». Me habría gustado hacer lo que me pedía, pero ¿cómo podía darle la dirección de una parada del tranvía?

A finales de septiembre, hacía tanto frío que ya no se podía pernoctar en las paradas del trolebús. Así que me trasladé a la plaza Teatral y dormía entre las calderas de uno de los teatros. Algunos vagabundos se acostaban incluso dentro de las calderas. Cuando no había fuego, claro está. Los demás nos amontonábamos unos sobre otros. Generalmente, nos despertaba la poli, que nos echaba de allí. Recuerdo que uno de los que dormía debajo del montón solía moverse porque se le entumecían piernas y brazos, y al final acababa desvelándonos a todos. A veces, alguien gritaba a medianoche:

—¿Os habéis vuelto locos? ¿Os creéis que tengo las piernas de acero?

5

No me preguntes por qué hago todo esto y de dónde viene esta hostilidad que siento por mi país. Intenta entenderlo, Bill. Me molestan únicamente los representantes políticos. No, no solo Jrushchov; las autoridades en general, todo el sistema que han establecido y en el que vivimos encerrados aquí. Nada que ver con la gente, Bill, no lo confundas. Te contaré una experiencia: cuando mi madre estaba en el campo, mi abuela y yo fuimos a verla. Tuvimos que hacer un viaje larguísimo: primero al sur, de Arjánguelsk hasta Moscú, donde cambiamos de estación para viajar hacia el norte, hasta más allá del círculo polar. Eran cinco días en tren. Desde la última estación debimos de caminar dos días. La abuela estaba enferma, yo era una niña pequeña. Ella había estado ahorrando para que yo pudiera ver a mi madre. Llegamos al campo y ¿sabes qué pasó? ¿No? Ya veo que eres un padre amable pero no dejas de tener el cerebro de un pajarito. No lo adivinarías nunca. Nos dejaron mirar un momento lo que pasaba dentro, la manera bestial como trataban a la gente, pero no nos permitieron ver a mamá. En vano decía la abuela que la niña no había visto a su madre desde que tenía dos años. No la llamaron. Nos echaron diciendo que si no nos íbamos enseguida, se quedarían con nosotras. La abuela no le contó a mi madre nada de esto, ni siquiera por carta, y yo respeto su voluntad.

Y ahora dime, Bill, ¿tú crees que uno ha de trabajar en un país así? Si me esforzara a conciencia, el país sacaría provecho de mi trabajo. Pero yo no quiero hacer nada bueno para un régimen como este; si pudiera, acabaría con él. Ya que no soy un político, lo hago a mi manera: introduciendo caos, malestar y descontento entre la gente.

Un día llevé un regalo a mi madre: un bonito abrigo de piel de corte deportivo. Sin embargo, me dio la impresión de que no se puso muy contenta. Sospechaba algún chanchullo por mi parte. A partir de aquel fiasco empecé a regalarle únicamente objetos comprados con el dinero que había «ganado». Otra cosa, Bill: creo que mi madre está en peligro, que la podrían volver a detener y mandar al campo. He oído hablar de casos así. Y es que una persona con antecedentes políticos es por siempre considerada un elemento indeseable. Es como si fuese una leprosa. Por ese motivo, Bill, quiero tener suficiente dinero para estar preparada por si las cosas se tuercen. Si la detienen y la llevan más allá del círculo polar, quiero ser capaz de comprarle un documento de identidad con un nombre falso, y poder pagar a los especialistas que la ayudarían a huir. De esto solo saben los siberianos. Son de confianza, no se embolsan los cuartos de nadie. Quiero tener un poder adquisitivo lo bastante grande para poder sacar a mi madre de cualquier lío. Contando con mis compinches, naturalmente.

¡No puedes imaginarte cómo me gusta robar, Bill! Aquella excitación, cuando no sabes si te saldrás con la tuya o te pillarán, no se puede comparar con nada. «¡Quien no se aventura, no pasa la mar!», me digo antes de cada salida para darme ánimo. Son las palabras del maquinista que, hace unos años, nos llevó, a mi madre y a mí, durante un trecho del recorrido entre Uzbekistán y Moscú. No me he olvidado de ello.

Sin embargo, al principio no había manera de que me saliera bien lo de robar de los bolsillos. Un día, intenté quitarle la cartera a uno que iba medio trompa con una botella de vodka en la mano. Pero se dio cuenta y me endosó tal golpe con la botella en la cabeza que vi las estrellas. Después me denunció a la policía. En la comisaría, se me ocurrió un buen ataque que me sirvió de defensa. Aquel día había perdido un guante, así que dije a los polis que ese hombre me lo había robado y, cuando le palpaba el bolsillo para recuperarlo, me endosó un golpetazo. Y como el hombre iba borracho, la policía me creyó a mí y él recibió una amonestación.

6

Después de aquel fracaso, me especialicé en robar maletas de la consigna en diferentes estaciones de tren de Moscú. ¿Sabes qué método tenía? Me ponía en la cola de la entrega de equipajes. Mientras hacía cola, tenía tiempo de orientarme y de escoger un maletín o una pequeña maleta que estuviera al lado del mostrador. Cuando el empleado de la consigna se volvía para ir a buscar un objeto, sencillamente me apoderaba del maletín que había elegido, como si fuera mío. La clave de todo era no ponerme nerviosa, no mirar demasiado alrededor y coger con toda tranquilidad, naturalidad y dignidad lo que era «mío».

¿Me preguntas cómo se hace eso de no ponerte nervioso? Es que no te lo puedes permitir. Aunque es cierto que, a veces, antes de actuar me inquietaba

terriblemente. Pero en cuanto te has decidido y te pones a ello, te olvidas de las personas que te rodean y te concentras en hacerte con lo que quieres. La gente se funde en una masa borrosa, como si estuviera detrás de una cortina de lluvia. De la misma manera que un actor que interpreta el papel del presidente de Estados Unidos *se convierte* en el presidente de Estados Unidos, tú también te convences de que aquella bolsa *es tuya* y de que no haces sino coger lo que es de tu propiedad. La mano se te une al asa del equipaje y ya no miras nada más; te la llevas y, como un viajero apresurado cualquiera, te diriges a la parada de metro o de autobús.

Trabajé mucho en la estación Beloruski, pero después quise probar en la de Kurski. Había allí un tren que cada mañana llevaba a Moscú a la élite soviética que regresaba de haber pasado las vacaciones en el sur del país. Un día vi a un señor que estaba sentado en un banco y miraba ensimismado la pared, como si fuese un poeta perdido en sus sueños. Su equipaje estaba detrás de él. Me enamoré de una pequeña maleta suya, de cuero, con una cerradura dorada, y me la llevé. Pero aún no conocía suficientemente bien la estación Kurski y cometí un error que podría haber sido fatal: me dirigí con la maleta allí donde suponía que estaba la salida, pero, en realidad, en aquella dirección no había ninguna salida. Para salir era indispensable atravesar la estación y pasar de nuevo por donde estaba sentado el tipo ensimismado, que, a esas alturas, seguro que había advertido que le faltaba la maleta y buscaba furioso al ladrón.

Entonces vi que muy cerca había unos servicios de señoras. Entré en ellos y pedí a una mujer que vigilase mi maleta un momento. Entonces salí y, en la sala principal de la estación, elegí a dos niños que ese día estarían haciendo novillos. La ropa que llevaban estaba tan sucia y rota que enseguida confié en ellos. Les pedí que me ayudasen a buscar la salida, pero me miraron con desconfianza. Les prometí que, si teníamos suerte, compartiría con ellos el botín. Se mostraban aún muy desconfiados, porque yo no tenía aspecto de ladrona. En todo caso, acabaron prometiéndome que sí, que lo harían. Volví al lavabo para recoger la maleta. Al cabo de un momento se entreabrió la puerta y los niños me hicieron gestos: «¡Sal, ya tenemos un plan!».

Entonces me condujeron a través de largos pasillos subterráneos que daban a los andenes de donde salían los trenes de cercanías. Allí los niños me pidieron una parte del botín. ¿Qué hacer? La maleta estaba cerrada con llave. Les propuse acompañarme a una cueva de ladrones que conocía bien. Subimos al tren que iba hacia Dorogomílovo, naturalmente sin billete. Los niños viajaban sobre el estribo del vagón, yo me metí debajo de un asiento, con la maleta. En cada parada los niños me venían a vigilar para asegurarse de que no huiría. Ya en la cueva, un conocido mío rompió la pequeña cerradura dorada del maletín. Lo abrí con la respiración contenida. Encontramos en él una máquina fotográfica occidental recién comprada; un monedero nuevo y desgraciadamente vacío; un traje de color de señor café con leche, de verano; una máquina de afeitar; unas zapatillas; un bloc de notas; documentación a

nombre de Ptitsin, auditor; unas cartas personales del señor Ptitsin y, para redondearlo, un bloc grande con dibujos refinados, de aspecto profesional. Cogí la máquina fotográfica, el traje, la correspondencia, los blocs y la documentación; el resto de las cosas las repartí entre los niños.

Vendí la máquina fotográfica y el traje. En un paquete envolví las cartas, los blocs y la documentación y lo envié todo a la dirección inscrita en la documentación: canal de Griboyedov 15, Leningrado. Y añadí una nota que decía:

> Sé perfectamente que cada artista valora mucho su obra. Por eso le devuelvo el bloc con estos dibujos exquisitos. Además, le devuelvo la correspondencia personal que para mí no tiene ningún valor. El ladrón.

7

Al final, Bill, me pillaron con las manos en la masa. Fue mientras practicaba el arte de robar la cartera directamente del bolsillo. Me metieron en la cárcel. Después de un juicio rápido, el veredicto fue de diez años en el campo de trabajos forzados. Como mi madre. Pero puesto que ya hacía tiempo que Stalin había estirado la pata, recurrí a la apelación. Me cambiaron el veredicto por tres años de exilio en Siberia y, gracias a haberme fugado, he podido conocerte, Bill. No sé si eres mi padre; yo no estaba en aquel tiempo y no es asunto mío. Pero eres un hombre simpático. Si hubiera de predecirte el futuro, te daría un solo consejo: no tengas nunca nada que ver con nuestras autoridades; pronto te buscarían las cosquillas porque son unos canallas. Si quieres quedarte en Rusia para estar cerca de mi madre, te enseñaré a robar, te presentaré a mis colegas, te confeccionaré unos documentos de identidad falsos. No pasa nada si no sabes hablar ruso. Ievguenia, mi álter ego, caminaba sobre prótesis mientras robaba. Bueno, y tú, un americano, ¡podrías fingir que eres sordomudo!

8

Volvimos a levantarnos tarde. De hecho, se levantó solo Bill. Preparó un abundante desayuno a la americana y lo trajo en una bandeja, con una rosa en un jarrón. Nos sentamos en la cama, como si fuera hierba primaveral y organizáramos un picnic íntimo, para dos. Nos metimos en la ducha pasado el mediodía.

—Tenemos que hacer algo con Bela —empezó Bill.

—Pero ¿qué quieres hacer?

—Tenemos que convertirla en una persona íntegra, eso quiero decir.

Salimos del piso. Nevaba.

—Bela vive al margen de la sociedad. Tenemos que convertirla en una mujer que sepa lo que quiere y vaya a por ello —me explicó Bill tiernamente, como a un niño pequeño.

—Bela creció sin padres. Su abuela murió pronto. Sabía que habían ejecutado a su abuelo. Y que su madre estuvo durante muchos años presa en un campo de trabajos forzados. Luego cruzó conmigo todo el país de arriba abajo y lo que oyó siempre fue: no, no, no. ¿Qué impresión debería hacerse una niña de esta sociedad? ¿Te sorprende que luego la rechace a su manera?

El cielo se aclaró y las cúpulas doradas del Kremlin resplandecieron al sol. Me apetecía mirar ese oro con el cielo azul oscuro de fondo, no tener que resolver nada, no tener que discutir con nadie. Solo ser, existir como una flor.

Guié a Bill por la catedral de San Basilio, donde yo misma nunca había entrado. Siempre evitaba la Plaza Roja, con el mausoleo de Lenin, el culpable de toda nuestra miseria. También fue culpa suya la ejecución de mi padre, aunque ya no estuviera vivo. Y Stalin, Beria y tantos otros estaban sepultados directamente en la Plaza Roja, como si los alemanes hubieran enterrado a Hitler y a Himmler en el centro de alguna de sus grandes ciudades.

Bill, en tanto que turista occidental, tenía permiso para visitar los diferentes templos del Kremlin, y yo le acompañé. Nunca había imaginado cuánta belleza antigua y sagrada se escondía en ellos. Paseábamos, Bill me cogía del hombro. Pero me di cuenta de que ya no estaba tan pícaro y alegre como el día antes de encontrarse con Bela.

Anochecía cuando llevé a Bill hasta la estatua de Pushkin y le recité la carta de Tatiana a Oneguin en ruso. Como si al cruzar el puente hubiera pasado del presente a la orilla de los tiempos en que estaba encerrada en el campo y participaba en recitales de aficionados. Esa idea me hizo sentir mal: se me nubló la vista y me pareció que me precipitaba por un barranco, por donde caía y caía. El cuerpo se me cubrió de sudor, la sangre se me subió a la cabeza, perdí el mundo de vista.

Bill y yo nos sentamos en un banco. Él no se dio cuenta de nada. Me besó. Evidentemente, se explicó mi comportamiento como una muestra de deseo erótico. ¡Pero yo necesitaba que me entendieran! ¡No podía besar a un hombre que no me entendía!

Me liberé de su abrazo y dije:

—Cuando estaba en la colonia penitenciaria, recitaba estos versos, ¿sabes, Bill?

—Valia, veo que te condenaron a una pena leve. Teníais diversiones como el teatro.

Pensé en nuestro pasado común, que durante todo ese tiempo había retenido en la memoria como ideal de belleza, nobleza y comprensión. De repente supe que, aparte de mis amigas del campo, había una sola persona que me entendía: Bela. Por eso no podía vivir conmigo: porque era incapaz de soportar la lástima que sentía al mirar a su madre, que había sido injustamente castigada

y a la que ahora se castigaba de nuevo.

Compartí esta idea con Bill.

—Me esfuerzo en entenderlo —dijo.

Miré hacia Pushkin: quizás él sí fuera capaz de entenderme. Aunque ¡quién sabe! Suspiré.

Bill continuó, estimulado:

—Tengo un plan, Valia —anunció.

Yo pensé que no quería conocer ningún plan, sabía de antemano que sería improductivo, puesto que estaba construido sobre una situación mal entendida. Solo quería oír a Bill decirme «Valia, *valley*, valle», quería convertirme en un valle y no tener que escuchar a qué decisión había llegado y qué absolución me otorgaría este hombre con quien no podía compartir lo más profundo que había en mi interior.

—Tengo un plan, Valia: os llevaré a ti y a Bela a América. Bela irá a la universidad. Luego puede convertirse en un buen *sheriff*, ya que entiende tan bien a los ladrones y ladronzuelos. ¿Qué te parece? La primera mujer *sheriff* americana. Y tú podrás dedicarte a lo que te apetezca cerca de la ciudad de Baltimore, donde trabajo en la Applied Physics Laboratory, que pertenece al Instituto Científico de la Universidad John Hopkins en Filadelfia, especializado en cohetes y misiles. Es una bonita ciudad llena de museos y pinacotecas, teatros y salas de conciertos, con un barrio antiguo de la época de la guerra del norte contra el sur, cruzado por un río. Conozco allí a una escritora rusa, Nina Berbérova. ¿Sabes, Valia?, siempre quise relacionarme con cosas rusas para estar cerca de ti, ¿lo entiendes? La señora Berbérova da clases en la universidad y necesita a un colaborador. Podrías ser tú, enseñarías teatro ruso, les recitarías a Chéjov, a Gógol, Ostrovski. En Filadelfia podrías fundar un teatro ruso, dirigirlo y actuar en él; hay una gran colonia de emigrantes rusos. ¿Te gustaría?

Era bonito escucharle. Me recordaba el arroyo burbujeante rodeado de rosas silvestres y abedules de entonces, en la cuesta sobre el Dvina. Era aún más bonito que oír a Bill llamarme Valle. Era delicioso, como una nana, como un cuento para dormir. Sonreí.

De nuevo tomó mi sonrisa como una aprobación:

—¿Verdad que lo haremos así? ¡Di algo, cariño! —Solo con la condición de que me lleves enseguida al Museo Metropolitano y me enseñes la Salomé que se parece a mí. ¿Se parece ella a mí o yo a ella?

Me abrazó impetuosamente y yo tuve la sensación de que estábamos saliendo de una iglesia de madera americana con la torre puntiaguda, con los anillos nuevos puestos en el anular izquierdo, mientras Bela nos lanzaba junto con las damas de honor una lluvia de pétalos de rosa.

9

En el mantel blanco de encaje coloqué dos pequeños platos de color crema.

Preparé té indio y lo serví en la mesa con la azucarera y una jarrita de crema de leche, una bombonera y un plato de almendrados. El té se fue enfriando y en una hora estaba completamente frío. Hice más té. Y una hora después volvía a estar frío.

Me puse el abrigo y el gorro, me tapé con la bufanda, me puse los guantes. Salí del metro en la estación de Ojotni Riad. En el hotel Metropol mencioné el nombre de Bill. El recepcionista con cara de cochinillo rosa hizo una mueca irónica y luego soltó, como si escupiera:

—Está en su habitación. Pero ojo, no está solo, sino acompañado. Así que no te aconsejaría que subieras ahora.

Me volvió a mirar desde arriba.

¿Había oído bien? ¿Bill tenía a alguien en la habitación? Pero sobre todo, ¿cómo se había permitido el recepcionista tutearme igual que a una mujer de la calle, y encima en un hotel de lujo?

No pensé más en ello. Lo que me preocupaba ahora era cómo ver a Bill. Miré a mi alrededor: en medio de ese lujo para extranjeros, desconocido en nuestro país, se movía una decena de bellas jóvenes de mi edad, aunque la mayoría mucho más jóvenes, vestidas de una manera que no era habitual en Moscú; sin embargo, eran rusas. Evidentemente iban a la caza de extranjeros que habían venido por motivos de trabajo; otras esperaban el ascensor para presentarse en la cita acordada en la habitación. La cabeza me dio vueltas.

Pero ¿qué tenía que ver Bill con todo eso? ¿Quién estaba en su habitación?

Estuve a punto de marcharme, ofendida, rechazada. Ya en la salida, sin embargo, pensé que no lo convertiría en una tragedia lacrimosa hasta que no comprobara lo que realmente había pasado. Me di la vuelta y en ese momento por poco me tropecé con un camarero con esmoquin y una bandeja.

—¿Qué haces aquí en medio, patosa? —me dijo.

No podía creérmelo. ¿Así trataban a la gente? Miré a mi alrededor y vi a una pareja francesa en el mostrador de la recepción: el empleado les daba la llave con una reverencia, y el botones también hizo una reverencia al abrirles la puerta del ascensor.

No lo pensé más y subí por la escalera al tercer piso, el de Bill. Había una mujer desaliñada de guardia, que me chilló:

—¿Dónde va, dónde va, camarada?

Le dije el nombre de Bill y el número del cuarto.

—Ah, pues allí no puede entrar.

—Tengo una cita.

—No le dejaré entrar. Allí no.

—¿Y por qué no?

—No puede recibirla, tiene visita.

—¡Tengo una cita con él, se lo repito!

—A mí me da igual. El señor está con otra visita y yo no puedo dejarla pasar. ¡Lárguese!

Bajé las escaleras y me felicité por no haberle preguntado a esa desgraciada

quién estaba con Bill. Aunque la pregunta me quemaba la lengua.

10

Volví a preparar té, esta vez solo para mí. Tan pronto como estuvo hecho, llegó Bill. Le invité al comedor y lo serví en las dos tazas. Se sentó como si la silla fuera un nido de avispas; hablaba de forma rara. Bebió un sorbo de té y ni se fijó en qué bebía; lo demás ni lo tocó, aunque otras veces había sido muy atento con cada detalle. Tras unos momentos, se puso en pie y señaló hacia la puerta.

—¿Damos un paseo?

Abrí los ojos desmesuradamente: ¿un paseo? Estaba oscuro, nevaba y la calle estaba llena de barro.

Bill, con un gesto, me indicó que no preguntara, que me lo contaría todo en la calle. Me reí para mis adentros: «Lleva pocos días aquí y ya ha aprendido a comportarse igual que nosotros».

—Concéntrate, escúchame bien —me dijo como si fuera un profesor cuando salimos del edificio. Estaba alterado. Miraba a todos lados..., igual que nosotros—. Cuando viniste al hotel estaba en la habitación. La mujer de la escalera me dijo que habías estado allí.

—¿Y qué hacías?

Bill miró a nuestro alrededor. Luego, por algún motivo, se subió el cuello del abrigo, quizá para que nadie detrás de él oyera lo que decía. Entonces me susurró:

—Tengo la sensación de haber visto a ese hombre de la gabardina siguiéndonos ya cuando salíamos de casa. Me he fijado en él porque me resultaba raro que alguien saliera con una simple gabardina con este frío. Sí, seguro que es él.

Bill volvió a echar una ojeada a su entorno. Ahora miraba con seguridad. Había visto a alguien concreto y eso le bastó.

Luego dijo con el tono cambiado, ligero, como si no pasara nada:

—Y ahora haremos como si nada.

Pero en los ojos tenía un brillo febril. Siguió lanzando miradas hacia atrás por si el hombre de la gabardina todavía nos seguía.

11

En casa, mejor dicho, en casa de Tania, serví coñac en dos copas. Nos lo bebimos rápidamente. No podíamos hablar de lo que nos ardía en la lengua. Bill no quiso susurrármelo, ni siquiera con la ducha abierta. Tenía miedo. Así que pronto nos acostamos. Era nuestra última noche. No dormimos; nos abrazamos con fuerza durante toda la noche, en silencio. Contemplábamos el reflejo de las luces de los trolebuses en el techo y en las paredes, en nuestros rostros y cuerpos; observábamos los destellos luminosos que eran una sinfonía

de luces y formas; el uno para el otro nos convertíamos una y otra vez en una especie de estatuas silenciosas, lumínicas y móviles. Ya de madrugada, cuando dejaron de pasar los trolebuses, Bill se quedó dormido y yo custodié a oscuras su sueño, mientras palpaba su cuerpo caliente y me imaginaba a mí misma como si fuera Psique, que con el mero tacto reconocía al dios Eros, a quien no debía ver.

12

Bill solo se sintió seguro en el aeropuerto, donde abundaban las azafatas de líneas americanas y los representantes de la embajada americana. Yo seguía sin saber qué había pasado el día anterior y ya pensaba que nunca me enteraría. En el aeropuerto, Bill me cogió con fuerza y me agarró la mano y el brazo, sin parar de mirar hacia atrás por si alguien le seguía.

Tras facturar la maleta, me llevó a un rincón del vestíbulo, al lado de una pared de cristal desde donde se veían tres aviones. Yo los devoraba con la mirada; hasta entonces, nunca había visto ninguno de cerca. Uno de ellos se puso en marcha. Pero a Bill no le pareció un lugar lo suficientemente seguro, seguía mirando tras él y al cabo de unos momentos me llevó al rincón contrario, detrás del bar. Desde allí no se veían bien los aviones, pero podía observar a los americanos que desayunaban seguros y sonrientes; a veces, un grupo entero estallaba en carcajadas, igual que los marineros, en Arjánguelsk: como si el mundo fuera un lugar para divertirse. No podía dejar de mirarles. Pero incluso allí, Bill se sentía incómodo.

—Las paredes tienen oídos, Valia.

—Ven al centro del vestíbulo, allí es casi imposible que te escuchen.

—¡Llevo a una experta en escuchas, es fantástico! —sonrió.

—Aquí todos somos expertos en eso —dije en voz baja.

En medio del vestíbulo se detuvo y suspiró, aunque seguía nervioso.

—Me siento como cuando bailamos juntos el vals —dijo en voz alta, y añadió—: ¿Bailamos? En un principio no entendí su lógica. Me rodeó con ambos brazos —seguía en su estado febril— y me susurró al oído su aventura del día anterior. Entonces entendí por qué había mencionado el vals.

—Ayer vinieron a verme al hotel tres hombres del KGB —me explicó—. Era impensable salir de la habitación.

Le pregunté por los detalles. Bill lo recordaba todo, pero se esforzó en ser breve. Mientras me susurraba al oído y fingíamos bailar un vals, seguía teniendo miedo.

—Me dijeron: «Estamos muy contentos de que haya encontrado a Valentina Grigórievna y a su hija; también de que empiece para usted una vida llena de ternura y amor». Fue exactamente así, no me invento nada. Pero ya debes conocerlo.

—No, en ese aspecto nunca les he conocido, Bill. Nunca me pusieron la miel en los labios. Y seguro que me habría preocupado más que si me

hubieran gritado. Pero eso de la ternura y el amor, ¿qué demonios significa?

—A mí también me extrañó. ¿Cómo sabían que nos va bien juntos? Se lo pregunté. Uno dijo que los pajaritos lo cantan, el otro se hizo el misterioso y afirmó: «¡Lo sabemos!». Y continuaron: «Así que cuéntenos algo de usted: ¿dónde estudió? ¿Se ha casado alguna vez? ¿Tiene hijos? ¿Cuál es su profesión?».

»Contesté con sinceridad, aunque me repugnaba ese interrogatorio: "No estoy casado, estudié en el Massachusetts Institute of Technology, en 1944 navegué a Arjánguelsk como marinero. Después de la guerra fui desmovilizado y desde entonces me dedico a la investigación científica". Valia, ahora viene lo mejor: me interrogaron, ¡y sin embargo sabían perfectamente todo lo que hago! Sabían que me dedico a los sistemas de control de cohetes y misiles, incluso conocían mi especialización. Y me preguntaron como si fueran mis colegas: "*What is your feedback control methodology? What is your concept of disturbance rejection? Which sensors do you use?*".

Bill se rió ruidosamente, pero esa risa no era fruto de la alegría. Estaba nervioso, al límite de la histeria.

—Me dijeron también: «Qué pena que se marche ya, podríamos coordinar un encuentro con sus colegas soviéticos. Bueno, ¡la próxima vez lo tenemos que organizar! En todo caso, es agradable ver que tiene usted una relación tan cercana con Valentina Grigórievna; estará de acuerdo en que después de tanto tiempo, podía pasar cualquier cosa. ¡Casi veinte años! Así que su amada vive aquí en la Unión Soviética, y su hija también. Pero no tema, todos sus futuros encuentros serán fáciles, obtendrá un visado para varias entradas en el país... si a cambio se muestra amable con nosotros, claro».

»"¿Amable? ¿Qué significa eso?", pregunté, cauteloso.

»"Casi nada..., solo que nos suministre alguna información de vez en cuando."

»"¿Información sobre qué?"

»"Por supuesto, no le pedimos nada que sea difícil. Solo algún resultado de su investigación y alguna información sobre su instituto, nada más."

»Me quedé mirándoles con la boca abierta, aunque me esforcé en no perder el control sobre mi expresión. Te lo explico todo de forma fragmentaria, cariño, porque no tenemos mucho tiempo. Luego uno de ellos añadió rápidamente: "Lo hacemos todo solo por buena voluntad, para ayudarle. Y usted, una persona tan correcta, seguro que no querrá sentirse obligado para con nosotros y preferirá poder sernos útil".

—¿Y qué dijiste tú?

—Por educación, les di las gracias por su ayuda.

—¡No, por Dios! ¡No debías!

—¿Por qué? ¿Qué pasa? ¡Dar las gracias no significa nada!

—Bill, ¡aquí es diferente! Aquí, dar las gracias por la ayuda significa que aceptas esa ayuda. Esos tres están convencidos de que estás de acuerdo.

¡Ahora te tienen en sus manos!

«No puede ser —pensé—. Bill ha entendido algo mal o me lo ha explicado mal, estoy segura de ello.»

—¿Qué pasó? No entiendo nada, Bill. ¡No puede ser que les dieras las gracias por la ayuda!

—Es una fórmula común de buena educación y no significa nada, no me ata a nada. Al menos en nuestro país.

—Pero ellos lo entenderán de otra manera, creerán que ya te han alistado en su ejército de polis y espías, ¡que eres uno de ellos!

—¿Lo ves, Valia? No te creí demasiado cuando me explicaste que te acusaron sin motivo de espionaje y te encarcelaron injustamente durante muchos años. Ahora empiezo a entender todo lo que hasta ahora no me quedaba claro de tu historia. Ahora eres tú la que no me cree a mí: ¡los papeles se han cambiado! —se rió febrilmente.

—Bill, ¿qué ocurrió después? —pregunté, como si todo fuera una pesadilla de la que me despertaría sudando.

Pero Bill siguió riéndose. Estaba exaltado y eso despertaba su particular alegría. Pero yo estaba demasiado preocupada para poder compartir su risa.

—¿Qué más pasó, Bill?

—¿Qué más? De repente se les metamorfoseó la cara a los tres. No estaban fríos, sino directamente helados. Uno dijo, malvado, mordaz: «¡Me alegro de que sepa apreciarlo!». Y el otro me gritó, como si yo hubiera cometido un delito: «¡Y espero que usted también esté dispuesto a ayudarnos a nosotros!».

Acaricié a Bill en la cara. Se tranquilizó poco a poco.

—Lo entendí todo —me susurró Bill—. Me he metido en una situación nada envidiable: un paso más y caeré en la trampa. Pero también me di cuenta de las consecuencias que podía tener si me negaba: ya no volvería a verte. ¡Y eso no lo soportaría! —Se encrespó al decir estas palabras—: No lo soportaría, ¿sabes, cariño? Así que continué de la misma manera aparentemente agradable: «Por supuesto, les estoy infinitamente agradecido y tengo una deuda con ustedes y con su país». Pero en mi cabeza estaba naciendo ya un plan: informar de inmediato sobre todo esto a la universidad donde trabajo, al Applied Physics Laboratory de Baltimore.

»Los tres hombres del KGB se despidieron, uno indiferente, el otro amenazante: “Pues hasta la vista; nos veremos pronto en Moscú. De nuestro encuentro, por supuesto, no dirá ni una palabra allí en Baltimore, eso es evidente. Y la próxima vez, nosotros le organizaremos un encuentro con sus colegas soviéticos”.

»El tercero se puso en pie, fue hasta la mesa y apagó el magnetófono de manera ostentosa y ruidosa.

Me asusté:

—Te harán chantaje, Bill.

Y pensé: «Esta no será la única grabación que tienen. Sin duda hay micrófonos en todas partes, incluso en casa».

—Eso no me da miedo; igualmente se lo contaré todo a mis jefes cuando llegue, mañana por la mañana. Pero una cosa está clara: ya no podré volver a la URSS. No obstante, tengo otra idea: Bela y tú viajaréis a mi país y os quedaréis conmigo para siempre. Tal como lo planeamos, ¿de acuerdo?

Volví a ver ante mí a Bela tirándonos pétalos de rosa.

No sé qué fue más fuerte para mí en ese momento: la felicidad por no haber perdido a Bill, que quería compartir su vida conmigo y que por fin me creía y me entendía, o la pena por el hecho de que era probable que esta fuera la última vez que nos veíamos.

Sonreí. Me esforcé en que la sonrisa fuera alegre y despreocupada, pero no engañé a Bill. Nos habíamos visto tan poco, y ahora por fin nos conocíamos mejor que si hubiéramos vivido veinte años juntos. Bill vio debajo de mi máscara. En el espejo de la cara de Bill se reflejó mi propia tristeza.

Las azafatas se pusieron en movimiento. Advirtieron al grupo de americanos del café que debían dirigirse hacia su puerta. Hombres y mujeres, entre ráfagas de risa, recogieron sus maletas de mano y marcharon hacia la puerta en la pared de cristal. Las azafatas americanas y los que llevaban uniformes soviéticos estaban en guardia y miraban en nuestra dirección. Entendí que era el momento de entrar y que solo nos esperaban a nosotros. Le dije a Bill:

—Nos miran así porque se nos ve muy...

No pude acabar. Me atraganté.

Miré a Bill. Sabía que aquí, donde todos los ojos nos miraban directa o indirectamente, no podía permitir que asomaran las lágrimas de un hombre.

Puse mi mano derecha en la izquierda de Bill, mi izquierda en su hombro. Él enseguida lo entendió: nos balanceamos suavemente y en nuestra cabeza sonó un vals. Así pasamos por todos los controles; abrazados, llegamos hasta el último, tras el que ya no me dejaron pasar.

13

Corrí hasta la terraza mirador. Confundía todas las puertas, todos los pasillos, topaba con la gente. Cruzaba los controles. Los trabajadores del aeropuerto me retuvieron. Sentados tras las ventanillas como muñecos de cera con sus uniformes grises. Hostiles. Muertos y fríos como un tornillo en un engranaje oxidado. Yo tenía prisa, todo el rato se me caían cosas de las manos.

La gente en la terraza agitaba las manos y los pañuelos a los viajeros que se dirigían al avión decorado con banderas americanas y las grandes letras «PanAm». América era para nosotros el planeta Saturno. Yo fui testigo de que para que un americano pudiera entrar en nuestro país, debía vender su alma al diablo. Soy actriz, pero la obra que escenificó el KGB para mí, la despistada que por poco pica el anzuelo, un espectáculo de esa magnitud, aún no lo había visto. No, no quiero que Bill tenga nada que ver con el KGB, que venda por mí su alma, pura como su camisa azul celeste. Y eso significa que no volverá

nunca más.

Ahora. Aquí está Bill. Se dirige al avión con los demás pasajeros. Busca con la mirada, saluda. ¿Me ve? Saluda con ambas manos. Se da la vuelta, quiere volver. Conmigo. Sí, se aparta del grupo como si quisiera volver. Ahora titubea. Me mira desde la distancia. ¿Cómo puede ser que no esté conmigo si hace unos momentos charlábamos y nos cogíamos de la mano? ¿Cómo puede ser que ya no estemos abrazándonos? Soy incapaz de moverme. No puedo mover ni un dedo. No puedo ni pestañear, mucho menos agitar la mano. Bill espera mi orden. Pero yo estoy paralizada. La sangre ha dejado de circular, el corazón se ha detenido. Por todas partes hay gente, pero yo solo le veo a él. Sus ojos, ojos infelices que me suplican que le permita volver.

Se queda solo en la explanada. Los demás pasajeros suben por las escaleras al avión. Solo le veo a él. Me mira fijamente, espera una señal para volver conmigo. Veo sus ojos, no hay nada más en el mundo.

Se acerca a él un hombre uniformado, le conduce hasta el avión. Bill se arrastra, con la espalda encorvada, como un anciano.

Sube por las escaleras como si no pudiera superar esa distancia. Le espera el hocico negro del avión. Se da la vuelta por última vez, el hilo entre sus ojos y los míos está tenso. «Bill, Bill», susurra algo dentro de mí.

Entra al avión, que le devora. El hilo se ha roto.

14

Ya no volverá. No le dejarán. Ya no volveré a verle. Me escribirá... Pero yo no contestaré. ¿Para qué serviría? No quiero estropear su futuro. Saldré de su vida como del metro a una calle helada y llena de gente. Y avanzaré sola, igual que he hecho hasta ahora.

Me he quedado sola en la terraza del aeropuerto. Sigo mirando al cielo gris como si quisiera llamar a Bill de vuelta. No, no lo haré, no haré que le llamen en el último momento por los megáfonos, no le llevaré a casa, no volveremos a cogernos las manos mientras dormimos: estaré sola. Bela se ha hecho mayor y se ha ido. Encontró a su padre y enseguida lo perdió. Ya no podrá volver a verle. No debo permitirlo, para protegerla de nuevas decepciones. De momento no se lo diré, sin embargo, ¡no! De momento, mi niña no debe saber que ha perdido a su padre.

¿Es lo correcto? ¿He de permitir que Bela se haga ilusiones de que su padre volverá y ella se irá con él? No, no puedo. Bela ha crecido en una realidad difícil y cruel, y durante toda la infancia ha estado convencida de que retendrían a su madre en un gulag para siempre. Esto también lo sabrá asumir.

El avión se desliza por la superficie gris de la explanada. Ligeramente, sin esfuerzo, se despega del suelo como si dentro no estuviera Bill con el peso inmenso de su desgracia. Le veo: no quiere despegar, desea volver conmigo, ese deseo le llena por completo. ¿Y yo? Me quedaré sola, Bill será mi marinero soñado de una vida pasada. A esta no pertenece. Ahora ya me

entiende y empieza a entender también este país. Pero nunca estará entre nosotros, ni yo entre personas como él: personas con la sonrisa blanca, el cuello blanco y el alma blanca, personas que jamás tuvieron que ensuciarse con nada.

El avión se confunde con el firmamento gris y yo me pongo a cantar en voz baja. No abro los labios, suena más bien a plegaria inarticulada. Canto en voz baja para Bill, por su largo viaje a América: «*lis a long way to Tipperary*»... El avión se ha convertido en una nube gris que ha cubierto el cielo. Se va lejos, hacia regiones soleadas. Que Bill sea feliz en su nueva vida sin mí.

Una mujer de mi edad con abrigo negro, de pie a mi lado con un hijo, me ofrece sin palabras un pañuelo blanco.

15

Me he quedado sola en la terraza; en la mano estrujo el pañuelo húmedo. La mujer de negro con su hijo ha desaparecido. ¿Cuánto tiempo llevo aquí? Casi dos horas. ¿Y qué importa? ¿He de estar aquí o en otra parte? Nada importa. Me parece como si en esta terraza mirador estuviera más cerca de Bill que en cualquier otro sitio.

De nuevo una despedida y un pañuelo. Sigo mirando hacia el cielo oscuro, queriendo llamar a Bill de vuelta. No: la historia con Bill se ha acabado, me quedaré sola con mis pensamientos, con los recuerdos. Nadie me los podrá quitar. Me espera la vida, y en ella habrá diferentes momentos. Sean como sean, los quiero pasar sola. Avanzar lentamente, sola por la calle llena de gente. Hacia algún lugar. O hacia ninguno.

Me dispuse a marchar. Desde el cielo cayó a mis pies la pluma de un pájaro. La cogí. Era gris.

CON VALIA A LAS AFUERAS DE MOSCÚ

Esta historia me la contó Valia, o mejor dicho la señora Valentina, cuando la visité en el suburbio moscovita donde ahora vive. Hay que coger el metro hasta las afueras de la ciudad y luego un tren de cercanías que solo pasa raramente y de forma irregular. Parecía que no llegaría nunca a Shchérbinka y me rendí. Llamé a la señora Valentina para decirle que cancelaba la cita.

—Pero querida, ¿por qué? ¿Por qué, bonita?

—No puedo llegar a su casa, no hay ningún tren.

—Usted es escritora, ¿verdad, guapa?

—Eso intento.

—¿Y quiere escribir un libro?

—Sí.

—¿Y cree que ese libro le caerá del cielo? ¿Que se escribirá solo? Mire, querida, cuando uno quiere algo, tiene que ir a por ello. ¡Y a por todas! Si no, nunca conseguirá nada en la vida. Si el primer obstáculo la hace desistir de venir a verme, mejor quédese sentada en casa y no se proponga nada.

Con la cabeza gacha, sonrojada, esperé varias horas en la plataforma azotada por el viento para subir en el primer tren que iba a Shchérbinka. Luego busqué durante largo rato la calle y la casa, que en ese terreno en obras del nuevísimo suburbio todavía no estaban señalizadas. Kirguizos, uzbecos y chechenos me seguían en sus coches observándome con su oscura mirada, avanzando tras de mí. Pero ni se me ocurrió darme por vencida.

Finalmente encontré a la señora Valentina. Nos sentamos a la mesa de la cocina, llena de bolsas de té y cajas de galletas. Y un fajo de cartas de Estados Unidos y la foto de Bill. Y otra de Bela y de Tatiana Okunévskaia. Y una pluma gris de pájaro. Aquí escuché su historia.

—Estoy acabando mi relato —dijo la señora Valentina algo cansada—. Me queda añadir que luego seguí avanzando sola durante cuarenta años por la calle abarrotada. Y que nunca me deshice de aquella pluma. Así he llegado al final de mi vida.

»¿Qué pasó con Bill?... Paciencia, ya llegaremos a ello. ¿Me arrepiento de algo, haría algo de otra manera? Si tuviera que volver a vivir y pudiera elegir una entre varias vidas, escogería de nuevo la que se está acabando ahora. ¿Le extraña?

»He conocido la mayor bondad posible, la mayor solicitud, preocupación, pero también el mal que todo lo destruye: ambos los experimenté en el campo de trabajo; eso me permitió comprender a las personas y a mí misma. He vivido los horrores más variados, el pánico, pero también la aventura: eso me ha permitido alcanzar un conocimiento profundo de la vida. He tratado a personas que me salvaron la vida dando la suya por mí. Y enemigos que fueron contra mí con un cuchillo. ¿Sería eso posible sin mi experiencia? En

libertad todo es discreto, suave. Uno se conoce a sí mismo solo en las situaciones más duras. De otra manera, no sabe de todo lo bueno o malo de lo que es capaz. Sin una experiencia cruel, nunca podremos estar seguros si somos entregados o avaros, si somos capaces de heroicidades o si, temerosos, nos retiramos a la sombra. En el campo conocí el mal por el mal: hacer daño sin más, sin causa. De eso ningún animal es capaz, solo el hombre. Pero el ser humano también es capaz de hacer buenos actos sin motivo. Y el que no ha vivido la amistad en un campo de concentración no puede imaginarse qué es la amistad. Algo así no existe en ninguna otra parte.

»Mi vida ha estado llena de belleza y fealdad, de odio, pero también de ternura: todo eso me ha refinado, todo eso me ha convertido en la persona que tiene delante. Una anciana de pelo cano, desdentada, en silla de ruedas en un piso que consiste en una sola habitación, sin ascensor. Esta mujer es una presa, por segunda vez, dirá sin duda. Sí, podría parecer que estoy presa en mi vejez y mi invalidez. ¡Pero no! Tengo ojos y oídos, ¡sigo disfrutando de lo que hay a mi alrededor!

»Cuando tenía treinta y cinco años, me despedí de mi amor. ¿Dejó de escribirme? ¿Ve este fajo de cartas? Son de él. De Bill. Y es que él, Bill...

»En el Talmud se dice: “Somos como olivas: cuanto más se trituran, mejor jugo sacan”. ¡Cómo me trituraron, y cuántas veces! Nos lo quitaron todo. Pero ¿sabe cuál fue nuestra recompensa? El amor y la amistad. Es el jugo que sacamos cuando más nos trituraron. Todas mis amigas han muerto ya, incluida Tania Okunévskaia. A Tania, que hacía ya mucho que no era actriz (con la vuelta de la vieja guardia política al poder, en los años sesenta, ningún director se atrevía a ofrecerle un papel, del miedo que les daba una ex prisionera política), solo le publicaron sus memorias después de su muerte: pasó cuarenta años escribiéndolas. Estoy sola, pero mis amigos y todo lo que sucedió continúa viviendo en mí.

»¿Sabe qué es lo más importante para las personas en la vida? ¿No lo sabe? Que alguien las entienda. Bill acabó entendiéndome. O, mejor dicho, Bill y yo nos fundimos en uno. Y Bela me entiende. Bela... Tras la caída del comunismo, se convirtió en acróbata en un circo, y más tarde en payasa. Tenía una escena con un oso de peluche; en ella le robaba a un pez gordo unos papeles del escritorio con una gran inscripción: “PAPKA”, y en letras más pequeñas: “Rigurosamente confidencial”; a sus espaldas, los enrollaba, se los daba al osito como si fuera una trompeta y pasaba por delante del burócrata tocándola: “¡Tararí, tararí!”. Los espectadores lo entendían como una victoria de la gente de la calle sobre los burócratas bolcheviques y aplaudían como locos. Bela recorría con este circo toda Rusia, y también el extranjero. En América nunca estuvo, así que ya no volvió a ver a su padre. Ahora es propietaria del circo y la veo poco porque siempre está de gira y ya se sabe, el ojo del amo engorda al caballo. Lo único es que... ¿Sabe?, Bela no quería que Bill... Cómo se lo diría... Mire: ella no tiene ni amante ni marido... y por eso no quería verme a mí con un marido ni amante. Al igual que, en su momento,

yo no quería que amaran a mi madre cuando Bill se marchó. Pero no, seguro que me equivoco. Bela..., supongo que le preocupaba que su madre se marchara a otro continente. En fin, dejémoslo.

»Lo único que le puedo decir es que estoy orgullosa de Bela.

»¿Me pregunta por Bill? ¡Qué manía! Mire este fajo de cartas. ¿Conoce a otra mujer que haya recibido tantas cartas de amor? ¿Acaso hay una mujer más afortunada?

»¿Qué pasó entre el momento en que canté a Bill como despedida desde la terraza del aeropuerto y esta silla de ruedas? Leía día y noche, era mi pasión. Los libros me los traía Borís, el preso que en el campo me llevaba a la habitación empapelada de hielo, donde me curaba las heridas. Durante cuarenta años me ha traído los libros que yo quería, y otros muchos, y los leía antes para poder hablar de ellos conmigo. Ahora ya no veo lo suficiente para poder leer, y Borís viene de vez en cuando y me los lee durante todo el día y recita de memoria a mi Esenin, mi aliado del campo. Yo le recito su único poema en prosa sobre la madre que tenía un hijo al que cuidaba y que se fue para no volver; luego la madre murió y él no se enteró. Se pone tan tierno... Porque Borís, el bruto del campo de concentración, se convirtió en un hombre silencioso y pensativo que coge los libros como un sacramento, primero acaricia la cubierta y solo después los abre y respira su aroma como si se tratara de una bella mujer. Así, un joven rústico y basto se convirtió en un anciano delicado. Es el poder que tienen los libros sobre las personas.

»¿Qué se ha hecho de Bill? Me pondré melancólica, hablemos de otra cosa. Durante esos cuarenta años todo ha pasado volando. A los cuarenta, Tania y yo íbamos con otras ex presas políticas al restaurante Praga, porque allí servían unos guapos camareros de figura atlética y nos divertía coquetear con ellos. A los cincuenta seguíamos yendo porque se come bien y la cerveza es excelente. A los sesenta a menudo quedábamos allí porque está en una esquina y hay una buena vista de la gente que pasea por la calle Tverskaya y la plaza Triumfálnaya. A los setenta fuimos allí dos o tres veces, porque instalaron una entrada para sillas de ruedas. Ahora, a los ochenta, Tania me llamó hace dos años para que quedáramos con todo el grupo de presas. Se ofreció a llamar ella a las demás. Al cabo de unas horas, volvió a llamar para decirme que habían quedado en verse a las ocho en el restaurante Praga, en el centro, porque nunca habíamos estado allí.

—¿Y Bill? —le pregunto una y otra vez.

—¿Acaso un enamorado tiene que estar siempre cerca? La distancia le da alas al amor. Al mío, se las ha dado. Los más bellos jardines son los de invierno.

Acaba de hablar justo cuando fuera oscurece y en la muralla de las casas de enfrente se encienden las luces. La señora Valentina mira con los ojos iluminados las ventanas rosas, turquesas y amarillas que prenden en la oscuridad. Y dice:

—¿Infeliz yo? Nunca. Ni siquiera cuando Bela envió una carta a su padre

pidiéndole que no viniera nunca más y que nos dejara en paz si no nos quería complicar la vida. Ni siquiera entonces me sentí desgraciada. Tuve que elegir. Y renuncié a Bill por Bela.

—Renunció al... —suspiro.

Valentina me interrumpe:

—También se lo debía a mi madre —dice misteriosamente, y me mira de soslayo para ver si lo he comprendido. Luego sigue—: Usted piensa que al renunciar a Bill renuncié a la felicidad. Y se equivoca. Pocas personas han conocido un amor que las espere durante décadas en la otra punta del mundo sin intercambiarse apenas una sola palabra. Le diré lo que es la felicidad. Mire: ¿ve esa muralla de casas que ha crecido tras mi ventana? Cada día espero a que empiece a anochecer. En las ventanas de esas casas se encienden las luces; cuando miro a las ventanas iluminadas, a veces pienso: «¿Y Bill? ¿Cómo estará? ¿Dónde vive ahora y qué estará haciendo?». Lo pienso y me siento serena aunque melancólica mientras observo las ventanas de color rosa y amarillo, crema, verde, también azul cuando centellea la pantalla de la televisión. Me imagino la vida tras la ventana rosa, amarilla, crema, azul y verde, y así vivo yo también; esa es mi esperanza, mi espera, mi representación diaria, mi felicidad.

Moscú-Barcelona,
otoño de 2008-verano de 2012

AGRADECIMIENTOS

Hacía muchos años que había proyectado escribir acerca de las mujeres en el gulag, y cada paso de la investigación de los materiales que guarda el Memorial de Moscú me llevaba al encuentro de las verdaderas protagonistas de esta novela, las mujeres que vivieron uno de los peores infiernos que ha podido concebir el ser humano.

Las busqué en distintas ciudades, con ayuda de un antiguo prisionero del gulag que trabajaba en el Memorial, fui tras los pasos de las supervivientes que aún podían contarme de primera mano su experiencia, desde París a Petesburgo, hasta los barrios de la periferia de Moscú, donde tras un viaje en metro y varios autobuses me encontré con Valia. Era la última de la lista, estaba prácticamente impedida por la malnutrición y el frío intenso de los años de prisión, pero ni el dolor físico ni la edad conseguían apagar la enorme seducción y fuerza de su relato.

Esta novela es la historia de Valia que he imaginado como compendio de todos esos relatos que escuché. Podría ser la historia de cada una de ellas, de sus vidas de sufrimiento y valor.

Me gustaría agradecer su gran generosidad a esas antiguas prisioneras del gulag, a Valentina Grigórievna Íevleva, Elena Vladímirovna Karibut-Dashkevich, Susanna Solomónovna Pechuro, Ella Moiséievna Markman, Zaiara Vesiólaia y Gaira Vesiólaia, al Memorial moscovita y a mis anfitriones, Tatiana y Vitali Shentalinski.

MONIKA ZGUSTOVA